

A romantic scene between a man and a woman in period clothing. The woman, on the left, has her hair in a bun and wears a white dress with a gold belt. The man, on the right, wears a dark suit and a patterned tie. They are standing in front of a brick wall with a circular window and a large bush of pink flowers. The man is holding the woman, and they are looking at each other.

LOUISE
ALLEN

*La señorita
Dane y el duque*

La señorita Dane y el duque

Louise Allen

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Capítulo uno</u>	
<u>Capítulo dos</u>	
<u>Capítulo tres</u>	
<u>Capítulo cuatro</u>	
<u>Capítulo cinco</u>	
<u>Capítulo seis</u>	
<u>Capítulo siete</u>	
<u>Capítulo ocho</u>	
<u>Capítulo nueve</u>	
<u>Capítulo diez</u>	
<u>Capítulo once</u>	
<u>Capítulo doce</u>	
<u>Capítulo trece</u>	
<u>Capítulo catorce</u>	
<u>Capítulo quince</u>	
<u>Capítulo dieciséis</u>	
<u>Capítulo diecisiete</u>	
<u>Capítulo dieciocho</u>	
<u>Capítulo diecinueve</u>	
<u>Capítulo veinte</u>	
<u>Capítulo veintiuno</u>	
<u>Capítulo veintidós</u>	
<u>Capítulo veintitrés</u>	
<u>Capítulo veinticuatro</u>	
<u>Copyright</u>	
<u>Acerca de la autora</u>	

Capítulo uno

La diligencia se tambaleó y, con una lentitud que parecía infinita, volcó sobre el costado derecho y Antonia cayó sobre el regazo del corpulento cajero que había a su lado. Agarrarse con fuerza a las solapas de este solo sirvió para que ambos cayeran al suelo de la diligencia, donde se les unieron un cura, una cesta de manzanas y un niño pequeño que enseguida se puso a llorar desgarradoramente.

—¿Donna? —Antonia intentó levantarse de entre la masa de gente desparramada—. Oh, perdóneme, señor —se disculpó, quitando el codo de la barriga del empleado—. Donna, gracias a Dios que estás ahí. ¿Estás ilesa?

—Un poco conmocionada, querida, pero creo que no he sufrido ningún daño. —La señorita Maria Donaldson se levantó y se puso de pie ante Antonia por encima del montón de cuerpos, mientras se arreglaba el pelo perfectamente enroscado. Sus quevedos ya estaban firmemente colocados en la punta de su nariz—. Pero creo que deberíamos bajar cuanto antes.

Se volvió hacia el granjero de cara colorada que estaba sentado a su lado y dijo:

—Si pudiera abrir la puerta a la fuerza, señor, creo que podría atravesarla.

Parecía la mejor solución. Antonia no podía moverse hasta que quien le estaba pisando la falda con la bota tuviera espacio para salir. Tras muchos movimientos bruscos, el granjero logró sacar la pequeña figura de Donna por la puerta y colocarla en el costado inclinado del carruaje. Al percibir que podía escapar, el niño soltó otro gemido y, para alivio de Antonia, fue entregado a su madre, que siguió a la señorita Donaldson hacia el sol primaveral.

Antonia fue la última en bajar y se unió a sus compañeros de viaje. Conmocionados, magullados, pero en gran medida ilesos, se reunieron en el camino lleno de baches para ver los restos de su vehículo. El cochero y el guardia desengancharon y calmaron a los caballos, pero ya no podían hacer nada útil.

El conductor se quitó el sombrero manchado para rascarse mejor el pelo, igualmente sucio; el guardia pateó amablemente la rueda más cercana y los pasajeros varones se quedaron de pie aspirando aire por entre los dientes apretados al contemplar la profundidad de la zanja en la que había caído el carruaje.

—De verdad, querida Antonia —murmuró Donna con dulzura—, nunca he entendido por qué los hombres creen que darle una buena patada a algo va a hacer que funcione.

Antonia rio.

—Nunca funciona, pero creo que debe de hacerlos sentir mejor. Deberíamos ver si nuestro equipaje sigue bien atado detrás.

—Se te ha roto el codo del vestido —observó Donna mientras se daban la vuelta y dejaban de examinar la gran cesta de equipaje que había en la parte trasera de la diligencia y su contenido volcado—. ¿Tu pelliza sigue en la diligencia?

—Supongo —respondió Antonia con indiferencia. Intentó cerrar el agujero de la manga de lino raída, pero solo volvió a abrirse—. Esto demuestra que he hecho bien en traer este vestido viejo para el viaje. Tengo muy pocos vestidos buenos como para estropearlos.

Se colocó el tocado de paja sobre la cabeza, se recogió un rizo suelto y se ató las cintas bajo la barbilla.

—Creo que no conseguiremos mucho si esperamos aquí hasta que el cochero se dé cuenta de que

debe pedir ayuda. El último poste indicador decía que Rybury estaba a solo cinco kilómetros más adelante. Si cogemos nuestras pellizas y las pequeñas maletas del carruaje, podemos ir andando a la posada y esperar tranquilamente a que nos traigan el equipaje.

El cura, un joven lleno de energía, volvió a subir al carruaje y repartió sus cosas. Estaba a punto de salir de nuevo cuando, con un ruido sordo de cascos sobre la caliza húmeda, dos jinetes doblaron la curva y frenaron al ver el caos que se interponía en su camino.

—¡Excelencia! —exclamó el cura, saliendo de la puerta como un conejo de su madriguera.

«¿Un duque? ¿Aquí?» Nunca había visto a un duque. Antonia dejó la maleta en el suelo y se preparó para recibirlo.

El cura, que había recuperado terreno, se mostraba muy familiar con el hombre que montaba a horcajadas un alto caballo castaño.

—Esto es la Providencia, excelencia. ¿Sería tan amable de pedirle a su mozo de cuadra que traiga ayuda para enderezar el carruaje?

—Señor Todd. —El duque hizo un gesto con la cabeza al clérigo, desmontó y le arrojó las riendas a su mozo de cuadra antes de acercarse a observar el accidente—. ¿Alguien ha resultado herido? —Se volvió para observar al heterogéneo grupo de pasajeros.

Antonia se topó con el breve escrutinio de un par de ojos castaños oscuros antes de que estos pasaran a examinar con la misma rapidez y descartar la pequeña figura de su acompañante. Se ruborizó de indignación ante una inspección tan superficial.

De acuerdo, iba mal vestida y sin duda no estaba en su mejor momento tras un largo viaje en carruaje, por no hablar de que la habían zarandeado en el carro volcado, pero no estaba acostumbrada a que los caballeros la trataran con tal falta de interés.

«Es un duque», se recordó mientras observaba la figura alta, esbelta y elegante que estaba de pie, con las manos en las caderas, mirando la diligencia y la zanja. «Sin duda, los duques no encuentran al rebaño común tan fascinante como nosotros a ellos».

Iba con la cabeza descubierta, algo poco convencional; la ligera brisa le alborotaba el pelo rubio oscuro, que, según decidió, necesitaba urgentemente la atención del barbero. Podía parecer descuidado con su vestimenta, pero el corte y la tela eran excelentes, y el cuero bruñido de sus botas altas hablaba de un hombre que, a diferencia de otros mortales como ella, no tenía por qué conservar cada centavo.

El señor Todd, el cura, lo siguió mientras le explicaba las circunstancias del accidente y el afortunado hecho de que nadie había resultado herido.

El mozo de cuadra avanzó con su caballo.

—¿Desea que vaya al pueblo a buscar ayuda, excelencia?

—No hace falta, Saye. Hace unos minutos hemos pasado por Shoebridge y Otterly, cerca de Long Meadow, al doblar la curva. Con ellos tendremos suficientes hombres para enderezar este trasto.

Mientras el mozo de cuadra se alejaba al galope, el duque se volvió hacia el cochero y el guardia, que se pusieron firmes y reconocieron la autoridad cuando la vieron.

—Vosotros... Enganchad los caballos en riendas largas. Vosotros dos, id por postes cortados de ese montón de ahí.

—¿Qué duque es? —le preguntó Antonia al señor Todd.

—Marcus Renshaw, duque de Allington —susurró el cura—. Había oído que había decidido supervisar las obras de mejora de su finca y celebrar una fiesta en su casa de Brightshill. Normalmente visita una de sus otras casas de campo en esta época del año, por lo que es toda una novedad para nosotros tenerlo aquí durante tanto tiempo.

Antonia observó a Allington tomar el mando, organizando y ordenando hasta que los pasajeros varones formaron un equipo obediente, algunos levantando el volante, otros con los hombros pegados a la parte trasera del vehículo.

Con la añadidura de dos setos resistentes y con Saye a la cabeza de los caballos, el carruaje varado comenzó a tambalearse hacia arriba, para luego atascarse nuevamente en el suelo blando de la parte superior de la ladera.

—Me temo que no podremos hacerlo, excelencia —jadeó el señor Todd mientras se sacudía desesperadamente el barro que manchaba su negro uniforme—. Debemos pedir más ayuda al pueblo.

Sin responder, el duque se quitó la chaqueta de ante, se arremangó y apoyó el hombro en el carruaje. O era muy fuerte, reflexionó Antonia, o la visión de un duque esforzándose galvanizó a los demás hombres.

Fuera lo que fuese, cuando dijo «¡aúpa!», se esforzaron al máximo y se levantaron. Segundos después, con un estruendo estremecedor, el vehículo volvió a ponerse en pie sobre cuatro ruedas. El cochero y el mozo de cuadra engancharon de nuevo el caballo, los agradecidos pasajeros recogieron su equipaje y comenzaron a subir a bordo, y el duque, defendiéndose de los nerviosos intentos del cura de cepillarle el abrigo, volvió a montar y se marchó.

—Qué gratificante es tener tiempo libre para pasear por el campo y socorrer a los simples mortales —comentó Antonia con irritación, deteniéndose en el escalón del carruaje para contemplar su espalda, que se alejaba.

Antonia captó la mirada de soslayo que le dirigía Donna. A veces su compañera volvía a ser la institutriz de antaño.

—Parece que su excelencia ha irritado tu sensibilidad, querida —murmuró con un dejo de reproche—. Es un noble local —continuó con calma—. Debemos de estar viajando por sus tierras. Y tienes que admitir que ha sido una suerte que el duque tuviera tiempo para rescatarnos hoy.

El señor Todd debió de captar el final de ese comentario cuando ayudó a Donna a subir al carruaje.

—Como creo haber mencionado, la propiedad del duque es Brightshill. Pertenece a una antigua familia de Hertfordshire y es dueño de todas las tierras de este lado de Berkhamsted hasta la cima de las Downs.

Antonia se sentó en su sitio.

—No todas, señor Todd. Se olvida de las tierras de Rye End Hall, ¿no es así?

—Ya casi no se les presta atención —dijo el cura encogiéndose de hombros con desdén—. Las tierras y la mansión están lamentablemente abandonadas, como era de esperar después del comportamiento escandaloso del último propietario. Pero no diré más sobre eso delante de las damas. Ojalá los rumores sean ciertos y el duque tenga la intención de sumarlas a su propiedad. Entonces estarán sujetas a la buena administración que caracteriza las tierras de Brightshill y los arrendatarios tendrán trabajo. Hay demasiada necesidad en Rybury.

Antonia abrió la boca para hablar, pero la cerró y miró por la ventana mientras intentaba que no la afectaran las palabras del cura. Probablemente se tratara de habladurías locales; a la gente le gustaba hacer que las cosas parecieran peores de lo que eran en realidad.

Donna dijo en voz baja:

—¿No conociste al duque cuando aún vivías en Rye End Hall?

—No, no. Hace veinte años que me fui de allí. Cuando tenía cuatro años no creo que me fijara en nada ni en nadie fuera de los muros del jardín. Mi tía abuela me llevó a vivir con ella a Londres y

no he vuelto a pisar Rye End. Supongo que el dueño de Brightshill era el padre de este hombre cuando yo era niña. Dudo que mi padre o mi hermano fueran a visitarlo.

—No, querida, supongo que no —murmuró Donna, tan diplomática como siempre.

Antonia reprimió una mueca. Por lo que había oído de su difunto y poco llorado padre, sir Humphrey Dane, el trato social normal con sus vecinos no habría sido de gran importancia ni para él ni para su difunto hermano Howard.

El carruaje finalmente llegó a Rybury y se detuvo frente a la única posada que tenía el pueblo. El anfitrión de La Campana salió a saludar a los pasajeros que llegaban en tropel, claramente contentos por poder sentarse tranquilamente y beber su cerveza mientras exclamaban en voz alta sobre su reciente desventura.

El cochero y el guardia bajaron el equipaje de las mujeres y Antonia miró a su alrededor. Sospechaba que Rybury, más limpio que pintoresco, lucía su mejor aspecto bajo el sol primaveral, con prímulas en el césped y niños pescando en el arroyo Rye.

En sus vagos recuerdos aparecía un río ancho. Sonrió al ver lo diferente que era la percepción de los ojos de un niño a los de un adulto. La ruta con peaje atravesaba el prado y un camino secundario pasaba por un puente y conducía a un grupo de cabañas al borde de un hermoso bosque que ya exhibía su nuevo follaje. Por más que lo intentaba, no lo recordaba.

—¿Necesitan un carro, señoritas? —Antonia se sobresaltó un poco, perdida en las brumas del pasado. El posadero esperó, limpiándose las manos en el delantal.

—Sí, gracias. Tenemos que llevar estos baúles a Rye End Hall. ¿Hay algún carretero que pueda ayudarnos?

—¿Al Hall? —Arqueó las cejas—. Nuestro Jem puede ayudarla, señora, en cuanto termine de atender a los pasajeros de la diligencia. Es un carro limpio y bonito para ustedes, señoras; mejor que esa tartana. —Señaló la diligencia con la cabeza—. ¿Le importaría pasar al salón privado y tomar un refrigerio mientras espera, señora?

Mientras las guiaba a una sala de estar bastante lúgubre, siguió charlando:

—¿Se van a quedar en el Hall, entonces? Lleva vacío los últimos seis meses, desde que sir Humphrey y el señorito Howard perdieron la vida con quince días de diferencia.

Sacudió la cabeza.

—A veces me pregunto si no fue un juicio contra los dos por la mala vida que llevaban.

Donna carraspeó de forma significativa y él le echó una rápida mirada a su adusto perfil.

—Perdonen, señoritas. ¿Sabían lo que había ocurrido?

—Sir Humphrey era mi padre y el señor Howard Dane era mi único hermano —dijo Antonia. No tenía sentido intentar ocultarlo, los habitantes del pueblo se enterarían más pronto que tarde.

—Ah, lo siento, señora, si he dicho algo fuera de lugar. El carruaje está a punto de partir, traeré al joven Jem inmediatamente. —Se alejó a toda prisa, visiblemente avergonzado.

—Veo que los lugareños tenían a mi padre y a mi hermano en tan alta estima como mi tía abuela

—comentó Antonia, paseándose de un lado a otro por la alfombra turca bastante llamativa que había delante del fuego—. A saber lo que encontraremos cuando finalmente lleguemos al Hall.

El joven Jem, una versión flacucha de su padre apareció enseguida con un carro tirado por un manso percherón y se puso a cargar el equipaje y los baúles.

Donna, tras echar un rápido vistazo al estrecho asiento, empezó a subirse a la parte trasera.

—Puedo sentarme aquí, en el maletero, querida.

—De eso nada, Donna —protestó Antonia—. Siéntate aquí delante con Jem. Jem, ¿por dónde se va al Hall a pie?

—Por ahí, señora. A dos kilómetros en línea recta. —Señaló el bosque.

—Ajá, tal como pensé al mirar los mapas. —Llevaba estudiándolos desde que se dio cuenta de que ese sería su hogar—. Iré andando. Me está empezando a doler la cabeza y, a fin de cuentas, solo son dos kilómetros —añadió al ver que Donna seguía insegura.

Antonia siguió el carro por el verde campo y pasó por delante de las cabañas, contenta de encontrar a los pocos metros el comienzo de un sendero que se dirigía en la dirección correcta. Mientras se recogía el dobladillo de las faldas y salvaba los frecuentes charcos de barro con sus recias botas, Antonia pensó en lo extraño que era regresar a una casa de la que no guardaba recuerdos.

Cuando murió su madre, su padre se entregó a la bebida, al juego y a los devaneos amorosos, lo que arruinó la fortuna familiar y no tardaría en corromper a su hermano. No recordaba nada de lo que había pasado, salvo que su madre se había ido, que ya no había abrazos ni caricias y que todo se le antojaba vacío y frío.

En cuanto los rumores sobre la conducta de su padre llegaron a oídos de la clase alta, su tía abuela *lady* Honoria Granger bajó y la llevó a la ciudad. Por lo que su tía abuela le había contado sobre la situación, esperaba cierta oposición por parte del esposo de su sobrina, pero al parecer sir Humphrey estaba muy complacido de ahorrarse la molestia de criar a una hija.

Había sido una suerte que *lady* Honoria hubiera quedado bien provista por su difunto esposo y hubiera podido permitirse educar y sacar adelante a Antonia, porque sir Humphrey, liberado de esa responsabilidad, no daba señales de recordar que tuviera una hija.

Antonia se detenía cada pocos metros a recoger prímulas; se le estaba pasando el dolor de cabeza ahora que había salido de aquella miserable y sofocante diligencia. Había hecho bien en ponerse su viejo vestido, pensó al ver las manchas de barro calcáreo del dobladillo.

Mientras vivió con su tía abuela no le faltó de nada, pero como la anciana ya estaba muy enferma, se fue a vivir con su nieto. El primo de Antonia, consciente de su herencia, no tardó en avisarla de que no esperase más ayuda de su parte.

Antonia había tenido la impresión errónea de que había estado viviendo de los ingresos que le había dejado su madre, pero el primo Hewitt la corrigió pronto y con satisfacción. No solo tendría que arreglárselas ahora sin la generosidad de la tía abuela Honoria, sino que además le había dejado muy claro que ella y su compañera, la señorita Donaldson, debían buscarse otro alojamiento. Inmediatamente.

El sinuoso camino la llevó a un claro lleno de luz solar. A su alrededor, lo único que se oía era el canto de los pájaros. Se quitó el tocado y la pelliza, se sentó en un árbol caído y levantó la cara para calentarse, agradecida de respirar aire puro y no estar en Londres. Contenta de haber dejado de viajar.

En medio de los trastornos provocados por la enfermedad de su tía, la muerte en un accidente de tráfico de un hermano cuyo rostro ni siquiera recordaba y el fallecimiento repentino de su padre por una apoplejía apenas dos semanas después, se le antojaban ajenos. El abogado de la familia se había ocupado de todo.

Tras seis meses viviendo en alojamientos precarios mientras el abogado vendía todo lo que encontraba para saldar las deudas de sir Humphrey, Antonia finalmente recibió la noticia de que solo quedaban la casa y el terreno. No había herederos varones localizables, por lo que su exigua herencia le correspondía a ella.

Estaba reflexionando, y no por primera vez, sobre lo afortunada que era de que Donna se hubiera ofrecido a acompañarla a Rye End Hall, cuando oyó a un niño gritar de dolor. Atravesó el claro corriendo, se abrió paso por entre un montón de ramas y se encontró en compañía de dos niños

pequeños, ninguno de los cuales tendría más de diez años.

Uno de ellos, un pelirrojo enjuto, se estaba desenredando del zarzal en el que había tropezado. Su compañero, un niño aún más sucio, sostenía por las patas cuatro faisanes de cuello flácido y muy muertos.

Hubo un largo momento en el que los niños la miraron con los ojos abiertos por el terror. Luego, cuando ella dio un paso hacia ellos, soltaron los pájaros y salieron corriendo.

«Vaya, los cazadores furtivos locales empiezan desde muy jóvenes por aquí», pensó Antonia mientras se agachaba a recoger los faisanes aún tibios.

Sin duda los había alentado la falta de cuidadores, pues cuando más endeudado estaba, sir Humphrey eximió a sus sirvientes, salvo a un cocinero y una criada, de todo trabajo.

Aun así, los pájaros eran suyos, los habían atrapado en su propia tierra, y al menos servirían de cena esa noche.

—Pillada con las manos en la masa —dijo una voz triunfante detrás de ella. Antonia se dio la vuelta y se encontró frente a dos individuos corpulentos vestidos con ropa de casa decente, con escopetas bajo el brazo y un par de terriers pisándoles los talones—. ¿Has visto alguna vez algo así, Nat? Una cazadora furtiva de carne y hueso. Danos esos pájaros, preciosa, y aléjate en silencio.

Capítulo dos

Antonia abrió la boca para informarles de que solo había recogido los pájaros, pero pensar en los dos niños flacos y asustados y en lo que les sucedería si esos hombres los atrapaban hizo que guardara silencio.

Los dos guardias avanzaron hacia ella, uno le quitó los pájaros de las manos y el otro la agarró con fuerza del brazo, rasgando aún más su viejo vestido. Al sentir sus dedos callosos sobre su piel desnuda, Antonia se retorció y se apartó.

—Suéltame —exigió.

—¿Que te suelte? Oh, no, querida. No después de que te hayamos pillado invadiendo una propiedad privada, con faisanes en las manos. —Al sonreír enseñó sus dientes desiguales—. Es tu día de suerte, preciosa; no tendrás que esperar en la cárcel del pueblo. El juez local está en casa, y como es un juez de paz concienzudo, le gusta ver a los cazadores furtivos que atrapamos, sobre todo si los cogemos con sus aves. Y le gustará ver a esta, ¿verdad, Nat?

Los dos hombres miraron a Antonia con picardía. De pronto, reparó en que no llevaba ni tocado ni pelliza, que su viejo vestido de algodón se le pegaba a las piernas y que no iba acompañada.

¿A quién se referían con el juez local y sus aves? Aquello era la tierra de Rye End Hall —su tierra—, pero intuía que discutir con aquellos dos sobre su identidad probablemente sería una humillación. No, era mejor seguir adelante y salir de aquel bosque cuanto antes. Quienquiera que fuese el juez, al menos sería un caballero y podría darle explicaciones en una privacidad decente. El guardia le acariciaba sugerentemente por donde se había desgarrado el vestido, en el antebrazo. Antonia lo miró con tal furia que él le soltó el codo, se recompuso y la agarró de la muñeca con fuerza.

Gracias a Dios, el camino de vuelta fue breve, pero cuando llegaron al establo de una casa grande que no reconoció, Antonia estaba sonrojada y sin aliento, el cabello le ocultaba el rostro y llevaba las faldas rotas y desaliñadas.

Sus captores la condujeron por los cuartos del servicio, subieron las escaleras traseras, y cruzaron una puerta de paño verde que daba a un pasillo panelado.

Un mayordomo, alertado por el alboroto, salió del comedor para escuchar las explicaciones de los guardabosques. La miró de arriba abajo con absoluto desdén antes de marcharse a informar a su amo de la llegada de una delincuente que reclamaba su atención.

Antonia se puso de pie, temblando de vergüenza por dentro, y se obligó a no luchar y parecer así aún más indigna y menos elegante. Al fin y al cabo, cuando estuviera en presencia del caballero, podría explicar las circunstancias de aquel desafortunado incidente.

Sobre todo estaba furiosa, esperaba una disculpa por el comportamiento de sus guardias, por su excesivo celo al invadir sus tierras y por su insultante familiaridad con su persona. Mejor así. La ira y la indignación impedirían que desfalleciese de vergüenza.

Cuando el mayordomo reapareció al fin para hacerlos pasar, enderezó la espalda, levantó la barbilla y entró con toda la altivez que fue capaz dadas las circunstancias.

Se encontró en un despacho. El juez ante cuya presencia la habían llevado estaba sentado detrás de un amplio escritorio de caoba, tamborileando con impaciencia los dedos sobre la superficie de cuero, junto a una pila de papeles que había apartado.

«Oh, no». Antonia miró horrorizada al hombre que había visto apenas unas horas antes. El duque

de Allington le devolvió la mirada sin el menor indicio de reconocerla.

—Bien hecho, Sparrow. Has animado un día que estaba siendo la mar de aburrido. Confiaba en distraerme de esta tediosa correspondencia. —Sus largos dedos tocaron la pila de papeles con desdén—. Una cazadora furtiva es más de lo que podría haber deseado. Gracias. Tú y Carling podéis iros.

—¿Cómo? ¿Y la dejamos aquí, excelencia?

—No creo que me vaya a dar faena. ¿O crees que tiene un arma peligrosa escondida en alguna parte? —Sus ojos oscuros examinaron su vestido desaliñado.

Antonia tenía el presentimiento de que la humedad de su ropa no disimulaba su figura. Notó que se sonrojaba, pero apretó los dientes, decidida a no intercambiar palabras con él delante de los guardias.

Los dos hombres salieron arrastrando los pies, con una reticencia apenas disimulada, y cerraron la puerta tras ellos. Antonia levantó una mano para apartarse el pelo de la cara y se dio cuenta de que se había manchado la frente de tierra y algo parecido a sangre de faisán.

Allington se levantó y rodeó el escritorio para observarla más de cerca.

—Sin duda eres una novedad, querida, y una mejora considerable respecto a la pandilla habitual que saquea mis pájaros. O al menos lo serías si estuvieras aseada. —Continuó paseándose a su alrededor.

Antonia se preguntó cómo de imprudente sería darle una bofetada.

—Veamos, ¿qué hacemos contigo? —Se dio la vuelta para mirarla de frente y se apoyó en el escritorio—. Supongo que te das cuenta de que podría condenarte a trabajos forzados por esto. Tus dedos no serían tan ágiles para tender trampas entonces.

Levantó la mano derecha de Antonia y la giró con suavidad entre sus fuertes dedos mientras la miraba a los ojos, furiosos. Incluso iracunda, la señorita advirtió la repentina sorpresa del duque al ver que su piel era suave en vez de callosa por trabajar.

Antonia aprovechó la ocasión. Apartó la mano y, en un remolino de faldas embarradas, colocó una butaca entre ella y el duque.

—No eres una chica de pueblo, no con esas manos —dijo este despacio—. ¿Quién diablos eres tú? ¿Y qué haces con mis pájaros? —preguntó, severo de repente.

—Una dama, señor, y una a la que no le gusta que ni usted ni sus hombres maltraten. —Habló como si se dirigiera a un tipo que se hubiera portado mal en un baile.

Vio que lo asaltaban las dudas, pero entonces se recompuso.

—Maldita sea, mujer, ¿esperas que me lo trague? Mírate. —La observó con desdén desde lo alto de su cabello enmarañado hasta las botas que sobresalían por debajo de su dobladillo embarrado.

—Hágame el favor de moderar su lenguaje, excelencia —dijo Antonia, hundiéndose en la silla con tanta gracia como si estuviera en Almack's y no corriera peligro de que le flaquearon las rodillas.

Marcus Renshaw hizo una reverencia irónica.

—Le pido disculpas, señora. Debería haberme dado cuenta, desde el momento en que la vi, de que estaba tratando con una miembro de la Casa Real.

Antonia se miró, furiosa al notar el rubor en sus mejillas. Las botas de montaña llenas de barro se veían demasiado bajo ese dobladillo roto y manchado. Su vestido viejo y descolorido estaba rasgado, había manchas de sangre donde los pájaros habían tocado las faldas y se le veía el codo por la manga sumamente raída. Sin su tocado, sus rizos castaños oscuros, siempre difíciles de manejar, ahora caían en cascada sobre sus hombros, y notaba que tenía la cara sucia.

Ella lo miró con enojo, molesta por su elegancia relajada. La ropa de montar realzaba a la

perfección las anchas espaldas del duque y sus piernas largas y musculosas... Antonia se recompuso, molesta por la chispa de atracción que había sentido por un instante.

—No es de extrañar que presente un aspecto descuidado —replicó—. Tras haber sido atacada y arrastrada por el lodo y las zarzas, me sorprende no tener peor aspecto. Y —prosiguió, antes de que él tuviera oportunidad de responder—, lo único que estaba haciendo era caminar por el bosque.

—Invadiendo mis tierras, apoderándose de mi caza. —Su voz era monótona, y su semblante, severo—. Confío en que mis guardias se ganen el sueldo, señora —añadió con sarcasmo.

—¿Sus tierras? No lo creo, excelencia. Esos bosques son propiedad de Rye End Hall.

—No desde hace cinco años. —La miró con repentino interés—. ¿Qué sabe de Rye End Hall?

—Soy su dueña —le informó Antonia con frialdad. Hizo un esfuerzo para disimular su consternación al descubrir que su padre había vendido las tierras. ¿Cuánto más habría desaparecido sin que ella lo supiera? Nunca se le había ocurrido revisar todas las escrituras, solo miró los planos de la finca cuando se los devolvió el abogado. Si se habían vendido los bosques que estaban tan cerca de la casa, ¿qué más habría dejado de ser suyo?

—¿Sorprendida, señora? —Era una pregunta, pero su voz denotaba más empatía que antes—. ¿Seguro que no se ha quedado corta en la compra de Rye End Hall?

—No la he comprado, excelencia. La heredé al morir mi padre.

—¿Su padre? —Ahora sí que parecía desconcertado—. No puede ser la hija de sir Humphrey Dane.

—¿Y por qué no? —Antonia levantó la barbilla en señal de desafío. Independientemente de en lo que se hubiesen convertido su padre y su hermano, los Dane eran una familia antigua y orgullosa.

—Sabe, cuanto más la miro, más veo el parecido. Recuerdo que su abuelo visitó a los míos. Era un poco tártaro y me intimidó un poco. Pero debe admitir, señorita Dane, que su apariencia y las circunstancias en las que nos hemos conocido no le han hecho ningún favor.

Se enderezó y fue a tirar de la campanilla que estaba junto a la chimenea.

—Le pediré algo para beber y me dice cómo puedo ayudarla.

Antonia se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Habían partido del Vellochino de Oro en Holborn antes del alba y hacía horas que habían comido a toda prisa pan y tocino en Abbots Langley.

El lacayo hizo un valiente esfuerzo por disimular su asombro al ser enviado a buscar jerez y galletas para la mujer que acababa de ser arrastrada por las dependencias de los sirvientes como una vulgar delincuente.

Cuando regresó con los refrigerios, Antonia casi le arrancó una galleta, pero se recompuso y mordisqueó con delicadeza la oblea de almendras.

—Es usted muy amable, excelencia, pero no necesito ayuda.

Por lo visto, Marcus Renshaw tenía la irritante habilidad de enarcar la ceja. No dijo nada, pero su ceño fruncido y la mueca irónica de sus labios lo decían todo.

La ceja solía funcionar, y parecía que estaba resultando. A todas luces, la señorita Dane se sintió incitada a dar una explicación que no quería dar.

—Veo que le sorprende mi vestido, excelencia, pero si uno viaja en público, es lógico que no lleve su mejor atuendo para el viaje. —Al duque se le fueron los ojos a la manga rota, a lo que Antonia añadió—: Sus hombres me rasgaron la ropa cuando me detuvieron.

—No. —Marcus no iba a dejar que se saliera con la suya—. Se le rasó tras el accidente de la

diligencia.

—Cuando me arrastraron ante su presencia, no dio señales de haberme visto antes. —Entonces, ¿le había molestado su aparente indiferencia hacia ella en la escena del accidente?

—Perdóneme —dijo, mientras bebía un sorbo de jerez—. Recordaba el desgarrón, pero, sintiéndolo mucho, a usted no. —Era una mentira flagrante. Sí que se había fijado en ella.

Los demás pasajeros lo habían mirado y habían visto a un duque, a un salvador, a alguien a quien atender y obedecer. Ella lo había mirado y no había visto un título ni un rango, sino a un hombre, y parecía que estaba emitiendo un juicio sobre él. Eso era novedoso y más que estimulante. ¿Qué habría pensado de ese hombre?

—Aunque, ahora que lo pienso, llevaba usted tocado y pelliza.

—Los dejé en el bosque, justo antes de que me atacaran sus hombres.

—Para cazar mejor mis faisanes, sin duda —repuso en tono seco, haciendo un gesto hacia el montón de plumas que había en la mesa auxiliar.

—Ya se lo he dicho, no sabía que eran suyos. Y claro que no los cacé. Los encontré en el sendero. —Estaba demasiado a la defensiva como para que esa fuera toda la verdad. Supuso que estaba protegiendo a alguien.

—Tch, tch, tch, señorita Dane —la reprendió Marcus—. Miente usted de pena. —Se dio cuenta de que estaba disfrutando demasiado de aquello. No era un juego, por muy provocadora que fuera su encantadora mirada color avellana. Endureció el tono—. Dejémonos de rodeos. No creo que haya atrapado a esos pájaros ni que los haya encontrado. Describa al culpable de quien los obtuvo, por favor. No la veré con mejores ojos por protegerlo.

—¿Cómo se atreve a acusarme de mentirosa?

Y el avellana se volvía verde cuando se enojaba, ¿cierto? ¿De qué color se volverían esos ojos en el ardor de la pasión?, se preguntó.

—No me afecta que me amenace con verme con mejores o peores ojos. —Ahora estaba erguida y temblando de indignación en la silla. Con razón—. Si miento es simplemente porque no tengo intención de entregar a sus tiernas mercedes a uno de sus desafortunados inquilinos, obligado a cazar furtivamente solo para sobrevivir.

«Ahí se ha pasado».

—No son mis inquilinos los que se están muriendo de hambre, señorita Dane. —Marcus se puso de pie, y se cernió deliberadamente sobre ella, ahí sentada. Cuando se inclinó y puso una mano en cada brazo de su silla, la vio prepararse para no encogerse. Tenía coraje, aunque estuviera equivocada.

»Cuando llegue a su herencia, mire a su alrededor y observe el estado en el que su difunto papaíto dejó a su pueblo, antes de venir a sermonearme acerca de mis arrendatarios.

Antonia lo miró sin titubear, pero Marcus se dio cuenta de que tenía dudas. ¿Será cierto?, se preguntaba la señorita. Seguramente lo que sabía sobre su padre y su hermano le advertía que seguramente así era. Pero, incluso con la duda, ella seguía juzgándolo, seguía despreciándolo por su rango y sus privilegios, sin ver al hombre.

Pues él le mostraría a ese hombre; le daría algo que juzgar. Marcus inclinó la cabeza y la besó en los labios.

Por un segundo, estuvo demasiado aturdida para resistirse. Entonces se apartó del calor de su boca y le dio una bofetada en la mejilla. Fuerte.

Marcus se enderezó y se frotó la cara con pesar.

—Supongo que me lo merecía.

«Pues sí. Es inexcusable. Discúlpate, idiota».

—Pero debo confesar, señorita Dane, que su... excentricidad me ha robado por completo el sentido común. Discúlpeme. «No, así no...».

La señorita Dane se levantó de la silla como un resorte.

—Creo que mi excentricidad, como usted la llama, no tiene nada que ver. No intente culparme cuando su desmesurada arrogancia lo lleve a creer que puede tomar lo que se le antoje. No se moleste en llamar al mayordomo, excelencia, sé dónde está la salida.

«Ay». Eso había dolido. Pero no iba a permitir que siguiera creyendo semejante idiotez. Ya tenía la mano en el pomo, cuando le dijo en voz baja:

—Señorita Dane.

Ella se giró para mirarlo; la resistencia era evidente en cada línea de su cuerpo.

—¿Qué?

—Alimente a sus inquilinos, señorita Dane, así al menos no tendrán que robar mi propiedad para sobrevivir.

Antonia pasó rápidamente junto a un lacayo asustado que se apresuró a abrirle la puerta principal. Hasta que no hubo bajado los peldaños de piedra y recorrido la mitad del camino de grava, no se le pasó el enfado lo bastante como para detenerse. Puede que estuviera temblando de furia, pero no tenía sentido salir corriendo hacia la campiña de Hertfordshire sin orientarse primero.

Ahora que apreciaba la fachada de la casa, se dio cuenta de que la recordaba de las raras visitas que hacía de pequeña con su abuelo. Pero en sus recuerdos no era tan elegante, ni mucho menos. Era evidente que Marcus Renshaw había invertido en Brightshill un gusto admirable y cuantiosas cantidades de dinero.

Los jardines estaban muy bien cuidados, el césped, cortado al raso, se extendía hasta unas arboledas magníficas. A través de los bosques distinguió el destello de un caudal donde antes no había habido agua, y el camino estaba bordeado por estatuas clásicas; cada pedestal, enclavado en un grupo de arbustos en flor.

—¡Qué hombre más insoportable! —gritó Antonia, furiosa. Se sentía aún más desanimada y sucia en ese entorno, pues era la única nota discordante en un paisaje perfecto—. Pues mira, me alegro. Se merece si bajo el tono.

Se dio cuenta de que estaba pisando con la bota la grava rastrillada a la perfección, para desgracia de ambos. Corría el riesgo de olvidar quién era, aunque después de que ese..., ese hombre la hubiera tratado como a una libertina, no era de extrañar.

Antonia lanzó una mirada fulminante al estudio, y allí estaba el duque, de pie junto a la ventana practicable, observándola. Antonia se cuadró, recogió sus horribles faldas con una mano e hizo una elaborada reverencia a la deidad semidesnuda que se hallaba en el pedestal más cercano. Al mirar más de cerca, vio que guardaba un gran parecido con el príncipe regente, aunque sin los corsés, una idea que reavivó su sentido natural del ridículo.

Capítulo tres

Riendo débilmente y sin volver a mirar atrás, Antonia desanduvo el camino como si fuera suyo. Una vez que atravesó las puertas, dejó de reír. Se dio cuenta de que su risa rayaba en la histeria y carecía de humor. «Un duque me ha maltratado, me ha insultado y me ha besado».

Debía darse prisa. Consciente de que ya debían de haber pasado unas buenas dos horas desde que se había separado de Donna, quien se estaría impacientando, empezó a acelerar e ir casi a la carrera,

El viento que soplaba por entre los setos desnudos se iba haciendo cada vez más fuerte a medida que avanzaba la tarde. Por muy agradable que hubiera sido el día, aún estaban en marzo y no llevaba ni pelliza ni tocado.

De repente, los setos podados y colocados a la perfección y las zanjas claramente definidas dieron paso a un revoltijo de arbustos frondosos y charcos de barro. A través de uno de los muchos huecos que había en la linde, atisbó un campo mal drenado con cardos muertos aquí y allá. Debía de ser el terreno de Rye End Hall. Los frutos de la negligencia de su padre y su hermano eran más que evidentes. Con razón Allington la había regañado por sus arrendatarios.

Allí, por fin, estaba la entrada del Hall, cuyas puertas oxidadas colgaban de unos postes altos. Las casas de huéspedes estaban vacías, y los cuidados jardincitos que recordaba de su infancia estaban enterrados bajo zarzas y ortigas.

Mientras se apresuraba por el camino de entrada, Antonia elaboró una versión desenfadada de sus aventuras para contárselas a Donna. Nada de un beso insolente y excitante. Puede que Donna fuera bajita y una dama de los pies a la cabeza, pero no tendría ningún reparo en ir a Brightshill y decirle al duque lo que pensaba exactamente de su comportamiento.

La puerta principal se abrió cuando se acercó y Donna salió al escalón, con el ceño fruncido por la ansiedad y el alivio.

—Estás ahí, querida. Estaba meditando si debía ir a buscarte. —Calló cuando Antonia se acercó lo bastante para que la otra mujer apreciara bien lo horrible que iba.

—¿Qué has estado haciendo? Tienes sangre en la cara. ¿Estás herida? ¿Te has caído en el bosque? —Casi tiró de Antonia hacia el interior mientras hablaba. La llevó rápidamente por el pasillo hasta la cocina, en la parte trasera de la casa.

—No, no, no estoy herida. Es sangre de faisán, no mía. He vivido una gran aventura, Donna, y he tenido otro encuentro con nuestro exasperante vecino, el duque.

—¿Exasperante, querida? ¡Maldito fuego! Como no lo avive más, no calentará el agua. —Meneó los leños que ardían en la chimenea, pero no sirvió de mucho.

Antonia se dejó caer en un banco con un gruñido y se quedó mirando el estado de abandono en que se encontraban las cocinas. Las paredes, que, según recordaba, encalaban dos veces al año, estaban manchadas de humo y cubiertas de telarañas. La grúa y los deshollinadores de la chimenea estaban oxidados, y los amplios estantes y aparadores estaban vacíos o repletos de pilas de loza agrietada y sucia.

La señorita Donaldson obviamente había encontrado una escoba, porque habían barrido las losas de delante de la chimenea y el banco, lo que solo sirvió para revelar la suciedad incrustada del suelo de debajo.

—No puede ser que todo se haya vuelto tan miserable en tan solo seis meses, ¿no? —dijo

Antonia, desesperanzada—. No me extraña que el abogado nos haya desaconsejado volver aquí. Bueno, quizá esta sea la peor habitación. Si papá contrató a una cocinera desaliñada... ¿No? ¿Están todas tan mal como esta?

Donna se sentó junto a ella en el banco y le tomó la mano. Antonia no estaba segura de quién estaba consolando a quién.

—Tal vez la cocina te parezca peor porque la recuerdas llena de actividad, toda brillante y limpia en los tiempos de tu mamaíta. No he mirado en todas las habitaciones, pero las que he visto están sucias y apenas quedan muebles.

Antonia respiró hondo y reprimió sin piedad el deseo de echarse a llorar y echar a correr por el camino de entrada para refugiarse en la posada. Ahora ese era su hogar y tendrían que aprovecharlo al máximo.

—Está anocheciendo y debemos buscar velas, calentar agua y comer algo antes de irnos a dormir. Ya es demasiado tarde para intentar mejorar la situación.

Por fin, de la tetera salió un vapor tenue. Antonia vertió un poco en un cuenco y se lavó la cara y las manos mientras Donna cepillaba con esmero la superficie de la mesa, extendía un paño que había traído en el cesto de la comida y comenzaba a sacar las provisiones.

Era una cena sencilla, pero después del día que había pasado parecía un festín, pensó Antonia mientras fregaba dos platos. Había jamón en conserva, queso, manzanas, pan con mantequilla y un pastel de frutas.

Donna preparó té tras limpiar una tetera rota que encontró en un estante, y, agradecidas a su calor, se lo bebieron.

Mientras comían, Antonia le narró la aventura que había vivido esa tarde, omitiendo muchos detalles. Incluso bastó con esa versión para que Donna se estremeciera y exclamara a ratos.

Antonia se recostó y estiró los pies hacia el tenue calor que provenía de la cocina. Estaba llena, más o menos abrigada y tenían un techo sobre sus cabezas. Era mucho por lo que estar agradecidas.

—Dejémoslo todo como está hasta mañana. No se ve nada y hemos tenido un día largo y agotador. —Mientras hablaba, se oyó un crujido y un correteo detrás del tocador—. Lo que nos faltaba: ratones.

—Con suerte —dijo Donna con tristeza, guardando la comida en el cesto de mimbre mientras hablaba—. No quería decírtelo, querida, pero la primera vez que he entrado en la cocina me ha parecido ver una rata.

—Uf, bueno, eso significa que la primera tarea de mañana será encontrar un cazador de ratas y un gato grande. Veamos si hay un sitio en el que dormir.

Una desalentadora inspección a la luz de las velas reveló unas pocas habitaciones lúgubres, de las cuales solo tres tenían cama. Al final se decantaron por la habitación que evidentemente había estado ocupada por el ama de llaves antes de que se acabara yendo a causa del escandaloso comportamiento de sir Humphrey y de su total falta de voluntad por pagar los salarios.

La cama, hecha con sus propias sábanas, estaba limpia, aunque no era especialmente cómoda. Pero ni siquiera el olor a humedad que impregnaba el lecho bastó para mantener despierta a Donna. Antonia oyó un suave ronquido, intentó mantener los ojos abiertos mientras planeaba el día siguiente y sintió que se quedaba dormida en cuanto posó la cabeza en la almohada.

A las siete de la mañana siguiente ya habían desayunado y Antonia intentaba hacer una lista en un trozo de papel que había sacado del estudio, junto con una pluma roma y un bote de tinta marrón espesa.

—Primero añadiré tinta a la lista.

—No sé cómo es que te divierte esta situación. Cualquiera otra joven que conozcamos estaría al borde de un ataque de nervios. Sé que podrás hacer frente a este desastre de casa y no permitirás que te deprima, pero de veras que no comprendo qué has hecho para merecer esta carga.

—No sirve de nada quejarse. —Antonia golpeó con la pluma el cuello encostrado del tintero—. Las cosas solo pueden mejorar. Tenemos que hacer una lista de provisiones y una de las dos debe ir a Rybury y ver qué podemos comprar allí. Sin duda, el joven Jem, el de la posada, estaría dispuesto a traer lo que falta de Berkhamsted por una pequeña suma. Parece un muchacho confiable, ¿no crees?

Un ruido furtivo en el revestimiento de la madera les recordó otra necesidad apremiante.

—Y que vengan los cazadores de ratas —dijo Donna, estremeciéndose—. Habrá una mujer en el pueblo que venga a fregar, ¿no crees?

—Si podemos, contratemos a dos. Harán falta más que una mujer y nuestros esfuerzos para poner orden en este lugar. —Y podría proporcionar un empleo muy necesario para al menos dos de los aldeanos abandonados. Pensaba en ellos. Mucho.

—Diría que ya ha salido el sol, aunque es difícil saberlo con estas ventanas.

Donna apagó las velas y fue a la otra punta de la cocina a abrir la puerta trasera. Por ella entraron un torrente de sol primaveral y el olor a tierra húmeda junto con el joven Jem, gorra en mano y sonrojado por la importancia de su mensaje.

—Buenos días. Le pido perdón, señorita, pero mi mamá pregunta si necesita que le traiga algo o la ayude, por ejemplo.

—Jem, eres un regalo del cielo —le dijo Antonia con una sonrisa, lo que hizo que el joven cambiara el peso de un pie al otro, confundido—. Entra y siéntate mientras terminamos esta lista de provisiones. Y dime, Jem, ¿hay alguna mujer en el pueblo que quiera venir a limpiar para nosotras?

—Sí, señorita —dijo, moviéndose, obviamente avergonzado por algo—. A ver, es que...

—Por un salario diario adecuado, por supuesto —dijo Donna con firmeza, y miró a Antonia con una ceja enarcada. Conocían lo bastante a sir Humphrey como para comprender por qué Jem tenía dudas—. Y necesitamos un cazador de ratas.

—Pues Walter Armitage, siempre y cuando se haya recuperado del reuma —dijo Jem amablemente—. ¿Y qué tal un gato, señorita?

—Si encontrases uno, sería perfecto. Ten, la lista. ¿Recuerdas todo lo que necesitamos?

—Provisiones, cazador de ratas, gato, asistentes —recitó Jem con seguridad—. ¿Y necesitaría un mozo para trabajos ocasionales, por ejemplo? —Se quedó de pie, haciendo girar su gorra entre las manos con aspecto esperanzado y casi inocente, aunque eso sería exagerar.

—Sí —contestó Antonia.

Su rostro alegre y franco, tan limpio como podría esperarse de un muchacho de catorce años, se iluminó con una amplia sonrisa.

—Pero ¿tu padre no te pedirá que lo ayudes en la posada?

—Para las diez ya habré hecho mis tareas, señorita. Vendré aquí directamente. Tendré que estar de vuelta a eso de las cinco, por culpa de la diligencia.

—Está bien, Jem. —Antonia fijó un salario diario que, pese a ser muy modesto, hizo que le brillaran los ojos al muchacho. Salió disparado por la puerta trasera, agarrando con fuerza la lista.

—Qué casualidad —dijo Donna—. Lo primero que voy a hacer cuando ese chico regrese es mandarlo a la chimenea de la cocina para que se deshaga de los nidos de pájaros.

Desplegó un enorme delantal blanco, se envolvió el esmerado peinado con un paño, y, con los brazos en jarras, contempló la cocina.

—Si empiezas por aquí —sugirió Antonia—, limpiaré el dormitorio, así al menos podremos comer y dormir con relativa comodidad.

Arrojó el vestido destrozado del día anterior a un barreño de agua fría con la ligera esperanza de que, una vez limpio, se salvase algo de la tela. Se puso un delantal y subió las escaleras.

Frotó el vidrio empañado que colgaba de la pared del dormitorio hasta que pudo verse reflejada en él y se retorció el pelo bajo un turbante como el de Donna. La verdad es que su pelo era un horror. Sus rebeldes rizos castaños necesitaban los cuidados de una peluquera con regularidad si no quería parecer una salvaje total, pero en ese momento no tenía tiempo ni recursos para esos lujos.

Al menos el vestido primaveral de muselina de ese día, aunque descolorido, no tenía rasgaduras ni desgarros. Antonia se arremangó, abrió la ventana y se puso a quitar las telarañas que cubrían las paredes con un plumero atado a un palo. Mientras una araña grande tras otra salían de su nido y se escabullían hacia la puerta abierta, Antonia dio gracias de que la luz de la noche anterior hubiera sido tan débil.

A media mañana, la habitación estaba barrida, desempolvada y ventilada. Las cortinas estaban amontonadas en el suelo para la lavandera y solo quedaba la cama por limpiar.

Fue un alivio descubrir que el colchón no estaba tan mohoso como temía, una vez que quitó las sábanas. Aun así, tanto el colchón como las almohadas necesitaban una buena sacudida y aireación para refrescar las plumas de ganso aplastadas. Lo arrastró hasta la ventana y lo colocó sobre el alféizar. Era demasiado pesado para sacudirlo, así que Antonia se inclinó y lo golpeó vigorosamente con las manos.

Se oyó un grito de indignación desde el camino de abajo por la lluvia de polvo y plumas sueltas. Sobresaltada, con la cara roja y todavía doblada por la mitad sobre el alféizar, Antonia levantó la cabeza y vio a Marcus Allington desempolvándose el abrigo.

—Ost..., digo, lo siento mucho... —Lo miró a la cara, e, incluso bocabajo, vio que estaba más encantado que molesto. Se mordió el labio, medio arrepentida de haberse disculpado por acto reflejo con un hombre que la había tratado tan despreocupadamente el día anterior.

Ya había sido bastante malo que sus guardias la hubieran maltratado, pero que él la obligara a prestarle atención y fuera a su casa sin avisar era el colmo.

—¿Lo esperábamos? —preguntó—. ¿Acaso echa en falta un par de faisanes?

—Lo ignoro, señorita Dane. Son mis guardias los que se encargan de contar las aves. Y después de lo convincente que fue ayer al explicar las circunstancias, ni se me pasaría por la cabeza buscarlos aquí. —El duque parecía muy alegre esa mañana y no le inquietaban lo más mínimo ni la frialdad de la joven ni las circunstancias poco convencionales.

Antonia tuvo la repentina sensación de que, bajo de su fachada convencional, Marcus Renshaw era un hombre que disfrutaba de lo inesperado.

Se hizo un silencio sorprendentemente cómodo. Entonces reparó en que el duque miraba con admiración el generoso escote que exhibía al estar bocabajo.

Se apresuró a subirse al alféizar, se subió el vestido hasta el cuello y, con toda la dignidad que pudo, miró afuera de nuevo.

—Si sigue el recodo que lleva a la parte trasera de la casa, encontrará a mi compañera, la señorita Donaldson, en la cocina».

El duque hizo una reverencia un tanto irónica y dobló la esquina tranquilamente, con el sombrero todavía en la mano.

Antonia lo observaba: su pelo castaño alborotado por la brisa, la anchura de sus espaldas, aún más impresionante desde arriba... «¡Por el amor de Dios, cálmate, mujer!».

Antonia fue a quitarse el turbante, pero se detuvo. No. ¿Por qué debería estar tan emocionada por él cuando se había presentado descaradamente, sin avisar ni pedir permiso?

Se quitó las faldas y el delantal y bajó las escaleras a toda velocidad, pero al llegar al vestíbulo descubrió que el corazón le latía demasiado deprisa. Bueno, la había pillado en desventaja, asomada a la ventana de una manera indecorosa, totalmente inapropiada para una dama como ella. Cualquiera se pondría nervioso en esas circunstancias. Habría reaccionado igual de haberse tratado de la esposa del vicario.

Antonia sonrió con fingida serenidad y entró en la cocina con la firme intención de tratar a Marcus Allington como si el día anterior y su beso no hubieran ocurrido nunca. Encontró a Donna, que se puso inusitadamente nerviosa al ver que la había pillado de pie sobre una silla, con un plumero en la mano.

—Deje que la ayude —dijo el duque en un tono que hacía pensar que ayudaba a damas de mediana edad a bajar de la silla de la cocina todos los días.

—Gracias, excelencia. Le estoy muy agradecida. —Donna se ruborizó mientras arrojaba apresuradamente el plumero detrás del banco—. ¿No le apetece una taza de té? Santo cielo, me gustaría sugerirle que lo tomase en el salón, pero la verdad es que no es...

—... apto para ser habitado —agregó Antonia, pateando el plumero aún más lejos—. Buenos días, excelencia. Qué amable por su parte haber venido. Confío en que el paseo desde Brightshill haya sido agradable. Lamento decirle que hay al menos una paloma muerta (nuestra y requetemuerta, debo añadir) en el salón, así que creo que estará más cómodo aquí, en el banco.

—Buenos días, señorita Dane —dijo él sin mostrarse para nada molesto—. Se me ha ocurrido pasar a verla y asegurarme de que se había recuperado de las emociones de ayer. —La miró a los ojos con un brillo travieso en su insondable mirada marrón oscuro—. Sé que me perdonará la informalidad de no darle mi tarjeta antes.

—Muy amable. Permítame presentarle a mi acompañante, la señorita Donaldson. Por favor, siéntese —dijo Antonia con autoridad mientras iba a ayudar a Donna con las cosas del té.

El duque, que cortésmente no quería sentarse mientras las damas permanecían de pie, echó un vistazo a la cocina.

—¿Aún no han llegado sus sirvientes, señorita Dane? Permítame. —Tomó las tazas de las manos de Donna y las colocó sobre la mesa, ahora limpia.

—Tenemos... —Estaba a punto de decir «cero», pero se mordió la lengua al recordar su enorme casa y los innumerables criados que tendría a su servicio. Admitir que ella y Donna tenían tan pocos recursos que contratar a una doncella y a una o dos asistentas era la única opción sensata que les quedaba de pronto se le antojó insoportable—. La casa de Londres todavía está cerrada —dijo con aire despreocupado, esperando que eso sugiriera una multitud de sirvientes y criados ocupados con los guardapolvos y el equipaje—. Y como esta casa está en semejante estado, he pensado que sería mejor esperar un poco antes de decidir a cuántos contratar. —Detrás de él, vislumbró la expresión de dolor y espanto en el rostro de Donna al oír su descarado embuste—. Mientras tanto, el joven Jem, de la posada, ha ido a contratar a unas asistentas del pueblo. Si los sirvientes de Londres vieran Rye End Hall en estos momentos, huirían despavoridos. —Antonia se las arregló para soltar una risita—. ¿Sabe usted lo que son los sirvientes? ¿O acaso lo desconoce? Quizá sea la duquesa la que se ocupe de esos menesteres.

El duque sonrió al advertir su flagrante intento de sonsacarle información, y Antonia vio a Donna poner los ojos en blanco.

—Lamento mucho informarle, señorita Dane, que en estos momentos no tengo esposa. —Estaba a gusto sobre el duro banco, con las botas cruzadas y los ojos entornados por la diversión. Su tono carecía por completo de la pena que decía sentir.

Su propia audacia la hizo sonrojar.

—Es una lástima, excelencia. Esperaba encontrar una vecina simpática. ¿Más té?

—Espero que compruebe que encajo en su descripción, señorita Dane. En general, se considera que así es.

—Un duque siempre estará por encima de las críticas. —La expresión del duque se tornó burlona, por lo que ella agregó, sin pensar—: Pero las mujeres somos diferentes.

—Muy cierto, señora. He observado que así suele ser. En cuanto al té, debo rechazarlo. Voy a ver al señor Todd. Tengo entendido que ya conoce a nuestro cura.

—Desde luego. Ayer viajábamos juntos. —«Por favor, váyase. Ya»—. Que tenga buen día, excelencia.

Se quedó de pie mirándola hasta que ella sintió que le ardían las mejillas.

—Llámeme Renshaw, señorita Dane, se lo ruego. Que tengan buen día.

Donna apenas esperó a que la puerta se cerrara tras él.

—Antonia, nunca te habría creído capaz de semejante grosería. Y de hablar con tanto secretismo sobre nuestros supuestos sirvientes... No me extraña que te sonrojes tanto. ¿Qué pensará el duque cuando descubra nuestra verdadera situación?

—Sospecho que ya lo sabe —respondió Antonia con tristeza—. Sospecho que no hay mucho que escape a la mirada aguda de su excelencia, bueno, de Renshaw. Sé que he obrado mal, Donna, pero es que me saca de quicio. Y quiere que Rye End Hall se sume a lo que le compró a mi padre. No tardará en querer comprar más tierras y, si se da cuenta de lo mal que nos van las cosas, la oferta será muy baja.

—Pues niégate.

—Pero supongo que tendré que vender una parte del terreno para reunir el dinero necesario para reparar la estructura de la casa, y ni siquiera la hemos visto bien a la luz del día. Si se da cuenta de lo desesperada que estoy, habré perdido mi ventaja a la hora de negociar.

—Es terrible pensar que una jovencita tenga que entender estas cosas —dijo Donna. Puede que sonara como una señorita recatada, pero la mirada de detrás de sus quevedos era penetrante—. De todos modos, entiendo lo que quieres decir. Sin embargo, no es la única razón por la que te has comportado de una manera tan, digamos, fuera de lo común, ¿verdad, querida?

Antonia imaginó que su sonrisa la delataba.

—Lo sé, Donna. Me temo que es orgullo, el orgullo de los Dane. No soporto que la gente sepa en qué aprietos estamos. Y después del humillante encuentro de ayer...

Se interrumpió, consciente de que no le había contado todos los detalles a Donna y de que su compañera era una mujer astuta.

—Aunque no está la cosa como para que nos enorgullezcamos de algo. Va a costar mucho que la gente de por aquí cambie la opinión que tiene de mi familia.

—Al menos ahora tenemos dos habitaciones limpias y habitables y podemos comer y dormir con relativa comodidad. —Antonia volvió a guardar las tazas de té en el aparador de roble recién fregado—. ¿Examinamos la casa a fondo y hacemos inventario de muebles y ropa de cama?

Capítulo cuatro

Estuvieron hasta las tres de la tarde para completar el recorrido. Antonia se sentó a la mesa de la cocina y ordenó las listas extremadamente breves de los muebles que quedaban, mientras Donna preparaba pan con mantequilla para un almuerzo tardío.

—O bien mi padre ha vendido mucho o bien se ha usado para satisfacer a los acreedores. Los preciosos muebles franceses de la habitación de mi madre y del salón azul han desaparecido. Para cuando hayamos tirado las cosas que están demasiado llenas de gusanos para conservarlas, estaremos dando tumbos como dos gotas de agua en un tambor.

Donna dejó una bandeja y se detuvo de camino a buscar la mantequilla para revisar las listas.

—Querida, estos muebles resultarían adecuados si estuviéramos en una casa modesta. No digo que todo sea de primera clase, pero estará pasable cuando la limpiemos y le hagamos algunos arreglillos. La ropa de cama necesita un zurcido, pero es de buena calidad.

—Si bastara con desearlo, Donna... Vivimos en una mansión con veinte habitaciones, por no hablar de las dependencias de los sirvientes. A menos que nos mudemos a los establos, no hay alojamiento más pequeño.

Antonia se sirvió una rebanada de pan con mantequilla y trató de no fruncir el ceño mientras pensaba. Como no se anduviese con ojo, con todos los problemas que se les venían encima, le saldrían arrugas.

Se recordó que había cosas positivas en las que pensar.

—Lo único bueno es que, a excepción de las pocas tejas que faltan en el ala oeste, la estructura de la casa está en muy buenas condiciones. Necesita limpieza y muchas reparaciones menores, pero seguro que nada que exceda la habilidad de los artesanos del pueblo. Tendríamos que reservarnos un grupito de habitaciones y cerrar el resto de la casa. Oh, Jem, ¿qué traes?

El muchacho parecía muy pagado de sí mismo mientras soltaba dos cestas de mimbre, una de las cuales estaba repleta de provisiones y la otra rebosante de gatitos.

—¡Dios mío, Jem! Te he pedido un gato, no todos los gatos callejeros del pueblo.

El niño sacó una bella gata atigrada del centro de la cesta.

—Pero es que acaba de tener gatitos, señorita, y es una buena cazadora de ratones. Con todos los gatitos trabajará aún más duro, señorita, y, cuando crezcan, también cazarán.

—Bien hecho, Jem, es una idea sensata. —El cumplido lo hizo sonreír—. Sin duda, hay suficientes ratones en esta casa para alimentar a una familia tan esperanzada. Pon la cesta en el lavadero y búscale un plato con agua.

Donna examinó las compras mientras la gata se instalaba en su nuevo hogar.

—Muy bien, Jem. ¿Has contratado a las asistentas? ¿Y al cazador de ratas?

—La viuda Brown y su hija vendrán mañana a primera hora. El cazador de ratas no puede venir hasta el miércoles, pero traerá a sus perros y a un niño, así que ellos se encargarán de limpiar la casa, los establos y lo demás. Y mi padre dice que me encargue yo de las chimeneas.

—Buen chico. —Donna dejó una bandeja con pan y queso delante de él. Jem la atacó con ganas y se puso a hablar con la boca llena.

—He conseguido las provisiones en Berkhamsted. Mi madre me ha dicho que así tenía que ser, que ustedes son finas. A todos les ha encantado saber que el Hall vuelve a estar habitado. Supongo que vendrán muchos comerciantes.

Antonia salió y dejó a Donna colocando arpillera vieja sobre las chimeneas mientras Jem preparaba una colección abigarrada de cepillos y palos para limpiar las chimeneas. El sol le calentaba los hombros y ella aminoró el paso hasta que, al cabo de unos minutos, encontró la puerta que daba al huerto.

Las cálidas paredes de ladrillo todavía sostenían los árboles frutales, y se adivinaba la forma de los canteros bajo la espesa maleza y las verduras muertas hacía tiempo. Antonia se paseaba arriba y abajo por los senderos de ladrillo con la esperanza de encontrar algo comestible, pero no vio nada excepto menta y tomillo. Habría que podar los árboles, pensó, pero el nuevo follaje era vigoroso y prometedor.

Hasta ahí llegaba su conocimiento de horticultura, lo cual era preocupante, pues un huerto próspero marcaría la diferencia en sus comidas.

Cuando regresó a la casa, encontró a Jem en la puerta de la cocina, quitándose el hollín del cabello.

—¿Hay alguien en el pueblo que pueda cultivar el huerto para nosotras, Jem?

Se movía inquieto sobre el trozo de arpillera al que Donna lo había desterrado mientras ella barría sus huellas de hollín.

—El viejo Walter Johnson. Cuidaba estos jardines. Aún vive, señorita. Tiene un reumatismo terrible (al menos, se queja bastante de ello), pero sabe lo que se hace y podría traer a un muchacho con él para que cavara con fuerza.

—Si crees que el viejo puede encargarse, sería estupendo.

—Lo hará bien y se alegrará de cobrar. Podrían habérselo pedido a su hijo mayor, pero está en la cárcel de Hertford.

—Dios mío. —Donna salió detrás de él, escoba en mano—. No creo que queramos contratar a alguien de esa calaña.

—Solo cazaba furtivamente, señorita. Lo pillaron con las manos en la masa y el de Brightshill lo mandó a prisión. Es muy duro con los cazadores furtivos. La verdad es que fue un poco impactante, porque no suele estar aquí tanto tiempo como para complicarnos la vida de esa manera.

—¿Te refieres al duque? —Antonia se ruborizó al recordar haber experimentado el trato que Renshaw dispensaba a los cazadores furtivos. Cuando Jem asintió, preguntó—: ¿Tan serio es el problema de la caza furtiva por aquí como para que sea tan estricto?

—Sí. Al fin y al cabo, la gente tiene que comer. Pero todo irá bien ahora que está usted aquí, señorita —dijo Jem con confianza—. Habrá trabajo de nuevo en la tierra, en los jardines y en la casa, estoy seguro.

Se le desencajó el rostro alegre y, por un momento, Antonia pensó que se echaría a llorar.

—Pero sus arrendatarios lo han pasado muy mal estos últimos años, señorita. Muchas familias se habrían muerto de hambre de no haber sido por un faisán o un conejo contados que cazaban en su tierra o en la del duque.

A Antonia le embargó una oleada de ira contra su padre y su hermano por su negligencia y su actitud desinteresada y derrochadora. Era muy consciente del efecto que sus métodos ruinosos habían tenido en la fortuna y el nombre de la familia y en su propio porvenir. Ahora se daba cuenta de lo irresponsables que habían sido con sus arrendatarios. La gente estaba a punto de morir de hambre a las mismas puertas del Hall.

Y en cuanto al duque de Allington, ¿cómo se podía defender a un hombre que estaba dispuesto a encarcelar a los que sostenían a sus familias por alimentar a sus hijos? Era una iniquidad. «Ese hombre es inhumano, no hay otra palabra para describirlo», pensó enfurecida. Sabía que todos

los terratenientes adoptaban una postura firme respecto a la caza furtiva, como hacían ante cualquier delito contra la propiedad, pero ¿acaso un hombre racional no podía demostrar cierta indulgencia cuando la gente pasaba necesidad?

Jem se alejó un poco de ella, por lo que supuso que estaría arrugando el ceño. Con una sonrisa, le dio unas monedas de su bolso por haber cumplido con sus labores, y lo envió a casa con una manzana para que se la fuera comiendo y el recordatorio de que hablase con el viejo jardinero por la mañana.

Después de cenar, Donna se puso a cortar sábanas muy gastadas para hacer fundas de almohada mientras Antonia se quedaba en la mesa con una pila de papeles y una pluma.

Después de una hora, Donna levantó la vista.

—Otro suspiro profundo, querida. ¿Qué estás haciendo? No puede ser bueno para tu vista y, ciertamente, parece que no te esté dando ninguna satisfacción.

—Estoy revisando nuestra situación financiera. ¿Recuerdas que calculamos que podríamos permitirnos contratar una criada, un lacayo y una cocinera?

—Sí. ¿Nos hemos equivocado? ¿Tenemos menos dinero del que pensábamos?

—No, hemos hecho bien nuestros cálculos. Pero, Donna, sinceramente, ¿cómo podemos traer a sirvientes de un pueblo pequeño para que se ocupen de nuestra comodidad y bienestar cuando la gente de la finca está en semejantes apuros? Deberíamos gastar el dinero en asistentes, jardineros y hombres que hagan las reparaciones; así, al menos, el dinero llegará a tantas familias como sea posible. Tú y yo deberíamos ocuparnos de nuestra ropa, de la limpieza superficial y de cocinar.

Donna se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente con el delantal.

—Aplaudo el gesto, querida, pero al menos creo que deberías tener una doncella que te atienda y te abra la puerta. Recibir invitados sería muy difícil, ¿y qué pensarían los posibles pretendientes si una de nosotras respondiera a su llamada, o una asistente...?

—Así los posibles pretendientes tendrían una idea muy clara de mi verdadera posición —dijo Antonia con energía—. En vista de la reputación de mi padre en la zona, no creo que la nobleza local vaya a llamar a mi puerta.

Y ni hablar de pretendientes. A su edad y en su situación económica, cuanto antes se resignara a la soltería, mejor.

—Cierto —convino Donna con un movimiento de cabeza. Se colocó las gafas con firmeza y miró con enojo las sábanas rotas—. Es una lástima que el duque no esté casado. Su esposa sería la persona indicada para presentarte a la sociedad local.

—Sí, si una duquesa fuera a rebajarse tanto. Y si Renshaw estuviera casado, estoy segura de que su disposición sería considerablemente más conciliadora.

Donna abrió la boca como para decir algo, pero la cerró de golpe, guardó la labor y se levantó de su asiento junto al fuego.

—Creo que deberíamos retirarnos, querida. Mañana nos espera otro largo día.

—Antonia, ¿qué son las chimeneas que hay entre los árboles? —La voz de Donna llegó débilmente por las escaleras desde el desván de los sirvientes. Una semana después de su llegada, ya habían adoptado una rutina de limpieza y habían dejado los pisos superiores para más tarde.

—¿Qué chimeneas? ¿Y qué estás haciendo ahí arriba? —gritó Antonia, desconcertada. Se pasó un mechón rebelde por detrás de la oreja, dejó el paño de limpieza con el que había estado

intentando devolverles el brillo a los balaustres de la escalinata y siguió la voz de Donna.

La encontró apoyada en el alféizar de una de las ventanas abuhardilladas que daban a las tejas planas y plúmbeas, mirando al bosque que había al oeste de la casa.

—Qué verde y exuberante se ha vuelto el campo en las tres semanas que llevamos aquí —observó—. Siento que por fin ha llegado la primavera; me llena de esperanza para el futuro.

Antonia se fijó en las delgadas mejillas de Donna, normalmente pálidas, ahora teñidas de color. Parecía que estaba floreciendo ante este nuevo desafío. Hija de un oficial del ejército de la Compañía de las Indias Orientales empobrecido, no le había quedado otra opción después de su muerte, cuando tenía poco más de veinte años, que convertirse en institutriz.

Aunque Donna rara vez hablaba de sus anteriores patrones, Antonia sabía que no había estado a gusto en esos puestos. Convertirse en la institutriz y camarada de Antonia, de catorce años, encajaba más con su temperamento, y no tardaron en volverse uña y carne.

—Sí, está precioso. —Antonia se apoyó en la cornisa que había a su lado y, por un momento, ninguna de las dos habló mientras respiraban el fresco aroma de la brisa que soplaba suavemente por los bosques de hayas de las Downs—. ¿Por qué has subido aquí?

—Es que el primer día solo inspeccionamos estas habitaciones de forma muy superficial y quería ver si nos habíamos olvidado de algo útil. Pero solo hay una silla con una pata rota y otra mancha de humedad que no habíamos notado. Pero luego he visto chimeneas. ¿Ves?

Antonia siguió la dirección de su dedo, que señalaba el lugar en que unas antiguas pilas de ladrillos retorcidas interrumpían la linde.

—¡Dios mío, es la casa Dower! La había olvidado por completo. La última vez que estuve allí era yo muy joven. La prima mayor de mi padre vivió allí durante años, pero como habían reñido muy fuerte hacía siglos, nunca la visitábamos. Murió hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿la casa será tuya? —preguntó Donna.

—Pues sí, debería. Es parte de la finca. —Miró a Donna a los ojos y hablaron a la vez—. ¡Muebles!

—Aunque es posible que tu padre la vaciara y vendiera cuando murió su prima —dijo Donna con la entereza de quien no está dispuesto a venirse abajo.

—Tal vez no. Se llevaban fatal y él tenía otras cosas de las que ocuparse.

—Como su bodega —dijo Donna con tono mordaz—. Bueno, deberíamos ir a echar un vistazo, y cuanto antes, mejor. Voy a la cocina primero. He dejado a la viuda Brown preparando las verduras para la cena.

Una escena de caos las recibió cuando cruzaron el umbral. La criada perseguía a la gata atigrada por la cocina con una escoba, un conejo desollado y muy maltrecho se desangraba en la alfombra de la chimenea y una olla de caldo de menudillos hervía en el fogón.

—Señora Brown, ¿qué ocurre? —preguntó Donna.

La criada dejó la escoba en el suelo y se quedó ahí, jadeando y con la cara roja.

—¡Es esa maldita gata, señorita! Se supone que se come las ratas, no lo de la despensa.

La gata aprovechó la oportunidad y se llevó al conejo al lavadero, y Antonia corrió a salvar la olla para que no se evaporase el caldo.

—Oh, cielos —se lamentó Donna—. Ese conejo era nuestra cena. ¿Los chicos han traído alguna otra presa esta mañana, señora Brown?

Al poco de su llegada, a Antonia se le ocurrió alentar a sus arrendatarios a que «cazaran furtivamente» la abundante caza que infestaba sus abandonadas tierras. Había llegado a un acuerdo: ella se quedaría con una parte de los animales que abatieran o cazaran con trampas y, a cambio, ellos se quedarían con el resto para alimentar a sus familias. Había establecido la estricta

condición de que no se acercaran ni un ápice a Brightshill ni a ninguna otra finca de los alrededores.

El plan ya estaba empezando a surtir efecto. Sus arrendatarios se alimentarían mejor y ella se aseguraba de que no cayeran en la tentación de ir contra la ley... o contra los guardabosques del duque. A cambio, ella y Donna cenarían bien: conejo, faisán y palomas. El día anterior incluso habían comido venado.

Se habían vuelto expertas en desplumar, despellejar y guisar, lo que beneficiaba enormemente a la hacienda de la casa. Y lo que quizá fuera más importante: Antonia sentía que había empezado a cerrar la brecha entre el propietario y el inquilino que había abierto la conducta de su padre. Cada vez que se encontraba con alguno de sus arrendatarios, Antonia se sentía reconfortada por su evidente gratitud.

Y todavía quedaban por considerar el río y el lago, aunque eso tal vez tuviera que esperar. Había mirado las cañas de pescar de su difunto hermano, pero después de enredarse con el anzuelo y el sedal antes de sacarlas siquiera del armario, decidió con pesar que necesitaría lecciones antes de amenazar a los lucios y las percas locales.

—Creo que todavía quedan un par de palomas torcaces. —Donna miró dentro de la despensa—. Será mejor que me quede aquí y vea qué puedo rescatar. Ve a la casa Dower sin mí, Antonia. Bueno, señora Brown, veamos qué podemos hacer aquí.

Antonia salió por la puerta trasera aliviada, contenta de escapar del olor a ganado quemado. La lluvia que había caído ese mismo día había dado paso al sol, aunque tuvo que tener cuidado con el barro que había en el suelo mientras caminaba por los senderos recién pavimentados con gravilla que atravesaban los huertos amurallados.

El viejo Johnson estaba sachando entre hileras de plantones de hortalizas, regañando al muchacho flacucho que estaba colocando guisantes en las zanjas recién cavadas. Sabiendo perfectamente que el jardinero podría —y querría— hablar largo y tendido y formularle preguntas incomprensibles sobre jardinería si ella se lo permitía, Antonia los saludó alegremente con la mano y salió por un postigo que conducía a las ruinas de los jardines de recreo que se encontraban más allá.

Antonia sorteó grupos de zarzas y ortigas, rememorando con tristeza el césped liso y los arbustos bien cuidados que antaño ocupaban la zona. A su madre le encantaba pasear al fresco de la tarde en el jardín de rosas que ella misma había cultivado. Ahora Antonia ni siquiera reconocía por dónde habían caminado juntas.

Tragó saliva con fuerza ante el dolor casi físico del recuerdo y siguió caminando hacia el cinturón de árboles que bordeaba los terrenos de recreo y los separaba de los jardines de la casa Dower y los pastos más allá.

Un grupito de gamos se alejó, casi bajo sus pies, lo que le recordó que las cercas debían de estar en mal estado. Era un placer observar a los animales, pero rápidamente echarían por tierra cualquier esfuerzo por civilizar los jardines. Con tristeza, intentó calcular cuánto costaría cercar, no solo los terrenos, sino lo más importante: los campos y los pastos.

La casa Dower estaba oculta tras un frondoso seto de zarzas y espinas que le hizo pensar en el cuento de *La bella durmiente*.

Antonia se dio cuenta de que se acercaba a la parte trasera de la casa cuando llegó a la puerta del jardín. Colgaba de una bisagra y la madera estaba bastante podrida y cubierta de líquen. La abrió con cuidado y la cruzó hasta llegar a un patio pavimentado con un pozo en el centro.

La casa había sido la granja original de la finca. Construida durante el reinado de Jacobo I, era un edificio de dos pisos con dos alas construidas con ladrillos rojos locales, bajo un techo de tejas

coronado por las chimeneas retorcidas que Donna había visto desde el ático esa mañana.

Supuso que en el lugar donde se hallaba habría estado el redil. Probablemente, cuando la casa se convirtió en la casa Dower y se construyó la nueva granja de caballos, se demolieron los edificios anexos y el patio pasó a formar parte de los jardines.

Los ventanucos con parteluces reflejaban la luz con sutileza pese al sol radiante. Cuando Antonia se acercó, vio que los cristales emplomados estaban cubiertos de mugre y adornados con telarañas.

Había una puerta trasera pequeña bajo un porche macizo. Probó a abrirla y, como era de esperar, estaba cerrada con llave. Debería haberlo pensado antes, pero no habían encontrado ninguna llave que perteneciera a esa casa y probablemente tendría que pedirle al joven Jem que la forzara. Qué decepción. A esas alturas ya se había hecho ilusiones de explorar. Había dado media vuelta, cuando vio la llave colgando de un gancho en una viga del porche. Estaba roja por el óxido y, a juzgar por su tamaño, obviamente no era la llave de la puerta.

Le dio vueltas en la mano y se manchó los dedos de óxido. Podría ser la llave de la puerta principal. Valía la pena probar. Dobló el recodo que daba a la parte delantera de la casa y se dirigió a la entrada principal por un césped cubierto de maleza.

Antonia recordaba vagamente la única ocasión en que había visitado la casa. Fue con su madre. Recorrieron en carruaje el corto trayecto que había desde el Hall. Al llegar, allí estaban la casa antigua y la mujer malhumorada que, con su ropa anticuada, parecía igual de anciana. Recordaba que le había hecho daño al pellizcarle la mejilla.

Antonia probó la llave en la cerradura de la puerta principal sin muchas esperanzas. Rechinó y se resistió, luego giró de repente con un fuerte clic y la puerta panelada de roble se abrió. El pasillo que había al otro lado era oscuro y lúgubre, con huecos ensombrecidos y los agujeros negros de las puertas abiertas.

Le asaltaron los recuerdos desagradables de los cuentos de terror que había leído mientras vacilaba. Se quedó de pie, con una mano en el marco de la puerta y los pies a salvo, fuera del umbral, lista para echar a correr al primer crujido siniestro.

Capítulo cinco

Antonia dudó un momento y se sacudió con fuerza. Era una adulta a la que le daba miedo entrar en su propiedad a plena luz del día. ¿Qué le diría a Donna? ¿Que tenía demasiado miedo de buscar los muebles que tanto necesitaban? Entró en el pasillo, pero, aun así, dejó la puerta abierta de par en par.

Mientras iba de una habitación a otra, sus faldas levantaban nubes de polvo, pero, para su sorpresa, todo estaba completamente seco. No había manchas de humedad ni olor a cerrado, solo un polvo seco y una falta de ventilación que impregnaban toda la casa, que estaba tal y como la dejó la prima Caroline antes de morir nueve años atrás.

La relación entre sir Humphrey y su quejosa pariente había sido tan mala que su padre debió de ordenar cerrar la casa y nunca se molestó en investigar más.

El antiguo ladrillo y el roble habían resistido el paso del tiempo y las inclemencias del clima con la robustez de la que carecían los edificios más modernos. La antigua casa tenía un aire hogareño y ahora se sentía bastante segura allí.

Antonia deambuló de una habitación a otra, levantó las sábanas, miró las cortinas en la penumbra y pasó los dedos por la madera oscura de los muebles macizos. Los escalones que subía eran amplios y había poca separación entre ellos, y la llevaron a una galería y a unos dormitorios.

Estaba a punto de cruzar la puerta de la que debía ser la habitación de la prima Caroline, cuando oyó pasos en el suelo de baldosas del pasillo de abajo. Se quedó paralizada y volvieron a asaltarla las pesadillas de los cuentos de terror. No se dejaría llevar por el pánico, no existían los fantasmas, pero aun así... Quería salir a la luz del sol, recobrar el aliento. Había alguna explicación lógica para el ruido. Tenía que haberla.

Pero no eran imaginaciones suyas, ni tampoco eran los rechinos de una casa vieja que crujiere suavemente. Quienquiera que fuera (si es que era una persona) había llegado al pie de las escaleras. Oía el chirrido de las tablas, igual que cuando las había subido.

Debía de haber una escalera trasera. Antonia se recogió las faldas y corrió de puntillas por el rellano, enfiló un pasillo, atravesó una puerta y se encontró al principio de un tramo de una escalera estrecha y sinuosa. Bajó a trompicones; el mismo acto de correr alimentaba la sensación de urgencia. Dobló una curva oscura y chocó con algo grande, fornido y vivo.

—¡Te tengo! —Unas manos fuertes la agarraron con fuerza por los hombros y la zarandearon. Antonia, a quien habían tapado la boca con un trozo de lana, giró la cabeza frenéticamente y gritó. No veía nada en la penumbra. El hombre que la sujetaba le apretaba los brazos con tanta fuerza que se le humedecieron los ojos y se le aceleró el pulso.

No había nadie cerca que pudiera ayudarla. Tendría que salir de allí sola. Contuvo los gritos y reservó el aliento para luchar. Comenzó a dar patadas con fuerza, golpeándose los dedos de los pies con las botas de cuero, que no cedían. Si pudiera bajar la cabeza, podría morderlo en...

De repente, la soltó. Antonia trastabilló hacia atrás y se apoyó en la pared, pero antes de que pudiera darse la vuelta y echar a correr, el hombre la agarró por la muñeca y la llevó a rastras a la cocina.

—Venga, muchacha, deja que te vea. Querías ver qué podías manganar, ¿eh? —La luz que entraba por las ventanas los iluminó y su captor la soltó con un reniego—. Por los clavos de Cristo. Otra vez tú.

En sus brazos se hallaba una mujer temblorosa y furiosa que tenía todo el derecho del mundo a estar allí.

Antonia Dane miró a Marcus con enojo y finalmente recuperó la voz.

—¿Cómo se atreve a atacarme en mi propia casa? —Se percató de que, aunque estaba enfadada, también temblaba aliviada de que hubiera sido él y no un ladrón, y mucho menos alguien con intenciones aún más siniestras.

—La puerta de entrada estaba abierta de par en par, he oído a alguien arriba y he pensado que era usted un ladrón. —La miró igual de furioso, en gran parte porque se sentía culpable por haberla asustado, aunque no lo admitiría—. ¿Qué espera que haga? ¿Pasar por aquí y dejar que desvalijen la casa?

La soltó y ella se dejó caer en la mesa de la cocina mientras se frotaba los brazos. «Maldita sea, le he hecho daño». La había notado muy delgada al agarrarla. Era más frágil de lo que parecía y él se había enfadado.

—Creía que... Creía que era usted...

—¿Creía que era un vagabundo e iba a atacarla? —Dio un paso hacia delante y ella palideció aún más—. Oh, Dios, se ha puesto blanca como la leche. ¿Le he hecho daño en la muñeca?

—No, no mucho. —Se frotó el brazo de todas formas, como si la fricción la ayudara a serenarse. Aun así, le tembló la voz y se le rompió al añadir—: Creía que era un demonio sin cabeza.

—¿Un demonio? Dios mío, señorita Dane. —Se echó a reír y luego se detuvo. Se había asustado de veras—. Antonia, lo siento, ven aquí.

La atrajo suavemente hacia su pecho y la abrazó mientras ella se estremecía de pavor y sucumbía a sus escalofríos. Tiritaba muchísimo mientras Marcus le acariciaba el pelo y le murmuraba palabras tranquilizadoras. Se preguntó con qué frecuencia alguien la abrazaba y le ofrecía el consuelo de sus brazos. La señorita Donaldson era claramente devota, pero dudaba que su vivaz simpatía y su sensata amistad se expresaran en abrazos.

Los temblores cesaron, pero Antonia permaneció al abrigo de sus brazos, con la mejilla apoyada en su chaleco.

Entonces, cuando la comprensión de la situación fue mayor que la necesidad de que la abrazasen, se revolvió. Su percatación desencadenó algo también en él: dejó de acariciarla y le tocó la nuca sin pretenderlo, de manera inconsciente. Usó la mano con la que la estrechaba para alzarle el mentón.

—Excelencia... Renshaw.

—Estás muy mona con telarañas en el pelo, como una gatita que ha estado explorando. —Se notó la voz ronca, como si estuviera excitado.

«No la asustes más, sé amable».

—P-pienso que esto no es ni prudente ni apropiado. —No hizo ningún intento por zafarse de los brazos que la rodeaban.

—Pues no pienses —murmuró él mientras juntaba su boca con la de ella. Luchó contra sus acuciantes deseos y fue amable, poco exigente, y ella se aferró a sus hombros mientras se le insinuaba con el movimiento de sus labios y la atraía para profundizar el beso.

Su respuesta fue sensual, instintiva. Tímida.

«Es inocente. Para».

Antonia se aferró a Marcus Renshaw, ahogándose vertiginosamente en una emoción desconocida, abrumada por la sensación de seguridad que le brindaban sus fuertes brazos. Aquello no debería hacerla sentir segura, era un acto tan imprudente...

Renshaw dejó de besarla y la miró a los ojos.

—Creo que será mejor que te lleve a casa. Tu camarada se estará preguntando si te ha pasado algo.

Marcus la soltó y ella se mentalizó, decidida a no mostrar debilidad. Ya la había fastidiado bastante al permitirle besarla y devolverle el beso.

El duque le abrió la puerta para que pasara.

—¿Y tu caballo?

Su abrupto retorno a los modales convencionales subrayó lo inapropiado que había sido el comportamiento de la joven. Él era un noble que tomaba lo que quería. Ella era una dama y, por lo visto, era su deber detenerlo.

Antonia se ruborizó.

—He venido andando. Excelencia, le ruego que no tenga en cuenta mi comportamiento de hace un momento. Estaba asustada, espoleada por el alivio que me ha invadido tras haberme llevado semejante susto. Normalmente no actuaría así.

—Entiendo —dijo—. Normalmente no te darían miedo los demonios sin cabeza.

Ya habían cruzado la puerta principal. Renshaw la cerró con llave y se la entregó, rozando momentáneamente sus dedos al hacerlo. Su caballo pastaba la hierba con las riendas colgando de la rama de un árbol.

—Te acompañaré a Rye End Hall andando —dijo mientras las agarraba.

Antonia hizo una mueca al percibir su tono frío, confundida por el torbellino de emociones que estaba sintiendo. Sí, supuso que lo había ofendido al insinuar que el único motivo por el que le había devuelto el beso era que la alivió que no fuera un vagabundo... o un demonio. ¿Olvidaría el bochorno algún día?

Pero él no debería haberla besado, eso para empezar. Ella no tenía intención de compensarle. Al fin y al cabo, era la segunda vez que él se tomaba libertades con ella.

—No será necesario que me acompañe, excelencia —repuso con la misma frialdad.

—Pues yo creo que sí —dijo, y echó a andar a su lado—. Aunque no haya demonios, puede que sí que haya seres indeseables en el bosque. Sin un guardia en tus tierras, cualquiera podría vagar por ellas.

Antonia, dolida, le espetó:

—Deje de machacarme por mi estupidez, excelencia. ¿Nunca ha leído un cuento de terror y luego se ha sobresaltado al oír un crujido en plena noche?

—No, no tengo tiempo para esas tonterías.

Ante tan rotundos desaires, poco más quedaba que decir. Recorrieron en silencio el camino lleno de baches hasta llegar a las puertas del Hall.

—Adiós, excelencia, gracias por preocuparse por mi propiedad —dijo cortésmente, tendiéndole la mano.

No aceptó ni su mano ni su despedida.

—Si ha recuperado la compostura, señorita Dane, hay algo que deseaba decirle.

—Si he perdido la compostura, excelencia, es del todo culpa suya —dijo Antonia en tono gélido. Entonces se dio cuenta de que podría malinterpretarse su comentario.

El duque sonrió levemente y dijo:

—No obstante, ¿podría dedicarme un momento de su tiempo?

—De acuerdo, excelencia. Aún faltan unos minutos para llegar a la casa.

—Me gustaría que me llamara Marcus, ya que parece que le cuesta el nombre de Renshaw —dijo con un cambio brusco de humor—. A fin de cuentas, somos vecinos cercanos. Si pretende

quedarse aquí, claro.

Antonia se quedó atónita.

—No hay ninguna posibilidad de que me vaya, exce... Marcus. Esta es la casa de mi familia y pretendo vivir aquí.

Ella siguió su mirada, perdida en las ruinas de los jardines de recreo. Un ciervo mordisqueaba delicadamente los restos de un rosal.

—Debe de sentir usted un apego muy fuerte para que olvide las muchas desventajas que tiene su situación —comentó.

—¿Qué desventajas? —preguntó Antonia.

—Verse sin amigas, en una propiedad que se cae a pedazos, en mitad de unas tierras abandonadas que no van a reportarle ningún ingreso. Perdóneme que le hable con franqueza, pero diría que eso no supone una, sino varias desventajas.

—La casa no se cae a pedazos. Solo hay un poco de humedad y enseguida nos desharemos de ella.

Marcus asintió. Por algún motivo, no le dio la impresión de que estuviera de acuerdo.

—Entonces, no cabe duda de que es la humedad lo que le impide amueblar Rye End Hall.

—¿Y cómo sabe usted en qué estado se encuentran mis muebles, si me permite la pregunta?

—Es difícil guardar secretos en el campo. Seamos sinceros, señorita Dane. Antonia. Estás en un punto muerto desde el punto de vista financiero. Si te preocupan tus arrendatarios o incluso tú misma, deberías buscar la manera de aumentar tus ingresos.

—Pues sí que ha sido franco, sí. —Antonia se detuvo en seco y lo miró de frente—. Creo, Marcus, que te pasas de la raya con tu franqueza. ¿Qué te importan a ti mis asuntos privados?

La observó con sus ojos castaños oscuros.

—Al fin y al cabo, soy tu vecino, pero, más importante aún, estoy en condiciones de aliviar tu situación. Tengo una oferta para ti.

Antonia lo miró con sumo recelo. Marcus Renshaw, duque de Allington, ¿le estaba proponiendo matrimonio?! Claramente no había otra interpretación posible para sus palabras, y menos después del beso de hacía un momento. A no ser que estuviera haciéndole una oferta de una índole mucho menos respetable.

—Marcus, esto es muy repentino. Apenas te conozco... —Se interrumpió al ver su cara de pasma. Lo disimuló enseguida, pero no antes de que ella se diera cuenta del terrible error que había cometido. Roja de humillación, continuó—: Es decir, es muy amable por tu parte ofrecer ayuda a alguien a quien apenas conoces.

—Nuestras familias llevan siglos siendo vecinas. —Hablaba con soltura, pero Antonia detectó un ligero rubor en sus pómulos. Sus intentos por aparentar que tenía tacto la humillaban tanto como su primer error—. Tu padre me vendió unas tierras hace varios años. Te ofreceré un precio justo por las tierras de cultivo y los bosques que quedan. Te dejaría las zonas de recreo. Luego, una vez restaurada la casa, podrías venderla fácilmente, tal vez a un comerciante de Londres que busque un lugar de retiro en el campo. Hay muchos así hoy en día.

La vergüenza se tornó ira cuando asimiló sus palabras. Entonces, Marcus Renshaw solo la había besado y se había mostrado tan comprensivo para ganarse su confianza como preludio para apoderarse de sus tierras.

Su impresión de que era una cabeza hueca debió de verse agravada por el hecho de que ella había caído en sus brazos no una, sino dos veces. Que la hubieran arrestado por caza furtiva, que creyera en fantasmas y que hubiera malinterpretado sus intenciones basándose en la prueba más endeble... Marcus debía de creer que era tan tonta como para aceptar su oferta sin pensárselo dos

veces.

—No llegará el día en que esté dispuesta a vender ni un metro de mi tierra, excelencia. Ni a usted ni a nadie.

Se recogió las faldas y se giró dispuesta a marcharse, cuando se le ocurrió otra idea:

—Y sus manifestaciones de preocupación por el prójimo sonarían más sinceras si se comportara como un caballero y no me maltratará a la mínima oportunidad.

El duque se había subido a la silla de montar. Era obvio que le habían dolido sus palabras, pues el caballo sacudió la cabeza en señal de protesta cuando él asió más fuerte las riendas.

—No tengo por costumbre maltratar a las damas que no están dispuestas, señora. Le sugiero que revise su propio comportamiento antes de criticar el mío. Difícilmente la caracterizaría como reacia en este momento.

Antes de que Antonia pudiera hacer algo más que ahogar un grito ante ese ataque, él clavó los talones en los flancos del caballo y se marchó al galope.

Seguía echando humo cuando volvió a entrar en la cocina, ya por fin en paz.

Donna estaba preparando tranquilamente una tetera. El caldo, que olía de maravilla, hervía a fuego lento y se mezclaba con el delicioso aroma a pichón asado. La señora Brown se había ido y los gatos estaban durmiendo en el lavadero tras hartarse de conejo. Por la puerta entreabierta, vio una maraña de colas.

—Querida, ¿qué te ocurre? —Donna dejó la tetera—. Tienes las mejillas sonrojadas y el ceño fruncido. No deberías hacerlo, es muy impropio de una dama.

—Qué hombre más insoportable.

—¿Cuál? —preguntó Donna, lógicamente.

—¿Acaso hay otro en el vecindario decidido a inmiscuirse en mi vida a cada instante? Marcus Renshaw, ¿quién va a ser? —Se dejó caer en una silla y se puso a jugar a jugar, irritada, con un papel doblado que había sobre la mesa.

—¿El duque? ¿Con qué te ha importunado ahora? Bébetelo. Te calmará. —Donna le acercó la taza de té y el azucarero.

Antonia respiró hondo y dijo:

—Estaba en la casa Dower, explorando. Era un sitio muy oscuro y sombrío, y, si te soy sincera, al cabo de un rato me dio muy mala espina. El duque he visto la puerta principal abierta y ha entrado por si había ladrones. Nunca he pasado más miedo que cuando he oído los pasos en la escalera. Y entonces él... Entonces él... Estaba agitada y, naturalmente, eh, me he aferrado a él. Y entonces... —Era incapaz de acabar la frase.

—¿Estás tratando de decirme que te besó? —Donna parecía más entretenida que impactada, lo que solo alimentó el enojo de Antonia.

—Caray, Donna, me sorprendes. No habría imaginado que te tomarías semejante comportamiento tan a la ligera.

—Bueno, si te has arrojado a sus brazos... Al final no es más que un hombre, querida. Y —añadió, pensativa— un hombre muy cotizado. Demasiado cotizado, supongo, tratándose de un duque.

Aquello se acercaba peligrosamente a la verdad. Antonia hundió la cabeza entre las manos.

—Antonia, querida, ¿me estás diciendo que te ha dedicado un insulto aún más grosero?

—No. Pero, ay, Donna, he hecho el ridículo. Pensaba que me estaba proponiendo matrimonio, pero solo me estaba ofreciendo comprar el terreno.

—Si te ha engañado de alguna forma, debe hacer lo correcto, sea duque o no —dijo Donna con vehemencia.

Antonia la interrumpió:

—No, mucho me temo que le he devuelto el beso. Y solo he sido yo la estúpida que no lo ha entendido bien. No he dicho nada que no pudiera justificarse, pero él sabía lo que yo había supuesto, lo cual es muy humillante.

—Pero cuando has entrado hace un momento parecías enfadada, no avergonzada. ¿Habéis discutido?

—Le he dicho que no le vendería las tierras de Rye End Hall jamás. Eso es lo que quiere, lo que planea conseguir.

Se hizo un breve silencio, y luego Donna dijo:

—Me temo que tendrás que vender algunas a alguien. Ese papel que tienes bajo la mano es el presupuesto del señor Watts, el constructor de Berkhamsted que vino la semana pasada. Parece que hay más vigas del techo que reemplazar de las que habíamos pensado y, por supuesto, no habíamos tenido en cuenta el coste del plomo. —Su voz se fue apagando conforme Antonia desdoblaba el papel.

—Parece una estimación razonable y honesta —dijo impasible tras leerla detenidamente—. Pero tienes razón, está muy por encima de nuestras posibilidades. —Se miraron, cada una a un lado de la mesa, sin nada que decir, mientras el té se enfriaba.

Capítulo seis

El sombrío silencio se rompió con la llegada del joven Jem, que silbaba alegremente.

—¡Buen día! ¿Hay algo que le gustaría que hiciera, señorita? Mamá me ha dado los huevos que quería y papá ha pensado que le gustaría echar un vistazo al periódico de Londres que se quedó olvidado ayer en la posada.

Donna se recompuso con una ligera sacudida, agradeció a Jem que hubiera traído los huevos y el periódico y lo mandó corriendo a barrer los caminos que rodeaban la casa.

Antonia desplegó con tristeza el periódico, que resultó ser el *Times*. A falta de algo mejor que hacer, se puso a ojear los anuncios. Se buscaban hombres jóvenes de buen carácter para puestos de secretario (preferiblemente caballeros políticos), infinidad de dolencias se curaban con éxito con un medicamento patentado tras otro y los comerciantes de telas ofrecían precios muy competitivos por la ropa de cama irlandesa.

Entonces, dos avisos juntos le llamaron la atención. Leyó el primer anuncio en voz alta. Rezaba así: «Se alquila durante seis o doce meses una elegante casa familiar, bellamente amueblada...». Y el otro: «Un caballero que acaba de regresar de las Indias Orientales busca arrendar una pequeña finca en el campo a ochenta kilómetros de la capital, en la que se incluyen una casa sin amueblar y jardines de recreo. Si le interesa, diríjase a Rumbold y Gardiner, abogados...».

Antonia dejó el periódico a un lado con un suspiro. Esa sería una solución..., si soportara ver a desconocidos en Rye End Hall. O si estuviera en condiciones de ser alquilada, claro. Si tuvieran otro lugar en el que vivir. ¿Qué le había dicho a Donna de los deseos?

Donna regresó del jardín con una sonrisa en la cara.

—Jem es un chico muy bueno y dispuesto. Le enseñas cualquier tarea y se pone a trabajar con tesón. ¿Hay algo interesante en el periódico, querida?

—Aún no he leído las noticias, solo estaba mirando los anuncios. Escucha esto. —Leyó en voz alta el artículo sobre la casa de campo que se buscaba alquilar.

—Pero ¡si es la solución a nuestro problema! —Donna le quitó el periódico—. Si alquilas la casa, seguiría siendo tuya y el alquiler te permitiría hacer las reparaciones y adecentar los jardines. —Siguió hablando, entusiasmándose con el tema, y Antonia empezó a sentir un atisbo de esperanza—. Si fuera un contrato de arrendamiento de reparaciones, te librarías de los costes y podrías arreglar las vallas, el terreno y las cabañas de los inquilinos. Así también recibirías un ingreso continuo por las tierras.

Curiosamente, cuanto más aumentaba el entusiasmo de Donna, más menguaba el de Antonia, que empezaba a verle desventajas al acuerdo.

—¿Qué pensaría la gente si alquilo la casa? Sería una señal clara de que soy pobre. Y ver a desconocidos en mi propia casa sería muy doloroso. Y entre las reparaciones que hay que hacer y lo descuidados que están los jardines..., ¿quién se fijaría en ella? Y —añadió— ¿dónde viviríamos?

Donna abrió la boca y se volvió hacia la puerta trasera. Se oyó a Jem quejándose con aire lastimero:

—Pero, excelencia, será mejor que le diga a la señora que está aquí. No le hará gracia que...

—Anunciaré mi llegada yo mismo. —Marcus Renshaw pasó junto al chico y entró en la cocina, seguido de cerca por el jefe de la guardia, Sparrow, que arrastraba a un hombre por el cuello de

la camisa.

Antonia se puso de pie sin pensar.

—Excelencia, ¿a qué viene esta intromisión?

—Le pido disculpas por molestarla en su... —Echó una mirada gélida a su alrededor, a la humilde cocina—... sala de estar. Pero me temo que es necesario tratar este asunto de inmediato. Hizo un gesto hacia Sparrow, quien empujó bruscamente a su cautivo hacia delante.

—Tengo entendido que es uno de sus arrendatarios.

Antonia dio un paso al frente. El hombre tenía la nariz ensangrentada y un ojo morado, pero lo reconoció.

—Sí, es Josiah Wilkins, de las cabañas de Brook End. Josiah, ¿qué te ha pasado? ¿Te ha golpeado esta persona?

Se volvió hacia el guardabosques, el que la había maltratado con tanta insolencia.

—Tú. ¿Cómo te atreves a entrar en mi tierra y agredir a mis arrendatarios?

—Sparrow se hallaba en mis tierras, señorita Dane, ocupándose de los deberes por los que le pago. —El duque estaba serio y no daba el brazo a torcer.

Antonia miró con desprecio tanto al amo como al criado y le habló a su inquilino lo más tranquila que pudo:

—Cuéntame qué ha ocurrido, Josiah, y cómo te has hecho daño.

—Bueno, señorita, fue así —empezó a decir sin ambages, aunque dirigiendo una mirada cauta al guardia—. Estaba cazando palomas, como usted dijo que podríamos hacer, y también atrapé un par de faisanes, pero venían por el otro lado del arroyo. No me había llevado al perro, así que me acerqué al agua para recogerlos, cuando esta alimaña acosadora se me echó encima.

—Modera tu lenguaje. Te tengo calado, Josiah Wilkins —lo amenazó Sparrow—. A saber dónde has matado a esas aves. No me creo ni una palabra, excelencia. Los Wilkins son una panda de granujas holgazanes.

—Cierra el pico —le espetó Antonia. Recordó con un escalofrío que el guardia le tocó el brazo con ademán provocador—. En mi casa hablarás cuando se te hable.

Sparrow la miró con gesto amenazante y se retiró a las sombras de mala gana.

—Quizá no le agrade nuestra intromisión, señorita Dane, pero estará de acuerdo conmigo en que tengo todo el derecho del mundo a arrestar a un cazador furtivo. Y él mismo ha reconocido su fechoría.

—Estoy de acuerdo, excelencia, tiene todo el derecho del mundo a detener a un cazador furtivo. Sin embargo, este hombre no es un cazador furtivo. Estaba cazando a mis presas, en mi tierra y con mi permiso. Y perdóneme, pues imagino que mi conocimiento de la ley no es tan amplio como el suyo, pero sé que estaba en su derecho de ir a su tierra a por las aves, siempre y cuando no causara daños.

—¿Qué tontería es esa?

—Tenga la amabilidad de bajar el tono, excelencia. —Era evidente que estaba echando leña al fuego, pero le traía sin cuidado—. Todos mis arrendatarios tienen mi permiso para disparar, poner trampas y pescar en mis tierras. A falta de cosecha en mis campos, recolecto lo que produce mi tierra para mi beneficio y el de mi gente. Al fin y al cabo, fue usted el que me dijo que cuidara de mis arrendatarios hambrientos.

Donna estaba hablando con Jem en la puerta.

—Ayuda al señor Wilkins. Por favor, Jem, asegúrate de que llegue sano y salvo a casa. Y a ver si encuentras sus palomas —añadió, lanzando una mirada reprobatoria a Sparrow.

—Sparrow, déjanos —ordenó Marcus, según parece con los dientes apretados.

Mientras el guardia cerraba la puerta de la cocina al salir, Antonia comentó en tono distendido: —Supongo, excelencia, que presentará un cargo de agresión contra ese hombre por romperle la nariz a Wilkins.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, Antonia. Menudo disparate. ¿Tan tacaña eres que tienes que darles a todos los malhechores del condado permiso para cazar furtivamente en tus tierras?

—Mis arrendatarios, que trabajan duro y son gente digna, se limitan a recolectar la tierra, como ya he explicado. No son responsables de la imprudencia de mi padre, pero tienen que sufrir sus consecuencias. Yo hago lo poco que está en mi mano para reducir su pobreza.

—Y la tuya —agregó Marcus en voz baja—. No entiendo tu terquedad, Antonia. Te he hecho una propuesta honesta de compra y te ofrecería un precio justo, y también por la casa, si la aceptas. Te permitiría regresar a Londres y vivir como debe vivir una dama. No así. —Su mirada desdeñosa recorrió una vez más el suelo de baldosas desnudas y la mesa de pino fregada con las sillas gastadas.

—¿Está usted sugiriendo que esta casa es indigna, excelencia? —Donna había regresado a la cocina sin que la vieran. Antonia habría sonreído al ver su pequeña figura alzarse de indignación ante el insulto.

—Perdóneme, señorita Donaldson —dijo con un mohín satírico—. No tengo ninguna duda de que el tono moral de este establecimiento es el de un convento. Sin embargo, creo que la señorita Dane tendría más posibilidades de encontrar marido si estuviera en Londres.

Antonia se había permitido, durante un breve instante, fantasear con los placeres de vivir en la ciudad: ir de compras a Bond Street, pasear en coche por el parque, disfrutar de agradables veladas en Almack's, donde bailarían toda la noche, tener la tarjeta llena... Pero los comentarios de Marcus sobre su falta de éxito en el mercado matrimonial fueron como un jarro de agua fría.

—¿De encontrar marido? —Se irguió cuan alta era y lo miró con enojo—. Permítame asegurarle, excelencia, que no lamento en absoluto no tener marido.

Al parecer, a Marcus también lo embargó alguna emoción.

—Tómeselo como un consejo de un observador desinteresado, señora. En su caso, un marido sería lo más adecuado. Muy bien, usted lo ha querido, ahora atégase a las consecuencias. Tal vez después de un invierno en el campo, considere mi oferta con más tino. —Hizo una pausa para ponerse los guantes—. Puedo esperar.

—Pues va a tener que esperar mucho tiempo, excelencia, pues pretendo arrendar la casa y sus terrenos de inmediato a un inquilino muy respetable.

—¿De veras? —Marcus frunció el ceño—. Y suponiendo que encuentre a una persona lo bastante ingenua como para hacerse cargo de esta ruinosa finca, ¿dónde piensa vivir usted?

Antonia vaciló, desconcertada. La había provocado hasta el punto de desafiarlo y ahora no tenía respuesta a su pertinente pregunta.

—En la casa Dower, por supuesto —contestó Donna con calma, desde las sombras.

La risa de Marcus resonó en la cocina.

—Buena esa, señoras. Aplaudo su optimismo.

—¿Optimismo? —repitió Antonia con una calma que disimulaba el deseo de arrojar la vajilla—. ¿Por qué te parece tan mal una solución la mar de práctica, Marcus? ¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? —En cuanto pronunció esas palabras, se dio cuenta de que se moría por saber la respuesta a esa última pregunta.

—Tu paradero, Antonia, me importa bien poco, siempre y cuando no incites a tus inquilinos a cometer actos delictivos, como hace pensar este incidente. —Marcus sonrió levemente—. Observaré con interés tus intentos de engañar a algún ciudadano para que se haga cargo del lastre

que es esta casa. Que tengan buen día, señoritas. —Les hizo un gesto breve con la cabeza y se fue con paso airado.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Antonia se agarró al borde de la mesa para que no le cedieran las piernas, temblorosas. La discusión había sido sumamente perturbadora y Marcus Renshaw estaba teniendo un efecto espantoso en su equilibrio. Deseaba caerle bien, que apoyara sus esfuerzos por mantener unidas las propiedades de su familia pese a las abrumadoras dificultades. Lo deseaba a él, punto. «Santo cielo».

Y él se mostraba tan inexplicablemente hostil que la única conclusión que sacaba era que no le caía bien —lo cual, reconocía, la apenaba—, pero que deseaba sus tierras lo bastante como para mantener la relación.

—Pero qué mal humor se gasta el duque —comentó Donna mientras recogía las cosas del té—. Pero supongo que deberíamos estar agradecidas, porque ha hecho que se me ocurra una solución. ¿De verdad crees que es factible que nos mudemos a la casa Dower?

—Creía que lo habías dicho sin pensar para fastidiar al duque, Donna. ¿Hablabas en serio?

—Sí. Creo que podríamos vivir más a gusto allí. Por lo que me has dicho, es del tamaño justo para las dos. Sin embargo, me duele admitirlo —agregó con una sonrisa irónica—, pero el duque tiene toda la razón con respecto a esta casa. ¿Cómo vamos a alquilarla en su estado actual? Ambas coincidimos en que no tenemos los recursos para volverla habitable.

Antonia se levantó y empezó a pasearse por el suelo de baldosas, mordiéndose el labio inferior. ¿De dónde iban a sacar el dinero? Pasó revista a sus escasos ingresos y a las pocas joyas que había heredado. Ni siquiera con la pequeña pensión de Donna lo lograrían. Solo había una opción. Era difícil, y costaba ignorar el ejemplo de su difunto padre, un hombre arruinado por las deudas, pero no les quedaba alternativa.

Respiró hondo.

—Pediré prestado el dinero. Pondré la finca como garantía y devolveré el préstamo con el alquiler.

—Oh, Dios mío. —Donna frunció el ceño—. Las deudas me ponen muy nerviosa. Piensa en la situación de tus difuntos padres y en lo que te costó saldarlas.

Antonia recordaba como si fuera ayer el horrible instante en que su abogado le informó de que le quedaba poquísimo de la fortuna familiar, antaño tan sustanciosa, una vez saldadas las deudas de sir Humphrey. Pero no le quedaba más remedio que pedir prestado.

Se apoyó en la mesa y se explicó, desesperada por convencer a Donna y a sí misma:

—Pero esto es distinto. Mi padre pidió prestado sin intención de devolver el dinero, a menos que fuera mediante el juego. No tengo intención de seguir pidiendo prestado tras esta única contingencia. Considéralo una inversión; una inversión que pronto dará sus frutos. Pásame el listín y a ver qué bancos hay en Berkhamsted a los que pueda acudir.

Hojearon juntas el directorio comercial.

—Solo hay uno —dijo Donna, pasando el dedo por la columna—. Tal vez sería mejor que fueras a Aylesbury.

—Pero mira, aquí dice que este banco es agente de Praed and Company, en Londres. Qué buena noticia. Sé que actúa en nombre de mi tía abuela Honoria, así que debe de ser importante y fiable.

—Espero que no tengas intención de tratar con el banco tú misma. Sería muy indecoroso. Puede que estemos en una situación crítica, pero que una joven de alcurnia se adentre en el mundo de las finanzas es inconcebible. Escribirás a tu contable, ¿no?

—No. Eso provocaría un retraso que no podemos permitirnos. Iré pasado mañana —dijo

Antonia, decidida—. Escribiré ahora al gerente y concertaré una cita. Que le lleve Jem la carta.
—Muy bien, querida, si insistes..., pero no me parece bien. Sin embargo, la necesidad aprieta. Nos ocuparemos de tu vestuario. Si vas a la ciudad con tus guantes de cabritilla en el estado en que están ahora, nuestra pobreza quedará más que patente ante todos.

Tras frotarlos y cepillarlos bien, los guantes de cabritilla eran todo lo que una dama podía desear. Antonia se quedó parada en los escalones del banco Undercroft con la esperanza de recuperar el coraje con la misma facilidad, pues, a pesar de la valentía con la que le había hablado a Donna, estaba francamente nerviosa. No era propio de una dama de clase alta tratar asuntos de negocios, y ella no tenía ni conocimiento ni experiencia en tales procedimientos.

A través del discreto velo que Donna había insistido en sujetarle al sombrero, miró la placa de latón bruñido que brillaba intensamente a pesar del día gris que hacía. «Agentes del banco Praed. James Pethybridge, gerente». Antonia bajó de nuevo y dio unos pasos lentos por la acera, contenta de que estuviera más alta que la calzada, embarrada por la ligera llovizna del día. Daba la impresión de que incluso el mal tiempo conspiraba contra su coraje aquel día.

Tal vez debería dirigirse a King's Arms y pedir una taza de café en un salón privado. Mientras dudaba, el reloj de la torre de la iglesia sonó cerca. Las once en punto, la hora fijada para su cita en la respuesta del señor Pethybridge. Antonia tragó saliva y llamó a la puerta.

El cajero la hizo pasar al santuario del banquero con la debida deferencia, pero con una mirada de reojo que delató su sorpresa al encontrarla sola.

Mientras le estrechaba la mano y se sentaba, Antonia se sintió aliviada al ver solo una mirada de indagación cortés en el rostro del banquero. Había temido un rechazo rotundo, o incluso incredulidad, ante la idea de que una mujer llevara a cabo sus propias negociaciones sola.

La diligente labor que realizó Donna en su vestido de paseo y su chaqueta de alamares estaba aprobada, y la incorporación de una nueva pluma de avestruz a su tocado había transformado su apariencia. Se alisó sus faldas de tela granate y le devolvió la sonrisa al banquero con una confianza que no sentía ni por asomo.

El señor Pethybridge era un caballero de aspecto amable, de cincuenta y pocos años, corpulento y canoso. Su actitud paternal animó a Antonia cuando empezó a explicar sus circunstancias y la naturaleza de su petición, volviéndose más segura y persuasiva a medida que hablaba.

A los veinte minutos, tras haber minado por completo su optimismo y su ánimo, la acompañó a la oficina principal.

—Espero que aprecie la vehemencia de mis argumentos, señorita Dane —dijo con soltura, con el aire de un hombre que ha tenido mucha experiencia en rechazar solicitudes de anticipos poco meditadas—. Sería muy imprudente que una joven dama en sus circunstancias aceptara un acuerdo de ese tipo. Es más, sería muy irresponsable por mi parte animarla a asumir semejante deuda en este momento.

Se interrumpió al percatarse de que otro visitante estaba hablando con su cajero.

—Le pido disculpas, señorita Dane. —El señor Pethybridge estaba sonrojado, probablemente por la vergüenza de haber sido sorprendido hablando de la economía de la joven delante de otro cliente—. Permítame acompañarla a la puerta. —La condujo a la salida y se inclinó con deferencia al pasar junto al recién llegado—. Buenos días, excelencia, estaré con usted enseguida.

Capítulo siete

—Buenos días, Pethybridge.

Antonia se sobresaltó al oír esa voz grave y familiar, pero controló su expresión al pasar junto a Marcus Renshaw con una ligera inclinación de cabeza. Lamentó no haberse vuelto a poner el velo.

—Buenos días, señorita Dane. Espero que se encuentre bien. ¿Me permite preguntarle si su negocio ha prosperado?

No cabía duda de que el negocio del duque sí. No había ni rastro del hombre furioso con ropa de montar campestre del día anterior. Era evidente que había ido en coche a la ciudad, su abrigo de múltiples capas estaba abierto sin cuidado. Debajo llevaba un chaqué de cola larga impecablemente cortado y calzas. Sus botas brillaban como el ébano y habían evitado milagrosamente el contacto con el barro, que sí que había salpicado los botines de cabritilla de Antonia pese a los esfuerzos de la joven.

Asimismo, su ayuda de cámara le había cortado el cabello leonado, pues se le rizaba con rebeldía al rozarle la camisa.

Antonia, al darse cuenta de que la miraba fijamente, se guardó la respuesta mezquina y alzó la barbilla.

—No ha prosperado, como sin duda imaginará, excelencia.

—No me diga. Lamento oírlo. —No pareció percatarse de la expresión incrédula de Antonia—. Quizá podría ofrecerle mi ayuda. Tal vez, con su contable ausente, se encontrase en desventaja a la hora de explicarle sus circunstancias a mi amigo Pethybridge.

Al recordarle sutilmente la magnitud de sus negocios con el duque, el señor Pethybridge se apresuró a acompañarlos a su despacho.

—Permítanme que pida un refrigerio. Siéntese, señorita Dane, que analizaré los pormenores con más detenimiento. Sin duda, su excelencia tiene razón en que, debido a su comprensible inexperiencia, ha olvidado mencionar información relevante para el caso.

Antonia pensó con amargura que, en su afán por complacer a su importante cliente, ahora era todo zalamería.

—Desde luego —respondió con una sonrisa que parecía congelarse en sus labios—. Seguro que su excelencia nunca se equivoca.

Para su profundo bochorno, el banquero se tomó su comentario como un permiso para repasar los datos que le había presentado y mostrarle todos los detalles de su situación financiera a Marcus, arrellanado en su butaca. No pareció sorprenderle lo que oyó.

Antonia apenas prestaba atención a lo que decía el banquero. ¿Qué pretendía Marcus Renshaw ayudándola? El día anterior había dejado claro que la consideraba tonta de remate. ¿Por qué iba a hacer algo tan perjudicial para sus propios intereses (adquirir sus tierras) como ayudarla a conseguir un préstamo? Esa no era la manera de apoderarse de su propiedad y ampliar la suya.

El señor Pethybridge interrumpió su conjetura al anunciar lo siguiente:

—A la luz de estos datos, no veo ningún motivo para no adelantarle sin demora la suma que solicita.

Antonia estaba tan desconcertada por el cambio radical de los acontecimientos que solo acertó a darle las gracias cortésmente. ¿Qué había dicho Marcus para convencer al hombre? Pero ahora

no podía preguntar y demostrar que no había prestado atención al procedimiento. Pensarían que era tonta de capirote.

«Soy una tonta del bote por haberme distraído un segundo por tener a este hombre al lado».

El banquero los despidió volviendo a expresar su deseo de ayudar a la señorita Dane en todo lo que pudiera.

Mientras estaba en la acera, poniéndose los guantes, se dio cuenta de que Marcus estaba a su lado. Sorprendida, le preguntó sin rodeos:

—¿Qué está tramando?

—¿A qué te refieres, Antonia? —preguntó mientras le ofrecía el brazo—. Permíteme que te acompañe a tu carruaje, las aceras resbalan mucho.

—Puede usted acompañarme a King's Arms. Allí me espera Jem con la calesa —le espetó Antonia—. Y sabe perfectamente a qué me refiero. Pethybridge no tenía intención de concederme el préstamo hasta que ha intervenido usted. No ha habido ningún cambio y, sin embargo, ha cambiado de opinión, como ya sabía usted.

El esfuerzo que le requería discutir en público con un hombre que no perdía los nervios no hizo más que avivar su ira.

—No esperará que me crea que no tiene ningún motivo oculto para conseguirme este préstamo, excelencia.

—Sí que tengo uno, sí. —Cuanto más enfadada estaba ella, más afable era el talante de él.

Antonia se quedó perpleja.

—¿Y cuál es? Porque a mí me parece que es un acto que va contra sus intereses.

—No tengo intención de decírtelo. Y ya estimaré yo cuáles son mis intereses, Antonia.

—No tengo ningún deseo de estar en deuda con usted.

—Tus deseos no son los únicos en juego, y no tengo intención de saciar tu curiosidad. —Marcus la miró de reojo con una sonrisilla.

Sería muy tentador borrarla... de alguna forma.

—No has estado muy atenta en la oficina de Pethybridge, ¿no? —agregó el duque.

Tenía toda la razón, lo cual no alivió su enfado. Se contentó con fulminarlo con la mirada en silencio.

—Es comprensible —dijo Marcus sin esperar la respuesta que ella se negaba a darle—. Debe de ser un suplicio para cualquier dama, y entiendo que estuvieras distraída. Pero no es sensato emprender un negocio estando solo concentrada en parte.

El muy condescendiente y exasperante tenía razón, y Antonia no tenía excusa. Ninguna.

Marcus la guio por la entrada adoquinada de la posada.

—Bueno, tu carruaje te espera, con gallinas enjauladas y paja en las tablas, por lo que veo. ¿Es mucho pedir que inviertas parte de tu préstamo en un vehículo más adecuado a tu posición social?

—Excelencia, nunca en mi vida he estado tentada de golpear a otro ser humano —susurró Antonia, consciente de que había un público interesado compuesto por Jem y dos mozos de cuadra que holgazaneaban—. Pero ahora estoy muy tentada. Es usted el individuo más insufrible, condescendiente y arrogante con el que he tenido la desgracia de encontrarme. Le agradezco que me haya ayudado a obtener los fondos que necesito, pero no crea que no tengo la menor idea de cuáles son sus intenciones.

—Tienes una imaginación desbordante, Antonia. —La apartó para dejar pasar la calesa de un granjero—. Como observé el otro día, tu adicción a las novelas de terror tiene mucho que ver. Que tengas un buen día, Antonia. —Antes de que pudiera reprenderlo por usar su nombre de pila

en público, él le hizo un gesto con el sombrero y cruzó a grandes zancadas el arco que conducía a la calle principal.

Jem parloteaba alegremente mientras regresaban a casa, muy pagado de sí mismo por el trato que había hecho por el corral repleto de gallinas. Antonia emitía ruidos de admiración, pero seguía dándole vueltas al extraño comportamiento de Marcus.

¿Qué había querido decir con que debería haber prestado más atención en la oficina del banquero? ¿Se le habría escapado algún dato esencial? Antonia se devanó los sesos, pero fue en vano. Abrió su bolso y desdobló la copia del papel que había firmado. Sí, había hipotecado la casa y el terreno con el préstamo que había solicitado por un plazo máximo de un año. No había ninguna explicación de por qué el banquero había cambiado de opinión.

Antonia se sentó y contempló los setos florecientes, ya blancos por las flores de mayo, mientras preparaba mentalmente una versión de los acontecimientos de esa mañana para su compañera.

—Te dije que enviases a un hombre a ocuparse de este asunto —se limitaría a decir Donna con tono de institutriz total, pensaba Antonia. Pero no era eso lo que le escamaba del asunto. Si su contable hubiera estado disponible, lo habría contratado.

No, era porque se trataba de Marcus Renshaw. No tenía ningún deseo de estar en deuda con él por convencer a Pethybridge, porque cuanto más pensaba en ello, más claro estaba que el banquero había aceptado la intervención de Marcus como garantía del préstamo, por informal que fuera. Pero ya era demasiado tarde para remediarlo.

Tampoco quería que Donna insistiera sin cesar en sus posibles intenciones. No le sorprendería que su camarada llegara a la conclusión de que el duque se sentía atraído por ella.

—Qué tontería —exclamó en voz alta, y luego tuvo que disculparse con Jem, quien lo había interpretado como un comentario sobre su triunfo comercial y estaba muy molesto.

Donna estaba sentada junto a la puerta trasera, abierta, zurciendo una sábana gastada, con el cesto de costura a sus pies, pero soltó la tela al oír llegar a Antonia por el sendero.

—Ya has vuelto. ¿Ha ido bien el paseo?

Antonia veía la ansiedad que se escondía tras sus alegres palabras. Donna se estaba preparando para la decepción y ya estaba lista para ofrecer palabras de consuelo y aliento.

Rodeó a su camarada con los brazos y la estrechó con fuerza.

—Tenemos el dinero, Donna. Todas las guineas que necesitamos.

—¡Hurra! —Donna arrojó el alfilerero al aire, agarró a Antonia de las manos y se puso a dar saltitos por la cocina, para gran consternación de la criada, que salió de la recocina para ver a qué venía tanto alboroto.

Donna se dejó caer en una silla en una nube de faldas, con las mejillas sonrosadas y, en apariencia, imperturbable al asombro de la señora Brown, que se marchó a toda prisa al huerto sacudiendo la cabeza, seguramente por las inexplicables maneras de la nobleza.

—Cuéntamelo todo, no escatimes en detalles —exigió Donna.

Antonia elaboró una versión muy modificada de su entrevista con el señor Pethybridge, y se esmeró en omitir cualquier referencia a Marcus Renshaw. A continuación, buscó constructores y carpinteros en el directorio comercial. Sería prudente contar con al menos un presupuesto más para llevar a cabo la obra.

—No puedo creer que haya sido tan fácil —insistió Donna—. Pensé que te resultaría muy difícil yendo sola. —Miró fijamente a Antonia, que sabía que se estaba sonrojando—. Antonia, ¿por qué estás tan cohibida? ¿Has empleado artimañas femeninas con el banquero?

—¿Con el señor Pethybridge? ¡En serio, Donna, cómo se te ocurre! Es un caballero de mediana

edad.

—Mmm... —A veces Donna era demasiado intuitiva. O tal vez creía que incluso a los caballeros mayores les privaban las jovencitas.

Las siguientes semanas transcurrieron en un frenesí de actividad en el que Antonia comenzaba a hacer buen uso de su crédito. La casa estaba llena de trabajadores que reparaban el tejado, volvían a acristalar las ventanas, desatascaban desagües y repintaban la carpintería que llevaba años abandonada.

Donna se crecía en el caos. Se sentía en su salsa al supervisar el pulido de los paneles y las escaleras, y estaba totalmente a favor de redecorar la casa de arriba abajo, desde los áticos hasta los sótanos.

—Donna, el préstamo del banco no es ilimitado —le advirtió Antonia—. Y pretendo emplear una parte en reparar los techos de las casas de los inquilinos, que están en un estado lamentable. Cuando todo esté en orden y limpio, pero sencillo, que el nuevo inquilino decore a su gusto. He recibido una respuesta muy alentadora de un tal señor Blake, el agente del caballero que publicó el anuncio en el *Times*. Le sugeriré que venga a ver la casa y, si está interesado, hablaremos de los detalles en ese mismo instante.

Aquella noche, Antonia, tumbada en la cama y despierta tanto por el olor a pintura fresca como por la luz de la luna que entraba por la ventana, se estiró cómodamente en la cama con dosel. Ya no tenían que compartir habitación, y Antonia ocupaba ahora una de las habitaciones del lateral de la casa que daba a los jardines de recreo.

Inquieta, se levantó de la cama y fue a la ventana a contemplar el césped que acababa de cortar el viejo Johnson tras muchas quejas.

La luz de la luna era casi tan brillante como la del día e incluso se reflejaba en el río, un meandro del cual atravesaba el terreno. Reinaban la calma y el silencio y hacía un calor casi inusitado para el mes de abril. Antonia no tenía ganas de volver a la cama. Sus días eran muy ajetreados, pero, por la noche, a menos que se durmiera de inmediato, no dejaba de pensar en el provocador de su vecino.

Se las arregló para refrenar los recuerdos incontrolables de lo que sintió al estar entre sus brazos y rozar los labios con los suyos, pero cuando cerró los ojos vio su rostro con tal claridad como si lo tuviera delante. Le daba la sensación de que no solo habían transcurrido un par de semanas desde la última vez que lo había visto.

Se reprimió mentalmente. Así no. Cuanto más pensaba en él, peor se sentía. Si no podía dormir, debía hacer algo útil, o incluso salir a caminar. La luz era lo bastante buena para pasear por el césped, o tal vez aventurarse hasta el río.

Recordó algo que le dijo su hermano Howard hacía años, cuando ella todavía vivía en Rye End Hall y él era apenas un colegial. Es mejor pescar de noche, le dijo, porque es cuando los peces pican con más facilidad.

Era una locura, pero ¿por qué no probar a lanzar la caña esa noche? Le parecía una tarea muy sencilla cuando veía a otros hacerla, y sabía dónde estaban las cañas y los hilos. ¡Qué sorpresa se llevaría Donna al ver que tenía una perca bien hermosa de desayuno!

Se puso a toda prisa un vestido sencillo, se calzó unos zapatos gruesos y bajó de puntillas las escaleras antes de que la razón se impusiera y la enviara de nuevo a la cama. Las cañas estaban en el trastero, donde las había visto por última vez. Al sacarlas se percató de que eran todas

distintas, lo cual la confundió.

Agarró un par para ver si pesaban y se decantó por la más pequeña, cuando recordó que necesitaría cebo. En la despensa, cortó la corteza del tocino, encendió una linterna y, sintiéndose una experta deportista, salió a hurtadillas y cruzó el césped.

La noche estaba casi completamente en calma. No soplaba el viento y, salvo por el leve susurro de algún animal nocturno que se deslizaba por la hierba, no se oía ni una mosca.

Antonia encontró una zona de grava seca en la que plantarse, dejó la linterna y trató de ponerle el cebo al anzuelo. Aquello resultó más difícil de lo que esperaba, pues el anzuelo estaba afilado y el tocino, resbaladizo. Al cabo, lo logró. Echó el brazo hacia atrás y lanzó el sedal al agua. No pasó nada. Antonia miró la caña a la luz de la linterna y jugueteó con el carrete hasta que funcionó sin problema. Volvió a intentarlo. Esta vez el tocino cruzó el río y se enganchó en los juncos de la orilla opuesta.

Tras varios intentos, a Antonia le dolía el brazo y se dio cuenta de que pescar no era tan fácil como parecía.

—Una vez más —murmuró. Para su gran sorpresa, el sedal aterrizó en mitad del río con un satisfactorio ruidito.

A pesar de su triunfo, pronto le quedó claro que pescar era una actividad menos estimulante de lo que le habían hecho creer. El silencio se prolongaba, interrumpido únicamente por el ulular de un búho que sobrevolaba la pradera. El sedal flotaba en el agua casi sin moverse y Antonia contuvo un bostezo.

Se preguntó con aire distraído qué hora sería y cuándo empezarían a saltar los peces, cuando la caña que sostenía dio un tirón y el sedal se movió. ¡Había atrapado algo! Antonia agarró el mango de la caña con firmeza y enrolló el sedal hasta que el pez plateado que se retorció emergió del agua. Lo dejó torpemente sobre la hierba, soltó la caña y se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué debía hacer a continuación.

Se abalanzó sobre su presa, la agarró con ambas manos y se asustó al descubrir lo resbaladizo y musculoso que era un pez vivo. Se dio la vuelta y se retorció mientras el pez se agitaba en sus manos. Acabó completamente enredada en el sedal, que se le había enrollado en los tobillos.

—Por Dios, estate quieto —le suplicó al pez, pero este no obedeció y meneó tanto la cola que le mojó la parte delantera del vestido y se la llenó de escamas.

—Debería haberme imaginado que era usted —le dijo una voz entre cansada y divertida casi al oído.

Antonia gritó del susto. Del espasmo que le dio, soltó el anzuelo de la perca, que saltó de sus manos al río.

Al girarse vio a Marcus Renshaw. «Cómo no». Estaba apoyado en un sauce que se inclinaba sobre el agua, la mar de a gusto.

—¿No se le acaban los talentos, señorita Dane? —preguntó, torciendo la boca para no reírse.

—Ni se le ocurra reírse de mí —bramó—. Me ha dado un susto de muerte y me ha hecho soltar el pez.

—Una perca nada desdeñable, por lo que he podido ver. Qué pena que la haya dejado escapar. —Cuanto más se enrabietaba ella, más se divertía Marcus.

—¿Que yo la he dejado escapar? Si no se hubiera acercado sigilosamente a mí, como un ladrón... —Quiso avanzar hasta él para reprenderlo mejor, pero el fino hilo se le ciñó aún más fuerte a los tobillos—. Dichoso sedal, parece que tenga vida propia. —Al intentar quitárselo, lo tensó y lo ató más fuerte.

—Quédese quieta para que se lo desenrede. —Marcus se acercó sin prisa y se arrodilló a su lado.

Antonia se quedó mirando su cabeza inclinada, diciéndose a sí misma que claro que debía tocarle los tobillos, cómo no.

Ella se revolvió, inquieta, sin saber qué hacer con las manos, y él la reprendió con severidad:

—Si se retuerce, empeorará las cosas. Vamos, no es momento para remilgos, señorita Dane. ¿Quiere seguir aquí hasta el amanecer?

—Pues dese prisa —espetó, contenta de que al menos la luz de la luna le disimulara el rubor de las mejillas—. ¿No puede cortarlo?

—¿Cortar un sedal? —Marcus se sentó sobre los talones y la miró con los ojos brillantes a la tenue luz—. Dios mío, Antonia, no tienes ni idea de pesca. Si no hubieras dejado caer el anzuelo entre los pliegues de tu vestido, sería más rápido, pero no tengo intención de clavarme sus púas en el pulgar.

—Bueno, pues haga lo que pueda. —Se calmó, temblando con una mezcla de sentimientos que iban desde la indignación y la vergüenza hasta una extraña excitación y unas ganas terribles de acariciar el espeso cabello de la cabeza inclinada ante ella.

Capítulo ocho

Para cuando Marcus se puso de pie, con el anzuelo bien sujeto entre el índice y el pulgar, y el sedal tirado sobre la hierba, parecía que hubiera pasado una eternidad.

—Ya está, ya puedes volver a empezar. ¿Y el cebo?

—Ahí, pero creo que ya he pescado suficiente por esta noche.

—¿Tocino? —Miró el plato—. ¿Qué pretendías pescar con eso, por el amor de Dios? —Su tono volvía a ser jocoso.

—Perca, por supuesto. El tocino va de perlas para la perca, como acaba de comprobar usted.

—Una pescadora nata —bromeó—. Ten, tu anzuelo y tu sedal.

Se los tendió y el mero hecho de ir a cogerlos la acercó tanto a él que lo turbó. Antonia hizo amago de agarrar el anzuelo, pero él negó con la cabeza:

—No, pensándolo bien, tienes razón, ya has pescado suficiente esta noche.

Marcus aseguró la púa en el carrete y soltó la caña, luego se quedó mirándola con tanta fijeza que Antonia fue consciente del vestido sencillo y desgastado que llevaba, de su cabello alborotado y de los rizos rebeldes que le caían por las mejillas.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Antonia, con la boca repentinamente seca. Los encuentros con ese hombre a plena luz del día eran bastante inquietantes, pero bajo la influencia de la luna llena sentía que podía ocurrir cualquier cosa.

Había diversión en la mirada que le dirigía, pero la joven se percató de que no se estaba riendo de ella, sino que su mirada era tierna y de admiración y le cambiaba la cara; lo volvía menos hosco y más cercano.

—Ah, estaba pensando en lo bien que hueles a... pescado.

—Será... —Ella levantó una mano, pero él la atrapó suavemente por la muñeca.

—Por favor, no me abofetees, no cuando estás cubierta de escamas y baba. —Su tono era afable e insidioso mientras la atraía suavemente hacia él, como si ella también fuera un pez en un sedal. Antonia hizo amago de irse.

—Debería ir a lavarme las manos —murmuró con gazmoñería, sin venir a cuento.

—No hace falta, con que las dejes a los lados me vale —comentó Marcus sin emoción antes de besarla.

Le mordisqueaba con ternura el arco del labio superior. Antonia ahogó un grito de sorpresa por lo íntimo del momento, pero, para su perplejidad, no hizo ningún intento de liberarse. Cuando Marcus se centró en la carnosidad de su labio inferior, ella se rindió por completo y alzó el rostro. Seguía apresándole las manos a los costados, lo que hacía que el abrazo pareciera más impactante y perturbador aún.

—Debería volver a salir a pescar de noche. ¿Quién me iba a decir que pescaría un premio así? —murmuró Marcus pegado a su pelo.

—Marcus, no soy un pez —replicó Antonia contra la pechera de su abrigo. Pero no tenía ningún deseo de salir del círculo que formaban sus brazos y alejarse del calor y la fuerza que eran palpables pese a la ropa incluso. Se preguntó si se sentiría así porque era Marcus quien la sujetaba, o si sería una locura inducida por la luna.

El duque suspiró y su aliento le revolvió el fino pelo de la sien.

—Por muy grata que me resulte la idea, no podemos quedarnos aquí toda la noche, Antonia.

¿Qué pensará la temible señorita Donaldson que te ha ocurrido?

—Nada, espero. —Antonia intentó no desanimarse cuando él se dio la vuelta para recoger su aparejo de pesca y su linterna—. Estaba dormida cuando me he ido y confío en que así siga.

La tomó del brazo y la guio por la espesura de los jardines de recreo, aún agrestes.

—Entonces ¿has venido a pescar por capricho? Qué rara eres. —La linterna atraía a pequeñas polillas, que se elevaban del césped a sus pies, de modo que parecía que el duque y la joven atravesasen una nubecilla al caminar.

—No podemos vivir solo de la caza, y se me ha ocurrido que el pescado sería una agradable variante. —Lo miró de reojo para ver cómo se tomaba la referencia a sus «cazadores furtivos» con permiso.

—No voy a morder el anzuelo, Antonia. Es tarde y estoy cansado. Estoy decidido a no volver a mencionar a tus cazadores furtivos, a menos que encontremos a alguno en mis tierras, aunque no me hace ninguna gracia el ejemplo que estás dando. Pero ¿por qué no pones a pescar a tu muchacho? Seguro que lleva media vida haciéndolo en mis ríos.

Así que había decidido dejar pasar esa disputa, concluyó. Sin embargo, eso no explicaba por qué había acudido tan inesperadamente en su ayuda con el banquero.

—Cualquiera diría que te has resignado a que me quede en Rye End Hall, Marcus.

Se detuvo y la miró con un destello de luz de luna en los ojos que no auguraba diversión.

—Ten cuidado, Antonia. Puede que tengas predilección por la pesca, pero no intentes bucear en mis intenciones. Ya te dije en Berkhamsted que no te las revelaría.

No iba a permitir que creyera que se desanimaba tan fácilmente.

—Menos de una semana antes de ese encuentro, te opusiste rotundamente a que nos quedáramos aquí y quisiste comprar mis tierras. ¿Ya no te interesa adquirirlas?

Marcus volvió a pasarle la mano por el brazo y siguió avanzando hacia la casa.

—Hay más de una manera de lograr los objetivos, Antonia —comentó con indiferencia. Cuando ella soltó un bufido de exasperación, él sonrió levemente—. Y bien, ¿por qué puerta has salido?

—Por la lateral. No está cerrada con llave.

—¿No te preocupan los ladrones?

—¿Aquí, en medio del campo, acechando por si voy a pescar y me dejo la puerta abierta? Hablando de comportamientos extraños, Marcus, ¿qué haces en la calle a estas horas? Deben de ser las dos y media.

—Una partida de cartas en casa de sir George Dover. —Nombró a un vecino cercano cuya esposa ya había hecho su visita de cortesía a Rye End Hall—. Hacía una noche tan apacible que he ido andando. Pero, como bien dices, es tarde. Buenas noches, Antonia.

La besó en el dorso de su muñeca, lejos de sus dedos cubiertos de escamas, y se marchó a grandes zancadas por el sendero iluminado por la luna en dirección a Brightshill.

Diez minutos después, Antonia se acurrucó en la cama y recordó aquel extraño encuentro. No cabía duda de que se había comportado de una forma muy inapropiada, con o sin luna, pero no se arrepentía de haber dejado que Marcus la besara. Otra vez.

Ahora que por fin se había quitado los restos de pescado, se llevó los dedos a los labios y trazó el recorrido que había hecho Marcus con la boca. ¿Seguro que no estaba jugando con sus sentimientos? Era innegable que sentía algo por él, y, si no era debilidad, ciertamente era algo parecido. Al fin y al cabo, era un caballero.

Sin embargo, su comentario sobre lograr los objetivos y su negativa a hablar de sus motivos para ayudarla con el préstamo la atormentaban. Antonia se había negado a venderle las tierras. ¿Acaso tenía otra estrategia en mente?

—Ay, Donna, buenas noticias. El señor Blake me ha escrito para decirme que están muy interesados en mi descripción de la propiedad y en mis propuestas de alquiler.

Cuando Antonia agitó dos hojas de papel prensado en caliente, Donna dejó de coser y preguntó con tranquilidad:

—¿Es la respuesta al anuncio del *Times*? Deja de dar saltitos y déjame verla, querida.

Antonia se detuvo en seco sobre la alfombra recién limpiada del salón y le entregó la carta.

—Qué alivio. Con lo que hemos trabajado en esta casa, reconozco que me preocupaba mucho que no encontráramos un inquilino dispuesto a habitarla.

—Y yo —confesó Donna mientras alisaba las sábanas para darles un repaso—. Al fin y al cabo, han pasado casi cuatro semanas desde que le escribiste. Has invertido mucho dinero, aunque debo decir que es muy agradable estar sentada aquí en vez de compartir la cocina con la señora Brown, y más ahora que hace tan buen tiempo.

Ambas se giraron para contemplar desde el amplio ventanal la franja verde de césped, que al cabo respondía a las frecuentes siegas del viejo Johnson. El buen tiempo había permitido a los trabajadores finalizar casi todo su trabajo en el Hall y al día siguiente emprenderían la insignificante misión de hacer que la casa Dower fuera habitable de nuevo.

El río iluminado por el sol le recordaba su encuentro con Marcus Renshaw a la luz de la luna. Antonia luchaba por reprimir la persistente sensación de decepción que la invadía cada vez que rememoraba aquel episodio. Sinceramente, pensaba que volvería a visitarla para empezar a cortejarla.

Se rio de sí misma y se preguntó si Marcus estaría interesado en ella por sí misma o por sus propiedades, y más tarde le descorazonó enterarse de que se había marchado a Londres al día siguiente. Se dijo que así aprendería a no sacar conclusiones precipitadas o, mejor aún, a no jactarse pensando que un duque querría ir en serio con una joven sin fortuna, sin sofisticación y sin experiencia.

«Sería una duquesa nefasta».

Era un milagro que Marcus hubiera permanecido tanto tiempo en el vecindario. Sin duda, los duques tenían una agenda social muy apretada en Londres y negocios que hacer en sus numerosas propiedades.

—¿Me escuchas, querida? —Era evidente que Donna llevaba hablando unos minutos. Antonia se repuso y se disculpó—. Estaba diciendo que el señor Blake ha manifestado su intención de visitarnos pasado mañana a menos que le digamos lo contrario. Creo que deberíamos enviar una respuesta positiva hoy, porque estamos totalmente preparadas para recibirlo.

—Sí, tienes razón. Así le causaremos buena impresión. Es importante que convenza a su jefe de que esta propiedad es perfecta para él.

Antonia no estaba muy segura de si sabría negociar el contrato de arrendamiento con éxito. Todavía no le había dicho a Donna que le habían concedido el préstamo gracias a la intervención de Marcus. Ella sola había fracasado estrepitosamente con el señor Pethybridge, y el señor Jeremy Blake era otro empresario, probablemente del mismo estilo. Y esta vez no podría pedirle al duque de Allington que negociara en su nombre, aunque hubiera estado en Brightshill.

Dos días después, Donna volvía loca a Antonia pasando el plumero por la madera ya reluciente. Ya estaba bastante nerviosa por la visita.

—Por Dios, Donna, siéntate. El señor Blake llegará en cualquier momento. Oh, escucha. ¿Es una calea lo que oigo?

Donna guardó el plumero bajo los cojines del sofá y se dio unas palmaditas en el pelo, bajo la

cofia. Antonia alisó los pliegues de su único vestido de día decente y se echó un vistazo rápido en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea. Estaba convencida de que su apariencia impresionaría a un abogado de edad avanzada.

Una cinta azul recogía con delicadeza sus rebeldes cabellos, su vestido de cuello alto estaba adornado castamente en cuello y puños con encaje de Bruselas y sus únicas joyas eran un bello juego de ámbar heredado de su madre.

Se giró cuando la sirvienta recién contratada anunció:

—El señor Blake, señora.

En el umbral del salón se encontraba un hombre apenas mayor que ella. El señor Blake era un caballero de aspecto agradable, con un rostro alegre y sencillo, cabello castaño bien recortado y ropa impecable y elegante, aunque sobria. Distaba mucho del abogado demacrado que esperaban.

Y aunque ellas quedaron desconcertadas, al parecer el señor Blake también. No disimuló lo bastante rápido el estupor y, quizá, el posterior deleite, cuando Antonia fue a saludarlo. Controló su expresión antes de aceptar la mano que le tendía.

—Buenos días, señor Blake. Espero que haya tenido un agradable viaje desde la ciudad.

—Gracias, señora. He pasado la noche en Berkhamsted, en el White Hart, bastante a gusto.

—Le presento a mi camarada, la señorita Donaldson.

Antonia sospechó que Donna encajaba más con el estilo que esperaba el señor Blake. Se saludaron con una reverencia educada y aceptó tanto el asiento como la taza de té que le ofreció.

—Soy consciente de que ha tenido una primera impresión muy vaga de Rye End Hall —dijo Antonia, intentando sonar despreocupada—, pero ¿puedo preguntarle si este es el tipo de propiedad que busca su jefe?

—Sí, así es —dijo el señor Blake con amabilidad, pero luego, al ver los peligros de mostrarse demasiado ansioso, se recompuso—. Es decir, la ubicación es precisamente la que desea sir Josiah, y la casa es magnífica.

—¿Sir Josiah?

—Creo que no hay inconveniente en que revele que represento a sir Josiah Finch, quien regresó de las Indias Orientales hace unos doce meses y ahora desea establecerse en la zona de donde es originaria su familia.

—¡Qué interesante! Sin duda, el paisaje de los alrededores no le recordará nada a las Indias.

Continuaron intercambiando bromas mientras bebían el té. Antonia siguió hablando, haciendo todo lo posible por no revelar que intuía que el señor Blake no solo tenía una disposición muy favorable hacia el Hall, sino también hacia ella. Era muy agradable sentirse admirada, y disfrutaba del respetuoso aprecio que reflejaba la mirada del señor Blake.

—¿Otra taza de té, señor Blake? ¿No? —Antonia se puso de pie—. En ese caso, ¿le apetece dar una vuelta por el Hall?

Mientras cruzaban la entrada, Antonia se detuvo para darle tiempo a observar las proporciones.

—¿Conoce bien a sir Josiah?

—Sí, señorita Dane. Somos parientes por razón de matrimonio.

—Lo pregunto por si tiene intención de traer a su familia. Hay espacio de sobra.

—Sir Josiah está casado con *lady* Finch, que es mi tía. Por desgracia, no los sobrevive ningún hijo. Las Indias son un lugar cruel para los niños.

Mientras murmuraba palabras de pesar, Antonia se dio cuenta de que Donna regresaba al salón, sin duda para buscar constancia de la familia Finch en la obra de referencia de Burke.

Ese parentesco explicaría el aire distinguido del señor Blake. Y también debería facilitar mucho

las negociaciones, concluyó Antonia. Sin duda, su tío tenía plena confianza en él y podría tomar decisiones sin tener que consultar constantemente a su superior.

El señor Blake resultó ser un visitante poco exigente, aunque tomaba notas con frecuencia en un cuadernito negro. Admiraba la cantidad de habitaciones y sus medidas, hacía comentarios favorables sobre la disposición de la casa y estaba completamente de acuerdo con lo de no decorar en exceso.

—Sir Josiah traerá una considerable colección de muebles y obras de arte orientales —explicó mientras bajaban la escalera—. Y querrá colgar unos tapices chinos exquisitos, si le parece bien, señorita Dane.

—Oh, desde luego, no tengo ninguna objeción. Me da la impresión de que ya tiene claro que va a recomendar Rye End Hall a sir Josiah —comentó Antonia, con los dedos cruzados sobre los pliegues de la falda.

—Creo que les vendría muy bien —dijo el señor Blake—. Por supuesto, la decisión final es de sir Josiah —añadió con la cautela repentina de los abogados.

—¿Le apetece almorzar algo antes de visitar los jardines de recreo y la granja? —le propuso Antonia, decidida a mantener la calma y la seriedad, pero incapaz de ocultar el placer y el alivio que le producían sus buenas palabras.

Donna había dejado de consultar la obra de Burke lo justo para pedir que le sirvieran una comida ligera en el comedor. Antonia hubiera deseado que el olor a cera de abeja no fuera tan evidente, pues delataba el trabajo duro y la esperanza que habían invertido en preparar su visita, pero, por fortuna, el señor Blake parecía ajeno a los detalles de la limpieza.

—Está muy cotizado. Tiene muy buenos contactos —le susurró Donna al oído cuando entraron en la estancia—. He marcado la página.

—Donna, silencio. Siéntese, señor Blake. Tendrá unas vistas del río espectaculares.

—Eso me recuerda otra pregunta que debo hacer. Gracias, señora, una paloma fría sería estupendo. ¿Se pesca bien? ¿Tiene intención de conservar los derechos de pesca?

Antonia sintió que se ruborizaba de pies a cabeza.

—Tengo entendido que hay percas, pero no sabría decirle. No tengo intención de conservar los derechos de pesca, en absoluto.

Su vehemencia era tan desconcertante como su turbación. Era muy consciente de la mirada penetrante que le estaba echando Donna. Debía recomponerse, dejar de sumirse en ensoñaciones y fantasías cada vez que alguien mencionaba el río. Una mujer sensata concluiría que, a pesar de sus devaneos en la orilla del río, la ausencia del duque era una señal clara de que el episodio no significaba nada para él.

Se dio cuenta de que el señor Blake estaba hablando de nuevo y comentó apresuradamente:

—Y sin duda es habitual ver lucios.

—¿En los establos? —intervino Donna—. Antonia, querida, has perdido el hilo de la conversación. Estábamos hablando del alojamiento para los caballos del carruaje de sir Josiah.

—Lo siento mucho. ¿Un helado, señor Blake? ¿O me permite que le ofrezca jalea?

—Cualquiera, señorita Dane —respondió amablemente el abogado.

Al otro lado de la mesa, la expresión de suficiencia de Donna era evidente. Sin duda estaba convencida de que era imposible que el duque estuviera a la altura, pero un abogado con contactos...

Una hora después, solo quedaban por inspeccionar los establos. El señor Blake manifestó su intención de regresar de inmediato y le pidió a su mozo de cuadra que enganchara a su caballo

mientras él observaba los alrededores.

—Confío en llegar a Londres esta noche y hablar con sir Josiah mañana por la mañana —explicó mientras salían de la cochera a la luz del sol una vez más.

—¿No llegará usted muy tarde? —preguntó Antonia.

—Cambiaré de caballo en Stanmore y espero llegar a tiempo. Sir Josiah es impaciente cuando se trata de asuntos de negocios y esperará un informe rápido.

—¿Puedo preguntarle si sigue dispuesto a recomendar esta casa a sir Josiah? —se aventuró a preguntar Antonia.

—Solo le digo que me gustaría saber el nombre y la dirección de su contable antes de irme —respondió el señor Blake, con el lápiz en ristre.

Antonia le dio el nombre y la dirección de Londres, y se hizo una nota mental para escribir cuanto antes al señor Cooke, de Gray's Inn, quien de lo contrario estaría sumamente confundido al ver que se dirigía a él un tal Blake.

Se quedó un tanto pasmada al ver el vehículo del señor Blake, un elegante carruaje deportivo tirado por un par de bellos zainos. Creía que un abogado iría en un carruaje cerrado, no que se desplazaría por la carretera. Pero, claro, el señor Jeremy Blake no se parecía en nada a un abogado en muchos aspectos.

—Bueno, agradezco su hospitalidad. Señorita Dane, señorita Donaldson —empezó a decir, tomando la mano de Antonia entre las suyas y mirándola profundamente a los ojos—. Y espero poder darle una respuesta en unos días...

Estaba a mitad de frase, aún agarrándole la mano a Antonia, cuando, con un frenesí de cascos sobre la grava, Marcus Renshaw entró galopando en el patio del establo a lomos de un castaño despampanante. Tiró de las riendas con fuerza, pero no antes de que los caballos del carruaje se asustaran, lo que hizo que el mozo de cuadra corriera hacia ellos.

Capítulo nueve

Jeremy Blake se interpuso inmediatamente entre las damas y los caballos, mirando con evidente fastidio al origen de la interrupción.

Antonia, presa de sentimientos encontrados, tragó saliva con fuerza. Se alegraba de volver a ver a Marcus después de tantos días, estaba enfadada consigo misma por darle importancia a que no la hubiera visitado y era muy consciente de qué ocurrió la última vez que se vieron. Estudió su rostro en busca de algún atisbo de reconocimiento de su encuentro junto al río.

Marcus había calmado al castaño, pero no hizo amago de desmontar y miró al desconocido con altivez.

El señor Blake, ataviado con un abrigo de corte admirable, se cuadró, puso cara de severidad al juntar las cejas y comentó con frialdad:

—Señor, ha asustado usted a las damas.

Fue como si no hubiera hablado. Marcus miró detrás de él y se inclinó ligeramente.

—Buen día, señorita Dane. Espero que se encuentre bien, señorita Donaldson.

El señor Blake, que probablemente tenía experiencia de sobra tratando con aristócratas arrogantes y un gran sentido de su educación y valía, no se dejaría amilanar por un hombre desaliñado a lomos de un caballo magnífico. Su expresión dejaba patente que, aunque las damas conocieran al intruso, no excusaba sus pésimos modales.

Dio la espalda al jinete, le hizo una ligera reverencia a Antonia y continuó con sus despedidas como si el otro hombre no existiera.

—Gracias de nuevo por su hospitalidad, señorita Dane. Espero volver a Rye End Hall muy pronto. Por supuesto, le escribiré lo antes posible. —Montó en su carrocín, hizo un lazo con las riendas y puso a sus caballos en movimiento. Pasó junto al duque sin mirarlo.

Antonia se despedía con brío del carruaje que se alejaba y advirtió con cierto regocijo la mirada fija de Marcus. Apretó la mano de Donna a modo de advertencia, aunque era poco probable que su camarada parloteara sobre la identidad o el propósito del abogado.

Era demasiado esperar que aquella muestra de desagrado se debiera a que el duque estaba celoso porque sentía cierta debilidad por ella, pero, por otro lado, no tendría nada de malo que Marcus intentara adivinar quién era ese hombre.

Antonia dio un paso adelante con una sonrisa gélida.

—Buenos días, excelencia. —Puede que albergase sentimientos afectuosos, o incluso tontos y románticos, por él cuando estaba ausente. Puede que fantasease con la presión de sus labios sobre los suyos y conjeturase sobre sus intenciones, pero, cuando lo tenía delante, su arrogancia la sacaba de quicio—. Un día espléndido, ¿verdad? Se nota que el verano está a la vuelta de la esquina.

Marcus desmontó y, mientras tanto, le arrojó las riendas a un mozo.

—¡Anda, que viene usted de visita! ¡Qué bien! —dijo Antonia alegremente—. Había supuesto que solo estaba de paso. Qué pena que ya hayamos terminado de almorzar.

—Hace rato que he comido, señora. No me habría entrometido si me hubiera percatado de que tenía visita. —Marcus se mostró tan educado que daba escalofríos.

—Claro que no —repuso Antonia con lo que esperaba que fuera una complacencia exasperante.

Donna la miró con reproche, se disculpó y se fue. Antonia miró de reojo el rostro serio de

Marcus.

—Pareces contrariado.

Marcus la miró fijamente a los ojos y de repente sonrió y dejó de arrugar el ceño. Antonia tuvo la clara impresión de que se había pasado.

—En absoluto. Solo me pasaba por aquí para ver si habías tenido más problemas con el banco durante mi estancia en la ciudad.

—Ah, ¿que has estado fuera? Ahora que lo pienso, creo que una de las sirvientas mencionó que no estabas en Brightshill. ¿Has estado ausente mucho tiempo? En cuanto a nosotras, hemos estado tan ocupadas que el tiempo se nos ha pasado volando. Gracias por preguntar, todo ha ido sobre ruedas.

Mientras hablaban, caminaban hacia la casa. Antonia era muy consciente de su proximidad. Desde el principio, Marcus le había parecido una presencia física dominante, pero desde que había experimentado sus besos era muy consciente de sus manos, de la anchura de sus espaldas, de su aroma. Era muy inquietante descubrir que las sensaciones que había experimentado a la luz de la luna se repetían ahora a plena luz del día. No había ninguna excusa para ello, se reprendió con severidad.

Cuando llegaron a la puerta principal, que todavía estaba abierta, le preguntó:

—¿Te apetece ver el trabajo que hemos hecho? —Sintió que era necesario un gesto conciliatorio, considerando que Marcus había sido de gran ayuda para obtener los fondos necesarios para la obra.

Mientras recorrían la casa, resultó evidente que se interesaba personalmente por los detalles prácticos de su propiedad. Las preguntas que les formulaba a los yeseros y techadores que estaban dando las últimas pinceladas a las habitaciones del ático eran bien fundadas, y a Antonia le sorprendió su trato afable con los trabajadores.

Esto se explicó en parte cuando el fontanero dijo:

—Si es tan amable de echar un vistazo al tejado, verá que utilizamos la misma forma de arreglar el plomo que en Brightshill.

Antonia se quedó al margen y observó a Marcus hablar con los hombres. Se dio cuenta de que eran respetuosos, no solo por su rango, sino porque reconocían en él a alguien que comprendía las necesidades de una gran propiedad y el lugar que ellos ocupaban en ella.

Mientras hablaba, su rostro perdió toda severidad y su cuerpo se relajó al manipular una tubería de plomo rota que le había entregado el fontanero. No se parecía en nada al magistrado que castigaba a los cazadores furtivos ni al brusco terrateniente que daba órdenes a sus guardabosques.

El fontanero William Hunt señaló algo del plomo. Para sorpresa de Antonia, Marcus se quitó el abrigo, se arremangó la camisa y abandonó la estrecha buhardilla para dirigirse a la sección plana del tejado.

Cuando el fontanero y su compañero lo siguieron, ella se acercó a la ventana y los observó. Asustada, vio que Marcus se inclinaba peligrosamente sobre el parapeto, tanteando el enladrillado y haciéndole comentarios a Hunt por encima del hombro. A ella le llegaron menciones incomprensibles sobre tapajuntas, bajantes y tolvas para la lluvia.

Poco a poco, se le fue pasando el susto. Cuando Marcus se levantó, Antonia sintió que se le iban los ojos a los fornidos músculos de la espalda ocultos por la fina tela de lino que acariciaba la brisa. Tenía un pie en el parapeto y miraba al jardín. Cuando se dio la vuelta para hacerle un comentario al fontanero, el viento le azotó el pelo y unos mechones rebeldes de color castaño rojizo le taparon los ojos.

—Estoy de acuerdo, coméntale a la señorita Dane lo de los bajantes. Hay que tomar una decisión sí o sí —estaba diciendo prosaicamente mientras se echaba el pelo hacia atrás y la miraba a los ojos.

Cada uno en su lado, cruzaron la mirada y se miraron fijamente a los ojos; los de él encerraban una pregunta que ella no lograba dilucidar. Mientras observaba su rostro, Antonia cayó en la cuenta de que se estaba enamorando de Marcus Renshaw y de que solo con que le diera el más mínimo indicio de que la correspondía, correría hasta él, por muchos trabajadores que hubiera presentes y por muy inapropiado que fuera el entorno.

Parecía que llevaban una eternidad así, pero solo habrían pasado unos segundos, pues Hunt le estaba diciendo:

—Esto es lo que ocurre, señora: el peso del agua de lluvia que cae del tejado es demasiado grande para el tamaño de la tolva. Cuesta de explicar si no lo ve. —Se rascó la cabeza. Era obvio que no hallaba las palabras con las que explicarle mejor la situación a una señora que, a todas luces, no tenía ni la menor idea de cuestiones técnicas de ese calibre.

Marcus se acercó a ella, de pie junto a la ventana, y le tendió la mano.

—Venga, señorita Dane, no le va a pasar nada. Casi todo el tejado es plano.

Antonia aceptó la mano de Marcus. Su agarre era cálido, firme y seguro, y no le dio miedo subirse a una caja y agacharse para salir por el alféizar de la ventana.

—Gracias, Hunt —le dijo el duque al fontanero—. Seguro que querrás entrar ya. Ya le enseño yo el problema a la señorita Dane.

—Ahí va, las vistas son kilométricas —exclamó Antonia mientras contemplaba la verde campiña de Hertfordshire y los vastos bosques de hayas que se extendían por el borde escarpado de Chilterns hacia el valle de abajo.

Se apoyó en el parapeto de ladrillo, con la mirada fija en el lejano horizonte, felizmente ajena a la altura a la que estaba hasta que cometió el error de mirar abajo. Le dio la sensación de que la terraza pavimentada cuatro pisos más abajo subía hasta ella, que retrocedió dando un grito ahogado del susto.

Marcus la abrazó y la giró para protegerla de la caída con su cuerpo. La tenía bien sujeta.

Antonia apretaba los ojos. No le gustaban las alturas de ningún tipo y nunca había estado tan alto, a tanta distancia del suelo. El corazón le iba a mil y tenía la respiración agitada. Su mente le decía que estaba completamente a salvo, pero su cuerpo aún no estaba convencido.

—No te vas a desmayar —le informó Marcus con firmeza.

Con la oreja apoyada en la pechera de su camisa, Antonia sintió la orden más que la oyó. La brisa le había enfriado la tela, pero notaba el calor que emanaba su cuerpo a través de ella. Olía ligeramente a colonia, cuero y a Marcus, a falta de una definición mejor.

—¿Seguro? —Nunca se había desmayado, pero la mezcla de sensaciones que estaba experimentando en ese momento la llevaba a creer que podría hacerlo en cualquier instante.

—Segurísimo —le garantizó Marcus. La colocó firmemente a su lado, y se interpuso entre ella y el desnivel, con el brazo todavía sobre sus hombros para protegerla—. ¿Ves? Imposible que te caigas. Ven aquí y siéntate lejos del borde. No puedes volver dentro que te haya explicado las deficiencias de tu sistema de agua de lluvia o Hunt no podrá continuar.

Antonia miró arriba preguntándose de qué humor estaría, y atisbó el brillo de diversión en sus ojos oscuros.

—¿De verdad entiendes de este tema? —le preguntó mientras la llevaba a un muro de ladrillo bajo, a una distancia segura del borde.

—Pues claro, y tú también deberías. Confío en que también sepas cuáles son las dimensiones que

garantizan que la chimenea humee correctamente y cómo hacer que el agua drene de manera deseable.

—No veo nada de deseable en los desagües bajo ninguna circunstancia —aseveró Antonia con firmeza mientras trataba de no desear que volviera a pasarle el brazo.

Como si le hubiera leído la mente, Marcus se sentó a su lado y, casi con naturalidad, le tomó el brazo. Se le pasó por la cabeza quejarse por las confianzas, pero la descartó. Sin duda, era muy inapropiado, pero ¿quién iba a verlos? Y era pleno día. La había besado a la luz de la luna, pero no se había tomado más libertades. Aquel gesto era lo bastante decoroso como para no levantar sospechas, se dijo Antonia, aunque estaba causando estragos en sus sentimientos.

—La casa Dower tiene unas chimeneas preciosas —comentó Marcus, señalándolas entre los árboles—. ¿Has decidido qué vas a hacer con ellas?

—Los muchachos se han puesto manos a la obra esta semana, aunque la estructura no presenta muchos problemas. Donna y yo estaremos muy a gusto allí.

—Entonces ¿vas a vender esta casa? —Se dio media vuelta para mirarla, evidentemente sorprendido—. ¿Has cambiado de opinión desde que te hice una oferta por ella?

—No. No tengo intención de vender Rye End Hall. Es el hogar de mi familia. Voy a alquilarla. ¿No te acuerdas? Te ofendiste mucho cuando te lo sugerí, pero te agradezco que intervinieras; así dispongo del capital necesario para reformar la casa. Supuse que sabías para qué quería el dinero. Creo que fui bastante clara al respecto.

—Pensé que me lo dijiste para provocarme —repuso Marcus con una sonrisa—. Al fin y al cabo, nos excedimos un poco al tratar el asunto, y reconozco que no me tomé en serio tu plan.

Antonia lo miró perpleja.

—Pero ¿para qué creías que quería el dinero, sino para reformar la casa y alquilarla?

—Pues para vivir con cierta holgura, como corresponde a tu posición.

—¿Así que influenciaste al banquero solo porque te preocupaba mi holgura? Seguro que te preguntaste cómo pensaba devolver el préstamo —exclamó en tono arengador. Pero en el fondo sintió una repentina oleada de esperanza al pensar que se había inmiscuido para que se quedase en el vecindario porque sentía debilidad por ella.

—Confío en actuar siempre por el bienestar de los demás —respondió Marcus con sequedad—. Pero aparte de eso hay que tener en cuenta algo primordial.

Antonia contuvo el aliento mientras esperaba a que terminara la frase.

—Tanto a mí como a nuestros vecinos nos preocupa mucho que una finca tan bonita como Rye End Hall se deteriore y se arruine. Eso conduce a la pobreza, que a su vez trae consigo anarquía y necesidad.

—Si tus motivos son tan altruistas, Marcus, me sorprende que el otro día fueras incapaz de manifestarlos cuando te pregunté directamente por qué me habías conseguido el dinero.

En serio. Justo cuando se daba cuenta de que le estaba gustando (no quería ni pensar que fuera algo más), él hacía un comentario de lo más impertinente.

—Te alegrará saber que creo que voy a conseguir un inquilino muy respetable para la casa y la granja —añadió con frialdad.

—Ah, me ha parecido detectar a un empleado esta mañana. —Marcus no parecía darse cuenta del desconcierto de la joven. Antonia solo percibía su satisfacción por haber identificado al señor Jeremy Blake.

—El señor Blake no es oficinista. Es un abogado con unos contactos buenísimos. Tengo la esperanza de que su superior, que es su tío, se haga cargo del Hall.

—Hay que ver lo que defiendes a... ¿cómo era? ¿Black?

—Blake. Me ha parecido un señor muy amable e inteligente con el que hacer negocios. Y, por supuesto —añadió con picardía tras serenarse—, un auténtico caballero. Nuestro círculo local se vería muy beneficiado si se viniera con su tío aquí.

—Tengo muchas ganas de conocerlo —dijo Marcus cortésmente—. Pero nos estamos desviando del tema. ¿Vas a instalarte en la casa Dower?

—Por supuesto. La señorita Donaldson y yo estaremos la mar de a gusto allí. Tiene el tamaño perfecto para dos damas solteras y los jardines pueden volverse encantadores.

—Entonces ¿pretendes convertirte en una solterona respetable? Sin duda pasarás ratos fascinantes construyendo una gruta de conchas o perfeccionando tus labores de encaje.

A Antonia la desconcertó su sarcasmo. Al parecer le molestaba que no hubiera decidido venderle la propiedad.

—¿En una solterona? Pues claro que no. Tenemos toda la intención de entrar de lleno en la vida social del distrito en cuanto nos establezcamos en la casa Dower. Conservo el control de las tierras que no están asociadas a la granja, por lo que tendré arrendatarios a los que vigilar. De hecho, creo que me pasaré el día de acá para allá.

—Me tranquiliza oírlo. —Frunció el ceño de un modo que Antonia ya reconocía: lo hacía cuando quería disimular su regocijo—. ¿Sería mucho pedir que visitases Brightshill? Pronto organizaré una fiesta en casa. Incluso podemos reunir parejas suficientes para organizar bailes de vez en cuando.

—Me encantaría —respondió Antonia formalmente, aunque pensar en encontrar algo en su armario que combinara con la moda londinense de sus invitados la desalentaba un poco.

De repente, la leve brisa se intensificó y Antonia, que llevaba un vestido ligero, tiritó de frío.

—Deberíamos volver dentro. Donna se estará preguntando si me ha pasado algo.

Marcus la condujo de vuelta al borde y le dio una rápida pero clara explicación de lo que había que hacer con las tolvas de agua de lluvia. Luego la tomó de la mano para ayudarla a cruzar el tejado y que no volviera a marearse. Una vez en la ventana, él pasó primero, se dio la vuelta y levantó los brazos.

—Puedo bajar sola, gracias —dijo, sonrojándose al pensar en un contacto tan cercano. Otra vez.

—Antonia, hay dos maneras de hacer esto. O te doy la espalda mientras bajas y, con toda seguridad, te desgarras el vestido en el proceso, o bien te aúpo. Con todo el respeto del mundo, por supuesto. —Le brillaban los ojos de diversión.

Antonia sabía que se estaba riendo de ella, pero de repente no le importó. Estaría en sus brazos, aunque fuera por poco tiempo, y se sentiría protegida por su fuerza.

Sin mediar palabra, le tendió la mano. De golpe se transportaba del alféizar al ático balanceándose sin esfuerzo. Marcus la sostuvo un segundo más de la cuenta y la dejó en el suelo polvoriento.

—Dime —dijo, mirándola.

—¿Sí? —Al mirarlo a los ojos, se fijó en que tenía una mancha de cal en el pómulos y una telaraña enredada en sus rebeldes cabellos. Reprimió con todas sus fuerzas el impulso de quitárselas.

—¿Has conservado los derechos de pesca? —Sonrió; sus dientes blancos relucían en la penumbra.

Así que, al estar tan cerca, él también rememoraba el mismo momento.

—No, tengo claro que nunca seré una buena pescadora, por mucho que lo intente —dijo con una risa trémula.

—Te hace falta práctica —murmuró, mirándola con afecto—. Deberías pasarte por Brightshill a

que te enseñe. —Hizo amago de tocarle la cara, pero dejó caer la mano cuando oyeron que alguien pisaba con fuerza el entablado de fuera. Para cuando William Hunt entró, había un espacio de metro y medio entre ellos y Marcus estaba comentando el estado de la yesería.

Marcus se despidió poco después y Antonia regresó al saloncito, medio emocionada, medio molesta consigo misma. Había estado fuera varias temporadas, había coqueteado con elegancia con hombres cotizados en bailes y cenas, así que ¿por qué Marcus Renshaw tenía ese efecto en ella? El corazón le decía que corría el riesgo de enamorarse de él, pero la razón le decía que era imposible. Era un duque, por el amor de Dios.

Había estado en su compañía en las circunstancias más insólitas, la habían llevado ante él como a una vulgar delincuente. Y sus encuentros desde entonces se habían caracterizado por una intimidad de lo más indecorosa. Antonia se dijo con firmeza que era esa proximidad impropia lo que la fascinaba.

En cuanto al duque, sin duda coqueteaba con cualquier dama dispuesta a complacerlo, y las circunstancias de Antonia quizá fueran lo bastante inusuales como para haber despertado su interés.

Cuando se reunió con Donna, creía que tenía sus sentimientos a raya.

A Donna, sin embargo, no se le escapaba nada. Debería haberlo recordado.

—¿Se ha ido ya su excelencia? —preguntó mientras dejaba a un lado su labor.

—Hace un momento —respondió Antonia con indiferencia—. Por lo visto él y Hunt han resuelto una cuestión muy difícil relacionada con los bajantes.

—Ya veo. ¿Y para eso tenías que jugar en el tejado?

—De jugar nada —dijo Antonia riendo levemente mientras ojeaba el correo del día—. La altura es vertiginosa, pero las vistas son maravillosas, y he aprendido mucho sobre las tolvas para el agua de lluvia.

—Conque habéis estado todo el rato hablando del drenaje y las vistas.

—Bueno, y de nuestros planes para la casa Dower. Y el duque ha tenido la gentileza de invitarnos a Brightshill. Pronto dará una fiesta en su casa.

—Entonces aún hay esperanzas —observó Donna con picardía.

—¿Esperanzas? —Antonia se volvió hacia ella—. ¿De qué?

—De que te hagas un hueco en la sociedad, por supuesto, tal y como corresponde. —Donna mantuvo el semblante sereno, pero Antonia tuvo la clara impresión de que no se refería a eso.

Capítulo diez

—Antonia, si no encuentras nada sensato con lo que entretenerte en casa, sal a que te dé el aire. Me estás poniendo de los nervios con tanto baile de san Vito.

Su inusual mordacidad sobresaltó a Antonia.

—¿Estoy inquieta? Lo siento mucho, no me había dado cuenta.

—No has hecho mucho más los dos últimos días —dijo Donna con más amabilidad—. Has bordado dos flores en tu bufanda, solo para volver a deshacerlas. Las páginas de tu volumen de poesía de Shelley siguen intactas, tienes dos cartas de tu prima Julia por contestar...

Antonia levantó las manos para que callase. Sabía que Donna tenía razón, pero sentía que no tenía nada que hacer ahora que los trabajadores se habían ido y el caserón estaba listo para recibir a su inquilino.

Al otro lado de las ventanas se veían los árboles frondosos, salían brotes en los jardines de recreo recién cultivados y se respiraba en el aire el verano, que estaba al caer.

—Si supiéramos si sir Josiah ha decidido quedarse con Rye End Hall... Hace una semana que nos visitó el señor Blake y hace varios días que esperaba tener noticias tuyas. —Se paseó inquieta por la moqueta recién instalada que protegía el suelo—. Donna, ¿y si el señor Blake no ha logrado convencer a su tío? ¿Qué haremos entonces con todo el dinero que hemos desembolsado? No podemos devolverlo.

Donna fue a abrazarla.

—Solo ha pasado una semana, querida —comenzó a decir con tono tranquilizador cuando el sonido de cascos crujiendo sobre la grava captó su atención—. Escucha. Sin duda es el duque, que ha venido de visita. Ahora que lo pienso, hará una semana de la última vez que lo vimos.

Antonia pensó que la llegada de Marcus no tenía muchos visos de ser un entretenimiento apacible.

—El señor Blake, señora. —Jane, la criada, hizo una reverencia en la puerta abierta.

—Señor Blake. No esperábamos verlo en persona. ¡Qué sorpresa más grata! —Sintió alivio. Seguramente no habría venido en persona para darle una respuesta negativa. —Por favor, señor Blake, tome asiento. ¿Le apetece beber algo después de su viaje? Jane, trae los decantadores.

Estaba tan serio que Antonia se dejó caer en el sofá, presa de un repentino temor de que, al final, tuviera malas noticias y fuera tan amable de traérselas en persona.

—¿Viene a caballo desde Berkhamsted?

—No, señora. He alquilado habitaciones en el Green Man de Tring. Está mucho mejor situado para venir aquí a caballo todos los días, cosa que espero que me permita hacer, dado que hay muchos detalles prácticos que resolver.

—Entonces ¿sir Josiah va a quedarse con el Hall? —logró preguntar con calma Antonia.

—Sí, señorita Dane. Quedó muy contento con lo que le conté y tanto él como mi tía creen que este será el lugar ideal para ellos.

—Debe de sentirse usted muy satisfecho de que sir Josiah y *lady* Finch confíen tanto en tu criterio como para hacerse cargo de la casa sin haberla visto —dijo Antonia con cariño—. Le agradezco que haya sido tan persuasivo. Es un gran alivio saber que alguien tan notable como sir Josiah va a alquilar Rye End Hall. Con él como residente, recuperará su lugar entre las propiedades de la zona.

El señor Blake se sonrojó un poco al oír el cumplido.

—Se lo agradezco, señora, pero le aseguro que, una vez que le expliqué las cualidades de la finca, no hizo falta que lo convenciera mucho más. Y es a usted y a la señorita Donaldson a quienes hay que felicitar por el gusto y la calidad de las renovaciones.

El señor Blake dejó el vaso a un lado y sacó unos papeles doblados del bolsillo de su chaqueta. Le entregó uno a Antonia. Estaba sellado.

—Actúo como heraldo de su contable, cuya carta tiene ahí. Entre nosotros, hemos redactado un contrato que confío en que le parezca aceptable. ¿Podría darme una respuesta al respecto si regreso mañana?

—¿Y no podemos cerrar el trato hoy mismo? —sugirió Antonia—. Si me concede una hora para estudiarlo antes del almuerzo, entonces, a menos que tenga alguna pregunta, lo firmaré y la escritura estará lista. ¿Se quedará a almorzar, señor Blake?

—Me encantaría, señora, gracias. —El señor Blake se puso de pie—. Con su permiso, emplearé el tiempo hasta la hora del almuerzo para dar una vuelta por la finca. Sir Josiah me ha encargado que tome notas, y hace un día precioso. —Se inclinó ante ambas y se fue.

Antonia tomó las manos de Donna y dio alegres brincos con ella por toda la habitación.

—¡Lo hemos logrado, lo hemos logrado, lo hemos logrado!

—¡Diantres, Antonia! ¿Y si nos ve el señor Blake?

—Se ha ido. ¿Y qué si nos ve? Me da lo mismo.

—Antonia, por favor, estoy sin aliento. Y esto es de lo más indecoroso. —Pero Donna sonreía.

Para cuando el señor Blake se reunió con ellas para almorzar, Antonia ya había leído el contrato y las cartas tres veces.

—Me alegro mucho de firmar este contrato. Mi contable así me lo recomienda y estaré más que encantada de desocupar el Hall en la fecha indicada.

Una expresión de alivio se dibujó en el semblante plácido y sencillo del señor Blake.

—Temía que fijar la fecha en dos semanas fuera demasiado pronto para usted. ¿Está completamente segura de que le parece bien?

—Lo discutiremos durante el almuerzo. —Antonia lo condujo hasta la sala del desayuno, que hacía las veces de comedor pequeño—. Siéntese aquí, señor Blake. ¿Podría cortar el jamón? Le aseguro que la señorita Donaldson y yo estaremos listas para mudarnos a la casa Dower en una semana. Ya se han hecho todas las obras, así que solo queda colgar las cortinas, hacer las camas y trasladar nuestros enseres personales.

—Me alivia mucho oírle decir eso, señorita Dane. —Blake le pasó una bandeja de jamón cortado a Donna mientras hablaba—. Si me lo permite, esta tarde confiaba en ir a caballo a ver a su inquilino, en Home Farm. Tendré que pasar un par de días con él esta semana, y además *lady* Finch ya me ha encargado que tome medidas de la casa, si no le resulta inconveniente.

—En absoluto —le aseguró Antonia—. Le daré una nota para que se presente a Thomas Christmas, el granjero. En cuanto a las medidas, está usted en su casa; no se ande con ceremonias. Entre y salga cuando quiera.

El resto del almuerzo fue muy agradable. El señor Blake resultó ser una fuente inesperada de anécdotas sobre la alta sociedad londinense. Era evidente que se relacionaba libremente con la flor y nata, y Antonia se lo imaginaba en Almack's. Le parecía que tal vez se tomaba la vida demasiado en serio —gajes del oficio, sin duda—, pero era una compañía muy grata.

—¿Pasa usted mucho tiempo fuera de casa por asuntos de sir Josiah? —inquirió la señorita Donaldson—. Lo pregunto porque, para un joven como usted, las ausencias pondrán en peligro

la armonía doméstica.

Antonia se estremeció al oír lo que, en su opinión, era un claro intento de descubrir si estaba casado o no.

Sin embargo, el señor Blake no mostró ningún signo de desconcierto ante el sondeo.

—Por fortuna, señora, tengo mi propio apartamento en la vivienda de sir Josiah, en Londres, y entro y salgo cuando quiero sin problema.

En el rostro de Donna se dibujó una expresión que Antonia habría descrito como la más cercana a la presunción que le había visto jamás. Así pues, el señor Blake no estaba casado y acababa de añadirse a la lista mental de pretendientes adecuados para Antonia.

Jeremy Blake, ajeno por suerte a las cavilaciones de sus anfitrionas, se despidió en breve, llevándose el contrato firmado y una nota para Thomas Christmas en la que se instaba al granjero a colaborar en todo con su nuevo casero.

Antonia se quedó parada en los escalones calentados por el sol mientras él galopaba hacia Home Farm. A mitad de camino, se encontró con otro jinete. Ambos caballeros se quitaron el sombrero al cruzarse y Antonia reconoció el brillo del cabello de Marcus a la luz del sol.

Se apeó en la puerta principal y le arrojó las riendas al mozo de cuadra que venía detrás.

—Diez minutos, Saye —ordenó—. Sigue caminando, la brisa es fresca. Buenas tardes, señorita Dane. —Se inclinó levemente ante Antonia—. Espero que se encuentre bien.

—Muy bien, excelencia. Iba de camino al jardín floral. ¿Le importaría acompañarme y protegerme del viejo Johnson, que se niega a creer que sus flores puedan tallarse?

—Me ha parecido volver a ver al empleado de Londres.

Antonia disimuló una sonrisa ante su indagación aparentemente casual. Parecía que el señor Blake había despertado el interés de Marcus, lo que solo podía ser halagador para ella.

—Sí, era el señor Blake. No veo ninguna razón para no decirle que su superior, sir Josiah Finch, ha decidido alquilar Rye End Hall. Confío en que sir Josiah y *lady* Finch, que es la tía del señor Blake, por cierto, se instalen aquí en quince días.

—La felicito. —Marcus abrió la puertecita del jardín y la sostuvo para que pasara Antonia—. Parece que ha conseguido un verdadero logro con su inquilino. Un magnate notable, según tengo entendido.

Antonia escudriñó su rostro en busca de señales de sarcasmo, pero solo atisbó admiración genuina por su agudeza comercial.

—¿Conoce usted a sir Josiah?

—No, pero he oído hablar de él. Creo que hace casi un año que regresó de las Indias y se dice que ha amasado una gran fortuna durante sus años en Oriente. Ni él ni *lady* Finch son muy amigos de la alta sociedad, aunque ella, por supuesto, tiene muchos contactos con algunas de las mejores familias. Tengo entendido que él empezó desde abajo.

—Y mire lo bien que le va —intervino Antonia.

—No era mi intención ofender a su magnate. Estoy seguro de que es un hombre cabal que embellecerá el vecindario.

Antonia se sorprendió. Había esperado que un aristócrata, sobre todo un duque, despreciara los orígenes de sir Josiah en el comercio, por muy eminente que fuera. Su propio padre sin duda lo habría menospreciado.

—Es usted injusta conmigo —dijo Marcus con calma— si cree que criticaría a ese hombre por ese motivo. Si resulta ser un mal propietario, tal vez reconsidere mi opinión.

Antonia sospechaba que en ese último comentario había una indirecta velada sobre sus «cazadores furtivos», pero, entusiasmada por su éxito y la admiración del señor Blake, decidió

ignorarla. Tal vez fuera mejor no provocar una discusión.

El viejo Johnson los recibió con una mirada de profunda sospecha y un gruñido. Cuando Antonia le pidió una cesta, él le sacó una de mala gana.

—Y unas tijeras, por favor —pidió con firmeza, sabiendo que el anciano no soportaba que tallara sus flores.

—No tengo —masculló, pero Marcus le frustró el plan al sacar una navaja.

Marcus sostenía la cesta mientras Antonia tallaba las flores que había elegido y se paseaba por los senderos bajo la hostil mirada del anciano.

—Parece que no le hacemos mucha gracia ni yo ni que se ponga usted a recoger flores —observó Marcus.

—No me extraña —replicó Antonia con tono seco—. Usted es la causa de la situación actual de su hijo.

—¿Yo? ¿Y de qué situación se trata?

—Está languideciendo en la cárcel de Hertford, cumpliendo trabajos forzados, porque usted lo envió allí por cazar furtivamente, y mientras tanto su anciano padre debe mantener a su familia.

—Ya me acuerdo. Dudo que su padre mantenga a su familia, que está formada por numerosos marginados dispersos desde aquí hasta Berkhamsted. Su hijo es un inútil que no ha trabajado honradamente en su vida y que coronó su carrera de cazador furtivo, ladrón y libertino apaleando tan violentamente a un guardabosques que el hombre perdió la vista de un ojo. No, señora, guarde su compasión para quienes más la merecen.

Antonia se estremeció al notar la frialdad que destilaban su voz y su mirada.

—Lo siento —balbuceó—. No debería haber hablado sin conocer todos los hechos. ¿El hombre herido era uno de sus guardias?

—Sí —dijo Marcus por toda respuesta, pero entonces, al ver su rostro afligido, se apiadó de ella y se explicó—: Es el hermano pequeño de Sparrow, el jefe de mis guardias. Ahora trabaja en los establos, pues su visión nocturna deja mucho que desear.

Antonia recordó la brusquedad con la que la agarró Sparrow.

—No me extraña que Sparrow sea tan duro con los cazadores furtivos.

—En la vida no todo es blanco o negro.

Le volvió la cara y se agachó a cortar unas hierbas.

—Que me sirva de escarmiento. A veces me implico con tanta pasión que no aprecio los matices de gris.

Marcus le puso una mano bajo el codo para ayudarla a incorporarse. Notaba su calor pese a la tela de su vestido y el guante de cuero del duque.

—No quisiera verte desapasionada por nada, Antonia —murmuró.

No podía mirarlo a los ojos. Confundida, desvió la mirada y se encontró con los ojos legañosos del viejo jardinero.

Ese no era el lugar para hablar de lo que sentían Antonia y Marcus. ¿Estaba coqueteando con ella o solo estaba de broma? No tenía ni idea, y su creciente debilidad por él le estaba nublando el juicio.

—He llenado mi cesta lo máximo que me he atrevido —dijo Antonia con ligereza, haciendo un gesto con la cabeza a Johnson mientras la guiaba hacia la salida del jardín—. Donna se estará preguntando si me ha pasado algo. Le llevo estas flores para que las meta en los jarrones del vestíbulo.

Marcus le quitó la cesta y regresaron a la casa en un silencio amistoso. En la puerta principal, le entregó las flores.

—Casi había olvidado el propósito de mi visita. Voy a organizar una fiesta en Brightshill la semana que viene. Creo que ya te lo mencioné, no sé si te acuerdas. Espero que tú y la señorita Donaldson me concedáis el honor de cenar con nosotros el martes por la noche.

—Me encantaría, y seguro que a la señorita Donaldson también—dijo Antonia con calma, pero en su interior el corazón le dio un vuelco al pensar en volver a mezclarse con la alta sociedad después de tantos meses. Y ver a Marcus en su salsa, ver Brightshill en todo su esplendor, lleno de gente...

Pero de repente se dio cuenta de que esas personas pertenecerían a la alta sociedad londinense, vestirían con elegancia y estarían al tanto de los últimos cotilleos y noticias.

No tenía los vestidos ni los chismes necesarios para relacionarse cómodamente con semejante grupo. ¿Qué pensaría Marcus cuando la viera en su compañía? Tal vez ahora la encontrara divertida y poco convencional, pero lo que parecía un entretenimiento novedoso en el campo resultaría grosero y no tardaría en perder su encanto cuando se lo comparase con el refinamiento de la ciudad.

—¿Antonia? ¿Pasa algo? —Marcus estaba inusualmente atento a su estado de ánimo ese día.

—No, no. Solo estaba distraída.

—Perdóname, debes de tener mucho que hacer y en qué pensar. Te dejo con tus tareas domésticas. Espero verte el próximo martes.

Antonia le tendió la mano para estrecharle la suya y se sobresaltó cuando él se inclinó para rozarle el dorso de los nudillos con los labios.

—Adiós, Antonia.

La joven lo vio irse. Se percató de que se había llevado la mano a la mejilla mientras lo hacía. El mozo de cuadra del duque volvió con los caballos y, antes de que Antonia se diera cuenta, los dos hombres se alejaban trotando por el camino de entrada.

—¡Donna, Donna! —gritó mientras subía corriendo las escaleras.

—Por fin traes las flores. —Donna salió del salón con un jarrón en cada mano—. ¡Has tardado un siglo, Antonia! No quería ni imaginarme qué te estaba reteniendo.

Antonia reconoció el tono burlón en su voz.

—Sabes perfectamente que ha venido Marcus Renshaw. Y, Donna, nos ha invitado a cenar en Brightshill el próximo martes, que es cuando celebrará una fiesta en su casa. Pero ¿qué vamos a ponernos?

—Yo me pondré mi vestido de seda color granate, evidentemente —respondió Donna con serenidad—. Me queda perfecto y, en cualquier caso, lo que me ponga yo no tendrá importancia. No, querida, la verdadera pregunta es: ¿qué te pondrás tú?

Antonia dejó caer la cesta de flores sin contemplaciones sobre la mesa auxiliar.

—No tengo la menor idea. Ni siquiera sé cuál es la última moda, aunque seguro que no está en mi armario.

—Pues manos a la obra. Jane se encargará de las flores. Tenemos que revisar nuestros armarios y ver qué prendas dan la talla. Ya —empezó a decir Donna, marcando las prendas con los dedos mientras subía las escaleras—. Un vestido, que debe ser nuevo, medias, guantes, pantuflas... ¡Jane! ¿Dónde se habrá metido? A ver si alguno de tus viejos vestidos se puede cortar.

Antonia corrió tras su compañera, perpleja de que, por una vez, Donna no estuviera aprovechando la oportunidad para hacer comentarios sobre lo loca que es la moda y lo inadecuado que es tener una mentalidad basada en el adorno.

Capítulo once

La tarde dedicada a ordenar los armarios de ambas pasó rápidamente.

—Tal y como me temía —dijo Antonia con tristeza mientras tomaban una taza de té y repasaban sus hallazgos—. Ambas tenemos unos guantes de noche respetables, hay cinta suficiente para modernizar tu vestido y tus pantuflas están presentables. Pero nuestras medias son lamentables, mis zapatos de noche están desgastados y ni un solo vestido mío se podría usar o cortar para hacer otro con pretensiones estilosas.

—No es imposible —dijo Donna con firmeza, dejando la taza y alzando la voz—. ¡Jane!

La muchacha se apresuró a entrar, solo para ser enviada a buscar a Jem y ordenarle que trajera la calesa a la mañana siguiente.

—Podemos ver qué ofrece Berkhamsted e ir más lejos si es necesario.

—Pero, Donna —protestó Antonia—, no podemos permitirnos comprar nada. —Estaba completamente desconcertada por el entusiasmo de su camarada.

—Pamplinas. Te queda dinero del préstamo. Considéralo una inversión.

—¿No estarás sugiriendo que use ese dinero para buscar marido?

—Yo no he dicho eso. Pero no puedes entrar en la alta sociedad vestida de lechera. Y si no vas a entrar en la alta sociedad, dime por qué hemos estado perdiendo tanto tiempo y dinero para instalarnos en la casa Dower.

—De acuerdo —concedió Antonia. No había forma de contradecir a su compañera cuando se ponía así—. Pero solo tenemos una semana para prepararnos.

—Bastará. Si tenemos suerte, podremos conseguir ejemplares del *Ladies'Intelligencer* en Berkhamsted, lo que nos dará una idea de la moda actual. Ya he encontrado una mercería excelente. ¿Recuerdas que te hablé de ella cuando compré la ropa de cama el mes pasado? Y hay muchos pañeros. Alguno tendrá sedas aceptables.

—Pero no sabemos en qué modistas confiar —protestó Antonia.

—¿Modistas? No hay tiempo, querida. Coseremos el vestido nosotras mismas. Con mi habilidad para cortar patrones y tu excelente costura, nos ahorraremos algunas libras y nadie se dará ni cuenta. Ahora a cenar y acostarse pronto, que mañana nos espera un día muy ajetreado.

—Te sienta de maravilla —dijo Donna con satisfacción, sosteniendo la tela de seda dorado mate frente al rostro de Antonia—. La sutil raya del tejido combina a la perfección con tu cabello castaño.

—Y que lo diga, señora —se apresuró a añadir la señora Mumford, la comerciante de telas de lino—. Si tiene intención de confeccionar este vestido de aquí —agregó mientras señalaba un llamativo libro de ilustraciones de modelos abierto sobre el mostrador—, no se me ocurre nada más fácil de cortar y que quede mejor.

—Es muy cara —objetó Antonia, acariciando con nostalgia la suave tela para admirar su brillo.

—La calidad lo compensa, señora, si se me permite hacer una observación tan atrevida.

—Cierto —convino Donna—. Nos llevaremos tela como para confeccionar un vestido y el forro que ya habíamos acordado. A ver los adornos...

Pasaron otra agradable media hora comparando las ventajas de los botones de nácar frente a las de los botones forrados de seda; debatiéndose entre ribetes de hilo o de cinta de cuerda, y entre si

añadir un ramillete de flores artificiales en el escote o un festón de encaje fino.

—¿Y traerá sus zapatillas para teñirlas, señora? —preguntó la señora Mumford mientras la muchacha preparaba los paquetes—. Le recomiendo a Thomas Hurst, de High Street, para las pantuflas infantiles, pero su forma de teñir deja mucho que desear.

Tras negociar con el zapatero para que enviara las nuevas pantuflas a la señora Mumford, se retiraron a un salón privado con vistas al patio de la posada King's Arms y pidieron café y pastas.

Antonia se acomodó en el asiento junto a la ventana y observó el bullicio que había fuera.

—Ay, Donna, mira a Jem. Está sentado en la calesa, de brazos cruzados, imitando al mozo de cuadra del carruaje de ahí.

—Es un buen chico —dijo Donna con una sonrisa—. Me alegro de que le demos trabajo. El patio está muy concurrido, ¿no crees? Ahí viene otra silla de posta... y, me lo parece a mí o ¿no es el duque el que sale de la posada?

En efecto, era él. Antonia, desde su posición privilegiada junto a la ventana, vio a Marcus salir fuera y esperar a que los chicos del correo bajaran los escalones del carruaje. Aunque iba en traje de montar, Antonia se dio cuenta de que iba vestido con más esmero de lo habitual. Cuando se levantó el sombrero de copa, se fijó en que su ayuda de cámara le había recortado los mechones castaños y que la nuca, recién rapada, estaba pálida.

La puerta del carruaje se abrió en cuanto el vehículo se detuvo y, sin esperar a que bajaran los escalones, un niño de unos nueve años salió disparado.

Por un momento, Antonia pensó que iba a abrazar a Marcus, pero entonces se detuvo, se irguió cuan alto era y, con gran dignidad, extendió una manita. Marcus se la estrechó solemnemente y tomó al niño en brazos.

El rostro del muchacho se iluminó con una enorme sonrisa que persistió mientras Marcus lo dejaba en el suelo, justo cuando un pequeño remolino rubio se arrojaba a sus rodillas. Marcus se balanceó ligeramente, luego se agachó nuevamente para recoger a la niña, que enterró la cara en su cuello y se aferró firmemente a él.

Antonia, que se sentía excluida de la afectuosa reunión, se apartó ligeramente de las cortinas.

Marcus, que aún sostenía al niño, se acercó a la puerta del carruaje y le tendió la mano a la joven matrona, que tenía un pie en los escalones, para ayudarla a bajar. Ella se rio en su cara cuando él se inclinó para que lo besara la mejilla. Antonia se dio cuenta, al ver las dos cabezas rubias oscuras juntas, de que debían de ser hermanos.

—Qué conjunto más elegante —comentó Donna con aprobación, sin apartar la mirada de la dama—. La pelliza y el sombrero color verde musgo contrastan con el verde más claro de las faldas y son muy elegantes y sobrios.

—Y cómo realza el color de su piel —comentó Antonia—. No tenía ni idea de que el duque tuviera una hermana. Debe de serlo, ¿no crees? Son muy parecidos. Sin duda, esos niños sienten predilección por él.

Su hermana le estaba diciendo algo que hizo que Marcus bajara a su sobrina y volviera a acercarse a la silla de posta. Otra señora vacilaba con gracia en el escalón superior, casi como si bajar sin ayuda fuera demasiado para su frágil cuerpo.

—¡Caray! Esa desde luego no es su hermana, y probablemente ni siquiera una dama —observó Donna con aspereza.

—Es muy bella —dijo Antonia intentando ser justa.

—Artificio, puro artificio. Les debe mucho a las habilidades de su modista y peluquera, y sin duda a su colorete.

—¡Donna! Estamos demasiado lejos para confirmarlo. Qué cruel estás esta mañana.

Ambas guardaron silencio mientras Marcus ayudaba a bajar a la dama, que se balanceaba hacia él con una mano en la frente y una sonrisa valiente y trémula en los labios.

—¡Vaya! Le está demostrando el terrible dolor de cabeza que tiene, pero lo valiente que es a pesar de todo —resopló Donna.

La aparecida estaba envuelta en un traje de seda rosa rojizo con una pelliza de terciopelo ribeteada con bordes ondeantes, cada uno adornado con una borla dorada. Se posaba con cuidado sobre los adoquines, como si se resistiera a poner sus delicadas botas de cabritilla en el suelo pisoteado por los caballos.

—Es diminuta —observó Antonia y, de hecho, mientras permanecía de pie, con una mano firmemente apoyada en el brazo de Marcus, la desconocida no pasaba de su hombro—. Sin duda es otra invitada a la fiesta que va a dar en su casa, aunque, si no me equivoco, a Marcus lo sorprende verla.

—¿Tú crees? Bueno, tú lo conoces más que yo, querida.

Puede que no fuera obvio para Donna, pero para Antonia, que solía analizar al detalle los matices de la figura de Marcus, la ligera rigidez de sus hombros y su expresión acartonada y cortés denotaban un cambio de humor.

El grupo regresaba al carruaje. Los chicos del correo, con sus enormes botas, se subieron a los lomos de los caballos, y su mozo de cuadra condujo la montura de Marcus. En un frenesí de cascos, el carruaje y los dos jinetes dieron media vuelta y salieron del patio, dejándolo extrañamente vacío a ojos de Antonia.

Donna se puso en pie y llamó a la criada para ordenarle que llevara los paquetes a Jem.

—Dile que tardaremos al menos una hora más —le indicó—, y mándalo por pan, queso y cerveza.

—¿Donna? ¿Por qué no regresamos a casa? —preguntó Antonia mientras bajaban a toda prisa las escaleras y volvían a High Street.

—Volvemos a la tienda de la señora Mumford. Vamos a comprar varios metros de cinta para darle un toque más elegante a tu vestido de paseo bermejo, terciopelo para una nueva pelliza, una toca nueva y —añadió con la mirada fija en los cómodos zapatos de paseo de Antonia— unas botas infantiles.

—Qué derroche más atroz —protestó Antonia mientras pasaban por delante de la iglesia de San Pedro.

—No más de lo que te mereces.

—No es una competición —dijo Antonia.

—Ah, ¿no? —Donna apretó los labios.

La señora Mumford estaba casi abrumada por recibir más patrocinio de las damas de Rye End Hall. Estaba comentando efusivamente el elegante gusto que demostraban sus elecciones mientras la dependienta ataba los paquetes, cuando sonó la campana de la tienda y entró Jeremy Blake.

—Señoritas. —Se quitó el sombrero y se inclinó cortésmente—. Espero que se encuentren bien. ¿Me permiten que las ayude con los paquetes? Vengo a por unos fulares, a ver si ya están listos, y luego estoy a su disposición.

Las damas aceptaron agradecidas: Donna, porque no soportaba que las muchachas a su cargo salieran sin un lacayo que les llevara los paquetes; Antonia, sencillamente, porque le resultaba muy grata la compañía del señor Blake.

Los fulares no tardaron en sumarse a la pila de compras, y el grupo regresó a King's Arms por High Street.

—Iba a visitarla mañana —comentó Jeremy mientras cruzaban la calle—. Pero como hemos tenido la fortuna de encontrarnos, me pregunto si podría sacarle el tema ahora.

—Por favor, señor Blake. ¿Ha tenido noticias de sir Josiah?

—Así es, señora. Me vendría muy bien saber cuándo puedo ordenar a los empapeladores que empiecen a trabajar. Pero —se apresuró a agregar— no quisiera causarles la menor molestia.

—Gracias por su consideración. Nuestro objetivo debería ser complacer a sir Josiah y *lady* Finch en todo lo que podamos. —Antonia se volvió hacia Donna—. No veo ninguna razón por la que los empapeladores no puedan ponerse manos a la obra con las habitaciones que no usamos, ¿verdad, Donna?

—Estoy segura de que podremos complacer a *lady* Finch.

—Les estoy muy agradecido. ¿Necesitan ayuda con la mudanza?

Le aseguraron que tenían todo bajo control y se despidieron. El señor Blake fue a hacer otro recado a la ciudad y las damas se reunieron con Jem para volver a casa.

—Dios mío —dijo Donna con energía mientras el carruaje pasaba a toda velocidad por las ruinas del castillo—, el trajín que nos espera. Entre instalarnos en la casa Dower y coser todo esto, apenas tendremos un minuto libre. Pero saldremos adelante.

—Estás disfrutando de la perspectiva, ¿no es así, Donna? —preguntó Antonia secamente.

—Pues sí. Cambiaremos de aires, sir Josiah y *lady* Finch serán una grata compañía y asistiremos a una fiesta en Brightshill. Nos aguarda un trabajo duro pero gratificante. ¡Cuánto hemos avanzado desde nuestra consternación al ver Rye End Hall en marzo!

—Y que lo digas —convino Antonia. Su vida había cambiado mucho desde su primer y singular encuentro con Marcus Renshaw.

Antonia se subió a una silla frente a la ventana del salón y se estiró para coger un trozo de muselina que colgaba de unos ganchos. Estaba absorta en su intento por hacer una cortina bonita pese a la corriente de aire que entraba por la puerta principal. Donna se la habría dejado abierta. Se estiró aún más, y entonces la muselina se le escapó de los dedos y cayó al suelo, suspendida solo por la esquina más alejada.

—Rayos.

—Permítame —dijo Marcus detrás de ella.

Antonia giró sobre el asiento de madera, que se inclinó precariamente y la arrojó a sus brazos, abiertos para recibirla.

—¡Caray, excelencia! ¡Qué susto me ha dado!

—*Mea culpa*, señorita Dane. La puerta estaba abierta y no había nadie a la vista, así que he entrado sin permiso. —Le sonrió, lo que hizo que se le desbocara el corazón a Antonia de forma incómoda—. Qué formalitos estamos esta mañana, ¿no? Sin embargo, debo mencionar que se me está clavando algo en el hombro derecho.

Antonia soltó rápidamente su abrigo y bajó las manos.

—Es mi alfilerero. ¿Ve? Lo tengo atado a la muñeca.

La joven levantó la mano para enseñárselo y se sonrojó cuando Marcus la tomó de la muñeca y acercó la cabeza a la almohadilla de terciopelo.

—Marcus, me haces cosquillas.

—Perdona, nunca he apreciado la complejidad de los materiales de costura.

—Me estás vacilando.

—No, en absoluto, pero me pregunto por qué la señora de la casa se subiría a una silla cuando tiene criados dispuestos a ello. —Le soltó la mano y se paseó por el salón, observándolo mientras lo hacía—. Hay que ver lo que ha cambiado esto en tan poco tiempo. Nunca habría imaginado que este sitio pudiera parecer tan elegante.

—No es para tanto, aunque me enorgullezco de que lo hayamos convertido en un lugar más acogedor y hogareño. Ya no me dan miedo los demonios sin cabeza. —Antonia le puso ojitos, pero no logró provocar ninguna reacción en él aparte de una ceja ligeramente enarcada—. Y en cuanto a los criados, están ayudando a la señorita Donaldson con nuestros baúles.

—En tal caso, permíteme ayudarte. —Se detuvo para enderezar la silla caída y la dejó a un lado—. Creo que puedo alcanzar los ganchos si me explicas cómo quieres que quede colgada la tela. Antonia dudó antes de recoger la muselina y entregársela.

—Quiero crear una onda suave en la parte superior de la ventana. Un poco más... Un poco más de volumen en el lado izquierdo... Perfecto. Asegúrala ahí.

Ambos dieron un paso atrás para admirar el resultado final.

—Muy bien, ¿qué toca ahora? —preguntó Marcus.

—No creo que hayas venido aquí a colgar cortinas. No puedo abusar de tu tiempo, y menos cuando una fiesta en Brightshill reclama tu atención.

Marcus no parecía haber entendido ni una sola palabra de lo que había dicho. La miraba con aire distraído y una sonrisilla.

—¿Marcus? —insistió.

—Perdóname, Antonia. Tenía la cabeza en otra parte. Me estaba planteando algo.

—No me digas —dijo Antonia con cierta acidez—. ¿Puedo preguntarte qué te estabas planteando?

—¿Mmm? Sí, claro. Matrimonio.

—¿Matrimonio? ¿En qué sentido?

—Voy a hacer una pedida de mano, Antonia.

Se le cayó el alma a los pies cuando le vino a la mente la imagen de una frágil figura rubia que emergía de la silla de posta. Con un gran esfuerzo de voluntad, se obligó a sonreír ligeramente.

—Me halaga que me consideres una amiga a la que poder confiarle un asunto tan delicado.

Él la tomó de la mano y la miró de hito en hito.

—No me he explicado bien, Antonia, y tal vez no debería haberte abordado de esta manera, en ausencia de un padre o un hermano... En fin, ¿me concederías el honor de ser mi esposa?

Antonia ahogó un grito. Sabía que él la encontraba atractiva (sus besos no le habían dejado ninguna duda al respecto), pero nunca se había permitido albergar la esperanza de que de ello naciera algo más que un coqueteo desenfadado.

La joven deseaba contestarle «sí, con todo mi corazón», pero su sentido común le impidió pronunciar esas palabras. Al fin y al cabo, él no le había hecho ninguna declaración de amor, pero en el pasado le había declarado otro motivo de peso para forjar una alianza: su deseo de poseer sus tierras.

¡Y era duque! Seguramente su mundo estaría repleto de damas más agraciadas que ella, con mayores dotes y contactos más distinguidos. Sin duda, la sociedad esperaba que una joven de su clase se casara para obtener estatus, pero convertirse en duquesa era mucho más de lo que podía aspirar.

La única razón para que le hubiera propuesto matrimonio debía de ser el terreno. Los caballeros estaban obsesionados con sus propiedades; con aumentarlas, perfeccionarlas..., y suponía que Marcus no sería la excepción. Se profesaban cierta simpatía, experimentaban un cosquilleo de

deseo por el otro y Antonia no era del todo inaceptable, aunque fuera poco probable que la eligieran. Pero había visto de primera mano lo destructivo y triste que es un matrimonio en el que solo uno de los dos cónyuges —su madre— ama y el otro no le corresponde.

Las manos de Marcus eran cálidas y fuertes, y Antonia sentía que la miraba fijamente, pero no podía mirarlo a los ojos. De hacerlo, sabía que perdería toda la sensatez. Se tambaleó hacia él con ganas de enterrar el rostro en la pechera de su abrigo, respirar su aroma y entregarse a él.

En vez de eso, respiró hondo, se zafó con delicadeza y se sentó en la silla.

—Soy muy consciente del honor que me concede, excelencia —empezó, sorprendida de hablar con tanta decisión cuando el pulso le iba a mil.

—Pero vas a rechazarme, ¿no? —El tono de Marcus era igual de decidido.

Capítulo doce

—No. —Antonia levantó la vista y buscó en el rostro de Marcus alguna emoción, pero no halló ninguna—. Necesito... Necesito tiempo para meditar mi respuesta.

—Ya veo. ¿Me recomiendas entonces que no pierda toda esperanza? —preguntó secamente. Estaría sorprendido y, seguramente, se sentiría insultado. ¡Antonia no dejaba de recordarse que era un duque! Por lo general, conseguía todo lo que se le antojaba.

—¿Cuánto tiempo precisarás para tomar una decisión?

Su falta de ardor la ayudó a recobrar aplomo. La respuesta de Antonia fue igual de fría:

—Unos días. Una semana como mucho.

«Al menos podría parecer decepcionado», pensó con resentimiento.

—Entonces estamos de acuerdo: volveré a sacar el tema en una semana y, hasta entonces, no hablaremos de él. Confío en que todavía te veas capaz de cenar en Brightshill mañana. Mi hermana está deseando conocerte.

—¿Tu hermana está aquí? —Antonia agradeció el cambio de tercio—. ¿Está casada? ¿Ha venido con su familia? —No le convenía que Marcus supiera que lo había estado espiando en King's Arms.

—Sí, Anne es la esposa de Charles, lord Meredith. Él se unirá a nosotros hoy, pero mis sobrinos han venido con su madre.

—Debe de ser bonito tener niños en casa. —Debían de ser los encantadores niños que vio llegar a la posada y saludar a su tío con fervor.

—Mucho. El joven Henry ya ha cavado hoyos en el césped para sus palos de críquet y su hermana pequeña, Frances, parece considerarme una fuente inagotable de confites.

Antonia rio al recordar a la niña rubia que se aferraba con fuerza al cuello de Marcus en el patio.

—Finges ser severo, Marcus, pero se ve a la legua que eres un tío cariñoso. —Su afecto por los niños era un rasgo agradable, otro punto a su favor. Antonia desterró ese detalle de su imaginación. Como no se anduviese con ojo, aceptaría su proposición sin pensárselo bien.

Ambos parecían aliviados de que la tensión entre ellos hubiera pasado.

—¿Y tienes muchos más invitados?

—Mi hermana ha venido acompañada por una conocida suya, *lady* Reed. Viene sola. Su marido está en Brighton, al mando de un regimiento de infantería.

«Una amiga de su hermana, cómo no». Antonia recordó su hermoso rostro y cómo le sonreía y sintió una profunda inquietud.

—Ya están con nosotros dos amigos míos, y mi hermana está acompañando a una tal señorita Fitch. Su madre y la mía tienen entre manos un asunto matrimonial, pero todavía no tengo ni idea de quién será el afortunado.

—¿Tú, quizá? —preguntó Antonia con ligereza.

Marcus rio.

—¡Dios mío, no! Sé de buena tinta que considera que estoy casi senil.

Antonia observó su figura alta y esbelta, su espeso cabello rubio, su mandíbula firme y se preguntó si la señorita Fitch no necesitaría ir al oculista. No, Marcus Renshaw estaba en la flor de la vida. Desechó esos pensamientos y protestó:

—Pues qué cruel. Si no tendrás más de treinta y cinco.

—Tengo treinta años, señorita Dane. Pero me halaga que me considere tan maduro. —Su tono era severo, pero su broma hizo que le brillaban los ojos de diversión.

—Antonia, querida, este dobladillo... Oh, excelencia, perdóneme, no me había dado cuenta de que estaba usted aquí. —Donna tenía los brazos llenos de seda dorada y opaca que intentaba ocultar sin estrujarla fatalmente.

—Ya me iba, señorita Donaldson. No se me ocurriría entrometerme más, pues están ustedes muy ocupadas con sus quehaceres domésticos. Que tengan un buen día. —Se detuvo en la puerta—. Confío en que me acompañen mañana por la noche. Enviaré el carruaje a las siete, si les parece bien.

En cuanto se hubo ido, Donna extendió la tela sobre el respaldo de una silla y chasqueó la lengua al ver las arrugas.

—Donna, ¿qué haces con mi vestido nuevo?

—Venía a pedirte consejo sobre el largo del dobladillo, pero me ha alterado tanto encontrar al duque aquí que temo haberlo arrugado. ¿Crees que reconocerá el vestido cuando lo vea mañana?

—¿Y qué si es así?

—No quiero que sepa que te has visto obligada a confeccionar tu propia ropa. —Donna lo alisó con nerviosismo—. Ya está. Tampoco está tan estrujado, se le irán las arrugas.

—Dudo que el duque de Allington, como la mayoría de su sexo, recuerde algo así al día siguiente.

Antonia estaba muy tentada de contarle a Donna que Marcus le había propuesto matrimonio, pero se lo pensó mejor. Su compañera no vería ningún impedimento para aceptar. De hecho, lo consideraría el mayor de sus deseos para Antonia y nunca entablaría una conversación racional sobre las dudas de la joven al respecto.

—Mientras trabajamos y veo qué le falta al vestido, te contaré lo que me ha dicho Marcus de sus invitados.

—Me resulta raro salir con un vestido de noche a la luz del día —comentó Antonia mientras se acomodaban en los cojines lujosamente tapizados del carruaje que había enviado Marcus, tal como había prometido.

—No es tan extraño teniendo en cuenta que faltan pocas semanas para el día más largo del año —señaló Donna prosaicamente—. Pero para mí lo raro es salir a la calle. Hará por lo menos nueve meses que no nos ponemos guantes largos. —Complacida, se miró los suyos.

Antonia le devolvió la sonrisa, pensando en lo parecida que era su compañera a un pajarito con su elegante vestido de seda granate oscuro y su modesto relleno de encaje en el pecho. La señorita Donaldson nunca había sido una mujer hermosa, ni siquiera en sus primeros años de juventud, pero ahora, a sus cuarenta y tantos años, tenía carácter, estilo y un sorprendente gusto por las telas finas y el encaje de Bruselas.

—Qué placer viajar con tanta comodidad —observó Antonia, acariciando el asiento que tenía al lado—. Nadie creería que este es el mismo camino por el que vamos a toda velocidad con Jem en la calesa.

La observación desencadenó una serie de pensamientos en la mente de Donna.

—Sería para mí un alivio inmenso verte llevar una vida acorde a la de tu crianza —suspiró.

—¿Mmm? —Antonia fingió no haberla oído—. Anda, mira, el sol poniente de la cara oeste de Brightshill tiñe la piedra de rosa. Qué bonito.

Marcus salió a la escalinata cuando el carruaje se detuvo, y, al ver que la ayudaba a bajar con una reverencia, Donna se puso nerviosa, lo que le dio tiempo a Antonia para observarlo. Concluyó

que su figura esbelta y sus piernas largas y musculosas hacían que los pantalones ajustados, que tan de moda estaban, le quedasen mejor que a la mayoría. Su abrigo de corte azul oscuro y extrafino realzaba magníficamente bien sus anchas espaldas, y la pechera de su camisa blanca resplandecía entre las sombras vespertinas, que ya se alargaban.

Mientras ayudaba a bajar a Antonia, la miraba con un aprecio evidente. La joven se estremeció y lo miró a los ojos. Una llama se ocultaba tras la anodina cortesía de su expresión; un peligro que solo había vislumbrado cuando estaba enfadado. Pero en ese momento no lo estaba.

Antonia, que por primera vez en sus veinticuatro años de vida identificaba un deseo puro, miró abajo y tragó saliva.

Solo unos minutos después, cuando, todavía conmocionada, seguía a la doncella de *lady Anne* hasta un dormitorio para dejar el manto y arreglarse el cabello, se preguntó por qué Marcus no habría mostrado esos sentimientos cuando le pidió la mano. ¿Cómo se habría resistido entonces Antonia?

Donna fue a pellizcarle las mejillas.

—Te vendría bien algo de color. Estás muy pálida, querida.

El mayordomo esperaba al pie de la escalera. Ni por un instante sus rasgos educados revelaron que había visto con anterioridad a la señorita Dane, aunque hubieran pasado apenas tres meses desde que dos fornidos guardabosques la habían llevado a rastras por ese mismo pasillo.

—Señorita Dane. Señorita Donaldson —anunció, abriendo las puertas del salón con un gesto elegante.

Antonia hizo acopio de todo el aplomo necesario para enfrentarse a las mecenas de Almack's con ganas de criticar. Se enderezó, respiró hondo y entró en la sala.

Los hombres se pusieron en pie, pero Antonia solo era consciente de que Marcus la miraba a ella, ataviada con su hermoso vestido nuevo de seda dorada y opaca, y a sus hombros desnudos, que se elevaban sobre la pendiente de su busto, a la vista por el corte transversal del corpiño.

Los pendientes de diamantes de su abuela temblaban contra la columna desnuda de su garganta, y llevaba el cabello recogido con fuerza y suelto desde la coronilla, como Dido. Antonia se veía estupenda, y, por lo visto, Marcus era de la misma opinión.

El duque dio un paso al frente, la tomó de la mano y murmuró:

—Mira cómo reprimo con todas mis fuerzas el deseo de abrazarte y besarte hasta dejarte inconsciente. —Cuando ella ahogó un grito y se sonrojó, añadió en voz alta—: Señorita Dane, bienvenida a Brightshill.

—Gracias, excelencia. —Antonia hizo una reverencia. De modo que sí que la deseaba. Estaba extremadamente confundida—. No es la primera vez que vengo aquí, obviamente. —Se dio el gusto de verlo entornar los ojos con cautela y añadió—: Tengo un vago recuerdo de haber venido aquí con mi abuelo, hace muchos años.

El duque se volvió para saludar a Donna, pero no antes de que Antonia captara el atisbo de una sonrisa sensual en sus labios por el recuerdo. Esto acentuó el recuerdo del osado beso que se dieron en su estudio. Para cuando se volvió hacia ella de nuevo, se le habían encendido las mejillas.

—Permítanme que les presente a mi hermana, *lady Anne Meredith*, y a su amiga, *lady Reed*. —Las dos damas se levantaron e intercambiaron reverencias con las recién llegadas: Anne Meredith con una dulce sonrisa y *lady Reed* con una mirada especulativa que no le pasó inadvertida a Antonia.

»La señorita Fitch. —La joven, que acababa de salir de la escuela, se sonrojó encantada de ser el centro de atención y se retiró rápidamente a su lugar junto a *lady Anne*.

»Permítanme presentarles también a lord Meredith, al señor Leigh y a sir John Ollard. —Los caballeros se inclinaron a su vez.

Antonia se sentó junto a su anfitriona, que le hacía preguntas educadas sobre el traslado a la casa Dower. No tardó mucho en sentirse a gusto con la hermana de Marcus. *Lady* Anne no parecía tener ni una pizca de la altivez de su hermano menor, a pesar de su decisión de conservar su título por ser hija de duque.

Como Antonia había observado en el patio de la posada, Anne Meredith compartía la apariencia y la estructura ósea de Marcus, lo que la convertía en una mujer más atractiva que bella. Sacaba el máximo partido a su aspecto vistiéndose a lo turca, con espectaculares sedas de colores joya y un tocado tipo turbante. El aprecio de su marido quedó ampliamente demostrado por el precioso juego de esmeraldas que adornaba su cuello y sus orejas. Antonia admiraba lo bien que le sentaba todo el conjunto.

Estaban pasando de hablar de los riesgos de la mudanza a la mejor forma de abordar el diseño de un jardincito de recreo, cuando Antonia se dio cuenta de que alguien la estaba mirando fijamente. *Lady* Reed estaba evaluando abiertamente a Antonia; sus fríos ojos azules iban de sus pendientes de diamantes a sus pantuflas infantiles, recién teñidas de bronce para combinar con las rayas de su vestido de seda. Antonia estaba incómoda, se sentía como si la hubieran puesto a la venta en un puesto del mercado y la consideraran insuficiente.

Molesta, se volvió con una sonrisa fría, decidida a enfrentarse a la mujer mayor que ella. Pero era tarde. *Lady* Reed se puso en pie y fue a hablar con el señor Leigh, lo que causó un gran revuelo en los espectadores.

Donna había estado charlando un poco con Sophia Fitch, una batalla difícil con una niña tan tímida. Antonia las oía hablar.

—¿No es el señor Leigh el hijo menor del conde de Whitstable? —preguntó Donna.

—Sí, Richard —confesó Sophia, sonrojándose levemente.

«Vaya, vaya, conqué así están las cosas», pensó Antonia. Le hizo gracia ver a la señorita Fitch lanzarle una mirada amenazante a *lady* Reed.

El joven en cuestión no parecía sentirse muy cómodo siendo el blanco de la atención de *milady*. Ella apoyaba una mano confiadamente sobre su manga, con el rostro vuelto hacia él, y los ojos grandes y suplicantes mientras escuchaba atentamente cada una de sus palabras.

Antonia captó la mirada de Donna y casi se echó a reír cuando la señorita Donaldson miró al techo. Todavía risueña, miró a su alrededor y vio a Marcus observar la escena con expresión pétrea.

Estaba intentado leerle la mente, cuando el mayordomo anunció que la cena estaba servida. Lord Meredith le ofreció el brazo y todo el grupo se dirigió al comedor.

Antonia parpadeó ante el resplandor que despedían las dos magníficas lámparas de araña suspendidas sobre la mesa. A pesar de que le habían despojado de tres extensiones para acomodar a un grupo de tan solo nueve personas, la mesa seguía dominando la estancia con su estructura de cristal, su porcelana fina y sus adornos.

Con cinco mujeres y cuatro hombres, la distribución de los comensales sería, por fuerza, desequilibrada, pero *lady* Anne, como anfitriona, había intentado salvar el escollo lo mejor que pudo. Ella y Marcus se sentaban el uno frente al otro, y él tenía a *lady* Reed a su derecha y a Antonia a su izquierda. Lord Meredith, a la izquierda de Antonia, se hallaba frente a la señorita Fitch y la señorita Donaldson, y *lady* Anne estaba flanqueada por sir John y el señor Leigh.

Al principio, mientras los criados servían el vino, el tono de la conversación fue distendido. Antonia charló un poco con Marcus sobre la originalidad de la disposición de las flores en el

centro de la mesa.

—Sí, los invernaderos están produciendo particularmente bien este año —convino—. Permítame enseñárselos un día de estos, señorita Dane. Agradecería que me expresara su opinión sobre cualquier mejora que podamos hacer.

El corazón de Antonia dio un vuelco al oír el plural. Pero no, se estaba haciendo ilusiones. Sin duda se refería a su personal de jardinería y no a ellos dos como marido y mujer. Aún no daba crédito a su propuesta de matrimonio, aún no confiaba en sus motivos para habérsela hecho.

La ambigüedad tampoco pasó inadvertida a Claudia Reed. Desde el otro lado de la mesa, miró fijamente el rostro de Antonia y la expresión inescrutable de Marcus, y de inmediato se puso a hablarle de los conocidos que tenían en común en Londres.

—Debo confesar, Renshaw —dijo ella, mientras le tocaba la manga— que tus invernaderos son ahora mucho mejores que los de lord Melchitt. Recuerdo como si fuera ayer el consejo que le diste cuando estuvimos en Bath la primavera pasada.

Miró a Antonia mientras hablaba; sus ojos azules transmitían con bastante claridad el mensaje de que ella y Marcus tenían una historia y no solo compartían amigos, sino experiencias.

Antonia le sonrió con dulzura, negándose a reaccionar con viveza. Sin duda, *lady* Reed era una de esas damas que se molestaban cuando cualquier otra mujer recibía atención masculina cerca de ella.

Entabló conversación con lord Meredith, que le ofrecía un plato de rodaballo escalfado. El chef de Marcus se había superado y a los platos de pescado los siguieron elaborados entrantes de pollo asado trufado, jamón glaseado y delicados bocaditos envueltos en masa.

Antonia captó la mirada de Donna desde el otro lado de la mesa y sonrió al ver la expresión sumamente educada de su compañera. Tras meses a base de una hacienda frugal y comida buena pero sencilla, fruto de sus tierras o del huerto, aquel suntuoso menú de ricas salsas resultaba casi abrumador.

Lord Meredith se mostró simpático y alegre. Antonia supuso que era menos intelectual que su mujer y que estaba más interesado en sus propiedades que en las artes o la política. Lanzaba miradas cariñosas a su esposa, que parecía estar hablando de la situación de los liberales con sir John.

—Qué inteligente es mi esposa —le confió a Antonia henchido de orgullo—. No entiendo por qué le interesa tanto la política. Yo preferiría ir de caza, pero me gusta verla pasárselo bien.

Antonia siguió su mirada y pensó en lo magnífica que estaba su anfitriona; sus fuertes rasgos, avivados por la inteligencia mientras animaba al señor Leigh a que manifestara su opinión sobre el gobierno.

Se sentía culpable por haber estado hablando demasiado tiempo con lord Meredith; debería haberle dedicado un tiempo a Marcus. Sabía por qué no lo había hecho: le costaba mucho volver a someterse a la deslumbrante apariencia de Claudia Reed, pero lo hizo.

—¿Me haría el favor de acercarme el azúcar glas? —le preguntó Marcus. Cuando Antonia se lo pasó, él se lo entregó a *lady* Reed, quien se puso a hundir fresas tempranas en él para luego llevárselas a los labios dando grititos de placer.

Antonia contemplaba el espectáculo con un desagrado cuidadosamente disimulado, preguntándose cuál era —o había sido— exactamente la relación entre esos dos. ¿Habría sido ella su amante? Sabía que esas cosas no eran infrecuentes en la alta sociedad. Al fin y al cabo, Marcus no estaba casado y no era un monje. Sin embargo, no comulgaba con su gusto.

Y si Claudia Reed era su amante, ¿qué hacía ahí si él estaba cortejando a Antonia? ¿Estaría motivado solamente por su deseo de poseer sus tierras y por la atracción que sentía por ella?

Antonia reconocía que su educación, si no sus circunstancias actuales, la convertían en una esposa aceptable, aunque distaba mucho de ser magnífica. Pero nunca podría emplear las artimañas y los artificios de una obra de la naturaleza tan bien acabada como *lady* Reed.

—Renshaw me ha dicho que usted y la señorita... Dickinson se han instalado en un pintoresco caserón al estilo Tudor. —*Lady* Reed sonrió dulcemente con los labios, pero su mirada seguía siendo gélida—. Qué quijotesco por su parte.

—Señorita Donaldson —la corrigió Antonia con tono sereno—. Y, en efecto, sería muy quijotesco si la casa Dower fuera un caserón, pero en realidad es un lugar encantador que solo requiere un poco de cuidado y atención para volver a convertirse en un hogar comfortable.

—A pesar del demonio sin cabeza —añadió Marcus, sonriéndole a Antonia.

—¿Nunca dejará de burlarse de mí por mis tonterías? —empezó, pero un chillido de Claudia la interrumpió.

—¡Un fantasma! Oh, Renshaw, qué alivio estar aquí, en la hermosa Brightshill. Sé por experiencia propia —añadió dirigiéndose a Antonia— que aquí no hay espectros y, aunque los hubiera, sé que Marcus me protegería.

Solo recordar el desatino que cometió al arrojarle a los brazos de Marcus salvó a Antonia de replicarle con mordacidad. La intención de Claudia era bastante obvia: dejar claro que había sido invitada a Brightshill con anterioridad y, tal vez, como algo más que una simple invitada. Pensó por un instante en sir George Reed, que estaba entrenando a sus tropas en Brighton. ¿Qué hacía ese hombre dejando a su esposa a su suerte? Seguramente ya sabría de qué pie cojeaba.

—¿Vamos, señoritas? —*Lady* Anne se puso de pie para llamar la atención de las invitadas—. Supongo que debemos dejar a estos granujas con su oporto para que traten asuntos serios, no habladurías, como se empeñan en recalcarlos.

Capítulo trece

En el salón, Anne Meredith tomó del brazo a Antonia y empezó a pasearse de un lado a otro.

—Qué vestido más bonito, señorita Dane. ¿Puedo preguntar quién es su modista? Seguramente no será provinciano.

Antonia se libró de tener que decidir si debía ser franca o cambiar de tema gracias a la intervención de *lady* Reed.

—Sí, de una sencillez encantadora. Casi ingenua, ¿no? Es muy difícil que el dorado favorezca a menos que una sea algo morena. En mi caso, con mi piel clara, solo puedo elegir entre los colores más puros.

Antonia reprimió el deseo de rechinar los dientes ante semejante despecho. En cambio, sonrió, sabiendo que esa era la respuesta más provocadora.

—Qué duro debe de ser para usted.

«Qué necios pueden llegar a ser los hombres, de verdad», se dijo para sí, indignada. ¿Qué ve Marcus en ella? Entonces se fijó en su perfecta figura, en su busto, alzado gracias a su costoso vestido, y en sus labios rojos y abultados y se dijo que no debía ser tan inocente. Y con sir George lejos, en Brighton, no habría fantasmas vagando por los pasillos de Brightshill a medianoche.

El primer instinto de Antonia fue no querer saber más de Marcus. Si la consideraba tan complaciente, o tan tonta, como para soportar que atendiera a su amante, había juzgado mal su carácter. Entonces las puertas se abrieron y los caballeros se unieron a la fiesta. Antonia miró al otro lado de la habitación y lo vio.

Marcus estaba de pie en el umbral, mirándola con una intensidad y una fijeza que hizo que le flaquearan las rodillas. Antonia alzó las cejas con altivez y, en respuesta, el duque esbozó una sonrisa tan intensa y prometedora que su determinación se desvaneció y se le aceleró el pulso. La joven lo miró a los ojos, sonriendo. Solo lo veía a él, solo era consciente de él; la estancia enmudeció.

Seguía del brazo de su anfitriona y Anne la hizo bajar de las nubes con una exclamación:

—¡Mira qué bien! Por fin han venido los caballeros. ¿Disponemos un par de mesas para jugar a las cartas? Mead, monta las mesas aquí.

Mientras el mayordomo daba instrucciones a los lacayos, la señorita Fitch murmuró que no le daba la cabeza para las cartas.

—Me temo que soy muy obtusa —confesó.

—Estoy convencido de que solo está siendo modesta, señorita Fitch —protestó Richard Leigh—. ¿Qué tal si toca algo para nosotros en su lugar? Estaré encantado de ponerle la música. —Hizo un gesto con la mano para restarles importancia a sus quejas y su bochorno, levantó la tapa del pianoforte y acomodó el taburete para ella—. ¿Con qué pieza empezamos? —preguntó para que se desinhibiese.

Al cabo de un momento, al amparo de los primeros compases de una melodía de Mozart, *lady* Anne comentó:

—Qué preciosidad. Pues sí que toca bien la muchacha.

—Si eres soso, supongo —comentó *lady* Reed—. Menos mal que tiene algún talento para atraer a la gente, porque por lo demás no llama la atención. Es muy torpe.

—Pues como cualquier chica de su edad —replicó Antonia—. Es diferente. Pero es que yo siempre he preferido lo natural a lo artificial, y parece que no soy la única que opina así. — Señaló con la cabeza al señor Leigh, que pasaba las páginas diligentemente, con su cabeza oscura cerca de los suaves rizos castaños de Sophia.

Lady Anne cambió el rumbo de la conversación, pero no antes de que Antonia advirtiera un brillo de aprobación en sus ojos. Le dio la impresión de que su anfitriona no sentía más simpatía por Claudia que ella, lo que hacía aún más evidente que no la había invitado ella, sino Marcus.

—Bueno, elijamos a los compañeros —exclamó lord Meredith mientras abría el primer mazo de cartas—. Señorita Donaldson, ¿le apetece jugar?

—Bueno, mi señor, debo confesar que tengo una marcada predilección por el *whist* —admitió Donna.

Antonia rio.

—Se lo advierto, lord Meredith, es una fiera.

—En ese caso —dijo *lady Anne*—, reclamo a la señorita Donaldson como mi compañera.

—Entonces yo seré tu pareja, Meredith —propuso sir John—. A menos que alguna de vosotras dos, o tú, Renshaw, deseéis ocupar mi lugar. ¿No? Muy bien, Meredith, pues voy yo contigo. Esperemos que las damas sean amables con nosotros.

Antonia se sentó en un sofá desde el que podía escuchar la música y observar a los jugadores de cartas. *Lady Reed*, suspirando profundamente, se fue al otro extremo de la sala, donde se apoyó con gracia en una mesa y se puso a pasar las páginas de un álbum de grabados.

Marcus se estaba volviendo hacia Antonia, cuando lo llamó su hermana:

—Marcus, te necesito, esta mano es superior a mí. Como no me ayudes, voy a tener que pasar.

Mientras los demás hombres clamaban que era injusto, Marcus cogió una silla y se sentó al lado de su hermana.

Antonia casi no era consciente de la intrincada melodía; tenía los ojos clavados en Marcus, que se burlaba de su hermana y se agarraba la cabeza al verla hacer una jugada catastrófica. Estaba a gusto, en su salsa. Se notaba que estaba de buen humor y apreciaba a su hermana.

Antonia sabía desde hacía tiempo que estaba enamorada de él, pero al verlo así, simpático y humilde, se dio cuenta de que le caía la mar de bien. Y no podía negar que se imaginaba como la señora de Brightshill.

Siguió ahí sentada, pensando en cosas bonitas y fantaseando otro tanto, sin prestar atención al tiempo, hasta que la risa en la mesa de juego la devolvió al presente.

Lord Meredith estaba sumando puntos y diciéndole en broma a su esposa:

—Querida, tú y yo jugaremos juntos la próxima ronda. Así la señorita Donaldson podrá buscarse una pareja más digna de sus habilidades.

Desmontaron la mesa y volvieron a montarla entre las quejas y las risas de Donna. Marcus se levantó y fue al sofá en el que se sentaba Antonia.

—Antonia, necesito un poco de aire fresco. ¿Me acompañas a la terraza? Se está bien fuera.

—Con mucho gusto. —Lo miró a los ojos y lo observó con franqueza. Vio que le cambiaba la cara y se le suavizaba la expresión al tenderle la mano para guiarla hacia los ventanales que daban a la cálida noche. La ayudó a cruzar el umbral bajo y, cuando ambos estuvieron sobre los adoquines, la agarró del codo y se dirigieron a la balaustrada.

Antonia observó cómo sus sombras los precedían en la terraza y se alargaban a medida que la luz disminuía tras ellos. Su corazón latía fuerte pero firme y su certeza de que Marcus la abrazaría en cuanto dejasen de estar a la vista aumentó.

La condujo hasta la esquina de la terraza, hacia la luz de la luna que bañaba el jardín. Las polillas

revoloteaban y el olor a alhelí nocturno perfumaba el cálido ambiente. Ninguno de los dos habló. Antonia apoyó las manos en la fría y áspera balaustrada de piedra, satisfecha al pensar en lo que se avecinaba.

La exquisita tela de la manga de Marcus le rozó el brazo, y ella era tan consciente de su presencia que sintió que la tocaba. Al cabo de un buen rato, él posó las manos en sus hombros y la giró suavemente para que lo mirara. Antonia levantó la cara con confianza, invitándolo a besarla. Cuando lo hizo, ella le devolvió el beso con ardor, derritiéndose en su abrazo.

Antonia era muy consciente de su dureza, de su respiración, de su deseo por ella. Finalmente, él se apartó de su boca y la miró. Su rostro estaba ensombrecido, pero aun así Antonia veía la pregunta en sus ojos.

—Sí, Marcus —dijo por toda respuesta.

—¿Sí?

—Seré tu esposa. —Ella lo amaba, él la deseaba. Era suficiente para seguir adelante. Tenía que ser así.

Marcus se llevó su mano a los labios y le besó las yemas de los dedos.

—Me has hecho muy feliz. —Parecía que estaba a punto de reclamar sus labios de nuevo, pero se contuvo y miró detrás de ella, a la casa—. Será mejor que nos reunamos con los demás, no quiero que se note nuestra ausencia.

A pesar de su felicidad, Antonia sintió un leve escalofrío ante su corrección, su formalidad. Quería que la abrazara, que le cubriera la cara de besos, que le dijera cuánto la amaba...

Cuando doblaron la esquina de la terraza, Antonia vislumbró una figura que regresaba por las ventanas más lejanas y reconoció las faldas con volantes de Claudia.

Tal vez por eso se mostraba tan comedido, quería protegerla de la lengua viperina de *lady* Reed. Ya tendrían tiempo de sobra para hablar de amor cuando se cerciorasen de que estaban solos.

Antonia cruzó el umbral como si flotara, sin necesidad de que Marcus la guiara por el brazo. Estaba tan pletórica que estaba segura de que todos los presentes se darían cuenta en cuanto los miraran.

Parecía que llevaban horas ausentes, pero la partida de cartas aún no había terminado, la señorita Fitch seguía interpretando bellas melodías en el pianoforte y el reloj de la repisa de la chimenea daba las once.

—¿Se lo contamos ya? —le susurró Marcus al oído.

—Sí, que quiero que todos sean partícipes de nuestra dicha —murmuró ella.

Marcus le apretó la mano y la miró profundamente a los ojos. Su mirada prometía tanto que le faltó el aire a Antonia. Echó un vistazo a sus amigos, que ahora los miraban, tal vez preguntándose qué hacían cogidos del brazo. Abrió la boca para hablar, pero se oyó un grito trémulo.

—Aah... —En el diván, *lady* Reed se llevó una mano temblorosa a la frente, gimió de nuevo y se deslizó con gracia desde el bajo asiento de seda hasta la alfombra, donde permaneció inmóvil.

Todos corrieron hacia ella. *Lady* Anne fue la primera en llegar. Se arrodilló en la alfombra y colocó la mano bajo la cabeza de Claudia Reed. Donna se arrodilló junto a ella, al otro lado, y, con sus capaces manos, frotó la mano flácida de Claudia.

—Querido —le ordenó *lady* Anne por encima del hombro a su marido, que estaba detrás de ella —, haz el favor de avisar a Mead. Me temo que tendremos que llamar al médico, y hay que traer a su doncella.

—Sí, señora. —Sir John se acercó a la chimenea y tiró con fuerza de la cuerda de la campana.

La señorita Fitch, asustada, se levantó del taburete del piano. Ya de pie, se llevó la mano a la

boca, casi tan pálida como *lady* Reed.

Antonia se acercó al señor Leigh.

—Vaya a ver a la señorita Fitch o tendremos otra paciente más. Llévesela a la terraza. El aire fresco la espabilará.

—Con gusto, señorita Dane, pero ¿cree que es apropiado que lo haga en ausencia de su acompañante?

—Por Dios, sí. —Antonia estaba perdiendo la paciencia con ese amante tan retraído—. Los veré desde aquí si se asoman a la ventana. —Le dio un empujoncito y él rodeó a Sophia con un brazo para protegerla y la condujo a la terraza.

Marcus había ido a hablar con el mayordomo, quien se dio la vuelta y salió apresuradamente de la habitación para llamar a un lacayo. Antonia lanzó una mirada indulgente a los jóvenes de fuera y se dirigió al diván.

No le preocupaba mucho *lady* Reed, pues estaba convencida de que estaba fingiendo, pero, una vez que se situó junto a lord Meredith y miró la figura tendida, comenzó a tener dudas por primera vez.

Claudia estaba muy pálida, con el cuerpo flácido y la boca entreabierta. Estaba acostada en una posición que debía de ser sumamente incómoda, y ni se movía ni reaccionaba a los cuidados de *lady* Anne. «Qué convincente es», murmuró Antonia para sí, no del todo en voz baja.

—Perdón, señora. ¿Ha dicho algo? —Se había olvidado de que lord Meredith estaba a su lado.

—He dicho que está inconsciente —improvisó Antonia con rapidez—. ¿Y su doncella?

En cuanto lo dijo, la mujer entró a toda prisa en el salón, vinagreta en mano, y se inclinó sobre su señora para administrarle las sales aromáticas. A pesar de la fuerza del vapor, el único efecto que obtuvo fue un gemido bajo y un breve movimiento de párpados antes de que se le cerraran de nuevo. Pero Antonia, que observaba con atención, captó la rápida mirada evaluadora que Claudia dirigió en ese momento a la mesa del servicio.

Estaba mirando para ver dónde estaba Marcus, el equipaje tortuoso. Todo esto era un ardid para desviar su atención de Antonia. Bueno, ya veremos, pensó Antonia con tristeza.

«Estaba buscando a Marcus, la muy bruja». Era un ardid para que dejase de prestarle atención a Antonia. «Eso ya lo veremos», pensó Antonia, seria.

—Oh, Dios mío —dijo en voz alta, profundamente consternada—, temo que un desmayo tan prolongado sea perjudicial para su salud. Hay que reanimarla.

Mientras hablaba, tomó un vaso de agua de la mesa que habían colocado junto a *lady* Anne mientras jugaba a las cartas y, con un movimiento rápido, lo arrojó al rostro de la mujer que estaba bocabajo.

Lady Reed chilló y se incorporó tan deprisa que casi derribó a las mujeres que estaban arrodilladas a su lado. Abría y cerraba la boca con indignación mientras el agua le caía por la cara y convertía sus rizos rubios en colas de rata y hacía que el negro de carbón que se había aplicado con pericia en las pestañas se le deslizara por las mejillas.

—Tú... tú... —balbuceó, volviendo sus furiosos ojos azules hacia Antonia.

—No, no me lo agradezca. Me conformo con que mi gesto la haya hecho volver en sí —le aseguró Antonia de todo corazón.

Los hombres se habían apartado con discreción, y Anne Meredith y Donna, con el favor de la doncella, ayudaron a Claudia a sentarse en el sofá. Donna levantó la vista y se encontró con la mirada de Antonia, a la que observó entre divertida y crítica.

La doncella se puso a secarle las mejillas a su señora. Cuando *lady* Reed vio que la tela estaba tiznada, profirió otro chillido y exigió que la llevaran a su alcoba.

—Dame el brazo, estúpida —le gritó a la pobre doncella. Salió tambaleándose de la habitación, acompañada por *lady Anne*, y dejó un silencio atónito tras ella.

—Pobrecita —se compadeció sir John Ollard con torpeza al cabo de un momento—. No obstante, es comprensible que se haya desmayado. Es una noche extremadamente fría. Ha reaccionado usted con mucha rapidez, señorita Dane. Debo confesar que yo también estaba empezando a impacientarme.

Antonia, que a esas alturas se avergonzaba de sí misma, miró inquieta a Marcus. Su rostro permanecía impassible mientras volvía a tirar de la campana, pero a Antonia le pareció detectar un atisbo de sonrisa en las comisuras de sus labios.

Mead apareció con su habitual calma.

—¿Excelencia?

—Por favor, pregunte a *lady Anne* si necesita que llame usted al doctor Rush.

—Ya lo he hecho, excelencia. James ha ido con la calesa a buscarlo.

A Antonia aún le remordía la conciencia.

—¿Sabes, Mead, si *lady Anne* necesita ayuda?

—Creo que no, señorita Dane. Gracias.

Donna rompió el breve silencio:

—Cuando sea apropiado, excelencia, creo que es hora de que la señorita Dane y yo regresemos a la casa Dower. Despidase de *lady Anne* de nuestra parte.

Mientras hablaba, la señorita Fitch, que estaba muy sonrojada, cruzaba el umbral de la terraza con la ayuda del señor Leigh. Donna miró a la joven con una expresión un tanto burlona, probablemente tan capaz como Antonia de detectar las señales de un primer beso.

—Mi querida señorita Fitch, tal vez convendría que usted también se retirara ya.

Sonrojándose, Sophia obedeció, les deseó buenas noches en un susurro y abandonó la sala a toda prisa.

Marcus se volvió mientras le sujetaba la puerta.

—Me parece oír las ruedas del carruaje en el camino de entrada. Permítanme acompañarlas a la puerta principal, señorita Dane, señorita Donaldson.

Aprovechó el ligero revuelo que causó Donna al acomodarse en un rincón del carruaje para decirle en voz baja a Antonia:

—Iré a verte mañana por la mañana.

Antonia le apretó la mano en señal de respuesta y dejó que la ayudara a subir al carruaje. Tuvo que hacer acopio de su instrucción social y su autocontrol para no asomarse a la ventanilla y echarle un último vistazo mientras doblaban el recodo del camino de entrada.

Donna estaba sorprendentemente callada. A Antonia, mentalizada para que la interrogase, le resultaba difícil soportar su silencio.

—Me pregunto qué le habrá pasado a *lady Reed* —caviló como si no lo supiera—. Es cierto que la noche es cálida, pero tampoco es que ella fuese muy abrigada.

Costaba discernir la expresión de Donna en la penumbra del carruaje, pero cuando habló, su tono era seco.

—Dudo que haya sido por el calor. —Hizo una pausa y, como si cambiase de tema, agregó—: Has estado sola en la terraza con el duque mucho rato, querida.

Antonia conocía demasiado bien a su compañera como para no leer entre líneas. La tentación de contarle que Marcus le había propuesto matrimonio y ella había aceptado era mayúscula, pero se lo pensó mejor. Donna la acribillaría a preguntas; preguntas que no sabría responder. No, era mejor que esperase a que Marcus la visitara al día siguiente para darle la buena nueva y fijar una

fecha para la boda.

—El aire era muy agradable, muy refrescante —contestó con ligereza—. ¿No te has dado cuenta de que ha espabilado por completo a la señorita Fitch?

Donna rio por la nariz.

—Lo que ha espabilado a esa jovencita ha sido que el señor Leigh le haya sujetado la mano durante veinte minutos y, probablemente, la haya besado de paso. Seguro que *lady* Anne no lo aprobaría. Yo misma dudaba si ir o no.

—¿Y por qué no has ido? —insistió Antonia, contenta de que la conversación ya no versara sobre el rato que había pasado ella en la terraza.

—Porque me preocupaba más lo que hacías tú —dijo Donna con brusquedad mientras se echaba hacia delante para observar el rostro ensombrecido de Antonia—. Tirarle agua a *lady* Reed de esa forma estaba fuera de lugar.

—Pues bien que la ha espabilado.

—No finjas conmigo, Antonia, que te conozco como la palma de mi mano. No, no es la salud de *lady* Reed lo que te preocupa, y lo sé muy bien.

—¿Crees que fue amante de Marcus? —preguntó Antonia. «¿Lo seguirá siendo?».

La inoportuna pregunta tuvo el efecto deseado: distraer por completo a Donna del numerito que había tenido lugar en el salón.

—¡Antonia! Qué pregunta más indecorosa. No deberías saber nada de esas cosas. Seguro que su excelencia no...

—Su excelencia tiene treinta años —replicó Antonia con aspereza—. No creo que haya sido ningún santo, y *lady* Reed es una mujer atractiva, aunque se tiña las pestañas, cuyo complaciente marido se halla a cientos de kilómetros de distancia.

—Antonia, basta. No deberías tener esos pensamientos. Y, de tenerlos, no deberías expresarlos en alto. Una joven bien educada finge no saber cómo se comportan los hombres.

—Donna, ambas sabemos cómo va esto —dijo en voz baja y ligeramente temblorosa. Se mordió el labio para controlarla—. ¿Todos los hombres tienen amantes, incluso después de casarse?

—Algunos —admitió Donna—, pero los que se casan por amor y siguen queriendo a sus esposas, no. Mira a lord Meredith. ¿Te lo imaginas teniendo una amante?

Antonia se recostó en los cojines y suspiró mientras contemplaba el paisaje silencioso, ahora bañado por la luz de la luna. De pronto estaba muy cansada; la emoción de la noche por la proposición de Marcus se desvaneció y la dejó un tanto abatida. Algo saldría mal, estaba segura. Al entrar en la casa Dower, se alegró de que Donna no hablase y le deseó buenas noches en el rellano de manera escueta.

Estaba convencida de que se quedaría dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada, pero, en la oscuridad, su estúpido comportamiento volvió a atormentarla. ¿Cómo había podido arrojarle agua a *lady* Reed? Haciendo eso, ¿no se había portado igual de mal que la otra mujer?

Desconsolada, Antonia se preguntó si Marcus la tendría en menos estima por eso, pues sabía que él no se había creído sus muestras de preocupación por Claudia.

La joven lo amaba y quería ser admirable a sus ojos. A oscuras, se revolvía en la cama, flagelándose con reproches. Una dama que fuera a convertirse en duquesa se habría comportado con dignidad: al fin y al cabo, era a ella a quien le había pedido matrimonio el duque. ¿Por qué rebajarse entonces y ponerse celosa?

La noche, calurosa y agobiante, no acababa nunca. Cuando al fin Antonia se quedó dormida, fue solo para soñar vívidamente con Marcus; con que la besaba con ardor en el cuello y la estrechaba fuerte contra su cuerpo. Cuando despertó, se había enredado con las sábanas y su cabello estaba

húmedo y enmarañado sobre las almohadas.

Capítulo catorce

Antonia estaba completamente hundida y demacrada cuando se sentó frente a Donna a la hora del desayuno a la mañana siguiente.

—Querida, pareces muy deprimida. —Donna escudriñó su rostro con nerviosismo—. Este clima no es bueno para ti. ¿Quieres que llame al doctor Rush después de desayunar? Recuéstate y tómate una buena taza de té.

—No, por favor, no hay de qué preocuparse. Anoche hacía tanto calor que me asfixiaba. Cuando me venció el sueño, fue muy inquieto y no me hizo ningún bien. —Antonia, desganada, se untó mantequilla en el pan, miró las conservas y reparó en que no tenía fuerzas para decidir entre la miel y la mermelada.

Donna seguía preocupada.

—Creo que deberías volver a la cama. Te prepararé una tisana.

La interrumpió la llegada de Jane, que entró apresurada con una bandeja y un té recién hecho.

—Jane, ve directamente a hacer la cama de tu señora y abre bien las ventanas. Esta mañana hace más fresco, querida. Seguro que correrá el aire y dormirás más tranquila con el frescor.

—Te lo agradezco, Donna, pero estoy esperando al duque. Quizá me acueste cuando se haya ido. No quería ni imaginarse lo que pensaría al ver su rostro pálido y ojeroso. La comparación con la exquisita Claudia Reed movería a risa.

Antonia suspiró. Se moría de ganas de volver a ver a Marcus, de que la abrazase, de oírle por fin decirle que la amaba. Sin embargo, estaba exhausta y se sentía culpable por lo mal que se había portado la noche anterior. Le daba vergüenza estar celosa, le daba vergüenza pensar mal de Marcus. Y, en una parte mucho menos digna de su mente, reconoció que le había enseñado las cartas a la otra. Si Claudia Reed hubiera tenido alguna duda sobre los sentimientos de Antonia por Marcus, el incidente de la noche anterior los habría dejado meridianamente claros.

Con sus actos, le había dado a esa mujer sin escrúpulos la ventaja, y Claudia vivía bajo el mismo techo que Marcus. Era una mujer casada, totalmente libre de las estrictas reglas sociales que regían a Antonia en su trato con los hombres.

—No pareces muy contenta de que el duque vaya a visitarte esta mañana —observó Donna—. ¿Pasa algo? Anoche se mostró muy atento cuando nos acompañó al carruaje.

—No, nada.

—Si esperamos visita, no te conviene que te vuelvas a la cama —prosiguió con tono enérgico.

Antonia se sorprendió siendo conducida fuera del salón de desayuno, escaleras arriba, a su dormitorio.

—Si te cepillamos el pelo (en serio, recogértelo tan fuerte te da un aspecto desaliñado), y te disimulamos las ojeras con una pizca de polvo de arroz... Tu nueva muselina de junquillo te queda muy bien...

Donna se paseaba de un lado a otro de la estancia mientras hablaba, y Antonia se dejaba acicalar sin rechistar. Pero, cuando más tarde se miró al espejo, tuvo que reconocer que sentarse en aquella habitación fresca la había espabilado y que los esfuerzos de Donna la habían transformado en algo parecido a la joven de siempre.

Su tez seguía pálida y carecía de su lozanía habitual, pero sus abundantes rizos castaños caían en forma de cascada sobre el hombro del vestido de junquillo claro, y su mirada era nítida, aunque

la pesadez de sus párpados hacía pensar que no había pegado ojo en toda la noche.

—Ya está —anunció Donna—. Ya vuelves a ser tú. Seguro que el duque no nota la diferencia.

Antonia le devolvió la sonrisa y se animó. Qué curioso que una noche en blanco pudiera desbaratar tanto las cosas y turbar tanto sus sentimientos. Era con ella con quien Marcus quería casarse, era a ella a quien le había pedido matrimonio, y ese día, cuando fuera a verla, le diría que la amaba. Ahora que estaba comprometido, dejaría de pensar en *lady* Reed, ¿no?

Se oyeron cascos de caballos en el camino de grava. Ambas se asomaron a la ventana baja y abierta, pero el jinete que había abajo no era Marcus.

—Es Saye, el mozo de cuadra de su excelencia —observó Antonia mientras el hombre tiraba de las riendas de su percherón negro y se inclinaba para entregarle un papel doblado a Jane, que había salido corriendo al oír su llegada.

La muchacha se guardó la nota en el bolsillo del delantal, pero no hizo amago de volver a entrar en la casa. Miraba al robusto joven con tímida admiración y las mejillas sonrojadas. Antonia no distinguía lo que decía el mozo, pero, a juzgar por cómo reían y charlaban, esos dos se conocían bien.

El joven asió las riendas para irse, pero en el último momento se agachó y le dio un beso rápido a la criada. A continuación, se fue galopando por el camino de entrada. Jane se quedó mirándolo y se llevó los dedos a la mejilla.

—¡Jane! —La voz de Donna hendió el aire matutino—. No te quedes ahí engolondrinada perdida y trae esa nota de inmediato.

La muchacha se sobresaltó y, asustada, miró arriba.

—Sí, señora. Lo siento, señora.

Seguía sonrosada cuando le entregó la misiva a Antonia.

—¿Y cuáles son las intenciones de ese joven? —preguntó Antonia—. No tengo conocimiento de que haya pedido permiso a la señorita Donaldson para que la visite un admirador.

—¿Intenciones? No sé a qué se refiere, señorita —balbuceó la muchacha—. Conozco a Josh Saye desde siempre. Es amigo de mi hermano, señorita.

—Ya veo —observó Donna sin acritud—. Seguro que, si es uno de los hombres de su excelencia, es respetable, pero, aun así, si va a venir a visitarte, dímelo y os sentáis en la cocina como Dios manda. Y —añadió— nada de demoraros en la entrada.

—Sí, señora. Gracias, señora. —La chica salió escopeteada de la habitación, visiblemente aliviada de haber quedado tan bien parada.

—Vaya —dijo Antonia, perpleja, mientras leía la carta.

—¿Qué pasa, querida?

—El duque dice que no puede venir esta mañana. Al parecer los alguaciles de la parroquia le han presentado un caso muy complicado y tendrá que sentarse, tal vez todo el día, a oír las pruebas en su contra para decidir si envía a los hombres a la cárcel del condado.

Podría haberle entregado la carta a Donna sin ningún reparo, pues las serias líneas escritas con la firme letra negra del duque no contenían nada aparte del mero mensaje: el arrepentimiento formal de Marcus y su intención de pasarse más tarde.

Después de almorzar, Antonia estaba pensando en las cuentas, cuando Jem pidió permiso para entrar en el saloncito.

—Le traigo el correo, señorita. —Le tendió los papeles con una mano ligeramente sucia y vaciló, mirando a Donna, que estaba sentada en el asiento de la ventana cosiendo una funda de almohada.

—¿Has comido, Jem? —le preguntó, tal y como esperaba Jem.

—Llevo sin probar bocado desde que comí tocino para desayunar, señora. Y de eso hace ya un buen rato —agregó, lo que le hizo parecer famélico.

—Pues ve a la cocina y dile a Jane que te sirva un plato de sopa y pan. Y cuando hayas terminado, ve al huerto y ayuda a Johnson a quitar la maleza. —El muchacho sonrió y salió disparado.

Antonia extendió el puñado de cartas sobre la mesa.

—Hay una nota de la tía abuela Granger. Su letra es mucho más firme, qué buena señal. Y una factura del comerciante de cereales por el pienso para las gallinas. Y creo que esto es del señor Blake. —Rompió el sello y extendió los papeles crujientes—. Efectivamente. Dice que sir Josiah y *lady* Finch llegarán a Rye End Hall pasado mañana.

—Qué interesante. —Donna dejó de coser y centró toda su atención en Antonia—. ¿Cuándo crees que deberíamos ir a visitarlos? No debemos ser reticentes a la hora de presentar nuestros respetos a nuestros nuevos vecinos. Por otra parte, sin duda estarán cansados después de la mudanza y no querríamos molestar.

—Pues presentémonos en cuatro días. —Antonia acabó de leer la carta de su tía abuela y se la entregó a Donna, junto con la nota del señor Blake—. Me alegra decir que la tía abuela vuelve a parecer la de antes. —Apartó el libro de contabilidad y se puso de pie—. Estas cifras me están dando dolor de cabeza. Creo que iré a dar un paseo. ¿Me acompañas?

—No, gracias, querida. Creo que me quedaré aquí a acabar de coser esto. Mantente a la sombra y no olvides el sombrero —le gritó Donna.

Antonia paseaba por la orilla del río, moviendo con aire distraído su sombrero de paja de ala ancha por las cintas y respirando hondo la cálida brisa. Por encima de ella, las alondras cantaban en un cielo despejado sin rastro de nubes. El río brillaba a la luz del sol, y sus aguas se agitaban conforme los peces salían a la superficie a cazar moscas.

Se iba parando a coger escaramujos y se chupaba el dedo cuando se pinchaba con las espinas. Se le levantaba el ánimo según andaba y se puso a cantar en voz baja. Los árboles se cerraban sobre el río y formaban un túnel verde que Antonia, agradecida por la sombra que le proporcionaba, cruzó. Le traía sin cuidado lo mucho que había andado.

Su mayor deseo se había cumplido. Estaba enamorada de un hombre que quería hacerla su esposa y cuyos gestos demostraban que la deseaba. Había salvado la casa de su familia de la ruina y, con sus actos, había logrado que el apellido Dane volviera a ser respetado en el vecindario.

Haber encontrado un marido tan cerca de casa era una alegría añadida, pues había llegado a amar la ondulante belleza del campo y a valorar la buena relación que había forjado con sus arrendatarios.

Se sobresaltó al darse cuenta de lo lejos que se había aventurado. Aunque nunca había caminado tanto por aquel sendero, supuso que se encontraba en las tierras de Brightshill. Es más, calculó que si doblaba el recodo, avistaría el techo de la casa en la que se hallaba Marcus. La noche, que sería cuando iría a verla, se le antojaba muy lejana...

La curva del río reveló una glorieta que se erguía como un pequeño templo clásico sobre un césped muy bien cortado. El jardín se extendía hacia la casa, casi oculta por la elevación del terreno. Todo parecía desierto, reluciendo en el calor de la tarde. Antonia contempló la casa largo rato. No se creía que sería su dueña, tal vez antes de que terminara el año. Duquesa.

El pórtico con columnas del templo proyectaba una sombra tentadora, y el día se estaba

volviendo más caluroso. Antonia se dio cuenta del trecho tan largo que la aguardaba y decidió que le vendría bien descansar un ratito. Agradecida, se dejó caer en un banco de hierro forjado y se abanicó con el sombrero.

Por entre los huecos de los árboles, vio que el cielo ya no estaba despejado y que se estaban formando grandes nubarrones que amenazaban tormenta. Tal vez sería mejor ponerse en marcha, no fuera a ser que la sorprendiera la lluvia, pensó mientras se ponía de pie.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marcus a su espalda.

Antonia se dio la vuelta con el corazón latiendo de alegría al oír su voz, y entonces descubrió que no podía verlo. Desconcertada, bajó el corto tramo de escalones de mármol y dobló la esquina más alejada de la glorieta.

Unos árboles rodeaban un claro de hierba en el que las flores silvestres crecían sin control, a lo natural. Una diosa semivestida de mármol miraba al río con ojos ciegos y un dócil cervatillo a sus pies.

Por un instante, Antonia se quedó embelesada con la tranquilidad del paraje, y entonces vio a Marcus. Una hamaca colgaba entre dos árboles, lo que proporcionaba un lugar de descanso a la sombra. Estaba acostado, sin abrigo y con la camisa abierta. En el suelo, a su lado, había un libro y una jarra.

¿Qué hacía ahí? ¿No le había enviado un mensaje para informarle de que estaría ocupado todo el día?

Fuera quien fuera con quien había hablado Marcus, no era ella. La mirada del duque estaba clavada en la persona que había en el bosquecillo; la persona que apareció en ese momento.

Por un momento, Antonia creyó tontamente que la estatua había cobrado vida y descendido de su pedestal, pero luego se dio cuenta de que era Claudia. Su cabello estaba recogido en bucles clásicos y su cuerpo estaba moldeado por la diáfana muselina de un vestido blanco. La prenda, abrochada únicamente por el entrecruzamiento de cintas del pecho, era, a ojos de Antonia, bastante escandalosa.

Claudia se acercó a la hamaca y se colocó al lado de Marcus, de espaldas a Antonia. Cuando la luz del sol incidió en su vestido, se le transparentaron las piernas por debajo de las delicadas faldas.

Hablaban en voz baja. Antonia, paralizada, no oía lo que decían, pero, por entre los arbustos, vio a Claudia retirar el pelo de la frente a Marcus para acto seguido besarlo en los labios. Él la rechazaría. La apartaría, ¿no?

Entonces, para sorpresa de Antonia, abrazó a Claudia y la pegó a él. La hamaca se balanceó violentamente, los esbeltos árboles que la sostenían se combaron hacia dentro y Claudia, tan grácil como de costumbre, se dejó caer sobre el fornido pecho de Marcus.

Segundos después, la hamaca volcó y ambos cayeron al césped, donde quedaron tendidos en una maraña de extremidades, con los labios aún unidos.

Sollozando, Antonia se dio la vuelta y echó a correr por la orilla del río sin pensar. Tropezó con raíces y zarzas que se le enganchaban a las faldas.

Detrás de la glorieta, Marcus apartó los labios de la boca voraz y experimentada que tenía encima y empujó a Claudia Reed con más fuerza que galantería. La maldita se había arrojado a sus brazos, por lo que no le quedó más remedio que cogerla. Pero entonces lo besó en los labios de tal forma que el instinto masculino prevaleció sobre el sentido común durante unos segundos. Se incorporó sobre los codos, jadeando ligeramente, y la miró ceñudo mientras ella se arrellanaba tentadoramente a su lado.

—Por el amor de Dios, Claudia. ¿Qué te crees que haces? Podría haberte visto cualquiera.

—Has dicho que estarías ocupado todo el día y luego me entero de que te has escapado aquí. Seguro que te viene bien tener compañía.

—Los malditos agentes se han dejado la mitad del papeleo y no voy a quedarme sentado en un estudio asfixiante hasta que regresen. Y no, no necesito compañía. «Y menos la tuya», pensó. Claudia hizo pucheros con gracia.

—¿Por qué te apasiona tanto el decoro, amor mío, cuando antes lo que te apasionaba era yo? Marcus rio por la nariz y se sentó.

—¿Cuándo he sido yo tu amor, Claudia? Tuvimos una breve aventura, eso fue todo. Se acabó nada más empezar. Admítelo, solo te amas a ti misma.

¿Por qué no se habría dado cuenta al instante? Quizá sí se fijara, pero en aquellos días, unos meses antes, no conocía a Antonia Dane, y había perdido el apetito por los placeres sensuales sin sentido.

—Y tú, Marcus? Ahora me dirás que amas a la palurda esa. ¿Qué es lo que te atrae de ella? Porque no creo que sea ni su ropa, ni su falta de estilo ni sus contactos. Es toda piernas desgarbadas y tez campestre. —Su tono arrastrado no disimulaba del todo la malicia que se ocultaba tras sus palabras.

Marcus se puso en pie.

—Ya basta. —Invadido por una inesperada y desagradable compasión por ella, se agachó para darle la mano y ayudarla a levantarse. Su vida, al parecer, estaba vacía sin admiración—. Tengo la intención de casarme con la señorita Dane. Es una pareja totalmente adecuada.

—En términos de tierras, supongo que es buena idea —concedió Claudia—. Veo las ventajas de conectar las dos propiedades, pues casan muy bien. Estoy cansada, querido, y aburrida de hablar de tu ratoncito de campo.

Habiendo olvidado su ofensa al pensar que Marcus le había pedido matrimonio a Antonia solo por sus tierras, lo tomó del brazo y dijo:

—Vayamos a tomar el té.

Antonia llegó al tramo del río más cercano a la casa Dower. Mientras corría, respiraba con una mezcla de rabia y lágrimas contenidas con fiereza. Sin aliento y despeinada, se dejó caer en la orilla.

No podía entrar en casa así, a menos que estuviera dispuesta a contárselo todo a Donna. Se agachó a echarse agua fresca en los párpados ardientes y, cuando al fin se hubo calmado, volvió dentro.

En el salón, Donna estaba bebiendo té, con la ropa remendada en una cesta a sus pies.

—¡Dios mío, querida, qué pintas! Tienes la cara colorada y los ojos rojos. Siéntate aquí. Has andado tanto que has echado a perder el trabajazo de esta mañana. Espero que no sea que te encuentras mal.

—Creo que es el tiempo. —Antonia se sorprendió de la naturalidad con la que habló, aunque sentía que se le estaba rompiendo el corazón—. Mira, se están apiñando las nubes, eso es que habrá tormenta pronto.

A pesar del calor, le dio la impresión de que algo en su interior se había congelado. Era como si desde el principio hubiera sabido que no la amaba, que solo le había propuesto matrimonio por sus tierras, no por amor.

«Necia», se dijo mientras bebía mecánicamente el té que le ofreció Donna. «He estado en las nubes. Él nunca me ha hablado de amor. No puedo culparlo. Todo han sido tonterías mías,

fantasías románticas mías».

Su inexperiencia le había jugado una mala pasada y la había llevado a creer que todas las pasiones de un hombre estaban relacionadas con el amor. Pero estaba aprendiendo que los hombres podían desear a una mujer y no sentir ningún aprecio por ella y, al parecer, podían sentir ese deseo por más de una mujer a la vez.

Y varios cientos de acres de tierra eran, sin duda, un potente acicate para ese deseo.

Capítulo quince

Antonia estaba más enfadada consigo misma que con Marcus cuando, tras cenar temprano, se sentó a esperarlo en el jardín. Donna, que a todas luces esperaba una propuesta, se había esfumado con disimulo.

El aire estaba cargado y un tono amarillo cromo teñía el banco de nubarrones. Caían relámpagos en el valle y pequeñas moscas del maíz revoloteaban sobre los macizos de flores. Antonia, a pesar del ligero vestido de verano que llevaba, sentía que estuviese cubierta de pieles de lo asfixiante que era el calor.

Se esforzaba por mantener la calma y ensayar el discurso serio y frío con el que pensaba retirar su aceptación de la oferta. No tenía intención de mencionar el nombre de Claudia Reed. No, diría con mesura que lo había pensado mejor, que no encajarían. A fin de cuentas, nunca reconocería que los había visto esa tarde.

El viejo reloj de pared del pasillo dio las siete y el sonido resonó débilmente en el jardín gracias a las ventanas abiertas, abiertas de par en par para que entrase la poca brisa que corría.

«¿Dónde estará?». Cuanto más esperaba, más difícil le resultaba mantener la frágil compostura. Entonces oyó el ruido de los cascos y se puso en pie, con el corazón a mil.

Marcus, que venía trotando por el camino de entrada, miró al otro lado y la vio. Giró la cabeza de su caballo. Colgó las riendas en una rama y fue hasta Antonia con una sonrisa afectuosa.

La joven era consciente de su rostro adusto, pero, por más que lo intentaba, no conseguía que sus rasgos adoptaran una expresión de bienvenida. Cuando Marcus se acercó a ella y le vio la cara, la suya cambió por una de preocupación y perplejidad.

—Antonia, ¿qué pasa? —Le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Antonia apartó la mano. De pronto, le cedieron las piernas de lo mucho que lo añoraba y anhelaba sus caricias. No podía permitirse vacilar ni flaquear o estaría acabada.

—Excelencia —empezó formalmente, con los labios tensos. Él la interrumpió, pero ella levantó la mano para impedir que continuara—. Excelencia, tengo que decirle que, por muy halagadora que fuera la propuesta que me hizo ayer, creo que aceptarla fue un error. Después de pensármelo bien... —Le tembló la voz ligeramente cuando él frunció el ceño, pero siguió—. Después de pensármelo bien, he decidido rechazar su propuesta, pese a ser consciente del honor que me concede. Excelencia, no creo que encajemos —terminó sin rodeos.

Hasta ahí llegaba el discurso que había preparado. Su imaginación no le había permitido imaginar la reacción de Marcus.

—¿Que no encajamos? —No daba crédito—. Antonia, ¿qué diantres dices? Creía que...

Antonia se irguió y respiró hondo para tranquilizarse.

—Ya me ha oído, excelencia. No encajamos. Agradezco que las circunstancias de anoche no fueran las más propicias para anunciar nuestro compromiso.

Marcus soltó una breve carcajada sin ganas.

—Puede que no hayamos hecho ningún anuncio, pero nuestros amigos ya se lo huelen.

—No he hecho nada para que saquen tales conclusiones —repuso Antonia con frialdad—. Lo que usted haya hecho, excelencia, es asunto suyo.

—¡Maldita sea! Deja de llamarme excelencia cada dos por tres.

—¡No me insultes! —El trueno retumbó en lo alto y ella se sobresaltó y trastabilló.

Marcus no dudó. La abrazó y pegó los labios a los suyos. Relajó la boca para que le devolviera el beso. La acarició de arriba abajo y al final dejó en sus hombros las manos, calientes en comparación con la piel desnuda y expuesta de esa zona.

Antonia lo deseaba tanto que, cuando le metió la lengua, abrió la boca para él y lo acogió íntimamente. Le enredó las manos en el pelo y, mientras lo hacía, le vino la imagen de Claudia a la cabeza.

Se tensó en sus brazos. Le parecía notar el sabor de la otra en sus labios y eso la repelió. Con un jadeo, se zafó de él.

—Dios mío, Antonia. —A Marcus le costaba controlar la respiración. Se pasó la mano por el pelo alborotado en un esfuerzo por serenarse—. ¿Cómo puedes decir que no encajamos? Nunca he visto a una mujer responder con tanta pasión a mis caricias.

—Y eso que ha estado usted con muchas —replicó ella.

Conque se trataba de eso. Maldita Claudia. Eso era lo que temía que pasaría cuando se presentó sin ser invitada, en contra de sus deseos. Le había suplicado que fuera discreta, que no hiciera alarde de la efímera relación que mantuvieron. Pero debería haberse imaginado que el más mínimo indicio de competencia llevaría a Claudia a exhibir su posesividad con provocación e indiscreción.

—Si es por Claudia... —empezó, una conjetura garrafal.

—¿Por Claudia? Tienes la desfachatez de invitar a tu amante a tu casa justo cuando me pides matrimonio, ¿y te sorprende que te rechace? Te creía más comprensivo. ¿De verdad esperabas que ignorara tu relación con esa..., esa meretriz?

Empezaron a caer goterones en el suelo polvoriento. Antonia, demasiado enfadada para refugiarse de la lluvia, se los limpió de la cara.

—¿Meretriz? Qué finas sois las damas. Pero ya que vamos a hablar con franqueza, te diré que Claudia Reed no es mi amante. —La luz mortecina lo hacía entornar los ojos, pero aun así atisbaba el brillo furioso de los de Antonia por entre la lluvia torrencial.

—No me mientas.

—¿Cómo te atreves a dudar de mi palabra? —Su voz retumbó como los truenos de ese momento. «Claro que va a dudar, idiota», le dijo la voz del sentido común, gritando para hacerse oír por encima de la rabia que le daban su propia conducta, los actos de Claudia y el dolor irracional que le inspiraba la desconfianza de Antonia. Mientras buscaba las palabras para arreglar la situación, se percató de que la rabia seguía ganando.

—Me atrevo porque digo la verdad. No puedo negar las pruebas que veo con mis propios ojos.

—En cuanto pronunció esas palabras, Marcus vio que hacía una mueca. No había querido decir eso.

—¿Qué pruebas? ¿De qué hablas? —El agua les corría por la cara y la melena de Antonia estaba empapada.

—No te quedes ahí mirándome como un dios del río furioso —le espetó iracunda—. Te he visto esta tarde. Te he visto detrás de la glorieta con tu... Con esa. Me has enviado un mensaje en el que no me decías más que patrañas.

—Quienes van por ahí espiando deberían esperar ver escenas desagradables, Antonia. —De ninguna manera iba a explicar entre tartamudeos lo mal que había manejado la situación.

—Entonces, ¿no lo niegas? —preguntó ella.

—No voy a justificarme ante ti, Antonia. Si no estás dispuesta a confiar en mi palabra, tienes toda la razón: no encajaríamos. —Hizo una reverencia rígida, se caló el sombrero en la cabeza

empapada y se dirigió a grandes zancadas hacia donde su caballo se refugiaba como buenamente podía bajo el árbol. No miró atrás; ella no dijo nada.

La fuerte tormenta de la noche anterior había echado a perder casi las rosas de los jardines de la casa Dower, salvo las mejor cobijadas. Antonia levantó las ramas mojadas para ver si podía cortar algún capullo, e hizo una mueca de disgusto cuando los pétalos marchitos se le pegaron a las manos.

El temporal había despejado el ambiente. La mañana había amanecido luminosa y fresca y una ligera brisa secaba rápidamente los caminos de grava.

Antonia había decidido mantenerse ocupada, pero se sentía abotargada. Se le iba la cabeza a los acontecimientos del día anterior, pero, nada más hacerlo, se alejaba de ellos como si hubiera tocado una quemadura. No soportaba pensar en Marcus y en lo que había perdido al rechazarlo.

«Pero si hubiera fingido que no había visto nada y hubiera aceptado a Marcus a pesar de ello, habría perdido el respeto por mí misma».

Al oír un caballo en el sendero que había detrás del alto seto de espinos, soltó la cesta.

—¿Marcus? —dijo en voz alta mientras el ritmo de los cascos disminuía y el jinete giraba hacia el camino de entrada de la casa Dower.

Era... otra persona. Antonia entornó los ojos por la brillante luz del sol y la silueta del jinete se volvió más clara. El hombre era más bajo que Marcus, llevaba el pelo castaño cortado a la perfección y el caballo que montaba era obviamente un jamelgo que había alquilado. Jeremy Blake.

Antonia se agachó para enderezar la cesta y recoger las tijeras y las rosas caídas. Para cuando estuvo lista para recibir visitas, se había calmado y él se había apeado y estaba esperando cortésmente a que ella se fijara, con las riendas colgando del brazo.

—Señor Blake, es un placer volver a verlo. Muchas gracias por su carta. Estamos deseando conocer a sir Josiah y *lady* Finch. ¿Le apetece un refrigerio?

Se abrió la puerta principal, lo que le hizo pensar que los habría oído la doncella.

—Jane, enséñale al señor Blake dónde puede dejar su caballo y después lleva el té al salón.

Antonia entró, dejó la cesta de rosas en la mesa del recibidor y se miró al espejo. ¿Cómo era posible que estuviera tan infeliz y, sin embargo, no se reflejara en su semblante? Sí, tenía manchas oscuras bajo las pestañas y estaba más pálida que de costumbre, pero se la veía bastante serena con su nuevo vestido de muselina de ramilletes y el pelo recogido con una cinta sencilla. Orgullo, supuso.

Fue a buscar a Donna y la encontró, como esperaba, cosiendo en el saloncito.

—Ha venido el señor Blake. Le he dicho a Jane que lleve el té al salón.

Donna apartó su labor y se atusó el cabello, que ya estaba impecable. Antonia sabía que aprobaba al señor Blake, y a menudo comentaba que era un joven de muy buenos modales y buena educación. El mensaje tácito que se escondía detrás era: «Aunque, por supuesto, no es tan buen partido como el duque...».

Ambas se esforzaron al máximo para que se sintiera bienvenido: Antonia, porque agradecía la distracción, y Donna, sospechaba, porque pensaría que así Marcus se pondría celoso.

El señor Blake se recogió los faldones de lo que parecía una nueva chaqueta de montar, se sentó con las piernas cruzadas, bebió un sorbo de Canary del vaso que tenía al lado y sonrió a ambas.

—Les traigo mensajes. Sir Josiah quiere que les diga lo agradecido que está por la prontitud con la que han iniciado los trámites con su contable, y *lady* Finch me ha pedido que les presente sus respetos y que confía en que vayan a verla a Rye End Hall cuanto antes.

Le dieron las gracias en murmullos y prometieron que, sin duda, la visitarían muy pronto.

—En la cochera, justo en el fondo, he encontrado una calesa —añadió—. Un carruaje de un solo caballo, claro, pero en muy buenas condiciones y muy adecuado para que una dama lo conduzca por el campo. Los términos del contrato de arrendamiento no incluyen ningún otro vehículo aparte de las carretas, así que, por supuesto, se lo enviaré. Pensé que tal vez lo habían pasado por alto.

—No tenía ni idea de que ahí hubiera una calesa —dijo Antonia—. Como bien dice usted, le vendrá como anillo al dedo. —Entonces recordó las circunstancias—. Pero no sería práctico. No tenemos caballos y comprar uno para este propósito sería excesivo.

A su lado Donna suspiró, sin duda tan decepcionada como ella.

Entonces al señor Blake se le iluminó el semblante.

—Creo que he dado con la solución, señora, si tiene a bien hacerme un favor. Traeré mis caballos de montar y de tiro de Londres. Sir Josiah los guardará encantado en el establo, pues vendré mucho por aquí en el futuro.

»Sin embargo, tengo un caballo de tiro que ya no utilizo, pues actualmente solo conduzco una yunta. Me resisto a venderlo, ya que lo tengo desde hace muchos años y confieso que le tengo un cariño especial. No quisiera arriesgarme a venderlo a un hogar menos afectuoso, pero no creo que pueda dejarlo en las tierras de sir Josiah. Está castrado y es ideal para los carruajes de señoras. Si le diese pasto, me encantaría que disfrutase usted de él al máximo.

El señor Blake se reclinó, claramente satisfecho con su diplomática solución. Antonia fantaseó por un instante con pasar las largas tardes de verano conduciendo por los senderos, encontrando tal vez zonas de pícnic o rincones en los que dibujar.

—Qué generoso y considerado por su parte —empezó, pero luego la realidad se impuso—. Pero no tenemos mozo de cuadra.

—Pero —intervino Donna—, ¿no habíamos quedado ayer en que necesitábamos un hombre que nos ayudara con los trabajos más duros? Jem es demasiado joven y el viejo Johnson está demasiado enfermo para realizar muchas de las tareas. Debe de haber alguien adecuado y honesto en el pueblo que busque empleo, y muchos hombres tendrán experiencia con caballos.

—En ese caso, si me lo permiten, señoras, hablaré con el administrador de la finca y le pediré que me recomiende un hombre confiable y se lo envíe para que le den el visto bueno.

Cuando Jeremy Blake se retiró, Antonia lo esperó en la entrada mientras él venía desde el patio, cabalgando. Detuvo su montura, se quitó el sombrero y se inclinó cuando se dio cuenta de que quería hablar con él.

—Señor Blake. —Le tendió la mano y él la tomó, sin soltarla mientras la miraba—. Le agradezco de nuevo su amabilidad. Nos encantaría que volviera a visitarnos. Por favor, no se ande con ceremonias.

Ella le sonrió, sintiendo que su mano estaba a salvo en la de él. Se lo veía sencillo y honesto, y su admiración le calentaba el corazón helado. No todos los hombres eran manipuladores, y tampoco tenía por qué considerar a todos sus conocidos varones como algo más que amigos, se dijo.

En ese momento, otro jinete pasó por la entrada y aminoró la marcha hasta casi detenerse. La montura de Jeremy sacudió la cabeza ante la presencia de otro caballo y se dieron la vuelta para ver quién era. Marcus, con la espalda recta y erguida sobre su desenfadado caballo de caza, los miró fríamente por un instante, como todo un duque. Acto seguido tocó con los talones los flancos de su caballo y se alejó al galope.

—Parece que su excelencia vuelve a estar de mal humor —comentó el señor Blake.

—Pues sí —concordó Antonia con un pequeño suspiro. Al ver que Jeremy agudizaba la mirada,

se obligó a sonreír y aparentar despreocupación.

—Perdone que le pregunte, pero ¿la incomoda, señorita Dane? No estoy insinuando que no le haya guardado el decoro, claro, pero es posible que no sea consciente de qué sienten dos damas al estar solas. Podría comentárselo a mi tía, *lady* Finch. Al no tener hijas, estaría encantada de protegerla, estoy convencido.

—¡No, por Dios! Es un gesto muy amable, pero el duque es todo un caballero y no quiero que *lady* Finch crea lo contrario por nada del mundo.

Él asintió y se alejó, dejando a Antonia completamente turbada. Ver a Marcus había bastado para alterar sus sentidos sin miedo a que los vecinos creyeran que ocurría algo.

Regresó a la casa preguntándose qué había pretendido Marcus. ¿Pasaba por allí o tenía intención de visitarla y la presencia del otro señor lo había disuadido? La preocupación de Jeremy Blake la inquietó. Tal vez fuera la señorita Dane de Rye End Hall (Hertfordshire), pero seguía sin tener dote ni protección, y sin duda había sido muy ingenua.

Marcus le había propuesto matrimonio por sus tierras, confiando en que fuera una novia complaciente y de la alta sociedad, dispuesta a pasar por alto a su amante y, sin duda, sus juegos de azar y sus entretenimientos deportivos, a cambio de un título, una posición social y una institución. Como cualquier pueblerina, ella esperaba amor y fidelidad.

Sí, quizá fuera tonta, pero no estaba dispuesta a conformarse con menos. Mejor saberlo ahora que haberse casado con Marcus y enfrentado a la humillación y la desilusión cuando no tuviese escapatoria. Ahora era una mujer soltera e independiente, se dijo, y no era ninguna vergüenza vivir así.

Decidida, Antonia fue a buscar a Donna. La encontró en el saloncito, ceñuda, colocando las rosas maltratadas en una jarra de peltre.

—¿Ese que acabo de ver era el duque? —preguntó sin ambages.

—Sí. —Antonia jugueteó con un tallo que había ahí tirado, haciéndolo rodar entre los dedos. No le apetecía hablar de él.

—Antonia, ¿qué sucede? Pensaba que venía a proponerte matrimonio. —Donna la miró de hito en hito—. ¿Está jugando contigo? Porque como sea...

Antonia sabía que debía poner fin a las conjeturas de Donna. Su compañera era más que capaz de enfrentarse a Marcus y exigirle que le dijera cuáles eran sus intenciones.

—Me propuso matrimonio y lo he rechazado —dijo, rotunda.

Se hizo un momento el silencio, y luego Donna repitió lentamente:

—¿Que lo has rechazado? —Se desplomó en una silla; por lo visto estaba demasiado sorprendida para permanecer de pie. Las tijeras cayeron al suelo sin que ninguna se percatase—. Pero ¿por qué, Antonia? Es el hombre más atractivo que una pueda imaginar, y estaba convencida de que estabas enamorada de él. Cuando volviste de la terraza la otra noche, tu felicidad era casi palpable.

Antonia tragó saliva al pensar en esa felicidad, en cómo, por más que le pesase, seguía amando a Marcus.

—He descubierto que no podría soportar que mi marido tuviera esos principios. Debo ser capaz de respetar al hombre con el que me case.

Como esperaba, aquello convenció por completo a Donna. La inestabilidad moral era algo que no toleraría nunca y un tema sobre el que jamás volvería a preguntarle a Antonia. Donna se puso de pie y empezó a pasearse de un lado a otro, temblando de indignación cuan menuda era.

—Bueno, pues qué suerte que hayas descubierto lo mucho que nos había engañado. Lo repudiaremos, por supuesto. Ya no será bienvenido en esta casa, eso te lo digo yo. Es una

lección, ¿no?; de lo que pasa cuando una se deja enredar por un rostro atractivo y un aire de buena familia.

A pesar de su indignación, Donna estaba ejerciendo su talento para encontrar una brizna de esperanza incluso en los peores momentos.

—Y la llegada de sir Josiah y *lady* Finch no podría ser más providencial, porque no nos faltará buena compañía. Y si el señor Blake va a vivir aquí, sin duda vendrá más gente joven a menudo.

—Sí, bueno, supongo... ¿Qué ocurre, Jem? Tienes que llamar antes.

—Lo siento, señorita, pero venga, rápido. ¡Al viejo Johnson le está dando una apoplejía en la parcela de ruibarbo!

Capítulo dieciséis

Antonia se recogió las faldas y corrió tras Jem, que salió al patio trasero por la cocina. El viejo jardinero tenía un aspecto horrible: desplomado sobre un tronco, con el rostro lívido, retorció el dobladillo de la bata con sus huesudas manos.

—¿Johnson? ¿Estás enfermo? Donna, tráele un poco de oporto.

El anciano luchó con sus emociones y, finalmente, sacó voz para proferir una ristra de maldiciones que hicieron que Antonia se tapara los oídos con las manos.

Al ver su reacción, se controló con dificultad y gruñó:

—Discúlpeme, señora, pero es que ¡este dolor es insoportable! ¡Eso es lo que es!

Donna se acercó rápidamente con un vaso de vino. Johnson se lo bebió de un trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Dios la bendiga, señora. Usted sí que es una auténtica noble, no como el malnacido de Brightshill.

—¡Johnson! Esa boca.

Jem interrumpió cuando Donna empezó a chasquear la lengua y Johnson a balbucear de nuevo.

—Ha sufrido una conmoción, señorita. Se trata de sus otros tres hijos. El duque los ha enviado a sesiones trimestrales por pelearse con sus guardias. Y, con toda seguridad, los mandarán a la bahía Botánica, y eso está lejísimo; en Essex, por lo menos. —Jem abrió los ojos como platos del horror.

—Y nuestro Sim lleva tres meses pudriéndose en la cárcel de Hertford —se lamentó el anciano—. Y todo por culpa de lo terrible y severo que es el duque. Ya se ha llevado a todos mis hijos. Me moriré de hambre, y sus esposas y sus pequeños conmigo.

—Nadie va a morir de hambre —declaró Antonia con energía mientras intentaba ubicar a las familias Johnson entre sus inquilinos—. ¿Hay muchos niños?

—Quince la última vez que conté, señora —dijo Johnson con tristeza—. Y pondría la mano en el fuego porque la joven Bethan está en estado de buena esperanza. La muy atrevida y descocada.

—Es una nieta suya —explicó Jem amablemente—. Supongo que el padre será Watkins, el del trullo.

—Pues va a tener que casarse con ella —repuso Antonia con firmeza.

—Su esposa se pondrá hecha una furia; Watkins ya está casado y tiene seis hijos —dijo Jem.

Antonia se quedó anonadada. Había formas de evitar que las familias murieran de hambre, pero era necesario que sus hombres regresaran a casa cuanto antes. No comprendía cómo Marcus podía ser tan duro solo por unos pocos faisanes, la verdad.

Obviamente, los hombres habían cometido un error al colarse en sus tierras, pero ella sabía de buena tinta lo dispuestos que estaban sus guardias a atacar. No había más que ver cómo la habían maltratado a ella. Y además, tenía a su servicio a un seductor de muchachas inocentes ya casado.

—Malditos brutos —masculló—. Seguro que tus hijos solo se estaban defendiendo. Hablaré personalmente con el duque. Jem, ayuda a Johnson a volver a casa y pasa por las cocinas con la señorita Donaldson de camino. Lléveles algo de comida a los niños.

Antonia entró en casa hecha un basilisco y llamó a su criada. Sin duda, los miembros del clan Johnson se contaban entre sus inquilinos más incompetentes (debía de haber unos cuantos en cada aldea), pero si se los mantenía en la pobreza, era inevitable que cayeran en la tentación de

cometer delitos.

Una hora después, ataviada con su mejor traje de paseo y la sombrilla enrollada y empuñada como un arma, subió los escalones que conducían a la puerta principal de Brightshill y tiró del picaporte.

—Señorita Dane. —Mead, el mayordomo, hizo una reverencia cortés mientras le abría la puerta—. ¿En qué puedo ayudarla? Hace calor, ¿verdad?

—No demasiado. —Antonia se sentía más que un poco acalorada después de su furiosa caminata hacia la casa y sospechaba que se le estaba soltando el cabello por debajo del ala del sombrero y tenía la cara roja—. Deseo ver al duque. —No estaba de humor para charlar educadamente sobre el clima con los sirvientes superiores.

—Me cercioraré de que su excelencia se encuentra en casa, señora. ¿Le importaría esperar en el Salón Blanco? Le llevaré un refrigerio. —La acompañó a una habitación fresca, de techo alto, y se retiró.

Antonia no estaba por la labor de admirar el encanto de la habitación, una estancia de color blanco con resaltes en oro a juego con el bronce dorado que realzaba los elegantes muebles franceses.

Durante la calurosa caminata hasta Brightshill, decidió con rabia que no solo preferiría ahorrarse la responsabilidad de cargar con tres esposas, quince hijos y un anciano (por no hablar de la desafortunada situación de Bethan), sino que el duque de Allington era el único responsable de aquel lamentable lío.

Cuando se reunió con ella, ya no le resultaba incómodo volver a verla. Marcus cerró la puerta y se acercó a ella con parsimonia y una expresión que la joven no supo interpretar. Ternura no sería.

—Antonia —empezó, pero entonces debió de reparar en su semblante airado, porque se detuvo y frunció las cejas hasta que formaron la línea recta de costumbre.

—No me vengas con esas —le espetó ella—. He venido a exigirte que liberes a mis hombres de inmediato.

—¿A tus hombres?

—A Job, Boaz y Ezequiel Johnson, los hombres a los que has metido en la cárcel. Sus familias morirán de hambre por tu culpa.

Marcus la miró con aparente incompreensión. Antonia pateó el suelo con exasperación.

—¿Por el amor de Dios, fue ayer! ¿Sentencias a tantos hombres que ya los has olvidado?

—Siéntate, Antonia, por favor.

Antonia lo fulminó con la mirada, pero se sentó en el sofá que tenía detrás, con las piernas repentinamente débiles por el arrebato.

Marcus estaba a punto de volver a hablar mientras colocaba una silla frente a ella, pero lo interrumpió un lacayo que traía limonada y horchata.

Para cuando el sirviente se hubo ido, Antonia estaba más tranquila, pero le seguía temblando la mano mientras se tomaba el refresco.

—Ahora, quizá, podrías explicarme por qué te preocupa tanto que tres violentos rufianes vayan a recibir su merecido.

Antonia lo miró a los ojos, severos, y recordó con un escalofrío el día en que la llevaron a rastras ante él como si fuera una cazadora furtiva.

—Que hayan tenido un altercado con tus guardias, los cuales están muy predispuestos a usar la violencia, no los convierte en delincuentes violentos. Estos hombres tienen familias que

mantener. ¿Por qué no relajas tu tajante oposición y permites que se cace de vez en cuando por aquí? No necesitas tantas aves, y estamos en una época de escasez agrícola.

—La ley es la ley, Antonia, y hay que cumplirla. No les haces ningún favor entrometiéndote. He jurado defender el orden público de Su Majestad. ¿Qué quieres que haga si lo alteran?

—¿Entrometiéndome? ¿Es que no tienes compasión? Puede que defiendas la ley escrita, pero también existen las leyes morales, y te considero totalmente responsable de la situación de Bethan Johnson.

—¿Y cuál es? —preguntó. Ya solo la blancura alrededor de su boca delataba la rabia que crecía en su interior.

—Está encinta.

—Te aseguro que no soy el padre. No recuerdo a esa moza y, sea cual sea tu opinión sobre mí, te garantizo que siempre pregunto el nombre antes de seducir a las vírgenes del pueblo.

Antonia se levantó sin darse cuenta. Le ardían las mejillas.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

Sin responder, Marcus fue a la chimenea y tiró con fuerza de la campanilla. Antonia se dio la vuelta para ocultar sus mejillas sonrojadas y miró con expresión furibunda el tranquilo jardín. A su espalda, lo oyó ordenar:

—Mi carruaje, deprisa.

Se hizo un silencio dominado por la ira hasta que oyeron el crujido que hizo la grava al ser aplastada por los cascos de los caballos. Marcus la agarró del codo sin mucha delicadeza y la sacó por la puerta y bajó las escaleras con ella para llevarla al carruaje.

—¿Adónde vamos? —preguntó Antonia cuando se encontró sentada en el asiento más alto. No había forcejeado con él delante de los sirvientes, pero tenía toda la intención de exigirle que la bajara en cuanto perdieran de vista la casa—. ¿Cómo te atreves a maltratarme? Detente y bájame de inmediato.

—No, tienes que ver algo y lo vas a ver. —Lo único que veía del rostro de Marcus era su perfil serio.

—Como no me sueltes, saltaré —lo amenazó Antonia mientras se recogía las faldas para prepararse.

En respuesta, Marcus se trasladó las riendas y la fusta a la mano derecha, y pasó el brazo izquierdo por encima de ella para inmovilizarla en su asiento. Los caballos, inquietos por la súbita inestabilidad, se hundieron en las varas y se pusieron a medio galope.

Antonia sentía que estaba pegada al asiento y que el brazo de él la retenía como una barra de hierro.

—No seas tonta —gruñó el duque mientras controlaba los caballos con una sola mano.

Apenas unos minutos después, se detuvo frente a una cabaña, en una de las puertas laterales que daban al jardín. Otro vehículo, una calesa modesta, estaba estacionado fuera. Cuando Marcus la ayudó a bajar, Antonia divisó al médico local, que salía por la puerta trasera de la cabaña.

—Excelencia. Señorita Dane. Buenos días. Es un asunto complejo, pero es joven y fuerte. Se recuperará. Volveré mañana.

—Gracias, doctor Rush. Dígame lo que necesita el paciente y envíeme la factura.

El médico subió a su calesa y se despidió moviendo la fusta con cortesía.

—¿Por qué me has traído aquí? —le preguntó Antonia, con un presentimiento desagradable que se impuso a su ira.

—Para que contemples la obra de tus inocentes y hambrientos inquilinos —contestó Marcus, tenso. Abrió la puerta sin llamar y la hizo pasar.

Antonia se hallaba en una cocina pequeña pero ordenada. Una niña mecía una cuna junto a la chimenea. Se volvió hacia ellos con el rostro anegado en lágrimas y Marcus le dio unas palmaditas en la cabeza.

—¿Estás siendo una buena niña y ayudando a tu madre, Jinny? —La niña, de no más de cuatro años, asintió en silencio—. Vamos a ver a tu padre. El médico dice que pronto se pondrá bien, así que no llores.

En la habitación de atrás, una mujer estaba dando una cucharada de agua a un hombre que yacía en la cama con la boca entreabierta. Al ver a Marcus, dejó el cubierto y recostó al hombre con cuidado en el cojín.

—Oh, excelencia...

—No se levante, señora Carling. ¿Cómo está?

Antonia se horrorizó al descubrir que el hombre que yacía inerte y desvalido en la cama era el guardia Nat Carling. Tenía la cabeza envuelta en vendas, los ojos amoratados y la nariz torcida. Casi no estaba consciente, salvo por un débil resuello que se le escapaba de entre los labios cada vez que respiraba.

—Sufriendo mucho, excelencia. El médico dice que tiene las costillas rotas, pero gracias a Dios el cráneo no.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Antonia con el corazón en un puño. Aunque se lo imaginaba.

—Han sido los Johnson; toda la tropa, señorita. Anoche lo atacaron cuando regresaba de la tasca. Tres contra uno —añadió la mujer con amargura—. Y ellos, con garrotes. Si Vicar no hubiera vuelto de Berkhamsted y los hubiera interrumpido, mi Nat ahora estaría muerto, seguro.

—Pero ¿por qué? —preguntó Antonia, escandalizada, mirando fijamente el rostro magullado que descansaba sobre la almohada; su barba incipiente contrastaba con la intensa palidez de su piel.

—Los había denunciado al duque por volver a cazar furtivamente, señora. La otra noche, los muy sinvergüenzas, se pusieron a tender trampas por todo el bosque de su excelencia. Huyeron cuando Nat y su viejo perro los interrumpieron, pero mi marido los vio gracias a la luna.

—Pero golpearlo así...

—Y patearlo, además —dijo Marcus con severidad—. A ver que te vea esas costillas, Nat. —Retiró la sábana áspera y Antonia ahogó un grito al ver las costillas del hombre, cubiertas de moretones con las claras marcas de los clavos de las botas en la carne.

Antonia, asqueada, se dio la vuelta mientras se tapaba la boca con las manos.

Oía a Marcus detrás de ella hablar en voz baja con la mujer, asegurándole que costearía las facturas del médico y prometiéndole que el ama de llaves les traería comida y refrescos de su casa todos los días.

—Uno de los mozos de cuadra dormirá en su cobertizo, señora Carling. Él se encargará del trabajo pesado y le echará una mano con Nat. No se preocupe, se repondrá pronto.

Fuera, Antonia se asía al lateral del carruaje mientras tomaba grandes bocanadas del aire cálido y polvoriento.

Marcus la tomó del brazo y echó a andar hacia el jardín, dejando los caballos ahí.

—No te vas a desmayar —le aseguró.

Antonia lo miró, sorprendida por su tono gélido.

—Lo que le ha pasado a ese hombre es terrible.

—Sí, para tu deshonra.

—¿Para mi deshonra? ¿Qué he hecho yo?

—Has mimado y alentado no solo a los dignos y desafortunados de entre tus inquilinos, sino también a los rufianes. Se ríen de ti por ser tan crédula. ¿Qué creías que estabas haciendo? —Su

voz se volvió más áspera cuando ella se giró, herida y desconcertada, para mirarlo a la cara.

—Pero estaban hambrientos. Yo solo quería alimentarlos.

Marcus la tomó por los hombros y la zarandeó.

—Tonta, lo único que has hecho ha sido enseñarles a robar. Te has burlado de la ley. ¿Por qué no has contratado guardas propios? Podrías haberles ordenado que capturaran las aves y las distribuyeran entre los dignos y los necesitados de verdad. Así, además, les habrías dado un empleo respetable.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —balbuceó Antonia—. No se me había ocurrido contratar guardas porque no tenía intención de cazar en mi tiempo libre. Pensaba que estaba obrando bien y que ayudaba a mis inquilinos.

—Ni yo sabía lo lejos que habías llegado. Sparrow me ha contado hoy mismo lo que lleva siendo la comidilla de las tabernas durante semanas. Iba a contártelo esta mañana, pero estabas ocupada con otros asuntos.

—¿Por qué Sparrow no te lo dijo antes? Ojalá lo hubiera hecho —dijo Antonia con pesar—. He juzgado mal a ese hombre.

Se hizo un silencio incómodo.

—Tenía la sensación de que no podría criticarte en mi presencia sin ofenderme por el apego que nos teníamos.

—Qué sandez —replicó Antonia con los labios rígidos.

—Sí, eso parece —dijo Marcus mientras le quitaba las manos de los hombros.

La joven se estremeció, pues se sentía desamparada sin su contacto.

—¿Podrías recomendarme un hombre competente para que sea mi guarda? ¿Y hay alguna otra tontería mía que debas señalarme para que no empeore más la situación? —añadió, tratando de no sonar resentida.

—Te encontraré a alguien, si eso es lo que deseas. En cuanto a tus... juicios erróneos, quizá recuerdes que te recomendé que regresaras a Londres. Nos hubiera ido mejor a todos que hubieras seguido mi consejo.

Antonia giró la cabeza para que no viera las lágrimas que le inundaban los ojos. No podría haberlo dicho más claro: deseaba librarse de ella; su instinto lo había sabido desde el principio. Como no había conseguido quedarse con sus tierras, ahora quería perderla de vista.

—Ha sido una tarde muy instructiva. Gracias, excelencia —dijo, aún de espaldas a él—. Confío en que me avise si puedo hacer algo para ayudar a la señora Carling y a su familia. Que tenga un buen día.

—Déjame llevarte a casa, Antonia. —Marcus le puso una mano en el brazo, pero ella se la quitó de encima con enojo—. No deberíamos despedirnos así. Antes te he hablado mal porque estaba furioso, pero sabemos llevarnos mejor.

—Agradezco su preocupación, pero usted y yo somos vecinos, nada más.

—Hemos sido más que eso y podríamos volver a serlo. —Le puso los dedos bajo la barbilla y le hizo girar la cara hacia él. Antes de que ella pudiera protestar, inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios. Acto seguido dio media vuelta y se fue.

Capítulo diecisiete

—Oigo un carruaje —comentó Donna, dejando una pila de ropa de cama sin doblar mientras corría a mirar discretamente por la ventana del dormitorio—. ¿Quién será? No reconozco la calesa.

Antonia se unió a ella e intentó distinguir el blasón de las puertas del carruaje.

—Creo que es *lady* Finch. Qué amable por su parte venir a visitarnos con tanta celeridad.

Se pasaron por Rye End Hall dos días antes para presentarse y los había recibido la propia *lady* Finch. Les contó que sir Josiah no estaba con ella porque unos asuntos de negocios lo retenían en Londres, pero que llegaría cualquier día y que estaba deseando instalarse en su nuevo hogar.

Lady Finch se mostró hospitalaria y abierta, encantada de conocerlas. Colmó de elogios Rye End Hall y sus preparativos. Era obvio que era una mujer que había recibido una educación excelente, pero los años que había pasado en el extranjero habían dotado sus modales de una informalidad que daba gusto.

Antonia había notado el cariño que le profesaba *lady* Finch a su sobrino: un boceto de él al pastel era uno de los pocos cuadros que ya había colgados.

—Espero que mi querido Jeremy haya satisfecho todos sus deseos con los arreglos —dijo *lady* Finch—. Por lo general, es una persona muy atenta, pero si se le ha pasado algo por alto, deben decírmelo *ipso facto*. —El afecto y el orgullo que destilaba su voz cuando hablaba del señor Blake indicaban que lo consideraba más un hijo que un sobrino, pensó Antonia.

—*Lady* Finch —anunció Jane mientras acompañaba a la mujer mayor al salón.

Tras múltiples saludos y reverencias, las tres se sentaron. Se sirvió el té y se ofrecieron macarrones franceses.

—Qué antigüedad tan encantadora —comentó entusiasmada *lady* Finch—. Después de tantos años en las Indias, es un placer ver un magnífico ejemplo del estilo inglés antiguo. ¿Están a gusto aquí? Esta casa goza de un ambiente acogedor y hogareño.

Era tan fácil hablar con ella que la media hora que estuvo de visita se les pasó volando. Al final, su invitada se levantó y se puso los guantes, mirando el jardín mientras lo hacía.

—Qué rosas tan magníficas, señorita Dane. Espero que le permita a sir Josiah visitar su jardín. Últimamente ha desarrollado un gran interés por la horticultura, ahora que volvemos a estar en casa. Es una lucha mantener un jardín verdaderamente inglés en un clima cálido: hay que regar a diario y las plantitas se marchitan y mueren. Reconozco que, tras un par de intentos fallidos, nos dimos por vencidos.

—Me encantaría. La jardinería también es una de mis pasiones —empezó a decir Antonia, cuando las interrumpió el ruido que hicieron las ruedas de un carruaje sobre la grava.

—Me despido ya, que tiene otra visita —estaba diciendo *lady* Finch, cuando aparecieron los recién llegados, trotando por el camino en un elegante carruaje—. Pero ¡si son mi marido y Jeremy! ¡Qué sorpresa!

Los dos hombres fueron acompañados por Jane, que se enorgullecía de recibir a tantos invitados en una sola mañana.

—Sir Josiah, no lo esperaba hasta mañana. —*Lady* Finch le tendió las manos a su esposo; a Antonia le emocionó el cariño antiguo con el que besó a su esposa—. Señorita Dane, le presento a mi marido.

Antonia hizo una reverencia, pues le cayó bien sir Josiah nada más verlo. Mientras que su esposa era delgada y tenía la tez amarillenta por los años de bochorno, él era corpulento y seguía teniendo la parte alta de la calva bronceada. Tenía una mirada perspicaz y un semblante sincero, inteligente y alegre, y Antonia tuvo el presentimiento de que estaba conociendo a un hombre honesto.

El grupo, que había aumentado de tamaño, volvió a acomodarse. Sir Josiah aceptó una taza de té negro mientras explicaba que su asunto en Londres se había resuelto con más rapidez de la que esperaba. Se había apresurado a bajar, ansioso por ver su nueva propiedad, y Jeremy Blake lo recibió con la noticia de que su esposa estaba de visita en casa de la señorita Dane.

—Por supuesto, no dudé en conocerlas, señoras. Mi sobrino me ha contado que lo ayudaron amablemente para que el Hall fuera todo lo que deseábamos.

Su esposa se levantó y llamó su atención.

—Querido mío, no debemos abusar más del tiempo de la señorita Dane y la señorita Donaldson esta mañana. Sin embargo, he conseguido que la señorita Dane me prometa que te enseñará sus rosas en breve.

—¡Excelente! Una compañera jardinera... No podría haber deseado una vecina mejor. *Lady Finch*, dígame, ¿en qué estado están nuestras cocinas? ¿Cuándo podremos tener invitados? Me gustaría organizar una cena para nuestras buenas vecinas cuanto antes.

—Pues, con lo ordenado que lo han dejado todo, creo que podríamos celebrar una este sábado. Es decir, si están libres, señoritas.

Donna se sonrojó de placer al oír el cumplido por su gestión doméstica mientras aceptaban la invitación.

Los Finch se marcharon y sir Josiah solicitó que le concedieran el honor de enviar su carruaje a recoger a las vecinas de la casa Dower la noche señalada.

Era obvio que Donna se moría de ganas de hablar de su visita, pero la presencia de Jeremy Blake, que se quedó cuando se hubieron ido sus tíos, la obligó a guardar silencio.

—Me preguntaba si le parece bien el mozo de cuadra que mandó el administrador de la finca —inquirió—. De ser así, haré que envíen de inmediato mi caballo de tiro junto con la calesa.

—Sí, gracias. Fletcher parece un hombre muy respetable y capaz —dijo Antonia—. Ha adecentado un compartimento del viejo granero, de modo que podrán alojarse tanto el caballo como el carruaje.

—Así pues, ¿desea que conduzca el carruaje mañana? —preguntó. Sonrió y Antonia se dio cuenta de que había captado su mirada y que le sonreía ella también—. Y tal vez sería prudente que la acompañara en su primer paseo, puesto que no conoce el caballo.

—Pero, Antonia, querida —intervino Donna—, ¿no le has dicho al señor Blake que no sabes conducir?

Antonia sabía perfectamente que Donna, tras haber relegado al duque a la categoría de pretendientes no aptos, ya estaba pensando en Jeremy Blake para reemplazarlo. Confiaba en que el hombre no se diera cuenta de su sutil estrategia casamentera.

—En ese caso, permítame que la enseñe —le propuso al instante—. Será un placer y estoy seguro de que demostrará que es una alumna muy diestra. —Antonia aceptó, sonriendo incómoda.

Le caía bien el señor Blake, pues era simpático, agradable y una grata compañía, y quería aprender a conducir, pero no le sentó bien el acicate poco sutil de Donna. Podría haberle pedido a su nuevo mozo de cuadra que la instruyera sin alimentar expectativas.

Aún le dolía haberse despedido de Marcus. Amaba a ese hombre, todavía soñaba con él por las

noches, todavía anhelaba que la mirase a los ojos, feliz, con una promesa tácita en los suyos. Donna podía cambiar de bando por ella en un soplo, pues ignoraba lo atraída que se sentía por él, pero su corazón no era tan voluble, ni deseaba darle falsas esperanzas a Jeremy Blake y, tal vez, herirlo.

El señor Blake cumplió su palabra y a la mañana siguiente un mozo de cuadra le entregó una nota en la que le proponía que diesen un paseo en coche ese mismo día. Junto con ella venía una invitación de *lady* Finch a Donna para tomar el té.

—Aquí pone que, a menos que se la informe de lo contrario, su carruaje pasará a recogerme a las tres. —Las mejillas cetrinas de Donna se sonrojaron de placer al leer la invitación—. Qué amable es *milady*, que se preocupa por entretenerme mientras tú estás ocupada.

—Qué considerada es —convino Antonia—. Pero seguro que también desea conocerte más. Al fin y al cabo, tenéis mucho en común. ¿No estuvo tu padre destinado en varios de los lugares de las Indias que mencionó ayer?

—Pues sí. Será un placer escuchar sus descripciones de esos parajes. Me pregunto si tendrá algún cuaderno de bocetos.

El señor Blake llegó a la hora acordada, pero Donna no estaba abajo para admirar la calesa y el caballo castrado que les prestaba. Seguía en su cuarto, dudando entre sus tres vestidos de día decentes, un comportamiento muy raro en ella.

Antonia no vaciló. Iba vestida de forma adecuada para conducir, con un vestido de muselina beis claro con un galón de junquillo en el dobladillo y un tocado ajustado que le protegía los ojos. Se puso un par de guantes color canela y gritó al pie de las escaleras:

—Me voy, Donna. Hasta luego. Dale recuerdos a *lady* Finch de mi parte.

—¿Adónde le gustaría ir, señorita Dane? —preguntó Jeremy mientras la ayudaba a subir al pequeño carruaje y tomaba las riendas—. Hace mucho calor y hay tantas moscas en el jardín que me preguntaba si le apetecería ir a las Downs. Correrá la brisa y habrá unas vistas magníficas. El otro día encontré un sendero por el que podrá llevar las riendas sin temor al tráfico.

—Sería maravilloso —convino Antonia—. Creo que sé a cuál se refiere. Tenía pensado ir allí algún día, pero hace demasiado calor para ir a pie tan lejos.

—No se plantearía recorrer semejante distancia andando, ¿no? —Jeremy enarcó las cejas mientras giraba a la izquierda para incorporarse a la vía—. Son diez kilómetros ida y vuelta. Es usted una caminante muy enérgica, señorita Dane, si se plantea hacer una excursión así.

—¿Por qué lo sorprende tanto, señor Blake? ¿Pensaba que era una señorita de salón que solo se dignaría pasear por un jardín de recreo? Confieso que disfruto del ejercicio intenso. Si creyera que Donna me lo permitiría, incluso cavaría en el jardín.

—Nunca la he tenido por una jovencita convencional, señorita Dane. El tiempo que he pasado con usted durante las últimas semanas me ha convencido de que es usted bastante excepcional. Aquí empieza el sendero. ¿Le gustaría llevar las riendas?

—Sí, por favor. He estado observando cómo guía usted al caballo y creo que puedo arreglármelas, si echa a andar.

Jeremy se detuvo y le pasó las riendas a Antonia.

—No es muy diferente a montar cuando se conduce un solo caballo; es más complicado con dos, por supuesto. Sí, así, muy bien. —Le apretó ligeramente los dedos enguantados para tranquilizarla.

Antonia chasqueó la lengua y sacudió las riendas. El caballo castrado avanzó dócilmente, levantando pequeñas nubes de polvo calcáreo al pisar el duro suelo con los cascos.

El aire caliente estaba impregnado del aroma a vainilla de las flores de aulaga. Las alondras cantaban y volaban en espiral hasta perderse de vista en el cielo azul sin nubes, y mariposas azules y naranjas se alejaban del avance del caballo.

El camino iba empinándose conforme subían la cima de las Downs. El avance y la embriagadora sensación de libertad animaron a Antonia. Cuando llegaron a la hierba cortada y vieron el valle que se extendía ante ellos, apacible y reluciente por el calor, frenó sin pensar.

—Muy bien —la alentó Jeremy—. Lo guía con mucha delicadeza; mire lo bien que responde a sus movimientos. Creo que está lista para trotar.

—Quedémonos aquí un momento —sugirió Antonia—. Qué sitio más bonito. Es tan vasto y abierto, y la brisa que corre es fresca. Cuando estoy aquí, no extraño ni un ápice Londres.

—Debe de tener muchos amigos y conocidos en la ciudad que la añoran —comentó Jeremy con gentileza.

—Cuando vivía con mi tía abuela teníamos un amplio círculo de conocidos —coincidió Antonia—. Pero fue bastante sorprendente lo rápido que se fueron alejando cuando tuvimos que mudarnos a un alojamiento menos elegante.

Ella se volvió para mirarlo, de repente dispuesta a confesarse:

—No intentaré ocultarle la verdad a alguien que conoce nuestras circunstancias a la perfección. Tras la muerte de mi padre, nos encontramos en una situación muy apurada.

Guardaron silencio mientras contemplaban la tranquila vista que tenían a sus pies. Entonces Jeremy habló con cautela:

—Seré igual de franco y diré que admiro mucho la valentía con la que han recuperado su fortuna.

—Por cómo contenía el aliento, parecía que fuera a continuar, pero lo único que dijo fue—: ¿Le apetece trotar?

El alazán respondía a las tímidas indicaciones de Antonia con un trote enérgico, y Jeremy la sujetó por la muñeca durante las zancadas.

Había un hermoso hayal más adelante, cuyos árboles proyectaban una amplia sombra sobre el césped.

—El sendero rodea el bosquecillo —señaló Jeremy—. Procure tomar la curva a un trote constante. Lo está haciendo tan bien en la recta que no debería tener problemas.

Al doblar el recodo, se encontraron casi encima a un grupo de personas de pícnic a la sombra.

Se oyó un grito alegre:

—¡Señorita Dane, deténgase y únase a nosotros!

Antonia reconoció a Anne Meredith, que la saludaba desde una manta extendida sobre el césped.

—Son los invitados de Brightshill. —Qué incómodo. Pero no podía ignorarlos y seguir adelante—. ¿Tiene alguna objeción a que nos detengamos un rato, señor Blake?

—En absoluto, aunque debe usted presentarme, pues de ese grupo solo conozco al duque.

Por lo visto, los excursionistas habían llegado en varios carruajes abiertos, estacionados a cierta distancia. Cuando Antonia giró la cabeza del caballo hacia el grupo, un mozo de cuadra se apresuró a bajar para recogerlo.

El grupo había abandonado toda formalidad a causa del calor. Los caballeros se habían quitado los abrigos y aflojado los pañuelos del cuello, y las damas se reclinaban lánguidamente sobre montones de cojines en el suelo. Solo los niños eran ajenos al clima y jugaban al escondite entre los arbustos, con las pamelas rebotando por los extremos de las cintas pese a que su madre les rogara que se cubrieran la cabeza.

Marcus, que yacía tendido a los pies de su hermana, con un libro abierto en una mano y la barbilla apoyada en la otra, soltó el volumen y se puso de pie.

Antonia tragó saliva con fuerza y luchó por mantener la compostura mientras el duque se acercaba a ellos. La última vez que se habían visto estaban enfadados, y al separarse, también, pero seguía bebiendo los vientos por él con el mismo ardor de siempre. Marcus la miraba fijamente, y ella bajó la barbilla de tal modo que el ala del sombrero le ensombreciera el semblante.

La piel que se atisbaba por la abertura de su camisa, cómo se le contraían los músculos al caminar, el sol que incidía en su cabeza morena: todo conspiraba para robarle el aliento y los sentidos a Antonia. Recordó el último y desconcertante beso que se habían dado y anheló volver a saborear sus labios.

«Qué disparate». Había tomado su decisión, lo había rechazado. ¿Dónde estaba su orgullo? ¿Cómo era posible que lo deseara con tanto fervor, sabiendo que mantenía una relación con Claudia Reed? Antonia no hizo ningún esfuerzo por zafarse de Jeremy, que la tenía agarraba ligeramente por el codo. Que Marcus pensara lo que quisiera.

Alzó el mentón y se encaró con él.

—Buenas tardes, excelencia. Qué sitio tan agradable para montar un pícnic. Ya conoce al señor Blake. Me está enseñando a conducir. ¿No le parece que es todo un detalle?

Antonia no esperó a que contestara, sino que pasó velozmente por su lado y llevó a Jeremy a donde estaba *lady* Anne recolocándose el sombrero.

—*Lady* Anne, permítame presentarle al señor Blake. El señor Blake es el sobrino de *lady* Finch, nuestra nueva vecina.

—Señorita Dane, es un placer volver a verla. Buenas tardes, señor Blake. Disculpe nuestra informalidad. ¿Por qué no se sientan a tomar limonada? Le presentaré.

El señor Leigh, tan considerado él, apiló algunos cojines para los recién llegados mientras la señorita Fitch servía limonada y los demás conocían a Jeremy.

Antonia vio que se le abrieron los ojos como platos al contemplar a Claudia, que se levantaba con parsimonia de entre las almohadas. Llevaba un vestido sumamente favorecedor y un sombrero de paja sumamente grande también.

Al instante Antonia sintió que iba desaliñada y se enfureció consigo misma por preocuparse.

—Un placer, señor Blake. —Claudia evaluó al recién llegado sin cortarse un pelo.

Jeremy hizo una reverencia formal, pero, para deleite de Antonia, no hizo amago de acercarse a *lady* Reed, y se sentó con Antonia y *lady* Anne.

Marcus se sentó de nuevo, pero no junto a Antonia, sino al lado de Jeremy, con quien empezó a conversar.

—Qué bayo más bonito, no muy largo de atrás —observó complacido.

—Ya está un poco mayor, excelencia, pero es un animal bien criado e ideal para una dama que está aprendiendo a conducir. —Jeremy fue educado pero cauteloso.

—Ah, ¿que es suyo? Me preguntaba si la señorita Dane habría hecho una buena compra.

—Sí, es mío, pero la señorita Dane tiene la amabilidad de cuidarlo por mí. —Jeremy empezó a narrar la historia de cómo descubrió la calesa y contrató a Fletcher, el mozo de cuadra, para las damas. Se pusieron a hablar de caballos en general y los demás hombres se animaron a participar. Lord Meredith, el señor Leigh y sir John contaron anécdotas de animales difíciles y compras astutas, y las damas cayeron en el olvido.

Lady Anne le dio un toquecito en el brazo a Antonia.

—Bueno, parece que hemos perdido su atención un rato. Cuando los hombres se ponen a hablar

de caballos, creo que haría falta un terremoto (o que les sirvieran la cena) para distraerlos.

Antonia miró a su alrededor. Los hombres no les hacían ni caso, la señorita Fitch había cogido el libro de Marcus y lo leía absorta, y Claudia Reed se había quedado traspuesta sobre una pila de cojines enorme. Aunque no entendía cómo se las arreglaba para dormir haciendo un mohín tan bonito.

Su anfitriona siguió la dirección de su mirada.

—Es increíble cómo esa mujer logra lanzar sus señuelos a todos los hombres que conoce —susurró Anne.

—Y pescar algo a veces —murmuró Antonia en respuesta.

Antonia se preguntó qué habría provocado que de repente *lady* Anne esbozara una sonrisilla, pero los niños, acalorados y sedientos, interrumpieron el hilo de sus pensamientos al caer en la manta, junto a ellos.

El señor Blake, que a todas luces no estaba acostumbrado a tratar con niños alborotadores, se apartó e interrumpió la discusión sobre los precios de Tattersall para sugerir que ya era hora de que regresaran a Rye End Hall.

Algún demonio hizo que Antonia accediera *ipso facto* a la petición de Jeremy con una dulce sonrisa. Vio que Marcus enarcaba una ceja, pero solo se puso de pie y los despidió cortésmente.

Capítulo dieciocho

Jeremy venía todos los días a darle lecciones y, al final de la semana, Antonia ya estaba dando saltos al trote con confianza e incluso podía cabalgar una distancia breve. Las salidas tuvieron que hacerse cada vez más temprano a medida que junio daba paso a julio y el calor se volvía asfixiante al mediodía.

Antonia dormía a ratos, soñaba con Marcus, pero durante el día lograba olvidarlo y disfrutaba de la compañía poco exigente de Jeremy. Ahora estaba segura de que no tenía intenciones románticas, aunque era obvio que también disfrutaba de su compañía.

Es cierto que era extraordinariamente atento y que Donna tenía la irritante costumbre de sonreír con indulgencia cada vez que alguien lo mencionaba. Antonia tenía la leve sospecha de que la tía de él y Donna estaban tramando un romance entre ellos, pero, en realidad, se aseguró a sí misma, era pura fantasía.

Era demasiado honesta como para confundir el aprecio con el amor o para vivir un romance por despecho. Si no podía —no quería— estar con Marcus, entonces se conformaría con ser una solterona..., pero con muchos y buenos amigos.

A la una de la mañana siguiente, cuando la luz de la luna iluminaba el suelo del dormitorio con la misma claridad que si fuera de día, la resolución de Antonia de ser una solterona feliz la había abandonado por completo.

Marcus aparecía en todos sus sueños, y ahora que estaba despierta, no podía sacarse su imagen de la cabeza. Además tenía mucho calor, la habitación de techo bajo la agobiaba y, de pronto, necesitaba salir a tomar el aire.

Se puso un vestido de muselina ligero y unas zapatillas de cabritilla y salió de la casa a hurtadillas, cruzó la calle y se coló en los jardines de recreo de Rye End Hall. Pero incluso allí la atmósfera era bochornosa y silenciosa.

Cerca del río corría una brisa suave que mecía los sauces. Antonia recorría despacio el sendero del río, bostezando y deseando conciliar el sueño.

La luz de la luna plateaba las hojas de sauce agitadas por el aire. De pronto, la arrobó la belleza burbujeante del canto del ruiseñor. Era un sonido exquisito y encantador, pero melancólico, y no alivió su dolor. ¿Qué estaba haciendo, deambulando a esas horas de la noche?

Más adelante, pasado el recodo del río, oyó un chapoteo. Serían los peces, saltando a por las moscas que sobrevolaban la superficie del agua, se dijo para tranquilizarse.

Lo único que estaba consiguiendo era incrementar su tristeza, pensó. Pero justo al doblar la curva había una playa de grava en pendiente y una amplia poza de agua. Podría quitarse las zapatillas y chapotear un poco. Sería muy refrescante.

Sin hacer el menor ruido, para no asustar al ruiseñor, se acercó a la orilla del río, se quitó los zapatos y se metió en el agua ondulante. ¡Qué delicia! Hasta el barro blando que se le había colado entre los dedos de los pies se estaba enfriando. La luna se ocultó por un instante detrás de una nube y, mientras tanto, Antonia oyó otro chapoteo, y otro más.

Intrigada, miró hacia la poza, cuando un objeto oscuro y lustroso apareció al doblar el recodo. ¿Una nutria? Qué maravilloso ver una, pensó, quedándose muy quieta. Entonces volvió a salir la luna, la poza se iluminó de súbito y vio que no era un animal salvaje, sino un humano de

espaldas, dejándose llevar por la corriente con aire perezoso.

Ahí estaba ella, a esas horas, descalza, con las piernas desnudas, y a punto de encontrarse cara a cara con uno de sus inquilinos, sin duda tan acalorado como ella y dándose un chapuzón ilícito en el trecho privado del río. Y entonces reparó en que en cualquier momento se toparía con un hombre ligero de ropa, ¡desnudo incluso!

Se dispuso a salir corriendo, pero en ese mismo instante el nadador se giró y se levantó. Antonia ahogó un grito al reconocerlo; el sonido reverberó en el ambiente sosegado y sofocante. No era un inquilino, era Marcus. El agua caía desde su lacio cabello oscuro y mojaba su cuerpo desnudo.

Tras mirarlo sobresaltada, horrorizada —fascinada—, Antonia apartó la vista, pues moverse, decir algo o incluso huir le habría resultado imposible.

Era consciente de que se dirigía a la orilla y caminaba por la ribera, pero luego, para su consternación, lo oyó chapotear en las aguas someras que había a su espalda.

—¿Antonia? —Estaba tan cerca que las ondas que provocaba le besaban las pantorrillas y empapaban el dobladillo de su falda de muselina. Su aliento le calentó el cuello y, aunque no dijo nada más, solo esa palabra estaba preñada de diversión y de una emoción que no acertaba a identificar.

«Probablemente sea burla», pensó con amargura.

Le traía sin cuidado que Marcus estuviera desnudo. Resbaló con el barro al dar media vuelta y se encaró con él. Se había puesto los pantalones de montar y la camisa, pero el fino linón blanco estaba desabrochado y se le pegaba al cuerpo húmedo. Se había echado hacia atrás el pelo mojado, lo que dejaba su frente al descubierto.

—Vete —dijo, furiosa—. Esto no es..., no es decoroso.

—Para nada. —Sí, se estaba divirtiendo—. De veras que me sorprendes. ¿Acaso tienes por costumbre frecuentar las pozas locales por la noche? He pasado una vergüenza terrible.

—¿Que tú has pasado vergüenza? ¿Cómo osas insinuar que te estaba espiando?

Estaba tan cerca que Antonia veía cómo le brillaban los ojos oscuros, en parte de mofa, en parte de algo mucho más perturbador. Su sonrisa transmitía diversión y una gran sensualidad.

—¿No me espías? Qué decepción. Entonces ¿qué hacías aquí a estas horas de la noche? —Ahora estaba más cerca y su voz era ronca.

—Tenía mucho calor, así que he salido a dar un paseo.

Estaba extremadamente cerca. Por algún motivo, su cuerpo semidesnudo la turbaba de otro modo. La miró sin ningún pudor desde la cara hasta los pies, que relucían dentro del agua. Antonia levantó las manos en un vano gesto de negación y vio que se las apresaba.

Marcus la acercó suavemente a él y ella se dejó llevar, ajena al agua que le salpicaba las rodillas, ajena a todo a causa de su desesperado deseo por rozar sus labios. El duque la besó con pasión, posó sus manos frías en sus hombros y pegó la piel desnuda de su pecho húmedo a las sensibles curvas de su busto, cubierto con un fino corpiño de muselina.

Abrió la boca, le introdujo la lengua, la incitó y la atormentó hasta que Antonia reaccionó, primero tímidamente y después con un abandono cada vez mayor. El estupor que le causó su íntima invasión despertó en ella un anhelo que no habría imaginado que podía sentir.

Marcus la estrechó con sus fornidos brazos y, sin ningún esfuerzo, la aupó sin dejar de besarla. Antonia, a quien no le preocupaba que la soltara, se aferró a él, deseosa de que la besara así por siempre.

Marcus echó a andar por la playa y la tumbó con cuidado en la ladera de hierba de la margen.

—Antonia, cariño —murmuró con voz ronca mientras acariciaba la suave piel que asomaba de

su corpiño. Se quitó la camisa pegajosa y añadió—: Llevamos mucho tiempo mareando la perdiz.

Antonia miró su rostro atento mientras él se cernía sobre ella, levantó una mano y pasó los dedos por la piel fría de su pecho; ahogó un grito cuando se le endureció el pezón al tocarlo con el dedo.

Marcus gimió desde lo más hondo de su garganta y, de nuevo, fundió su boca con la suya; le entusiasmaba tenerlo encima.

El ruiseñor, casi a su vera, silbó unos compases; pero entonces Antonia cayó en la cuenta de que no era el pájaro, sino un humano que imitaba su canto.

El nítido crujido de una ramita rompió el silencio. Marcus se incorporó y escudriñó las sombras con los ojos entornados. Se puso de pie, ayudó a Antonia a levantarse y la pegó a su espalda mientras espetaba:

—¿Quién anda ahí?

Antonia buscó como loca un arbusto para esconderse, pero no halló ninguno. Rezó para que al recién llegado lo asustara el careo y diera media vuelta. Se subió el corpiño, se apartó el pelo de la cara y trató de respirar con normalidad.

—Soy Jeremy Blake, de Rye End Hall. ¿Qué demonios hace usted en las tierras de mi tío? —Jeremy emergió de entre la sombra que proyectaba un sauce en la corta hierba de la pequeña bahía—. ¿Allington? Maldita sea, me has asustado. Pensaba que eras un pescador furtivo que venía por las truchas de mi tío.

—Blake, perdón por asustarte. He venido a nadar; hace un calor infernal. Al no ver a nadie más a estas horas, me he dejado llevar por la corriente. ¿Tú también has venido a darte un chapuzón? De ser así, te informo de que aquí haces pie.

Antonia, con el corazón en la garganta, admiró su sangre fría y que no cayese en la tentación de mirar atrás, que era donde estaba ella.

—No, me he desvelado y he oído al ruiseñor, así que he decidido dar un paseo por la orilla del río para ver si había más. La verdad es que siempre he sentido un gran interés por la ornitología.

—Algo avergonzado por su confesión, trasladó el peso de un pie al otro—. Soy consciente de que muchos consideran que es raro y que debería preocuparme más por disparar a la fauna salvaje que por observarla, pero...

Moverse debió de hacer que mirase en otra dirección, porque Antonia lo vio ponerse rígido. La había visto.

—Deberías haberme dicho que estorbaba. —En ese momento sonó avergonzado a la par que crítico—. Buenas noches.

Antonia lo vio darse la vuelta para irse y se puso al lado de Marcus. Necesitaba algo —alguien— a lo que agarrarse, pues iban a cederle las rodillas. Justo cuando la luz de la luna la iluminó, Jeremy se volvió de nuevo.

—Puede confiar en mi discreción, excelencia. ¡Dios mío! ¿Antonia? —Jeremy lo repitió con mayor incredulidad la segunda vez, y Antonia se vio con sus ojos: el cabello alborotado, el vestido empapado a la altura de los tobillos y el corpiño torcido. Se sentía tan humillada que no le habría importado que se la tragase la tierra.

—Jeremy —empezó, desesperada por explicarle a su amigo cómo había llegado ahí, pues no era lo que él pensaba.

Jeremy se enfureció al instante y Antonia vio que apretaba los puños a los costados.

«Ay, Señor. Parecía desesperada. Pensará que necesito que me rescaten. Le cantará las cuarenta a Marcus en cualquier momento...».

En su lugar, dio un paso al frente, señaló a Antonia y gruñó:

—Señor, exijo saber qué hace aquí con mi prometida.

—¿Tu prometida?! —Marcus se volvió hacia Antonia—. Así que por eso estabas aquí y por eso Blake se ha mostrado tan reacio a explicarse. De todas las estupideces romanticonas, tenía que ser un encuentro a la luz de la luna. Y parece que no hay nada que no estés dispuesta a hacer para ocultármelo, Antonia. Has estado muy convincente hace un rato cuando te abrazaba, pero, sin duda, al poco me habrías dicho que te dolía la cabeza y te habrías ido corriendo a casa. Una pena que tu amado no sea tan ingenioso.

—Marcus, no es mi amado. Por el amor de Dios, Jeremy, dile la verdad.

Ambos se quedaron ahí, fulminándose con la mirada; dos hombres coléricos a punto de llegar a las manos.

—¡Madre del amor hermoso! Estoy por empujaros al río para que os relajéis.

—Buenas noches a los dos. —Marcus hizo como si no hubiera oído ni una palabra de lo que había dicho Antonia—. Os deseo que seáis muy felices juntos. Seguro que vuestros amigos estarán encantados.

Recogió el resto de su ropa y se alejó con la magnificencia de los duques pese a ir descalzo, con la camisa empapada y despeinado.

Atónitos, enmudecieron. Antonia miraba perpleja a Jeremy, que esbozaba una expresión entre avergonzada y desafiante.

—¿Cómo te atreves? —bramó Antonia, consumida por tantos sentimientos que explotó sin importarle si hacía daño a alguien—. ¿Cómo has podido decir algo así? ¿Cómo has podido insinuar que vamos a casarnos? ¿Dónde me deja eso?

—En mejor lugar que hace cinco minutos —replicó Jeremy con vehemencia—. Deberías vigilar tu reputación, Antonia, y considerarte afortunada de que haya sido yo quien os haya descubierto. Puede que no sea duque, pero tu nombre estará más protegido siendo mi esposa que siendo la amante de ese hombre.

Se miraron con inquina a la luz de la luna. A Antonia le temblaba el labio inferior. No iba a llorar. ¡De ninguna manera!

Jeremy avanzó un paso, y luego otro.

—En serio, Antonia, ¿qué querías que hiciera? Tenía que pensar rápido, y era eso o asestarle un puñetazo en la mandíbula. Si hubiera podido hacerlo —añadió con un dejo triste y sincero.

—Ojalá lo hubieras hecho —respondió Antonia, envalentonada. De pronto estaba cansadísima. Se sentó en la orilla del río con un golpetazo impropio de una dama.

—No, no te habría gustado —dijo Jeremy con firmeza. Se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros con actitud de camaradería—. Las peleas a puñetazos son sangrientas, desagradables y rara vez consiguen algo. Va, cuéntame qué pasa, a ver si así solucionamos este embrollo.

—No se trata de un problema legal que se solvente consultando unos cuantos tomos polvorientos —espetó Antonia, que se retractó de inmediato—. Ay, Jeremy, lo siento. Qué buen amigo eres que me aguantas y todo. —Se giró para mirarlo a los ojos—. Al principio me preguntaba si tenías debilidad por mí. Pero no es así, ¿verdad? ¿Tengo razón? —insistió.

Jeremy sonrió.

—Hubo un tiempo en que estaba bastante seguro de que me iba a enamorar de ti. Pero no hay nada más desalentador que descubrir que el objeto de interés de uno tiene sus afectos puestos en otro lado. Dicho esto —agregó con firmeza—, no hay razón para que tú y yo no encajásemos bien.

Antonia lo besó en la mejilla con un cariño honesto.

—Eres un encanto, Jeremy. Pero no puedo. Lo amo, ¿entiendes?

—Entonces ¿por qué no te casas con él? —preguntó Jeremy con un dejo de impaciencia—. ¿No te lo ha pedido? Es evidente que se siente profundamente atraído por ti.

Antonia sonrió con ironía.

—Uy, sí, ya me pidió matrimonio. Pero luego descubrí que Marcus Renshaw es un hombre al que le atraen muchas mujeres. Lo que le atrae más de mí es pensar que se apoderará de Rye End Hall y sus tierras.

—No creo que sea por las tierras. Supongo que te refieres a una mujer en concreto; una de vestidos caros, figura curvilínea y ojos bonitos. Es innegable que es muy atractiva —añadió, pícaro.

—Es una mujer casada. Eres igual de malo que él. Me pregunto qué aspecto tendrá a primera hora de la mañana. —«Sin la pintura, las tenacillas y los corsés caros...».

—Mmm... —dijo Jeremy con aire pensativo.

—... antes de que su doncella, su peluquera y no sé cuántos afeites hayan acudido al rescate. —Miró a Jeremy con dureza—. Me estás tomando el pelo.

—Pues claro que te estoy tomando el pelo. En Londres es común encontrar mujeres así. Seguro que es una amante simpática y dócil con un marido anciano y complaciente, como es habitual. Un caballero como Allington espera que lo entretengan; al fin y al cabo, no es ningún monje. Hizo una pausa y la miró con indecisión.

—Perdona que haya hablado sin reservas. Si te he ofendido, me callo.

—No, Jeremy, no me estás diciendo nada que no haya deducido yo ya. A fin de cuentas, he vivido unas temporadas en Londres. Pero ¿cómo ha podido seguir con su aventura mientras me cortejaba?

—Pues... —No sabía cómo decirlo con tacto.

—Ya sé que en los matrimonios concertados pasan estas cosas, pero de verdad que creía que al menos me respetaba y me tenía cariño. Pero que presumiera de amante tan abiertamente... No podría casarme con un hombre al que le importasen tan poco mis sentimientos.

—Pues cástate conmigo. Te aseguro que nunca descuidaré tus sentimientos. Te brindaré el respeto, el cariño y la compañía que mereces en un matrimonio que te mantendrá en las mejores condiciones.

—Pero amor no, Jeremy —dijo, melancólica—. No puedes brindarme eso.

—Ya aumentará. Siento una gran admiración por los matrimonios por amor; basta con mirar a mis tíos. Pero son muy pocos los que inician su vida matrimonial con sentimientos tan fuertes.

—Y si después de casarnos conoces a la mujer que te inspire esas emociones, ¿qué?

—No la miraría —bromeó, apretándole el hombro.

—Todos los hombres miráis, lo lleváis en la sangre —replicó Antonia, riendo. Para su sorpresa, estaba más animada—. No, Jeremy, te aprecio demasiado como para casarme contigo. Va, reconócelo, no te estoy rompiendo el corazón, ¿no?

—Señora, está hecho pedazos a sus pies. —Puso cara de angustia—. Como muy pronto, me habré recuperado mañana al mediodía.

—Charlatán. Ayúdame a levantarme. No podemos quedarnos aquí sentados toda la noche y estoy agotada. A saber qué hora es.

Mientras paseaban en silencio, Jeremy preguntó seriamente:

—Todo esto está muy bien, pero ¿qué harás ahora? Seguro que te reencontrarás con el duque.

—Haré como si nada de esto hubiera ocurrido. Al fin y al cabo, diga lo que diga quedará fatal. Si

no se anuncia nuestro compromiso, Marcus lo interpretará como lo que ha sido: un ardid para que el momento no fuera tan incómodo.

Cuando llegaron a la puerta trasera de la casa Dower, Antonia sacó la llave grande de debajo de una maceta y abrió la puerta. Se volvió hacia Jeremy y le dijo:

—Buenas noches, amigo mío. Lamento haberte metido en semejante lío.

Jeremy sonrió y le dio un beso fraternal en la mejilla.

—No le des tantas vueltas.

—¡Antonia! —El grito de indignación de Donna resonó en la quietud. Tanto Antonia como Jeremy se sobresaltaron, lo que los hizo parecer culpables, pensó la joven mientras trataba de reprimir una risotada histérica.

Donna, con el pelo envuelto en trozos de papel y una espantosa bata de franela ceñida a su delgado cuerpecillo, blandía el atizador que había sacado de la cocina para averiguar quién se acercaba a la casa con sigilo.

—¡Libertino! ¡Sinvergüenza! ¡Ten por seguro que tu tío se enterará de esto! ¡Serás..., serás... mezquino! —vociferó.

—Por favor, Donna, deja el atizador y para de insultar al pobre señor Blake. No ha hecho nada que merezca tu ira; solo se estaba asegurando de que volvía bien a casa después de salir a dar un paseo.

—¿Un paseo? ¿A las tres de la mañana? Más bien una cita.

Jeremy se pasó la mano por la frente con aire cansado.

—Señorita Donaldson, le garantizo...

Pero Donna ya había tomado carrerilla y no iba a distraerse.

—Y yo le garantizo, señor, que se casará con esta pobre chiquilla lo antes posible, sin escándalos.

—Jeremy, vete. —Antonia empujó a la molesta de su amiga en dirección a la puerta trasera—. Entra, que te lo cuento todo, no vayamos a despertar a Jane, que entonces sí que se armaría un escándalo. —Le quitó el atizador y la obligó a sentarse en una silla que había delante de la luz parpadeante de la cocina.

—¡Que esto haya llegado a suceder! Doy gracias al cielo de que tu pobre madre no esté viva para presenciar este día —gimoteó Donna.

—Calla, Donna —le espetó Antonia—. El pobre señor Blake me ha encontrado por casualidad en la orilla del río. He salido a caminar porque no podía dormir y él estaba escuchando a los ruiñesores. Me he asustado porque me ha parecido ver... algo entre la maleza y el señor Blake ha venido a rescatarme.

—Aun así —dijo Donna, que aún no se había tranquilizado—. Se ha aprovechado de ti. Lo he visto besarte.

—Si mi hermano viviera, no me habría besado con más castidad. Jeremy Blake es un buen amigo, ¡solo un amigo!

Para su asombro y total desconcierto, Donna rompió a llorar.

—¿Qué te pasa? —Antonia se arrodilló junto a la silla—. ¿Te hemos dado un buen susto porque creías que éramos ladrones? —Le tomó las manos y se las frotó con suavidad—. Has sido muy valiente.

—Es que pensábamos que te casarías con él. Confiábamos en ello —se lamentó Donna.

—¿Quiénes? ¿Quiénes lo pensabais? ¿Querías que me casara con el señor Blake? Entonces ¿a qué viene este alboroto? Estoy tan cansada que no pienso con claridad.

—*Lady* Finch y yo teníamos muchas esperanzas puestas en vosotros; erais la pareja perfecta. Y

pensar luego que no era más que otro mujeriego sin corazón y descubrir que al final no quieres casarte con él...

—Vete a la cama, Donna —dijo Antonia, fatigada—. Las dos hemos tenido suficientes emociones por una noche.

Capítulo diecinueve

A la mañana siguiente, el ambiente era incómodo a causa del vergonzoso recuerdo, así que Antonia se escabulló al salón para abrir el correo. Sin embargo, su interés por el folleto que le había enviado sir Josiah sobre cómo abonar las rosas se desvaneció al competir con la evocación del cuerpo robusto de Marcus, que, helado tras nadar en el río, se pegaba a ella con apremio.

Se estremeció a pesar del calor al recordar cómo le crujía el cabello mojado al tocarlo mientras entrelazaba los brazos por detrás de su cuello.

Con un esfuerzo, se recompuso y abrió el siguiente paquete, el cual contenía una misiva muy alegre de su tía abuela Honoria.

—Cielo, mi nuevo médico me anima muchísimo —decía la anciana—. Me ha recomendado que cambie la dieta reductora por otra que incluya carne roja, de caza y burdeos, ¡y siento que vuelvo a tener cincuenta años! Tu primo Hewitt me insiste en que descanse (a veces creo que desea que siga guardando cama), pero me lo estoy pasando en grande. Y te confieso, querida, que la nueva esposa de tu primo Clarence es tan bobalicona que me rejuvenece tenerle antipatía.

»Sé que estás muy ocupada arreglando la casa Dower, pero, ahora que he regresado a mi hogar, podrías venir a verme un día de estos. La ciudad está desierta ahora mismo, pero a nosotras nunca nos han faltado distracciones con las que entretenernos.

Antonia, encantada de que su tía abuela se encontrara mucho mejor, fantaseaba con escapar de la congoja que sentía en su casa para pasar unas semanas en Londres, cuando Jane anunció:

—Señorita Antonia, *lady Anne*.

Antonia se levantó de un brinco y soltó el folleto, que cayó en la alfombra turca.

Si había mal ambiente en Brightshill, no se reflejó en el rostro de *lady Anne* cuando se sentó y aceptó tomar un vaso de limonada.

—Iré directa al grano, señorita Dane: no se trata de una visita social. Necesito su ayuda urgentemente.

—¿Mi ayuda? —Había conseguido asustar a Antonia—. Cuente con ello. Haré lo que esté en mi mano con mucho gusto. ¿Es por los niños?

—Qué amable es usted. Me alegra decir que los niños están creciendo bien. Después de estar en Londres, les encanta la libertad que les ofrece Brightshill. No, es por cierta incomodidad social.

—Bebió limonada para ganar tiempo—. Me daba la impresión de que *lady Reed* estaba disgustada. Supuse que añoraba a su marido, sir George. A fin de cuentas, lleva meses en Brighton haciendo lo que quiera que haga uno con sus tropas.

Hizo una ligera pausa para beber un poco más, lo que permitió que Antonia diese rienda suelta a su imaginación.

—Así que pensé que si lo invitaba a Brightshill para que se uniera a la fiesta que daríamos en casa, *lady Reed* se animaría. Lógicamente.

—Una conjetura lógica y de lo más considerada —dijo Antonia, seria, ocultando loablemente lo gracioso que le parecía que Claudia añorara a alguien que no fuera Marcus.

—Eso pensaba yo. Así que le escribí. Pero mi hermano está indignadísimo.

—Me pregunto por qué.

—No lo entiendo. —Ambas bebieron limonada con gesto reflexivo—. Y en cuanto a Claudia, estaba de un humor de perros. Y el infeliz llega mañana y mi marido no me ayuda en nada, solo

insiste en que no ve dónde está el problema.

—Pero ¿qué puedo hacer yo al respecto? —preguntó Antonia. La susodicha reacción no hizo más que confirmar sus sospechas de que Marcus seguía atrapado en las redes de Claudia. Su marido sería una complicación indeseada para el duque. Pobre hombre, sirviendo a su rey y a su país en el ejército mientras a sus espaldas su esposa... Borró la imagen de su cabeza.

Lady Anne se alisó la falda.

—Me temo que la primera cena va a ser muy incómoda, así que me preguntaba cómo podría relajar el ambiente. Enseguida me vino usted a la mente porque conoce a todo el mundo y es una compañía encantadora. Sé que es mucho pedir, pero si pudiera ayudarme a allanar el camino, se lo agradecería muchísimo. Justo sir John y el señor Leigh comentaban durante el desayuno que hace mucho que no viene a Brightshill. —Calló de golpe y miró a Antonia con una sonrisa triste y pesadosa.

Antonia se hallaba en una encrucijada. Quería ver a Marcus y estar con él, pero sabía que sería doloroso y humillante verlo cerca de Claudia. Por otro lado, un innoble espíritu vengativo la incitaba a presenciar la turbación de los amantes cuando llegara sir George. No obstante, dejando a un lado las demás consideraciones, le caía bien la hermana de Marcus y quería ayudarla.

—Descuide, *lady Anne*, haré lo que esté en mi mano. ¿Cuándo se espera que llegue sir George?

—A última hora de la tarde —contestó Anne—. Seguramente por eso Marcus está tan enfadado conmigo. He preferido soltárselo de sopetón. Ah, confío en que se una a nosotros la señorita Donaldson.

—Me temo que no será posible. Esta noche ya ha quedado en Rye End Hall para echar unas partiditas de *whist*. Sir Josiah y *lady Finch* tienen un pariente de edad avanzada que es adicto a ese juego, y con Donna serán cuatro.

—Qué pena. Bueno, a las siete le envío el carruaje.

Antonia se vistió para la ocasión con sumo cuidado, pues sabía que en cualquier despliegue de encantos femeninos, Claudia Reed ganaría sin lugar a dudas. La dama poseía un vestuario elaborado expresamente para mostrar sus atributos, mientras que Antonia lo único que podía hacer era demostrar elegancia y serenidad.

Escogió el vestido más nuevo que tenía, de reluciente seda celadón, confeccionado con una sencillez absoluta y adornado únicamente por un fular de gasa de hilo plateado, a juego con sus pantuflas.

Donna, preocupada porque Antonia fuera a asistir a una fiesta sin ella, ayudó a fijarle los oscuros rizos en lo alto de la cabeza con horquillas de perlas, de modo que los bucles apenas le rozaran la parte superior de las orejas.

—No olvides el abanico. —Donna bajó corriendo las escaleras tras ella. El carruaje la esperaba en la puerta—. Esta noche habrá tormenta. Está muy cerca. —Ya en la entrada, añadió en voz baja—: ¡Y asegúrate de no quedarte nunca a solas con ese desgraciado!

Brightshill brillaba de forma inquietante a la luz púrpura de la tormenta que se avecinaba. Los relámpagos ya se bifurcaban en el cielo a lo lejos, sobre el valle. Los caballos del carruaje se alteraron cuando el cochero se detuvo en la entrada y el lacayo bajó los escalones para ayudar a Antonia a apearse.

Estaba hecha un manojo de nervios cuando la recibió Mead, el mayordomo, en el vestíbulo, pero cuando este abrió las puertas dobles y Antonia entró en el salón bien iluminado, sintió que su aprensión empezaba a disiparse. Al saludar a su anfitriona y a lord Meredith, supuso que era como cuando los soldados van a la batalla: una vez que se comprometen a luchar, les invade un

extraño sosiego.

Antonia se abrió paso por la estancia. Sonrió y saludó a sir John y al señor Leigh, y se detuvo a charlar brevemente con la señorita Fitch, quien se sonrojó al ver que le prestaban atención.

Al final, su recorrido por la sala la llevó a encontrarse cara a cara con Marcus, que estaba de pie frente a la chimenea vacía, con un pie en el parachispas de latón. Se enderezó al verla acercarse. Fue a besarle la mano, pero no lo bastante rápido como para que Antonia no se percatara del brillo apreciativo —supuestamente reticente— de sus ojos oscuros al contemplar su figura.

—Está usted muy hermosa esta noche, señorita Dane —observó el duque sin emoción. Su tono rezumaba admiración genuina, pero tras él también subyacía ira..., ira contenida. No la había perdonado.

Lo miró a los ojos y contuvo el aliento, presa del amor y el anhelo que le profesaba. Quería alargar la mano y tocarle el pelo, aliviar la tensión que solo ella percibía en la piel tirante de sus pómulos prominentes y acariciar los labios que con tanta pasión la habían besado la noche anterior.

En cambio, miró a Claudia Reed, sentada a su lado, e hizo de tripas corazón. No, no permitiría que un hombre que seguía manteniendo una aventura con una mujer así, de manera tan descarada y cruel, la lastimara.

—¿No ha venido con usted el señor Blake? —La voz de Marcus la devolvió al presente.

—¿El señor Blake? No, no. ¿Lo esperaba usted acaso?

—Esperaba que la acompañara su prometido.

—¿Mi prometido? No, excelencia, no estoy prometida con nadie. —Abrió los ojos con inocencia—. Lo habrá soñado. La luz de la luna tiene un efecto muy extraño, ¿no cree?

Marcus apretó los labios. Los ojos le refulgían de emoción. No podía disimularlo. Antonia notó que le agarraba la mano y la acercaba más a su costado.

—No juegues conmigo, Antonia. ¿Me estás diciendo que Blake me mintió anoche?

—¿Anoche? No sé a qué se refiere, excelencia. Anoche yo estaba en la cama.

Ahogó un grito cuando la asió con más fuerza. Pegó tanto la cabeza a la suya que Antonia sintió su aliento en la boca.

—Anoche, señora, estaba usted en mis brazos, en la orilla del río, y si el tonto de Blake no se hubiera inmiscuido, la habría hecho mía.

Le centelleaban los ojos. Antonia tuvo la loca idea de que Marcus la tomaría en brazos, se la llevaría fuera y acabaría de seducirla allí mismo, al abrigo de la noche.

—Marcus, no acapares a la señorita Dane. Tienes toda la noche para hablar con ella. —*Lady Anne* se aproximaba a ellos por—. Acaba de llegar sir George. Antonia, permíteme que te lo presente.

El coronel sir George Reed fue una gran decepción para Antonia, que se había imaginado a un militar distinguido de porte impecable que sacrificaba noblemente su hogar por el deber. En cambio, el hombre que la saludó con la mano sudorosa le recordó ni más ni menos que al duque de York. Era rollizo y las venas rojas de sus mejillas rivalizaban con el escarlata de la chaqueta de su uniforme de gala. Con una mirada lasciva similar a la del hermano del príncipe regente, se inclinó sobre su mano.

Por un momento, mientras le estrujaba los dedos, Antonia sintió una punzada de compasión por Claudia. Con un marido así, ¿quién no acudiría a otro hombre en busca de consuelo? Sobre todo si el otro hombre era Marcus.

La faja de sir George crujió cuando se enderezó tras besar la mano enguantada de Antonia. La joven tuvo que esforzarse para aguantarse la risa. Horrorizada, vio que el coronel entrelazaba el

brazo con el suyo y anunciaba:

—Demos un paseíto por la sala mientras me hablas de ti.

Antonia le lanzó una mirada de súplica y sorpresa a Marcus, que la miró con gesto pétreo.

Claudia, por su parte, le dirigió una sonrisa viperina desde su *chaise longue* mientras su marido, que transpiraba profusamente porque le apretaba la faja y tenía calor, pasaba por su lado.

—No te aburras mucho con la señorita Dane, Georgie —le dijo con ternura, lo que hizo que Antonia se ruborizara.

Pero Antonia estaba mucho más preocupada por impedir que «Georgie» le subiera los dedos hasta el pecho. Tuvo que hacer acopio de toda su elegancia social para no quitárselo de encima y abofetearlo. En lugar de eso, se irguió lejos de él y le preguntó con tono gélido y formal si el viaje desde Brighton había transcurrido sin incidentes.

—Aburridísimo, querida, pero nada que no pueda olvidarse al contemplar tu belleza —resolló entusiasmado.

Por fortuna, apareció *lady* Anne y le rogó a sir George que le permitiera llevar a la señorita Dane a admirar las nuevas cortinas del estudio.

Cuando hubieron cerrado la puerta del estudio, ambas se miraron. Era difícil saber cuál de las dos estaba más escandalizada, y casi al mismo tiempo, dijeron:

—¡Qué horror de hombre!

—Mi querida señorita Dane, no puedo disculparme lo suficiente. De haber sabido cómo era, ¡jamás lo habría invitado! No me extraña que Marcus estuviera tan enfadado conmigo. Y es obvio que los Reed no se soportan. Querida, no te separes de mí en ningún momento. Por suerte, no ha demostrado el más mínimo interés en Sophia; es demasiado joven para su gusto, gracias a Dios. —*Lady* Anne se dejó caer en una silla y se abanicó las sonrojadas mejillas.

—¿Cómo vamos a sentarnos para cenar? —preguntó Antonia, asustada de repente ante la perspectiva.

—¡Ay, no! —*Lady* Anne se levantó de un salto—. Debo ir a hablar con Mead de inmediato, he colocado a sir George con usted... —Salió a toda prisa, dejando a Antonia distraída admirando las hermosas cortinas de terciopelo. Cambiaban un poco el aspecto de la habitación respecto al que presentaba aquel frío día de marzo en el que, acusada de caza furtiva, la arrastraron sin contemplaciones ante Marcus.

Pasó los dedos por el brazo de la silla tallada en la que estaba sentada cuando la besó por primera vez. El agradable recuerdo fue interrumpido bruscamente por un beso de una clase muy distinta: la presión de unos labios húmedos en su hombro desnudo.

Antonia se dio la vuelta y soltó un gritito de indignación al ver que la figura rechoncha y lasciva del coronel sir George Reed la acorralaba contra el escritorio.

—Al fin solos —dijo este con una satisfacción palpable.

—No, déjame en paz —jadeó Antonia mientras se escabullía.

—Ya no es necesario que finjas. Mi mujer me ha dicho que eres un poquito alegre, una presa fácil. —Hizo amago de rodearla—. Qué bien que nuestra anfitriona haya dejado la habitación libre, ¿verdad? Al principio pensé que era algo estirada, pero me equivocaba.

—Sir George, su esposa lo está buscando.

El tono de Marcus fue frío como el hielo. Antonia, al atisbar su rostro serio por encima del galón dorado del hombro del coronel, pensó que nunca se había alegrado tanto de verlo.

Sir George se dio la vuelta y soltó un juramento, pero obviamente no supo interpretar las señales de peligro del rostro de su anfitrión.

—Maldita sea, Allington, ¿para qué me aguas la fiesta? Ya tienes a Claudia para entretenerte.

—Señor, si no capta las indirectas, me veré obligado a explicarme mejor. No quisiera avergonzar a *lady* Reed, mi invitada, cantándole las cuarenta a su marido, pero si insiste en molestar a la señorita Dane, no me deja alternativa.

Sir George se puso rojo de rabia, pero se alisó la chaqueta escarlata y salió de la habitación sin mediar palabra.

—¡Qué hombre más repugnante! —Se le revolvió el estómago—. No tiene límites.

—Entonces ¿por qué has sido tan tonta como para quedarte a solas con él aquí? —preguntó Marcus en tono seco.

—Yo no lo he dicho que venga. He venido aquí para escapar de sus lujuriosos garras, pero, por lo visto, su amada esposa le ha dicho que aceptaría con gusto sus nauseabundas insinuaciones. —Le lanzó una mirada asesina—. Y si hubieras sido la mitad de hombre que creía que eras, lo habrías reprendido cuando no me ha pedido perdón. Pero ¡no! Eso avergonzaría a nuestra querida Claudia, y no queremos eso, ¿no? Dime, Marcus, ¿hasta dónde tendría que llegar para que le plantaras cara?

Marcus exudaba frialdad y volvía a mirarla con la arrogancia habitual.

—Ese hombre podría ser mi padre, y es mi invitado.

—¡Y su esposa es tu amante! Y no queremos enemistarnos con él, ¿verdad? Que a lo mejor deja de ser tan complaciente y la aparta de tu lado. Me dais asco los tres. —Antonia volvió el rostro, deseando ocultarlo bajo las cortinas de terciopelo, y estalló en llanto.

—Aquí estáis —dijo *lady* Anne, que entró exultante al verlos juntos. Se le borró la sonrisa al fijarse en sus caras—. Venía a deciros que la cena ya está lista. Marcus, ¿podrías acompañar a la señorita Dane?

Antonia lo miró a los ojos, desafiándolo a negarse, pero, en vez de eso, el duque dijo cortésmente:

—¿Señorita Dane? —Aceptó el brazo que le ofrecía y dejó que la condujera al resplandeciente comedor.

Lady Anne, privada de una quinta dama por la ausencia de Donna y obligada a reorganizar su mesa apresuradamente por el comportamiento de sir George, había logrado, no obstante, una disposición razonable de sus invitados.

Marcus, a la cabeza del largo tablero, se sentaba frente a su hermana, flanqueada por sir George y sir John Ollard. Con el señor Leigh a la derecha de sir George, Anne había separado al coronel tanto de su esposa como de Antonia. La señorita Fitch se animó considerablemente al encontrarse frente al señor Leigh y junto a lord Meredith, siempre tan protector.

Por ende, Antonia y Claudia se sentaban cada una a un lado de Marcus. Antonia lo vio mirar a su hermana, en la otra punta de la mesa llena de platos y piezas de cristal. Alzó su copa a modo de saludo y Anne le devolvió la sonrisa.

«¿A qué ha venido eso?».

Antonia le dio un sorbo al champán que le sirvió Mead, y se deleitó con su frescor y con el estallido de las burbujas en la boca. Normalmente, una copa de vino le duraría toda la velada, pero esa noche no se daba ni cuenta de que no cesaban de rellenársela mientras retiraban los platos de pescado y traían los principales y el asado.

Habían abierto los ventanales de par en par para que entrase la cálida brisa vespertina, y el olor a cera de abeja, perfume y comida se mezclaba de tal forma que resultaba embriagador.

Marcus prestaba mucha atención a Claudia. Mantenía con ella un diálogo cortés sobre trivialidades sin mostrar el hastío que normalmente manifestaría ante ese tipo de charlas. Pero, a pesar de su interés, no flirteaba con ella y parecía inmune a sus miradas coquetas y sus chanzas.

Antonia conversaba a gusto con lord Meredith, pero cuando él se volvió educadamente para entablar conversación con la señorita Fitch, descubrió que no podía hablar con Marcus, o mirarlo siquiera. Era muy consciente de su presencia, de la colonia con olor a cuero que usaba, y de cómo jugueteaba con sus largos dedos con el tallo de la copa. Antonia ansió que le acariciara la nuca con ellos, de arriba abajo.

Se recompuso de sopetón y le dio un trago grande al vino. El efecto la hizo darse cuenta de que había bebido demasiado. Estaba horrorizada.

—Excelencia. —Claudia logró que su título nobiliario pareciera el apodo más íntimo y cariñoso del mundo—. ¿Sería tan amable de pasarme un trocito más de langosta? Está riquísima.

—Y combina a la perfección con tu vestido —observó Antonia, que se tapó la boca con la mano para aguantarse la risa. Miró de reojo con disimulo y vio que Marcus se mordía el labio mientras servía a Claudia. Antonia hizo lo que pudo para no desternillarse al ver las mejillas de su rival, rojas de ira, igual de rosadas que el crustáceo hervido.

—Qué valiente es usted al llevar un tono de verde tan difícil de combinar —replicó Claudia con acritud—. Es raro no abatirse al verlo, aunque supongo que va con el estilo de *lady* Jersey.

—Pues yo me lo pongo mucho, pero entiendo que a una mujer más mayor y de tez apagada no le favorezca tanto. —Antonia bebió un poco más de vino y, con soltura, añadió—: A menos, claro, que se pase con el colorete.

Marcus hizo amago de cubrirse la parte inferior del rostro con la servilleta, mientras que Claudia había palidecido tanto de ira que se le marcaban círculos de colorete en las mejillas. Respiró hondo, lo que infló el protuberante escote de su vestido.

Antonia, sin ninguna discreción, la observó más detenidamente. Por cómo se le habían movido los hombros a Claudia, había puesto la mano en el muslo de Marcus.

El duque giró la cabeza con brusquedad y vio que Claudia lo miraba con los ojos entornados. Entonces él también se movió: le cogió la mano con firmeza y volvió a colocársela en su regazo.

Antonia cayó en la cuenta de que estaba harta de comportarse como la virgen bien educada que era. Si deseaba a Marcus —y con el vino corriéndole por las venas, sabía que no deseaba nada más en el mundo—, tendría que luchar por él.

Capítulo veinte

Al final de lo que a su agobiada anfitriona debió de parecerle una comida interminable, *lady Anne* se levantó por fin y llamó la atención de sus invitadas con una sonrisa.

—Señoras, ¿dejamos a los caballeros con su oporto?

Mientras se ponía de pie con cierta vacilación, Antonia le susurró al oído a Marcus:

—Quedamos en el invernadero lo antes posible.

Tan dignamente como pudo, Antonia siguió a las otras damas y se sentó. Miró a su alrededor con la esperanza de que ninguna se acercara a hablar con ella, al menos no hasta que dejara de darle vueltas la cabeza y entendiera qué creía que estaba haciendo quedando con el duque.

Sophia Fitch, nerviosa, se sentaba en un extremo del diván, y Claudia en el otro.

Era evidente que la mujer de más edad había decidido divertirse tratando con condescendencia a la ratoncita.

—Dígame, señorita Fitch, ¿cuándo va a anunciar su compromiso con el señor Leigh? Estoy segura de que es un joven muuuuy digno. ¿Tiene mecenas? Procediendo de una familia tan desconocida, le vendría bien uno.

Antonia estaba a punto de salir en defensa de Sophia, pero la muchacha, por lo general apocada, se envalentonó al ver que atacaban a su querido Richard. Temblaba de indignación cuan pequeña era, pero, con firmeza, respondió:

—El señor Leigh pertenece a los Leigh de Hampshire y, como tal, solo necesita acudir a su tío el obispo para ascender. Asumirá el cargo de secretario privado de lord Seymour en el Ministerio de Guerra, pero confía en presentarse dentro de poco como candidato al Parlamento.

—Ay. —Claudia se llevó una manita blanca a la frente con gesto de cansancio—. No me hable de política, que me duermo.

—Pues en ese caso —le espetó Sophia—, no la aburriré más. —Se levantó, fue hasta el piano y escogió una nueva balada. Antonia quiso aplaudir antes de que hubiera sonado una nota siquiera. De vez en cuando, miraba el reloj de bronce dorado que había en la repisa de la chimenea hasta que, incapaz de seguir sentada ni un minuto más, se levantó y le preguntó algo al oído a Anne.

—Ah, eso —susurró su anfitriona—. Al final del pasillo, la tercera puerta a la izquierda. Marcus ha mandado instalar uno de los inodoros con cisterna del señor Bramah. ¡Qué bendición!

Antonia admiró los modernos aparatos sanitarios y se preguntó cuánto costaría reemplazar los viejos armarios de tierra de la casa Dower. Se miró al espejo del lavabo, se atusó el cabello y deseó tener un poco de polvo de arroz para calmar sus mejillas sonrosadas.

La última copa de vino fue como un acicate para ella; se sentía extrañamente temeraria. No importaba, así reuniría el valor para hacer lo que debía y sacar a Claudia de la cabeza de Marcus de una vez por todas.

El calor húmedo y el embriagador aroma de los lirios inundaban el invernadero junto con un olor a tierra y musgo húmedos de fondo. Encima de las columnas que había entre las jardineras y los macizos de helechos, había unos candelabros que proyectaban sombras misteriosas. Las polillas, atraídas por el rico olor de las plantas del invernáculo, entraban por las puertas abiertas y revoloteaban hacia las llamas de las velas en las que acabarían pereciendo.

Antonia se paseaba de un lado a otro por el embaldosado; solo se oía el frufrú de su vestido. ¿Iría a verla después de la pelea que habían tenido en el estudio? Siguió caminando, mordiéndose el

labio cada vez más nerviosa mientras el coraje inducido por el vino comenzaba a remitir. No, no vendría; Antonia había perdido.

—Antonia. —Su voz se le antojó ronca y muy cercana. Le dio un vuelco el corazón, pero se giró despacio para mirar a Marcus, el hombre al que amaba.

La luz de la luna le bruñía el cabello, le ensombrecía el rostro y le ocultaba los ojos, pero ella lo veía sonreír con una ternura sensual. El vaivén de su camisa, que resplandecía en comparación con el azul oscuro de su casaca, denotaba que no dominaba del todo sus emociones.

—¿Querías hablar conmigo?

—No, lo que quería era esto. —Antonia fue directa a él, le rodeó el cuello con los brazos y se acercó su cara para besarlo en los labios.

Marcus vaciló un poquito. Lo había pillado por sorpresa al actuar como ninguna joven bien educada osaría imaginar. Pero entonces sus instintos tomaron las riendas y Marcus la pegó más a su cuerpo, profundizó el beso, y abrió y exploró su suave boca. Su aroma la inundó y su sabor la turbó.

Sin dejar de besarla, la tomó en brazos y la llevó a un banco que había en medio de un cenador de fragantes jazmines de Madagascar. Antonia se hallaba acurrucada en su regazo, sostenida por la fuerza de sus muslos y firmemente sujeta contra su pecho.

Se besaron más y más, dejando la razón a un lado. Antonia se había preparado un breve discurso sobre que estaba dispuesta a perdonarlo si renunciaba a Claudia, pero aunque hubiera podido despegar la boca, a duras penas habría recordado lo que quería decirle.

Al fin él rompió el beso. Ella emitió un quejido de protesta que se convirtió en un gemido de placer puro y sensual cuando la mordisqueó suavemente en el cuello. Le pasó la punta de la lengua por la sensible línea de su mandíbula hasta llegar con los labios a la curvatura de su seno. Sus labios eran tan ardientes en comparación con sus gélidas curvas que la quemaban por donde pasaban. Antonia le metió las manos por debajo de la casaca y acarició y palpó con gusto la carne firme que se escondía bajo su fina camisa de linón.

Tanteó la pretina de sus pantalones de montar y le sacó la camisa para extender la palma por su espalda, tersa y musculosa. Marcus gimió desde lo más hondo de la garganta y le estrujó el pecho con una mano en respuesta. Le acarició el corpiño de seda con el pulgar, un gesto tan erótico que Antonia ahogó un grito de la impresión.

Al oírla, Marcus levantó la cabeza y la miró a los ojos. Durante largo rato, se comunicaron sin hablar, solo aguantándose la mirada, hasta que Antonia se percató de que algo a su espalda llamó la atención del duque.

Para su asombro, vio que la dejaba sin contemplaciones sobre el frío banco de hierro forjado. Marcus se puso de pie y se estiró el chaleco para que no se notara que Antonia le había sacado la camisa.

—Marcus —se quejó ella en voz baja.

—Shh —susurró, con los ojos clavados en el oscuro follaje.

La dejó sin aliento en el banco y fue a un rincón iluminado por la luna.

—Claudia. —Su voz estaba cargada de sensualidad—. Conque aquí estás. Te estaba buscando.

—Dio otra zancada y Antonia, que escudriñaba la maraña de follaje, lo vio situarse junto a Claudia Reed, inclinar la cabeza y reclamar sus labios con un beso tórrido.

Antonia estaba demasiado estupefacta para ahogar un grito, y demasiado avergonzada para arriesgarse a que la viese la otra mujer, que besaba con avidez a Marcus y se restregaba con pericia contra él.

—Luego, Claudia, luego —murmuró Marcus, guiándola hacia la puerta—. Como no regresemos

con los demás, cuchichearán.

La rabia y la humillación la espabilaron de golpe. Antonia miró fijamente a una polilla que se quemaba las alas con la llama de la vela. «Igual que yo, escaldada por la pasión que me despierta Marcus».

Debería haber sabido que no era un hombre indulgente. Había rechazado su proposición y le había tomado el pelo en la orilla del río con la ayuda de Jeremy, lo que lo puso en desventaja frente al otro hombre. Esa noche había dejado patente lo satisfecha que estaba con su bromita y él se había vengado de ella de tal modo que no se atreviera a volver a meterse con él nunca más. Humillada y paralizada por la desdicha, permaneció sentada, ajena al tiempo, hasta que Anne Meredith, preocupada, salió a buscarla.

—Antonia, querida, ¿te encuentras mal?

—No, sí. —Parecía que las palabras venían de muy lejos. Le costó un esfuerzo enorme pronunciarlas con lo rígidos que tenía los labios—. Creo que me he resfriado. Perdóneme, pero debo irme a casa. ¿Me deja el carruaje?

—Pues claro, querida —dijo *lady* Anne, que se marchó corriendo y volvió al cabo de unos minutos con la capa y el ridículo de Antonia—. Espera, que te la pongo. Tienes las manos heladas. Mead va a pedir el carruaje, no tardará mucho. ¿Quieres que te acompañe a la casa Dower? Puede que la señorita Donaldson no haya regresado aún.

—No, no, gracias. Es usted muy amable, pero prefiero volver sola. Lo siento mucho.

—Soy yo la que lo siento —dijo Anne Meredith mientras ayudaba a Antonia a llegar a la puerta principal.

—Soy yo la que lo siente —dijo Anne Meredith mientras ayudaba a Antonia a llegar a la puerta principal.

Marcus captó la mirada de su hermana cuando entró en la habitación. A juzgar por el ruido que hizo el carruaje al rodar por la grava, supuso que acababa de enviar a Antonia a casa. Serio y con los labios apretados, siguió jugando, decidido a no darle ocasión a Anne de hablar con él esa noche.

A su lado, Claudia pegaba el muslo al suyo y le rozaba el brazo con el pecho cada vez que se inclinaba a verle las cartas. No, necesitaba evitar a Anne esa noche: tenía otros planes.

Era la una cuando le dijo a su ayuda de cámara que podía retirarse.

—Ya me desvisto yo solo. Gracias, Bain. Y si ves a *lady* Anne al salir, dile que ya me he acostado.

—Descuide, excelencia. —El ayuda de cámara, acostumbrado a los modos de Marcus, se despidió con una reverencia y dejó a su amo mirando su enorme cama con cierto pesar.

Marcus se despojó del frac y del chaleco, se quitó la corbata y se puso un baniano de seda clara. No tenía ninguna duda de que Claudia, atraída por el prometedor beso que se habían dado en el invernadero, no tardaría en perturbar su soledad. No podría haberle dado una señal más obvia de que las semanas de negación habían terminado y de que esa noche la quería en su alcoba.

Inquieto, apartó la pesada cortina y miró a los jardines de recreo. Entonces desvió la atención y contempló su reflejo como si de un espejo se tratara.

—Maldito idiota —le dijo a su imagen—. A ver cómo sales de esta.

Para cuando se abrió la puerta en silencio y entró Claudia, Marcus seguía junto a la ventana. Observaba su reflejo sin volverse mientras ella caminaba de puntillas por la alfombra, con su sedoso negligé de gasa amarilla moldeando su voluptuoso cuerpo. Posó las palmas de las manos en sus omóplatos y las bajó con actitud provocadora por su espalda hasta llegar a su cintura.

Entonces Marcus se giró y la agarró con fuerza por las muñecas para que no siguiera descendiendo.

—Cariño —dijo Claudia con un mohín—. Hay que ver lo que te gusta mandar. —Se estremeció y lo miró a la cara mientras se pasaba la punta de la lengua por los labios con lascivia—. Hace tanto de la última vez, Marcus. Ven a la cama.

Empezó a retroceder hacia la cama con dosel, pero Marcus, inmóvil, la detuvo en seco y sin mucha delicadeza.

—Mmm. —Le sonrió con picardía—. Conque quieres hacerlo aquí, ¿eh?

—No, Claudia. Y tampoco quiero llevarte a la cama, ni ahora ni en el futuro. Se acabó.

Pertinaz como era, no estaba dispuesta a admitir la derrota.

—No te creo. El beso de antes me dice que no hablas en serio.

—Tenía que asegurarme de que venías aquí. No hay ningún otro lugar en la casa en el que podamos estar solos.

Las lágrimas brotaron de sus hermosos ojos azules.

—Marcus, ¿cómo puedes ser tan cruel? Sabes que me amas y que te he sido fiel, solo a ti.

—Fiel a mi fortuna, mi querida Claudia. Nunca dudé de que le serías fiel mientras confiaras en beneficiarte de ella. O hasta que te cruzaras con un pez más gordo y más rico.

Las lágrimas caían con gracia por sus mejillas, pero en lo más profundo de su mirada se estaba formando una ira cada vez mayor.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? Me has invitado a venir solo para rechazarme, cuando no he hecho nada para contrariarte. Va, cariño, ven a la cama. Estás cansado y enfadado, deja que Claudia cuide de ti...

La joven se contoneó seductoramente, lo que hizo que se le descubrieran los hombros. El único motivo por el que la prenda no cayó al suelo fue porque Marcus seguía sujetándola por las muñecas.

—Sí, Claudia, podría acostarme contigo. Eres una mujer muy hermosa, pero tu belleza es solo superficial. Tardé un par de semanas en darme cuenta. Sabías que lo nuestro había terminado, sabías que no te quería aquí, pero engatusaste a mi hermana para que te invitara. Desde que llegaste, no te he dado pie en ningún momento y, sin embargo, insistes.

—Pero yo te quiero, Marcus —repuso ella, persuasiva.

—Tú solo te quieres a ti. Eres vanidosa, egocéntrica, cruel y hieres los sentimientos de los demás. Solo te salva tu belleza... mientras te dure, preciosa. No frunzas el ceño, Claudia; las arrugas del entrecejo envejecen mucho.

—Pues bien que no te importaba cuando te daba placer en mi cama —susurró, con los pómulos moteados de un rojo ardiente.

Marcus le soltó las muñecas y se quedó mirando la carita rencorosa que esa noche, pese al ingenioso maquillaje que la cubría, había perdido hasta el último ápice de frescura y atractivo.

—Es que te las arreglaste la mar de bien para ocultarme esos rasgos, ¡eh!

Claudia le pasó una uña larga por el pecho, que quedaba expuesto por el cuello abierto de la camisa.

—No te he escondido nada, ¿recuerdas?

Marcus lo recordaba como si fuera ayer. Por aquel entonces, lo consumía la pasión por la sofisticada y disponible —vaya si estaba disponible— *lady* Reed. Su fogoso deseo duró poco; ahora solo sentía desagrado por haberse rendido tan fácilmente a sus encantos. Sus pensamientos debieron de reflejarse en su rostro.

Claudia, cuya seductora sonrisa desapareció al instante, atacó como una víbora: lo abofeteó tan

fuerte que le giró la cara.

Marcus no hizo nada aparte de tocarse la herida, que le picaba, pero sus ojos debían de contener algo que dejó a Claudia sin aire. Con un sollozo a caballo entre la petulancia y la aprensión, salió corriendo de la alcoba, con el camisón arrugándose a su paso.

Marcus cruzó la habitación con paso airado y cerró de un portazo la pesada puerta panelada. Acto seguido se dejó caer en un sillón que había frente a la chimenea vacía. Estiró las piernas para aliviar la tensión de su largo cuerpo y se atusó los cabellos.

Qué mal trago. Se culpaba por haberse amancebado con Claudia. Al principio admiraba su belleza y su talante; el valor con el que afrontaba un matrimonio vacío con un depravado que podía ser su padre.

En la sociedad abundaban las mujeres cuyo marido estaba lejos, que estaban dispuestas a tener una aventura con cualquier caballero que aceptara. Mientras los implicados fueran discretos, nadie se inmutaba, ni siquiera en algunas familias aristocráticas, en las que lo único que un hombre tenía claro era que su primogénito y heredero era suyo.

Sin embargo, Marcus reparó en que ya no le atraía esa clase de vida. Ya no le bastaba con tener una relación apasionada pero sin compromiso. Desde que conoció a Antonia, no.

De pronto, estaba exhausto. Se quitó la ropa y se metió en la enorme cama con dosel. Lo último que pensó antes de quedarse dormido fue que debía ir a ver a Antonia a la mañana siguiente. Sabía cuánto la había herido en el invernadero, pero le explicaría que lo había hecho para protegerla del veneno de Claudia y de su lengua viperina y murmuradora.

Capítulo veintiuno

El siguiente acto consciente de Marcus fue entornar los ojos para protegerse del intenso resplandor del sol matutino que entró cuando Bain descorrió las cortinas de los ventanales que daban al jardín oriental.

—Otra mañana espléndida, excelencia. Espero que haya dormido bien. ¿Desea que le traigan ya el agua para que se bañe?

Bain, un ayuda de cámara impecable, estaba acostumbrado a mantener un monólogo con su amo, que no hablaba mucho antes de las once de la mañana. Animado por un gruñido, hizo pasar a unos lacayos que llevaban barriles de agua caliente y se puso a recoger la ropa que había por ahí tirada desde el día anterior.

Estaba tan bien instruido y era tan discreto que se sabía que Bain recuperaba prendas íntimas femeninas y se las devolvía a la doncella de su portadora lavadas a la perfección y sin titubear.

Más tarde, cuando se fijó en el leve hematoma que tenía su amo en la mejilla, no hizo ningún comentario; se limitó a manejar la cuchilla de afeitar con sumo cuidado.

Al cabo de una hora, Marcus vio que Anne bajaba a toda prisa las escaleras con la clara intención de abordar a su hermano. Se topó con él en el vestíbulo, vestido para montar y poniéndose los guantes mientras daba órdenes a Saye, su mozo de cuadra.

—Y dile a Welling que nos acompañe. Id juntos a casa de sir George Dover por el caballo castaño que le compré la semana pasada. Es muy bravo, por lo que tendréis que traerlo entre los dos. —Calló para darle un beso en la mejilla a su hermana—. Buenos días, Anne. Espero que hayas dormido bien.

—¿Te vas? Quería hablar contigo. —Parecía más una exigencia que una petición.

—En un rato vuelvo. —No tenía ninguna duda de que pretendía sermonearlo por lo de Antonia. Bueno, cuando regresara, su sermón sería innecesario, pues le traería una noticia tan buena que no lo regañaría.

Marcus se escabulló y galopó por la hierba cortada del jardín que conducía a la casa Dower, con sus mozos de cuadra a la zaga. El reloj de la iglesia dio las diez, pero casi no lo oyó a causa del golpeteo de los cascos de las tres monturas. El sol, aunque calentaba, no se notaba mucho por el frío mañanero. La perspectiva de devolverle la alegría a Antonia hizo que apretara el paso.

Tras un grupo de árboles aparecieron las antiguas y retorcidas chimeneas de la casa Dower. Una vez en la entrada, se volvió hacia Saye y le dijo:

—Espera aquí. —No sabía por qué el instinto lo había impulsado a quedarse con los dos mozos de cuadra; tal vez albergara alguna relación con la insólita quietud de la casa, por lo general, ajetreada.

«No creo que sigan acostadas», pensó mientras llamaba a la vieja puerta de roble con la pesada aldaba. Jane apareció y, aún más colorada de lo habitual, se inclinó ante él.

—Buenos días, excelencia.

—Buenos días, Jane. ¿Está la señorita Dane en casa?

La bonita tez campestre de Jane se sonrojó aún más.

—No, excelencia.

—Pues ¿puedo hablar con la señorita Donaldson? —Conque Antonia seguía enfadada con él...

No le extrañaba.

—La señorita Donaldson tampoco está en casa, excelencia —recitó Jane con el aire de una niña que repite una lección.

Marcus tensó los labios.

—¿Te refieres a que las damas no están o a que no desean verme? —preguntó con una cortesía amenazante.

Aquello confundió a la criada aún más de lo que hubiera esperado el duque.

—Sí. Eh, no. Digo... —Respiró hondo y dijo, desesperada—: La señorita Donaldson me ha dicho que diga que no están en casa, excelencia.

Resistió el impulso de apartar a la muchacha de un empujón y entrar en la casa. Asintió brevemente, giró sobre los talones, se subió a la silla y se marchó al galope.

Tras medio kilómetro, Marcus redujo la velocidad y adoptó un ritmo más moderado. Su estado de ánimo hizo que sonriera con pesar. No estaba acostumbrado a no salirse con la suya, pero lo desazonó darse cuenta de lo herida que debía de sentirse Antonia. Cabalgar como loco por la campiña de Hertfordshire no le serviría de nada. Volvería y le escribiría una nota.

Se detuvo en el cruce con la calle Berkhamsted y observó a los mozos de cuadra, que se acercaban. Si enviaba la nota con Josh Saye, que cortejaba a la joven Jane, era mucho más probable que llegara a manos de Antonia que si se la llevaba él mismo.

Los hombres acababan de llegar hasta él, cuando un carruaje procedente del pueblo y conducido por el joven Jem dobló la curva a toda velocidad. La expresión alegre del muchacho se transformó en una cara de susto y recelo en cuanto vio quién había en la encrucijada.

Una súbita sospecha hizo que Marcus espetara:

—¡Detened esa calesa!

Y los dos mozos de cuadra se incorporaron al sendero.

Jem obedeció y se movió con nerviosismo sin levantarse del asiento. Marcus, que todavía no tenía claro por qué lo había detenido, azuzó a su caballo para que se acercara a la calesa y vio en el suelo una sombrerera adornada con cintas.

—¿Dónde has estado, muchacho?

—En ningún sitio —contestó Jem en tono hosco.

—O le hablas a su excelencia como es debido —dijo Saye levantando la mano— o te parto la oreja.

—No intimides al muchacho —intervino Marcus—. ¿Cómo te llamas?

—Jem..., excelencia. —Pero seguía sin mirarlo.

—Jem, ah, sí. Trabajas para la señorita Dane, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Y has llevado a la señorita Dane esta mañana?

—No sabría decirle, señor. Excelencia. —El rostro de Jem estaba casi rojo.

—No pasa nada, Jem, no tienes que decirnos nada que no quieras. Qué pena que la señorita Dane haya olvidado su sombrerera —dijo Marcus, compasivo.

—No, no la ha olvidado. Ha dicho que no cabía en el ca... —Se llevó una mano a la boca para no decir ni una palabra más.

—¿Que no cabía en el carruaje? —terminó Marcus con tono afable—. Conque tu señora ha alquilado un carruaje, ¿eh? ¿Y adónde se dirige?

Saye se plantó a un lado de la calesa y dijo:

—Habla cuando su excelencia te formule una pregunta, muchacho, o te cortaré las orejas.

—Como si me echas aceite hirviendo. No diré ni mu de la señorita Dane —tartamudeó Jem.

—Deja de intimidar al crío. Solo está siendo leal a su señora y sin duda sigue sus instrucciones. Ten. —Marcus rebuscó en el bolsillo de su chaleco y le lanzó una moneda de medio soberano al asustado muchacho—. No te preocupes, Jem, has hecho bien en guardar silencio. Ya puedes regresar a la casa Dower.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Se marchó todo lo deprisa que podía ir el viejo rocín. Marcus se fue a medio galope hacia Berkhamsted.

King's Arms era la única posada del pueblo que alquilaba carruajes, pero las preguntas que hicieron allí no dieron resultado. Sí, la señorita Dane había alquilado un carruaje de cuatro caballos con dos postillones, pero no, ni el dueño ni los caballerizos sabían decir qué rumbo había tomado.

—Hemos estado muy ocupados, excelencia —se disculpó el dueño mientras se secaba las manos en el delantal—. Es día de mercado, ¿sabe?

Marcus estaba en el patio de la posada, con los puños en las caderas, evaluando las posibilidades (al este, hacia Londres; o al oeste, hacia Aylesbury), cuando el señor Todd, el cura, cruzó el arco.

—Buenos días, excelencia. Vaya, toda la flor y nata local está de visita hoy en Berkhamsted. Qué alegría me ha dado ver a la señorita Dane antes. Es una jovencita encantadora, una joya para nuestro pueblecito.

—Buenos días, señor Todd. Espero que se encuentre bien. —Marcus miró a su cura con ojos especulativos—. El domingo pasado dio usted un sermón magnífico. Espero que tenga intención de volver a espolearnos esta semana.

Lo cierto es que Marcus se había pasado casi todo su discurso sobre los efesios cabeceando de lo interminable que era, pero no quería que corrieran rumores sobre él si preguntaba demasiado rápido por la señorita Dane.

—Gracias, excelencia, es usted muy amable. De hecho, pensaba explayarme en el tema de los peligros de las imágenes paganas...

Marcus le permitió continuar hasta que al fin paró a coger aire.

—Me alegra saber que la señorita Dane ha encontrado un carruaje adecuado. Ahora bien, ¿adónde iba? A Londres, creo.

—No, no —lo corrigió el señor Todd—. Se ha ido a Chesham.

«A Chesham», caviló Marcus. «¿Por qué iría al sur?». A menos que pretendiera jugar al despiste. Una vez que tomara esa dirección, podría desviarse a Londres o a Aylesbury. El señor Todd volvía a parlotear, así que se disculpó bruscamente y regresó con su caballo.

—Saye, tú y Welling id en dirección a Chesham hasta que averigüéis qué rumbo ha tomado la señorita Dane. Cuando lo tengáis claro, que Welling regrese y tú sigues a la señorita Dane a su destino. Avísame entonces. Toma. —Le arrojó una bolsa de cuero al cabecilla—. Con esto tendréis para cubrir los gastos.

No esperó a que siguieran sus instrucciones y, meditabundo, partió a Brightshill. Se imaginaba que Antonia sería impulsiva, pero marcharse sola en un carruaje alquilado era terriblemente osado incluso para ella.

Cuando descubriera adónde había ido (Londres o Bath parecían los destinos más obvios), la seguiría. Por una vez en su vida, se le antojó un tormento ver que se le truncaban los planes.

Esa impresión se vio reforzada cuando, nada más pisar el umbral de su casa, su hermana se abalanzó sobre él y lo condujo sin mucha ceremonia a su estudio.

—¿Y bien? —preguntó Anne—. ¿Has ido a hablar con la señorita Dane?
Marcus se dejó caer en un sillón hondo y cruzó las botas con indiferencia.

—Sí.

—¿Y? ¿Qué te ha dicho? No te despatarres así.

—Nada —contestó sin cambiar de postura.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? Marcus, te estás explicando fatal. ¿Se ha negado a hablar contigo? Aunque no me extrañaría, con la descarada de Claudia Reed pegada a ti como una lapa anoche mientras jugabas...

—Antonia se ha ido —afirmó Marcus sin rodeos tras dejar a su hermana con la palabra en la boca.

—¿Que se ha ido? ¿Adónde? —De pronto estaba sentada frente a él.

—Ni idea, aunque diría que a Bath o a Londres.

Las mejillas de su hermana se encendieron al mismo nivel que su genio.

—Conque has desperdiciado la única oportunidad que tenías de casarte con la chica perfecta para ti y, encima, has hecho daño a una jovencita.

—Le pedí matrimonio antes de que viniese a cenar por primera vez y me rechazó. —Así resumía un poco los acontecimientos sin meter a Claudia.

Anne no se dejó distraer.

—Supongo que pensaste que caería rendida a tus pies con solo pedírselo —dedujo—. Al fin y al cabo, es así siempre, ¿no, Marcus?

Sorprendido por el ataque, se incorporó y la miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—Desde que eras un muchacho, te han admirado y agasajado por tu rango, tu fortuna y tu belleza. Nunca has tenido que rendirle cuentas a nadie por nada, y sin duda esa es la razón por la que esa dulce muchacha ha rechazado tu propuesta. No, escúchame. —Alzó una mano cuando él abrió la boca para protestar.

»Eres buen hermano, buen tío y un amo excelente, pero eres distante y, a veces, altivo. Supongo que amas a Antonia. ¿Se lo has dicho o has dado por sentado que el honor de que te corteje el gran Marcus Renshaw, duque de Allington, es suficiente?

Antes de que pudiera responder, llamaron discretamente a la puerta y entró Mead.

—Excelencia, lamento la intromisión, pero ha venido Welling. Asegura que usted ha solicitado hablar con él de inmediato.

Marcus se levantó.

—Dile que espere, Mead, enseguida voy. Pídele a Bain que me prepare la maleta. —Se volvió hacia Anne y la besó en la mejilla—. Serán noticias de Antonia. Tengo intención de seguirla. No te preocupes, querida. Puede que lo que digas sea cierto, pero voy a arreglar este embrollo.

Una vez en el vestíbulo, solo esperó a que Welling le dijera las palabras «Londres, excelencia» para ordenarle que le trajera su alto faetón en media hora.

Anne bajó las escaleras corriendo mientras Bain guardaba la maleta debajo del asiento del carruaje y se disponía a subir a su lado.

—¡Marcus!

—Discúlpate de mi parte con nuestros invitados y diles que me ha surgido una urgencia y tengo que ir a la ciudad.

—¿Cómo encontrarás a Antonia?

Marcus le rozó la mejilla con los labios y le dijo:

—Saye la sigue de cerca; señalará dónde se hospeda y me esperará en la casa de la ciudad. La

encontraré, no temas.

El carruaje traqueteaba sobre los adoquines de Londres, lo que hizo que Antonia dejara de pensar en lo que llevaba atormentándola todo el santo día. Para haberse desplazado en un carro veloz y no haber escatimado en gastos a la hora de contratar postillones y cambiar de caballos cada vez que flaqueaban los suyos, el viaje se le había hecho eterno.

En el campo, a las ocho aún era de día, pero allí, con esos edificios tan altos apiñados por todas partes y las calles atestadas, parecía bien entrada la tarde.

Antonia había indicado a los postillones que fueran a la calle de la Media Luna con la esperanza de que su tía abuela no hubiera sufrido una recaída y, por ende, estuviera en su casa y no en la del primo Hewitt. Aliviada, advirtió que el llamador seguía en la puerta y que había luz en el interior.

En cuanto le bajaron los escalones del carruaje, Antonia corrió a la puerta principal, que se abrió al llegar la joven, como si quisiera recibirla. Pero no era para ella.

Hodge, el mayordomo de su tía abuela desde hacía años, se disponía a despedir a su primo Hewitt Granger, que seguía igual de corpulento. Como de costumbre, parecía pagado de sí mismo, así que Antonia disfrutó de lo lindo al ver como le cambiaba la cara al verla.

Nunca habían gozado de una buena relación. Hewitt no se fiaba nada de la posición que ocupaba Antonia en la escala apreciativa de su abuela, así que le había complacido enormemente verla partir a Hertfordshire. Pero, a su vez, ella era consciente de que Hewitt Granger la encontraba atractiva, lo que le resultaba incomodísimo. No desaprovechaba una para tocarla, apretarle la mano o mirarla con un descaro que hacía que se sintiera sucia.

Aunque sus ojos claros la observaban con recelo y asco, Hewitt se lamió los labios, brillantes a la luz del farol.

—Antonia, ¿qué haces aquí? No esperábamos volver a verte por Londres. ¿Por casualidad enviaste una misiva que se extravió? —Enarcó una de sus rojizas cejas en un intento por mostrarse superior.

—Buenas noches, Hewitt. —Antonia los ignoró a él y sus preguntas y se volvió para saludar al anciano mayordomo—. Buenas noches, Hodge. Espero que estés bien. ¿Qué tal el lumbago? Con este calorcito seguro que mejor.

El anciano le sonrió.

—Mucho mejor, gracias, señorita Antonia. Permítame decirle que es un placer...

—Pero bueno —interrumpió Hewitt—. No sé qué te crees que haces, Antonia, pero no puedes entrar. —Bloqueó la entrada con el cuerpo—. La abuela ha estado muy enferma, no puede verte, y mucho menos a estas horas. Deberías buscarte un hotel.

Antonia atisbó el semblante de Hodge y su movimiento de cabeza casi imperceptible.

—Tonterías, Hewitt. He venido porque me ha invitado la tía abuela. Así que apártate y déjame pasar. Has engordado mucho desde la última vez que nos vimos; no puedo evitar pensar que no te hará ningún bien, y menos con este clima tan cálido. —Miró su rostro con una compasión empalagosa—. Te veo muy acalorado y nervioso; rojo y todo. Vete a descansar. Buenas noches, no te entretengo más.

Hodge reprimió la sonrisa que empezaba a dibujársele y dijo en tono cortés:

—Su habitación habitual está lista, señorita Antonia. Y la cocinera ha preparado su cena favorita. Antonia, aun sabiendo que no era cierto, no pensó que el mayordomo mintiera. Tras dedicarle otra dulce sonrisa a Hewitt, que refunfuñaba indignado, pasó al vestíbulo sin titubear.

Su primo se turbó aún más cuando dos lacayos bajaron corriendo las escaleras para sacar el

equipaje de Antonia del carruaje. Ignorado por todos, se puso el sombrero y se dirigió a Piccadilly echando chispas.

Hodge sonrió a Antonia y dijo:

—Llamaré a la señora Hodge y haré que le prepare la habitación de inmediato, señorita Antonia.

¿Desea ver a *milady* directamente?

Antonia le sonrió también.

—Acabas de decir que ya estaba lista, Hodge. ¿No era cierto?

—Habrà sido un lapsus, señorita Antonia —respondió con indiferencia—. *Milady* estará encantada de verla, si me permite el atrevimiento. Está en el salón azul. ¿Quiere que la acompañe?

—Gracias, Hodge, pero conozco el camino. —Antonia, feliz de estar de nuevo en la reconfortante familiaridad de su antiguo hogar, subió corriendo las escaleras. Solo faltaba Donna para que volviera a ser como en los viejos tiempos; pero cuando le informó de que iba a huir a Londres, su compañera aceptó a regañadientes quedarse a vigilar la casa Dower.

Antonia se detuvo e hizo amago de llamar a la puerta de su tía abuela. Recordó el inusual arrebató de furia que le dio a Donna cuando se percató del extremo al que la había llevado el duque. Antonia había subido a la calesa con las instrucciones que le voceó la señorita Donaldson a Jane resonando en los oídos: «Jamás de los jamases permitas que ese hombre vuelva a cruzar este umbral. ¿Entendido?».

La tía abuela había perdido oído, así que Antonia aporreó la puerta y, un tanto preocupada por si asustaba a *lady* Granger, se asomó al resquicio. La anciana tenía más de ochenta años y, pese a que había mejorado hacía poco, su estado de salud era incierto.

Lo único que se veía era lo alto de un elaboradísimo gorro de encaje por encima del respaldo de un sillón orejero con mucho brocado. Un fueguito ardía en la chimenea pese a que era una noche calurosa. A un lado había un bastidor y una cesta con sedas.

—¿Eres tú, Hodge? —La voz de *lady* Granger seguía siendo igual de fuerte y autoritaria que siempre—. ¿Se ha ido el tonto ese de mi nieto? ¡Cree que no sé por qué viene! Se sienta ahí a parlotear y a mirarme con esos ojos anodinos como si estuviera calculando cuánto debería medir mi ataúd y a preguntarme por el testamento. ¡Bah! ¿Cree que soy tonta?

Antonia sonrió para sí. La anciana era igual de franca que muchas de sus coetáneas, educadas en los modales más toscos del reinado del segundo Jorge. Era muy propensa a usar un lenguaje inmoderado y manifestaba abiertamente su admiración por un joven apuesto, de tal modo que provocaba sonrojos y risas en las mujeres más jóvenes que ella.

Antonia adoraba a su tía abuela. Estaba a punto de llamarla por su nombre, cuando la anciana le pidió:

—Y tráeme mi brandi, Hodge, que me quite el sabor del jerez insípido que me ha obligado a beber Hewitt.

Antonia cogió la bandeja de la mesa auxiliar y se la llevó a su tía.

—¡Cielo santo! Antonia, hija, ¿eres tú de verdad? —*Lady* Granger abrió los brazos y Antonia se arrojó a ellos; una nube de olor a rosas, polvos de arroz y encaje la envolvió—. Qué alegría verte.

—Perdón por venir sin avisar. Espero no haberte asustado, tía abuela. —Antonia se sentó en el escabel que había junto a *lady* Granger y le tomó la mano. Le sorprendió lo fina y apergaminada que tenía la piel, pero el pulso le latía con fuerza y los ojos de la anciana brillaban con perspicacia—. Al leer tu carta, me alegré tanto de que te encontraras mejor que acepté tu invitación de inmediato.

Le sonó falso hasta a ella, y *lady* Granger no se lo creyó.

—Ahora dime la verdadera razón por la que estás aquí —exigió saber. Le levantó la barbilla con la yema de un dedo huesudo y la miró a la cara—. Supongo que esas ojeras te las ha causado un hombre. ¿Cuál?

Capítulo veintidós

La franqueza de la anciana turbó a Antonia y la hizo confesar:

—Marcus Renshaw, duque de Allington.

—Allington, ¿eh? —Un destello travieso iluminó los ojos de *lady* Granger—. Me pregunto si será un bribón igual de guapo que su abuelo. ¡Menudas piernas tenía ese hombre! ¡Qué bien le sentaban los pantalones de satén por la rodilla! ¡Cogía la vida por los cuernos! —Rio entre dientes con nostalgia—. Estuve a puntito de casarme con él, pero era demasiado libertino, incluso para mí.

—Su nieto es guapo, sí —reconoció Antonia con tristeza—. Y arrogante, y licencioso.

—Y supongo que lo amas, ¿no?

—Sí —admitió Antonia.

La anciana levantó un dedo en señal de advertencia.

—Ni se te ocurra llorar. Recuerda quién eres y enorgullécete. Ningún hombre así se merece ni una sola lágrima, te lo digo yo.

Antonia se mordió el labio.

—No voy a llorar por él.

Empezaba a creer en los rumores que había oído sobre su tía abuela: que había sido un bellezón, la amante de hombres poderosos, se decía, incluso; una de las personas más importantes del país. De pronto clavó sus ojos brillantes en ella.

—¿Por qué has huido, niña? ¿Se ha portado mal contigo? ¿Le has permitido que se tome ciertas libertades? Recuerdo a Edmund Renshaw y sus maneras de conquistar a las damas. Como su nieto te haya seducido, estará en el altar antes de que acabe la semana, aunque tenga que amenazarlo con la escopeta.

—No —negó Antonia a la vez que se sonrojaba intensamente al recordar lo cerca que había estado de ceder a la urgencia de su cuerpo duro en la orilla del río aquella noche; cómo había reaccionado a sus besos en el invernadero.

—¿Seguro, señorita? —La tía abuela tomó un sorbo de brandi y guardó silencio mientras la señora Hodge traía una comida ligera, ponía la mesa y se marchaba tras hacer una reverencia.

Caviló en silencio mientras Antonia comía. Cuando finalmente apartó el plato, le preguntó:

—Entonces ¿por qué acudes a mí?

—Marcus no me quiere y no soporto verlos a él y a su amante ni un minuto más —admitió Antonia, poniéndose de pie y acercándose a la ventana para mirar la calle. Ya estaba completamente oscuro, salvo por los faroles de los portales.

—¿Que tiene una amante? Mira que permitir que te enteraras... Hay que ser torpe y necio. Los jóvenes de hoy en día carecen de elegancia. Su abuelo nunca habría presumido de querida delante de la chica a la que cortejaba. ¿Se te ha declarado?

—Me pidió matrimonio, pero lo rechacé.

—Me alegra saber que tienes tanto espíritu, mi niña. Y me alegro de que hayas tenido la sensatez de acudir a mí, aunque, al ser fin de temporada, la ciudad está un poco desierta. —*Lady* Granger reflexionó un momento—. No se me ocurre ningún hombre disponible que haga que dejes de pensar en ese libertino. Marcus Renshaw es muy cotizado —dijo con un suspiro—. Dudo que encuentres otro partido igual de bueno, pero lo importante es que seas feliz.

»Vuelve a sentarte a mi lado, niña. Puedes quedarte el tiempo que quieras; estaremos bien juntas. Antonia apoyó la cabeza en el regazo de la anciana, que le acarició el pelo con suavidad. Cerró los ojos y dejó que sus sabias palabras calaran en ella.

—A la larga lo olvidarás. Eres joven, hermosa e inteligente. Hay muchos más peces en el mar.

A la mañana siguiente vinieron Hewitt y su hermano menor, Clarence, acompañado por su flamante esposa, quien, según concluyó Antonia tras su brevísimo encuentro, era tonta de remate.

Las damas apenas habían terminado de desayunar cuando llegaron.

A *lady* Granger no le hizo ninguna gracia que la interrumpieran de buena mañana.

—No sé qué he hecho para merecer unos nietos tan tontos —le confió a Antonia sin molestarse en bajar la voz—. Ninguno de los dos sabe por dónde sopla el viento, pero eso no les impide meter las narices en mis asuntos a la menor oportunidad.

Las indecorosas manchas en la tez de Hewitt indicaban que había oído al menos una parte de su comentario, pero se tragó la rabia y se apresuró a besar la mano de su abuela y preguntarle por su salud en tono condescendiente.

Clarence imitó a su hermano mayor. Aunque se llevaban dos años, ambos tenían el rostro rubicundo y eran corpulentos, por lo que parecían gemelos.

Clarence se volvió hacia su prima y le presentó a su esposa con el aire de un hombre que exhibe una joya rara. Emilia Granger era al menos diez años más joven que su esposo. Era rubia y frívola y sonrió con afectación a Clarence, quien se hinchó de orgullo al ver la ostensible adoración con que lo miraba.

A Antonia le asombró que hubiera mujeres que mirasen a su primo con adoración, hasta que la señora Granger abrió la boca.

—¿Ya ha estado usted en Londres, señorita Dane? Ah, sí, qué tonta soy, lo había olvidado. Clarence me dijo que vivía aquí. ¡Madre mía, qué gansa soy! —Rio tontamente; su risa no discernía mucho del canto de una gallina de Guinea la mar de irritada, y siguió cotorreando—. Llegamos un poco temprano, ¿no? Pero mi querido cuñado estaba empeñado en visitarlas. Anoche dijo...

Incluso una mujer así de estúpida se daría cuenta de la mirada furiosa que le estaba echando su cuñado. Emilia se ruborizó de la vergüenza y guardó silencio.

Hewitt la miró ceñudo hasta que estuvo seguro de que no hablaría más y, de nuevo, volvió a centrarse en Antonia.

Antonia, al cruzar la mirada con él, se movió incómoda y se acercó a su tía abuela, que les espetaba a sus visitantes:

—Sentaos, sentaos. No os quedéis ahí dando vueltas como una bandada de palomas. ¿Qué quieres, Hewitt? Ya viniste anoche.

Emilia, a quien a todas luces aquella aterradora anciana le daba un miedo cerval, chilló y soltó el bolso. El contenido se desparramó y ella se apresuró a recogerlo, con las mejillas sonrojadas.

Los dos hombres se sentaron con decisión en sendos extremos del sofá que tenía su abuela delante.

—¡Ja! Como dos sujetalibros, e igual de listos —se mofó *lady* Granger.

Se hizo el silencio. Clarence lo rompió al carraspear.

—Bueno, abuela. —Se puso a jugar con el pañuelo que llevaba al cuello—. Aunque todos somos conscientes de tu delicado estado de salud y de que tu médico te ha recomendado reposo...

—Tonterías. Ya he despedido a ese viejo tonto, como bien sabéis. El joven y guapo doctor Hardcastle (solo con verle la cara ya me encuentro mejor) descarta esas sandeces.

—Sea como fuere —continuó Clarence con entusiasmo—, nos preocupaba que la presencia de nuestra prima te agotara. Por eso hemos venido a proponerle que se aloje con nosotros durante las semanitas que estés en Londres, prima —añadió, volviéndose hacia Antonia.

—Antonia se queda —espetó la anciana, provocando otro espasmo de miedo que sacudió el delgado cuerpo de Emilia.

—Además, pretendo quedarme bastante tiempo..., meses, de hecho. Así pues, me niego en redondo a abusar de vuestra amabilidad viviendo con vosotros en la calle Wimpole. —Antonia sonrió dulcemente a Emilia y agregó—: Y de ninguna manera me inmiscuiría en la vida de unos recién casados.

La señora Granger estaba tan incómoda que volvió a caérsele el ridículo.

—Qué mujer más tonta —masculló la tía abuela en un tono bastante audible. Luego, alzando la voz, añadió—: Tenemos que ir a todas las tiendas de ropa para que Antonia renueve el armario de arriba abajo. Voy a comprar las novelas y volúmenes de poesía recién publicados para que los leamos juntas. Y, por supuesto, hay que dejar Londres cuanto antes e ir a Bath, tal vez, o a Brighton. ¿Qué te parece, Hewitt? Por supuesto, solo una casa en la mejor zona y con tanta premura costará sin duda un dineral. Pero hay que disfrutar mientras se pueda, ¿no?

Hewitt se había tapado los ojos con la mano y murmuraba en voz baja para sí. Antonia creyó captar las palabras:

—El dinero, el dinero...

Lady Granger tiró del cordón de la campanilla que tenía a un lado.

—Vosotros podéis quedaros aquí si lo deseáis, pero nosotras estábamos a punto de salir. Antonia, ¿te dije anoche que voy a llevar mis pendientes y mi collar de diamantes a Garrard para que los pulan y los reengasten para ti? Podemos hacerlo de camino a la modista. —Y así, tras angustiar del todo a Hewitt, sonrió benignamente a sus nietos y, apoyándose en el brazo de Antonia, cruzó la estancia con paso lento pero firme.

Cuando, más tarde, se sentaron a almorzar, a Antonia le sorprendió descubrir lo efectivo que era ir de compras para mantener a raya un corazón roto. Aún se estremecía al pensar en Marcus, pero estaba más animada y esperaba con ansias las próximas semanas. Al menos no tenía que estar temiendo constantemente encontrárselo.

—Me voy a acostar un rato —anunció la tía abuela—. No, no, no estoy cansada. —Desestimó con un gesto la preocupación de Antonia—. El doctor Hardcastle me ha dicho que ahorre fuerzas. ¿Qué tal si te vas a dar un paseo por el parque? ¿O prefieres que te lleve uno de los mozos?

—Gracias, tía abuela, pero creo que iré andando. Me he acostumbrado a caminar desde que vivo en Hertfordshire y confieso que echo de menos hacer ejercicio. —Besó su arrugada mejilla y subió a ponerse el sombrero y la pelliza.

Con una de las doncellas pisándole los talones, Antonia se dirigió con brío a Hyde Park. Green Park estaba más cerca, pero las extensiones más abiertas del parque más amplio la atraían. Asimismo, hacía un sol espléndido esa tarde y corría una brisa suave.

Antonia dio un agradable paseo, aunque se alejó más de lo previsto. Finalmente, se encaminó hacia su casa, para gran alivio de Julia, la doncella, quien, a juzgar por el creciente número de suspiros que profería, no estaba acostumbrada a las largas excursiones de ese tipo. Un suspiro particularmente fuerte distrajo a Antonia, que tropezó con una mata de hierba y se torció el

tobillo.

—Oh, señorita Antonia, ¿se encuentra usted bien? —inquirió Julia, preocupada, mientras Antonia hacía una mueca y se frotaba el costado de la bota de cabritilla.

—¡Ay! Menudo tirón me he dado, pero no creo que me haya hecho un esguince. —Se estremeció al plantar el pie en el suelo con cuidado—. Si me apoyo en tu brazo, iré bien.

Habían iniciado su lento regreso al hogar, cuando oyeron a su espalda las ruedas de un carruaje y a alguien gritar:

—¡Prima! ¿Qué te ha ocurrido?

Al volverse, Antonia vio a Hewitt en un carruaje reluciente tirado por un bayo muy vistoso.

—Me he torcido el tobillo, Hewitt, no es nada.

Hewitt se apeó de un salto.

—Vuelve conmigo, prima. Insisto.

El primer instinto de Antonia fue negarse, pero la idea de ir por el parque cojeando notoriamente no la atraía, y empezaba a dolerle el tobillo.

—Gracias, Hewitt. ¿Hay sitio para mi doncella?

—¡No! —exclamó Hewitt, horrorizado solo de pensarlo.

—Está bien. Julia, me temo que tendrás que volver andando a la calle de la Media Luna.

—Hewitt, ten cuidado —dijo Antonia con voz entrecortada dos minutos después, cuando Hewitt tomó una curva tan cerrada que el vehículo se tambaleó. Sospechaba que había elegido tanto el caballo como el carruaje por su aspecto vistoso en lugar de por su calidad, y no estaba del todo segura de que supiera controlar a ninguno de los dos.

—Si así te quedas más tranquila, iré más despacio. No hay que asustar a las damas. —Tiró de las riendas y miró con lascivia a Antonia, que colocó su sombrilla con determinación en el asiento que los separaba.

Antonia apartó la mirada de su rostro y se puso a hablar de lo bellos que estaban los arbustos y lo verde que estaba la hierba a pesar del calor.

Hewitt interrumpió bruscamente su enérgico comentario sobre horticultura para decir:

—Pedazo de caballo.

Antonia se giró, pero no le hizo falta seguir el látigo con el que lo señalaba su primo. El magnífico semental negro que salía a paso controlado por uno de los caminos laterales atraía las miradas de cuantos había alrededor. Pero, tras echarle un vistazo, Antonia no se centró en el caballo, sino en su jinete.

Marcus controlaba al brioso animal con una mano; con la otra se bajaba el ala del sombrero para devolver el saludo a los numerosos transeúntes.

—Sigue, Hewitt —le ordenó Antonia con firmeza, pero su primo había frenado casi hasta detenerse y no le hacía caso—. Cierra la boca, hombre, que no es más que un caballo.

¿Qué hacía ahí Marcus? Solo habían pasado tres días desde la espantosa velada en Brightshill, y ahí estaba, cabalgando tan campante por Hyde Park. Una cosa estaba clara: no la había seguido, pues ¿cómo iba a saber su paradero con todas las precauciones que había tomado para ocultar sus pasos?

Le latía tan fuerte el corazón que estaba segura de que su primo, sentado a su lado, lo oiría. No podía apartar los ojos de Marcus, erguido en la silla.

Sus botas eran del mismo negro bruñido que el animal que tenía debajo, y su traje de montar estaba impecable. La ligera brisa le movió el cabello cuando se levantó el sombrero, y Antonia apretó los dedos para reprimir el familiar deseo de atusárselo.

—Es Allington, ¿no? —inquirió Hewitt—. Me pregunto si me diría dónde consiguió esa bestia.

—Va, Hewitt, llévame a casa, que me duele el tobillo y seguro que se me está hinchando.

—¿Qué? Ay, prima, perdona. —Hewitt, que bajó de las nubes al oír su voz estridente, se sobresaltó y aflojó el agarre. El caballo, al percatarse de la ausencia de control, echó a trotar y el carruaje se tambaleó. Antonia, que perdió el equilibrio, se agarró al brazo de Hewitt con ambas manos, y así estaba cuando los vio Marcus.

Instó al semental a avanzar y se puso a la altura del carruaje mientras Hewitt volvía a recuperar el control.

Hewitt logró quitarse el sombrero sin que se le escapasen ni él ni las riendas.

—Excelencia.

—Ya sabe más que yo, señor. Pero seguro que la señorita Dane nos presenta. A sus pies, señora.

—Volvió a ponerse el sombrero de copa y enarcó una ceja—. No esperaba encontrarla aquí, señorita Dane.

—Normal —replicó Antonia. Alzó el mentón y dejó la mano apoyada en el brazo de su primo—. Permítame que le presente a mi primo, el señor Granger. Hewitt, el duque de Allington.

Los caballeros se inclinaron ante el otro con rigidez. Hewitt le dio una palmadita a Antonia en la mano con aire posesivo.

El semblante de Marcus no resumaba nada aparte de la afable amabilidad que muestra un caballero cuando se le presenta a alguien nuevo y aburrido, pero Antonia, que lo conocía como la palma de su mano, advertía que estaba ojo avizor.

Un demonio en su interior le hizo poner la mano libre sobre la de Hewitt.

—Nos perdonará, excelencia, pero llevamos fuera un tiempo y estoy exhausta. Va, Hewitt, llévame a casa.

Marcus sonrió con un sarcasmo de lo más desagradable. No creía ni una palabra, y Antonia lo sabía.

—En ese caso, señora, no la detendré.

Para su disgusto, Marcus se quitó de nuevo el sombrero y se alejó al galope sin preguntarle su dirección.

«Tampoco se la habría dado».

Antonia se alegró de apearse frente a la casa de su tía abuela. El lacayo la ayudó a bajar con cuidado y ella se despidió de Hewitt con la mano mientras, renqueando, subía los escalones del brazo de James.

Para su alivio, su primo no mostró ningún deseo de entrar con ella; le preocupaba que se hubiera excedido en el parque y que él intentara averiguar a qué venía su inesperado afecto. Pero no, Hewitt era demasiado estúpido para darse cuenta de esas cosas, se dijo para tranquilizarse.

Al día siguiente, seguía teniendo el tobillo entumecido. *Lady Granger*, al no lograr convencerla de que dejara que se lo viera su médico, insistió en que aprovechara la mañana para descansar y apoyase el tobillo en un escabel. La anciana había ido a visitar a una conocida suya que estaba enferma y había prometido volver a tiempo para almorzar.

Antonia se sentó obedientemente a leer el último volumen de la obra de Lord Byron. Muchas damas lo habrían considerado demasiado impactante para que lo leyera una joven soltera, pero *lady Granger* lo había disfrutado muchísimo y no tuvo reparos en cedérselo a su sobrina.

Pese a que tenía la perturbadora tendencia de visualizar el rostro de Marcus cada vez que leía una descripción del héroe, Antonia estaba absorta en *Manfredo* cuando Hodge abrió la puerta y anunció:

—Señorita Antonia, el señor Granger.

Refunfuñó para sus adentros. Desearía haberle pedido a Hodge que dijera que no estaba en casa. Pero entonces no dejaría pasar a nadie...

Hewitt entró en tromba en la habitación.

—Querida prima, ¿cómo está tu...? —Se quedó perplejo cuando se disponía a nombrar una parte de la anatomía femenina y terminó sin convicción—: ¿Lesión?

—Mucho mejor. Gracias, primo —dijo Antonia con frialdad. ¿A qué había venido?—. Siéntate, haré que te traigan un refrigerio.

Hewitt no hizo amago de sentarse; en su lugar adoptó una actitud que mostraba una cantidad excesiva de su chaleco de seda color carmesí.

—Qué chaleco más llamativo —dijo Antonia con un hilo de voz, observando la prenda con horrible fascinación. Entre eso y los pantalones amarillo chillón que remataban el conjunto, se estaba poniendo de mal humor de buena mañana.

—Sabía que lo apreciarías —dijo exultante—. Pensé «una mujer de buen gusto como mi prima Antonia apreciará esta prenda». Es más, te diré que me la he puesto especialmente para ti. —Quiso guiñarle el ojo con picardía, pero más bien dio la impresión de que la miraba con lascivia.

—No me digas. —Antonia estaba sin palabras y cada vez más incómoda. Deseó alcanzar la campanilla y llamar a Hodge.

Hewitt la miró con más cariño aún si cabe, hincó una rodilla en el suelo a su lado y le agarró la mano derecha con sus manos húmedas.

—Señorita Dane. Prima. Antonia. ¡Sé mía, te lo suplico! Di que aceptarás ser la señora Hewitt Granger.

Antonia miró horrorizada la cabeza inclinada sobre su mano y se hizo daño al intentar ponerse de pie y zafarse de su agarre.

Hewitt malinterpretó su gesto y se puso de pie con torpeza y la abrazó resueltamente.

—No —exclamó mientras Hewitt se disponía a besarla quisiera o no; pero el pecho de su primo ahogó su grito.

Alguien tosió con disimulo a su espalda y Hodge anunció:

—Señorita Dane, su excelencia, el duque de Allington.

Capítulo veintitrés

Antonia sabía que estaba roja de vergüenza. Intentó liberarse, pero Hewitt se aferró a su mano hasta que ella se zafó con un tirón brusco.

—Buenos días, excelencia. Tome asiento.

Le sorprendió lo tranquila que parecía cuando por dentro temblaba. Ciertamente, estaba algo mareada. Le dolía el tobillo, pero en comparación con su respuesta a los abrazos de Hewitt, no era nada.

Tras armarse de valor, miró a Marcus. Esperaba hallar una señal de que estaba celoso; un atisbo de que le dolía verla en brazos de otro hombre.

Sin embargo, la observó con expresión cortés. No parecía estupefacto, ni consternado ni celoso en lo más mínimo al encontrar a la mujer a la que recientemente había propuesto matrimonio en brazos de otro hombre.

—Qué bien que haya venido —continuó Antonia, desesperada—. ¿Le apetece un refrigerio? Hewitt, toca la campana antes de sentarte.

—Gracias, señorita Dane. —Marcus se sentó y cruzó las piernas, sonriendo educadamente a ambos primos—. Me alegro de volver a verlo, señor Granger. Me preguntaba dónde habría adquirido el llamativo ejemplar que conducía ayer.

«Para no acudir al mismo vendedor, sin duda», pensó Antonia con mordacidad.

Confiaba en que Hewitt se fuera, pero al recibir tantos halagos y atención, su primo se arrellanó y se puso a hablar de cómo había encontrado el caballo de tiro perfecto.

Marcus cruzó la mirada con Antonia y le guiñó un ojo claramente. Con todo, la joven apenas pudo contener la risa que le subió por la garganta. Marcus no podría haber tenido una idea mejor para animar a Hewitt a que hiciera alarde de su pomposa vanidad, y ahora el duque la estaba invitando a disfrutar del espectáculo con él.

Logró dominarse, aunque no sin esfuerzo. A su lado, Hewitt, consciente por primera vez de que el otro hombre no solo estaba pendiente de él, calló de golpe.

Ante el súbito silencio, Antonia se apresuró a preguntar:

—¿Cómo ha obtenido mi dirección, excelencia?

—¿Su dirección? No he venido a verla a usted, señorita Dane, sino a *lady* Granger. —Marcus sonrió—. Ha sido una mera y grata casualidad. ¿Sabía usted, señor Granger, que la señorita Dane y yo somos vecinos en Hertfordshire?

—No, no lo sabía —dijo Hewitt con sequedad—. Como tampoco sabía que conocía usted a mi abuela.

—No tengo el gusto de conocer a *milady* en persona, pero ella y mi abuelo eran buenos amigos. Cuando me enteré de que se encontraba mejor y de que volvía a aceptar visitas, vine corriendo a saludarla, como es natural. No quería dejarlo para cuando fuera tarde.

—Le aseguro, excelencia —le espetó Antonia— que mi tía abuela goza de muy buena salud. Por muy enternecedora que sea su preocupación, no hacía falta que viniese corriendo como si estuviera al cabo.

—Sí que está muy débil —añadió Hewitt a toda prisa, como para tranquilizarse.

En ese momento entró la susodicha, que no aparentaba más de sesenta y cinco años y llevaba un atuendo de seda color malva a la última moda con mucha dignidad. Ambos hombres se pusieron

en pie como un resorte, pero la señora ignoró por completo a su nieto y le echó a Marcus una mirada penetrante antes de tenderle la mano.

—Vaya, vaya. No hacía falta que Hodge me dijera quién había venido. Qué bribón más apuesto, igual que tu abuelo. Siéntate, no soporto que la gente se quede ahí de pie sin hacer nada. ¿Qué haces aún aquí, Hewitt? Todo el día aquí dando la lata; todo el santo día. Vete a tu club si no soportas volver a casa y ver a la pánfila con la que se ha casado tu hermano.

Hewitt, tras decidir que ser menospreciado por su abuela frente al duque era perjudicial para su dignidad, sonrió a Marcus como diciéndole que la anciana estaba senil y se retiró con una mirada significativa a Antonia.

Marcus se sentó y, aparentemente a gusto, le devolvió la sonrisa a la mujer, aunque Antonia se preguntó si se habría topado con una anciana tan aterradora en su vida.

—Entonces, ¿cree que me parezco a mi abuelo, señora? —preguntó.

—Como dos gotas de agua. Habría sabido que eras un Allington en cualquier parte.

—Y yo habría sabido quién era usted por la descripción que me hizo mi abuelo.

—¡Y qué más! —*Lady Granger* mostró su incredulidad con un gesto, pero Antonia advirtió que estaba contenta—. Apuesto a que no te lo contó todo sobre nuestra relación.

La inapropiada insinuación hizo sonrojar a Antonia, pero Marcus rio.

—Lo suficiente para darme envidia, señora.

Ambos entablaron una conversación que sutilmente excluía a Antonia.

Se sentó a un lado a observar el rostro de Marcus, su abanico de expresiones y el movimiento de sus manos, y a escuchar su voz risueña. Lo amaba; nada le apetecía más que correr hasta él, enterrar la cara en la pechera de su camisa y oír el latido de su corazón.

Le dolía sobremanera verlo ahí, en su antigua casa, hablando con su tía abuela, y saber que no había cambiado nada ni iba a cambiar. Sin piedad, se recordó que no podía emparejarse con un hombre con tan pocos principios que presumiría de amante delante de ella. Y si eso significaba que tenía que vivir el resto de su vida como soltera, pues que así fuera. Si no podía estar con el mejor, no estaría con ninguno.

Tampoco es que tuviese alternativa. Marcus le había dejado muy claro que no había venido por ella, y su reacción al ver a Hewitt había sido de total indiferencia.

Antonia se fijó en que Marcus estaba de pie, despidiéndose. Cuando volvió a inclinarse sobre la mano de *lady Granger*, vio que su tía abuela asentía con decisión, como si hubiera resuelto un acertijo complicado.

Antonia hizo una ligera reverencia y dijo:

—Que tenga un buen día, excelencia.

«Y hasta siempre», susurró para sí.

Mientras se vestía para ir a Almack's esa noche, Antonia descubrió que llevar una vida de solterona no reducía el placer que experimentaba al ponerse un vestido nuevo. El fino atuendo de gasa plateada que portaba sobre la enagua de un jade intenso le sentaba como un guante, sobre todo al combinarlo con los pendientes y el collar de diamantes de su tía abuela, que había ido a por ellos a la joyería esa misma tarde.

Mientras esperaba a que llegara el carruaje, la tía abuela Honoria la miró con aire crítico y dijo:

—Estás muy guapa esta noche, querida: te sienta muy bien ese sencillo peinado griego. Pero no estás de buen humor, ¿no? Es por Allington, ¿a que sí?

Antonia asintió en silencio.

—Entiendo por qué te has enamorado de él. ¿No puedes perdonarlo? Los hombres son seres

falibles.

—No, nunca —insistió Antonia—. Exhibió a su amante delante de mí y, además, no me quiere. La conversación se vio interrumpida por la llegada del carruaje de los Granger. Aunque se resistía a ir acompañada de Emilia, Antonia sabía que no tenía muchas más opciones: no se podía esperar que la tía abuela Honoria asistiera a todas las fiestas nocturnas con su sobrina.

En cuanto llegaron a Almack's, Antonia aceptó que la sacasen a bailar. No le disgustó que, para cuando hubo acabado la canción, se hallara en el otro extremo de la sala, lejos de sus parientes. Se encontró con la familia de sir George Dover, otro vecino de Hertfordshire, y no tardó en entablar conversación con sus dos preciosas hijas.

La señorita Kitty dejó a medias la descripción del maravilloso almacén de sedas que había visitado el día anterior.

—... y tela para dos vestidos por poco más de lo que una esperaría pagar por tela para uno... — Y se sonrojó.

Antonia se volvió para seguir su mirada y vio a Marcus entrar. A pocos hombres les quedaba tan bien el sobrio traje de noche que exigían las patronas de Almack's, pensó. Se le aceleró el pulso y se abanicó las mejillas, pues temía estar igual de colorada que la señorita Kitty.

—¿No es el hombre más guapo de la sala, señorita Dane? —le susurró Kitty Dover al oído—. ¿Qué digo? Es el hombre más guapo de la ciudad.

Antonia miró embozada a Marcus, en la otra punta de la pista de baile, sumida en el amor incorregible que le profesaba, con un nudo en la garganta que le impedía responder. Confiaba en que no se le notase en la cara lo que sentía.

—¡Ah, que viene! ¡Como me invite a bailar, me muero! —exclamó Amanda, la hermana menor de Kitty.

Marcus atravesó la pista a grandes zancadas mientras se formaba el siguiente grupo. Antonia se dio cuenta de que muchas mujeres no perdían de vista su elegante avance, y cuando se detuvo ante las tres jóvenes, se inclinó y luego se dirigió a ella, fue consciente de que varias la fulminaron con la mirada.

—Buenas noches, señorita Dane. Señorita Dover. Señorita Amanda. Señorita Dane, ¿me concedería el honor de acompañarme en este cotillón?

—Lo siento, excelencia, pero me duele la cabeza y no puedo bailar. Disculpadme —les dijo a las muchachas mientras descorría una cortina y entraba en una de las salitas de descanso.

La sala estaba desierta, ni siquiera contaba con la presencia de la criada que normalmente se encontraba allí, pertrechada con sales aromáticas, un acerico y demás elementos esenciales para sacar a las damas de cualquier apuro.

Antonia trató de respirar con normalidad. Había sido una estupidez reaccionar así. Al fin y al cabo, se dijo en un intento por quitarle hierro al asunto, si acudía al local más distinguido de la ciudad, normal que estuviese allí Marcus. Debía acostumbrarse a verlo.

Un paso a su espalda la hizo girarse.

—Marcus, no deberías estar aquí, es muy inapropiado. Como nos vean, van a pensar..., a asumir...

—Y no se equivocarían —comentó con calma mientras la estrechaba de una forma que no admitía discusión.

A pesar de eso, Antonia intentó liberarse, aunque fuera por su autoestima, pero Marcus la abrazaba con fuerza por la cintura y, cuando acercó los labios a los suyos, dejó de resistirse. Olvidó el recato y lo que era correcto en cuanto la mordisqueó con delicadeza en el arco del labio superior, tan sensible.

Antonia sucumbió al beso del único hombre al que amaría jamás, y cuando él lo profundizó, ella reaccionó del mismo modo: besándolo con tanta vehemencia que, más que oír, sintió su gruñido en respuesta.

Finalmente, Marcus dejó de besarla, pero no la soltó. En su fuero interno, Antonia reconoció que le parecía bien, pues le temblaban demasiado las piernas como para mantenerse en pie.

El duque la miró contento. Se le habían oscurecido los ojos del deseo, pero también le brillaban con picardía.

—Va, reconoce que el tonto de tu primo no te besa así.

Antonia se zafó con rabia.

—Conque por eso me has besado, ¿eh? ¿No porque me desearas a mí, sino porque ansiabas superar a mi primo Hewitt? Pues que sepas que nunca he permitido que el señor Granger me abrace, ni lo haré jamás.

Marcus miró abajo, a los ojos furiosos que resplandecían en su rostro indignado, vio que respiraba agitadamente y juzgó que era el momento adecuado para llevar a cabo lo que había planeado hacer desde que había ido a la ciudad a buscarla.

—Pero a mí sí que me permites abrazarte. Va, Antonia, dejemos de marear la perdiz. Di que serás mi esposa y acabemos con esta farsa de una vez.

—No es ninguna farsa —dijo iracunda—. Cuando me despose, será con un hombre al que ame y respete, no con uno que solo me despierte un afán primitivo y posesivo.

—Antonia, deja de comportarte como una solterona indignada. A fin de cuentas, no siempre has sido tan remilgada. —Marcus gruñó para sus adentros en cuanto hubo pronunciado esas palabras. «Serás bocazas», se dijo.

Ahora su rostro reflejaba dolor y rabia, pero, aun así, Marcus no estaba preparado para el escozor que sintió cuando le dio una bofetada.

Con un sonido a caballo entre una maldición y un sollozo, Antonia abandonó la sala de descanso con tanta rapidez que acabó en la pista de baile. En ella estaba teniendo lugar una majestuosa danza con figuras complicadas que se desplazaban despacio por el salón. Su intromisión hizo que varias parejas perdieran el compás, pero les incomodó aún más que Marcus fuera hasta ella, la agarrara de las manos y les hiciera un hueco en la fila a la fuerza.

—¿Qué te crees que haces? —susurró Antonia mientras se disculpaba con la mirada con las parejas de ambos lados.

—No me has dejado terminar —dijo Marcus entre dientes esbozando una sonrisa diplomática que le costó horrores—. Y si la única forma de que no vuelvas a pegarme es conversando en la pista de baile, eso haremos.

Habían llegado a la cabeza de la fila. Para su horror, esto los puso directamente bajo el escrutinio de *lady* Jersey. Por sus cejas arqueadas, Marcus dedujo que su irregular entrada no le había pasado desapercibida a la patrona. Con la esperanza de no haber frustrado por completo las posibilidades de que Antonia lo aceptara, Marcus le dirigió una sonrisa encantadora a *milady*, lo que suavizó su pétrea mirada.

Hizo girar a Antonia y se colocaron en el centro del círculo.

—Nos mira todo el mundo —masculló Antonia. Hizo una reverencia e inició la compleja secuencia de pasos con su acompañante mientras las demás parejas los rodeaban. Su porte era perfecto; su mirada, febril.

—¿Quieres hacer el favor de dejarte de tonterías y decir que sí? —exigió Marcus, manteniendo un tono distendido.

Se le calentaron las mejillas.

—¡Shh!

Los pasos los separaron y los volvieron a unir.

—Lo digo en serio, Antonia —le advirtió.

—No puedes obligarme —replicó ella, aún en susurros.

Ahora iban de la mano, caminando de costado y en fila.

—Te quedarás en esta pista de baile hasta que me contestes —quiso suplicar Marcus, pero endureció la voz con determinación.

Se percató de que había quienes se volvían hacia ellos y de que, entre los espectadores, algunas mujeres cuchicheaban tras sus abanicos. Antonia dio media vuelta para atravesar el gentío y escapar, pero Marcus era mucho más veloz que ella. La agarró de las muñecas para que no perdiera el compás.

—Cásate conmigo, Antonia. Sabes que es lo que tiene que pasar —insistió mientras giraban.

—Jamás. Nada de lo que hagas o digas me convencerá de que me case contigo, Marcus Renshaw.

A esas palabras las siguió un súbito silencio cuando el cuarteto de cuerda dejó de tocar.

Horrorizada, Antonia miró a su alrededor para comprobar que todos los bailarines que la rodeaban la habían oído. La pista no se la tragó, así que se recogió las faldas y se abrió paso entre la multitud.

Una vez fuera, sin capa ni sombrero, hizo señas a un coche de alquiler que pasaba. Al cochero le sorprendió ver a una dama sola haciéndole señas a las puertas de Almack's, pero fue educado y la llevó a la dirección que le había indicado entre balbuceos.

Hodge, con la licencia de un antiguo sirviente de la familia, se escandalizó sinceramente al verla regresar sola.

—¡Señorita Antonia! ¿Y la señora Clarence? ¿Y su capa y su sombrero? ¿Qué le ocurre?

—No importa. No te agobies, Hodge. Tú paga al cochero y mándame a mi doncella.

Antonia logró guardar las formas hasta que la doncella la ayudó a ponerse el camisón. A continuación dispensó a la muchacha.

—Gracias, eso es todo. Por favor, asegúrate de que *lady* Granger sepa que he vuelto, pero dile que me duele la cabeza y que la veré en el desayuno.

Antonia se dejó caer en la cama, se cogió la cabeza con ambas manos y se desfogó. Le palpaban las sienes bajo los dedos y aún le ardían las mejillas del bochorno.

Al día siguiente, toda la flor y nata sabría que había dado un espectáculo grotesco en Almack's y que, para colmo, había rechazado de manera humillante al duque de Allington.

Nunca le perdonaría semejante ignominia, aunque se la hubiera buscado, pensó con amargura.

Antonia gimió. Pensar que había ido a Londres en busca de refugio... Ahora tendría que retirarse de nuevo a Hertfordshire y rusticar hasta que otro escándalo despertara el interés de la clase alta y se olvidaran de ella. Su tía abuela tampoco la perdonaría, por muy liberal que fuera.

En ese momento llamaron a la puerta principal, la cual oyó pese a tener la puerta del dormitorio cerrada. Sin duda era Hewitt, seguido de Emilia, que chillaba para asegurarse de que no se dejaba ningún sórdido detalle de su desgracia en el tintero. Se oyeron pasos en el rellano y la puerta del salón de su tía abuela se abrió y se cerró. Por más que aguzó el oído, Antonia no oía nada.

La visita duró media hora. Cuando las ruedas del carruaje retumbaron en la calle, se tensó, pues creía que la llamarían para rendir cuentas. Como no fue así, al final se quedó dormida.

Capítulo veinticuatro

A la mañana siguiente, Antonia entró en el salón de desayunos y se encontró con la afable sonrisa de *lady* Granger.

—Buenos días, querida. Confío en que pasases una grata velada anoche.

—Pues no, tía, no fue así. —Antonia se sentó y se quedó mirando el plato—. Seguro que ya te has enterado. Seguro que Hewitt te puso al tanto cuando vino anoche.

—Bah, Hewitt, nunca le hago caso. —*Lady* Granger se quedó en silencio mientras un lacayo traía una jarra de chocolate recién hecho. Cuando se hubo retirado, comentó: —Supongo que querrás marcharte una temporada. Puedes tomar prestado mi carruaje de viaje. Blake, mi cochero, te llevará a Hertfordshire, por supuesto.

Antonia aceptó encantada. Le sorprendió un poco que su tía abuela no le hubiera ofrecido que la acompañara una de sus doncellas. Concluyó que, a pesar de su serenidad, la anciana estaba disgustada con ella.

Unas horas después, Antonia abandonaba Londres con la sensación de que era un paquete indeseado que había que devolver a su remitente.

La tía abuela Honoria se había mostrado cariñosa, pero algo consternada. Antonia concluyó con tristeza que la anciana estaba preocupada por reducir el menoscabo que recibiría la reputación familiar y no la presionó para que hablara.

Blake era un hombre de mediana edad acostumbrado a llevar a una señora mayor, por lo que fue un trayecto estable y sin contratiempos. Al llegar por fin a última hora de la tarde a la Cabeza de Sarraceno en Kings Langley para el último cambio de caballos, Antonia declinó la oferta de la dueña de tomar un refrigerio en un salón privado y suspiró al ver al cochero bajar con fatiga del pescante y entrar a grandes zancadas en la taberna.

Cogió un libro, resignada a esperar al menos media hora, pero apenas hubo empezado a leer, cuando vio los faldones del abrigo del cochero al subir de nuevo al pescante. Pronto atravesaban el campo a una velocidad pasmosa. Los nuevos caballos debían de ser un par excelente, pero, aun así, la conducción de Blake había adquirido un brío y un estilo que no había demostrado en los kilómetros anteriores.

Agradecía que avanzasen tan deprisa. Tenía la esperanza de estar de vuelta en la casa Dower antes del anochecer. Blake tomó el camino correcto en Berkhamsted, giró a la izquierda al llegar al castillo y emprendió el ascenso largo y constante hacia Common.

Antonia dormitó a ratos y luego se despertó sobresaltada por el traqueteo del carruaje.

Qué raro. No recordaba que el camino fuera tan accidentado. Perpleja, miró por la ventanilla y se percató de que no tenía idea de dónde estaban. Blake se habría perdido, y eso que Antonia le había dado instrucciones muy detalladas antes de partir de la calle de la Media Luna.

Irritada, golpeó con fuerza el techo del carruaje con el mango de la sombrilla, pero Blake hizo caso omiso y el vehículo tampoco aminoró la marcha. El enfado de Antonia aumentó. ¿Acaso era sordo? Podrían acabar a kilómetros de distancia de la ruta que debían seguir y las sombras se estaban alargando. Bajó la ventanilla y, sujetándose bien el sombrero, se asomó.

—¡Blake! ¡Detén el carruaje! Te has desviado. —Para su alivio, sintió que el ritmo se ralentizaba. Vio delante un claro con un granero al lado. Al menos así Blake podría dar la vuelta.

Cuando se detuvieron, Antonia abrió la puerta sin esperar a que el cochero la ayudara a apearse y saltó al césped.

—En serio, Blake, esto es inaceptable. A saber dónde estamos.

Blake se había girado y, de espaldas a ella, bajaba del pescante.

Antonia aguardó con impaciencia.

—No hace falta que bajes. Da media vuelta y... —Olvidó el resto de la frase cuando el hombre pisó el suelo y se volvió hacia ella—. ¡¿Marcus?! ¿Qué haces aquí?

El duque se quitó el pesado gabán y arrojó el ajado sombrero de castor al asiento del cochero.

—Secuestrarte, obviamente —repuso con la misma sencillez con la que le ofrecería una taza de té.

Estaba tan atónita que se quedó ahí plantada, mirándolo boquiabierta. No sabía qué decir ni en el hipotético caso de que entendiese lo que sentía.

Marcus llevó a los caballos al granero y se puso a desabrocharles los arneses.

—Sujétales la cabeza un momento mientras bajo las varas.

Antonia obedeció en silencio, preguntándose quién de los dos había perdido el juicio.

Finalmente, Marcus soltó a los animales en un prado cercano, tomó a Antonia de la mano y la condujo sin dificultad al granero. La muchacha se dio cuenta de que volvía a funcionarle el cerebro, pero seguía sin tener ni idea de cómo reaccionar.

Era un edificio pequeño, como suelen ser los graneros, pero limpio y seco y con un agradable olor a heno. El suelo estaba barrido hasta la tierra amasada y había horcas apoyadas en las paredes. Solo quedaba un montoncito de heno, que estaba cubierto de mantas y almohadas, algo incongruente.

Aún más asombroso fue ver una mesa adornada con un mantel blanco y varios platos tapados, y dos sillas. Marcus golpeó el pedernal para encender las velas, las cuales, en sus finos candelabros, conferían el toque final de irrealidad a la escena.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué pretendes conseguir con esto?

Marcus se acercó a ella, le desató las cintas del tocado y se lo quitó. Le desabrochó los botones de la pelliza y la ayudó a sentarse en la silla más cercana. A continuación alcanzó una botella de vino y le dijo:

—Toma. Tendrás hambre y sed.

Antonia le dio un trago al vino para reponerse y le preguntó:

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Arruinararte la vida, obviamente. —Marcus brindó y bebió también.

Antonia dejó la copa con tanta fuerza que el líquido rojo salpicó el paño blanco.

—¿Cómo puedes ser tan rencoroso? He pensado muchas cosas de ti estos últimos meses, pero no que querías vengarte por una humillación que sufriste anoche y que fue tan culpa tuya como mía.

Marcus sonrió. Sus dientes despedían un brillo blanco casi amenazante en la penumbra, y Antonia se estremeció.

—Me trae sin cuidado vengarme. Es cierto que no me ha hecho gracia tener que disculparme con *lady* Jersey, y muchas féminas han confirmado lo que pensaban: que soy un libertino. Por otro lado, la probabilidad de que nos casemos ha menguado en la mayoría de las casas de apuestas de los clubes. Me alegro de haber apostado en su momento.

—Tú... Tú... Tú no eres un caballero. Mira que apostar por algo así y mancillar mi nombre de ese modo... No podré volver a dejarme ver por allí jamás.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta, muy segura de lo que quería: salir de allí. Si tenía que

caminar hasta Berkhamsted (estuviera donde estuviera), lo haría, tardase lo que tardase.

—Vuelve. ¿Adónde crees que vas? Ya es casi de noche. Era broma. Te juro que ni siquiera he susurrado tu nombre ni en mi club ni en ningún otro. Pero es que no puedo resistirme a encenderte la mirada; estás tan guapa cuando te enfadas...

Antonia vaciló. Ya estaba oscuro y el bosque la acorralaba de parte a parte. A lo lejos, una zorra aulló. El cielo estaba tan nublado que ninguna estrella la guiaría.

Al volverse, vio que Marcus se había quitado el abrigo y aflojado el pañuelo y que estaba arrellanado en su asiento, con sus largas piernas estiradas. La luz de las velas le proyectaba destellos dorados en el pelo y ensombrecía su boca peligrosa y burlona. Pero su mirada era afable y su sonrisa no era amenazadora.

Cuando le tendió la mano, Antonia, indecisa, fue hasta él. Al llegar a su silla, Marcus la sentó en su regazo y la acomodó en el hueco de su brazo.

Resistirle no le haría ningún favor y, al menos así de cerca, vería más claros su humor y sus intenciones.

—No vas a arruinarme la vida, ¿verdad? —preguntó, de repente segura de la respuesta.

—Ya te la has arruinado pasando la noche conmigo aquí. Antonia, debes de saber lo que siento por ti. Te juro que Claudia no es mi amante; yo no la invité a Brightshill. Sé lo que viste aquella tarde en la casa de campo, pero te juro, por mi honor, que ni lo propicié ni continué. La besé en el invernadero para distraerla y hacer que fuera a mi alcoba, donde le dejé bien clarito que lo nuestro había terminado.

»Y aquí estamos. De perdidos al río. —Mientras hablaba, se puso de pie y la aupó con facilidad. Se encaminó despacio hacia el lecho de heno y la dejó sobre una manta.

Antonia lo miró, casi convencida, sumamente ansiosa. «Debes de saber lo que siento por ti», había dicho Marcus.

«¿Seguro que lo sé? ¿Por qué no lo dice?».

El duque se cernía sobre ella. Parecía enorme. No quedaba ni un ápice de diversión en sus orbes oscuros.

—Antonia, una palabra y me llevaré una manta a la otra punta del granero y me quedaré ahí toda la noche. Juro que no te tocaré hasta que me lo permitas. Pero, después de esta noche, la clase alta no te verá con buenos ojos. Debes casarte conmigo, no tienes elección.

Antonia lo comprendía perfectamente y le creía. Si se lo pedía, se iría y la dejaría en paz. Pero lo amaba y, aunque no volviera a verlo nunca más, al menos tendría esa noche.

Alzó los brazos en silencio y él se arrodilló en el mullido jergón de al lado. Marcus le pasó los dedos por el pelo, le quitó las horquillas y le esparció los rizos sobre la manta.

—Eres tan hermosa que me dejas sin aliento —murmuró con una voz curiosamente ronca. Siguió la línea de su mandíbula con el dedo para luego trazar la curva de su labio superior con él.

Antonia, temerosa, temblaba de la emoción. Sin pensar, le mordisqueó la yema del dedo y vio que cerraba los ojos un momento. Por lo visto, él no era el único con poder sobre el otro...

Tiró de su camisa y él inclinó la cabeza para que se la quitara y la arrojase a un lado. Cuando le acarició el pecho con las palmas de las manos, Marcus se estremeció. El calor que emanaba de él la sorprendió, pero aún la impactó más darse cuenta del efecto que tenían sus caricias en el duque.

En el granero reinaba el silencio, salvo por la respiración anhelante de Marcus. Para sorpresa de Antonia, no la besó; parecía dispuesto a permitir que fuera ella la que llevara la voz cantante.

Antonia exploró siguiendo totalmente su instinto. Fue besando su robusto hombro y, tras un instante de duda, bajó hasta su pecho. Le chupó el pezón y, cuando le pasó la lengua por la

puntita, oyó que su amado ahogaba un grito.

Sacudida por su temeridad y el efecto que estaba ejerciendo sobre él, Antonia, confundida, se detuvo y ocultó su rostro ardiente en su pecho.

Marcus le acarició la nuca y la sentó ante él con la frente apoyada en su hombro desnudo, mientras aprovechaba para desabrocharle la hilera de botones de perlas que le cerraban el corpiño por detrás. La muselina vaporosa se deslizó de sus hombros como si flotara y Antonia notó su pecho desnudo en contacto con el de él, frío en comparación con los pectorales calientes y duros del duque.

La puso bocarriba con cuidado, acabó de quitarle el vestido hábilmente y le desató el corsé, dejándola en medias y camisola. Se puso de pie y Antonia, con los ojos cerrados, oyó como el resto de su ropa caía al suelo.

Cuando sintió que movía el heno, a su lado, volvió a abrirlos y se encontró con su rostro serio y atento.

—Cariño, ¿estás segura? —Por primera vez vio incertidumbre en su semblante.

Estaba nerviosa y un poco asustada, pero su deseo y su amor por él pesaban mucho más.

—Sí —susurró—. Pero bésame, Marcus.

Por lo visto, eso era lo único que necesitaba oír. Se apoderó de su boca y le introdujo la lengua con dulzura, de modo que al principio Antonia apenas se dio cuenta de que estaba encima de ella. La acariciaba por todas partes y le arrancaba jadeos, suspiros y temblores de placer.

Cuando la invadió de una forma más íntima, la joven gritó contra su boca y se dejó llevar por una marea de sensaciones, arrobada por el placer de fundirse con él y por lo correcto que era lo que estaban haciendo. Dicho placer la sobresaltó aún más que el dolor pasajero que experimentó, pero se entregó a él, confiando en que Marcus la guiara.

Entonces llegó un momento en que el duque se quedó quieto, todo rígido, gruñendo desde lo más hondo de la garganta, y gritó triunfal al tiempo que ahogaba el alarido de éxtasis de Antonia, que se arqueaba hacia él.

Marcus se la pegó a la curva del hombro mientras se dejaba caer de espaldas en la cama, y ella dejó que la abrazara, aferrándose a su vez a él como si no fuera a soltarlo nunca. Durmieron abrazados, ajenos a los ruidos de la noche.

Despertaron al alba. Para alegría de Antonia, Marcus la besaba en el pecho.

—Mmm —murmuró ella, somnolienta, mientras se daba la vuelta para rodear su cuerpo desnudo con los brazos y las piernas en actitud posesiva. Esta vez fue la joven la que marcó el ritmo, apremiada por lo mucho que lo necesitaba, deleitándose con su fuerza y su potencia.

Al rato, Marcus se incorporó sobre un codo y contempló su rostro arrebatado.

—¿Cómo te encuentras, preciosa? —le preguntó en voz baja.

—Como si me hubieran arruinado la vida —confesó, rezando para que no pronunciara las palabras que truncarían su feliz fantasía. Era una esperanza vana.

—¿Y cuánto vas a hacerme esperar para que nos casemos? —preguntó Marcus mientras iba por su camisa.

Antonia se quedó muda de asombro al verlo ahí de pie, desnudo; tan cerca, tan real y varonil. Entonces agarró la camisola. Por alguna razón, sentía que debía vestirse para proseguir.

—No voy a casarme contigo —le dijo mientras se ponía de pie, de espaldas a él, para que le atara los lazos del corsé.

Marcus le pasó los labios por la nuca y dijo:

—Sí, claro.

—No, va en serio. —Se apartó y se volvió hacia él—. En ningún momento he dicho que me casaría contigo.

—Pero no tienes alternativa. —Señaló el lecho de heno desordenado en el que claramente se apreciaba la forma de dos cuerpos.

—No me casaré contigo. Si se dan cuenta de que hemos pasado aquí la noche, entonces sí que me habré arruinado la vida. Pero viviré con ello.

—¿Y si estás encinta? —le preguntó él con dureza.

Antonia se quedó lívida. Estaba tan obnubilada que ni se le había pasado por la cabeza. Se clavó las uñas en las palmas de las manos para dominarse. Estuvo a punto de ceder, pero en ningún momento Marcus le había dicho que la amaba, que la necesitaba o que no podía vivir sin ella. No se casaría con él solo porque la deseaba y ahora se sentía culpable; tenía que declararle su amor.

El coito fue el que motivó sus palabras de afecto; ninguna hablaba de un futuro en común.

—De ser así, yo misma criaré al bebé, como han hecho tantas otras antes.

De repente, Marcus la agarraba por los hombros y la obligaba a mirarlo a los ojos. Sin embargo, contrariamente a lo que esperaba Antonia, no estaba enfadado con ella. Por extraño que parezca, su gesto, al igual que su tono, eran amables cuando le preguntó:

—¿Por qué ni aun así quieres ser mi esposa?

Antonia no podía mirarlo a los ojos, pues Marcus vería lo que sentía por él. No soportaría que fingiera amarla por lástima.

—No será por Claudia, ¿no? —inquirió el duque—. Ni por lo que sientes por Jeremy Blake, o ya no digamos por el descerebrado de tu primo Hewitt, ¿verdad?

Antonia negó con la cabeza en silencio, sin mirarlo a los ojos aún.

—Me dijiste que nada de lo que hiciera o dijera te convencería de que te casaras conmigo. He hecho todo lo que he podido, pero no he dicho todo lo que debía.

Ahora sí que lo miró. Su tono de voz era distinto, más tierno incluso que la noche anterior. Contuvo el aliento y aguardó.

—Nunca te he dicho que te amo, Antonia, pero así es. Te amo con el corazón, con el alma y con el cuerpo; para siempre. Nunca he amado a otra mujer y nunca lo haré. Así que si no te casas conmigo, nunca me desposaré, pues ninguna podrá reemplazarte.

Sus ojos y su cara decían más incluso que sus palabras. Era la verdad lo que le decía.

Antonia sollozó ligeramente y, demasiado abrumada para besarlo siquiera, se arrojó a sus brazos. Lo único que podía hacer era aferrarse a él y notar sus latidos en la mejilla, sabiendo que su fuerza y su amor serían suyos para siempre.

—¿Y bien, mi amor? —murmuró entre sus cabellos—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, Marcus, porque yo también te amo y se me estaba partiendo el alma.

Permanecieron abrazados mientras el sol naciente lanzaba un rayo de luz que iluminaba el suelo del granero. Por fin, Antonia se separó del duque.

—Aunque me encantaría, no podemos quedarnos aquí todo el día. Hay que desayunar y volver a casa. Menos mal que Donna no me espera.

Mientras hablaba, fue hasta la mesa y se puso a hurgar en el cesto. Lo que encontró la sorprendió y la conmovió.

—Pero ¡si hay pan y jamón y una botella de cerveza! ¿De dónde has sacado todo esto? ¿Y qué le has hecho al pobre cochero de mi tía abuela? —Por algún motivo, la hogareña paz que le transmitía preparar la comida con aquel hombre la convenció de que aquello era real y eterno.

Marcus se puso a su lado a cortar pan.

—Está de camino a Londres en un caballo alquilado, tal como le ha ordenado su ama.

Antonia lo miró de hito en hito.

—¿Me estás diciendo que vosotros..., que vosotros lo habéis planeado todo y que ella lo sabía y lo ha permitido? Anoche... —Antonia se levantó y se sonrojó de pensarlo.

—Tuve que pedirle permiso —dijo, riéndose de Antonia mientras alcanzaba el jamón—. Cuando dijiste que no había nada que pudiera hacer, supe que tendría que tomar medidas desesperadas. Me dio la sensación de que *lady* Granger me aprobaba. Saye y yo nos adelantamos para organizarlo y me intercambié por tu cochero en la última parada.

—¡Mi tía abuela se acordaba de tu abuelo! —replicó Antonia, pero estaba sonriendo.

—Fui a verla nada más salir de Almack's. Me aconsejó que me comportara como un hombretón y me dijo que todo saldría bien. Entonces me acordé del consejo que me dio mi hermana.

—¿Anne también estaba en el ajo? —Eso sí que no se lo esperaba.

—Cuando te fuiste a Londres, me dijo que era un arrogante y que nunca había sentido la necesidad de excusarme ante nadie por mí o por mis actos. Me di cuenta de que nunca te había dicho que te amaba y que no se me había ocurrido que tuviese que hacerlo. Debería haber sabido que no te casarías por menos.

Antonia lo besó y le preguntó:

—¿Y cuándo te diste cuenta de que me amabas?

—Cuando te vi en el despacho de Pethybridge, supe lo que debía de costarle a una dama emprender un negocio así. Y a pesar del revés que obviamente habías sufrido, te mostraste valiente y desafiante. Todavía estaba enojado contigo por lo de tus cazadores furtivos, pero en ese momento lo único que ansiaba era hacerte mía.

Antonia se cobijó en sus brazos.

—Ahora ya puedes —le dijo en voz baja.

Marcus la besó con ternura, y todo el amor que no le había expresado hasta el momento se hizo palpable en el abrazo. Al rato, la soltó con un suspiro.

—Me quedaría aquí para siempre, pero deberíamos comer y regresar a casa.

Cuando se marcharon, la ayudó a subir al asiento del carruaje, a su lado.

—Ve a mi lado hasta que nos acerquemos al pueblo. A estas horas no te verá nadie.

Antonia entrelazó el brazo con el suyo mientras él asía las riendas y le preguntó con fingida severidad:

—Así me cuentas lo tuyo con *lady* Reed.

Marcus la miró a la cara y sonrió.

—¿*Lady* qué?

FIN

Copyright

Título original: Miss Dane and the Duke

© 2024, Louise Allen, por el texto

© 2024, Eva Garcia Salcedo, por la traducción

Diseño de cubierta: JD Smith Design

El derecho de Louise Allen a ser identificada como la autora de esta obra ha sido reivindicado por la autora en conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo de los editores.

Este libro se vende con la condición de que no podrá, ni mediante comercio ni de otro modo, ser prestado, revendido, alquilado o circulado de otro modo sin el consentimiento previo de su autora en cualquier forma de encuadernación o cubierta que no sea aquella en la que está publicado y sin que se imponga una condición similar al comprador posterior.

Esta novela fue publicada originalmente por Harlequin Mills & Boon en 1997 bajo el título *The Unconventional Miss Dane*, de Francesca Shaw. Su reedición ha sido revisada a conciencia.

Las solicitudes para publicar fragmentos de este libro deben realizarse a través de www.louiseallenregency.com/contact.

Acerca de la autora

Louise Allen vive en la costa norte de Norfolk, cerca de Cromer, un pueblo costero del siglo xviii. Es una apasionada coleccionista de objetos y grabados de finales de la época georgiana y de la Regencia, y es autora de más de setenta novelas de romance histórico y obras de no ficción, principalmente ambientadas en esos dos periodos. Además, lleva un blog sobre la vida georgiana: <http://janeaustenslondon.com/>.

Bsky: [@louiseregency.bsky.social](https://bsky.app/profile/louiseregency.bsky.social).

Todos los detalles de sus obras, incluidos los fragmentos y los enlaces de compra, se encuentran en www.louiseallenregency.com.

Me encantaría que, si has disfrutado de la lectura, dejaras una reseña. Vuestros comentarios me ayudan a acercarme a vosotros los lectores y a mejorar mi próxima novela, aunque sea un poquito.

Gracias,

Louise